

LIBRARY

UNIVERSITY OF TORONTO

LIBRARY
UNIVERSITY OF TORONTO
130 St. George Street
Toronto, Ontario
M5S 1A5

LIBRARY
UNIVERSITY OF TORONTO
130 St. George Street
Toronto, Ontario
M5S 1A5

94-ZEL

F. A. 133

Bel

PS

11bis

A

LA MARAVILLA.

Gran sociedad editorial.

R- 10.717

Publica las mas grandes obras del saber Humano en tomos de 350 á 400 páginas en 4.º, con primorosas láminas y ricamente encuadernados con mosaicos de oro y brillantes colores.

Bajo la direccion

DE D. MIGUEL DE RIALP.

OBRAS PUBLICADAS.

Seccion instructiva.

	Tomos.
<i>La Geografía Universal</i> , por Malte- Brun, Balbi y otros.	2
<i>Historia de Inglaterra, Escocia é Ir- landa</i> , por J. A. Fleury.	3
<i>Atlas Geográfico Universal</i> , com- puesto de 18 magnificos mapas iluminados.	1

Seccion recreativa.

	Tomos.
<i>Historia de Gil Blas de Santillana</i> , por Mr. Le Sage.	2
<i>El Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha</i> , por Miguel de Cer- vantes Saavedra.	2
<i>Ivanhoe</i> , por Sir Walter Scott.	1
<i>Quintin Durward</i> , por Sir Walter Scott.	1
<i>Los Tres Mosqueteros</i> , por Alejan- dro Dumas.	2

EN PRENSA.

	Tomos.
<i>Historia de Italia</i> , por Julio Zeller.	2
<i>Moral Social</i> , por Adolfo Garmier.	1
<i>Compendio de la historia Sagrada</i> , por el P. Scio de San Miguel.	1
<i>Historia Antigua</i> , por J. J. Guillemin.	2
<i>Historia Romana</i> , por V. Duruy.	2
<i>Historia Griega</i> , por Duruy.	2

	Tomos.
<i>Rob Roy</i> , por Sir Walter Scott.	1
<i>Guy Mannering y el Oficial Aven- turero</i> , por Sir Walter Scott.	2
La sociedad cuenta con un gran nú- mero de producciones nuevamente traducidas prontas para ser censu- radas.	

LA MARAVILLA

R-10-547

(En la Sección de Bibliografía)

Trabaja en las grandes obras del arte. Hacia el futuro en la obra de la cultura. Con el espíritu de la cultura y la ciencia. Con el espíritu de la cultura y la ciencia.

En la Sección de Bibliografía

DE D. MIGUEL DE CERVANTES

OBRAS PUBLICADAS

Sección de Bibliografía

Sección de Bibliografía

Historia de España. Tomo I. Por el Sr. D. Antonio de Sotomayor.
 Historia de España. Tomo II. Por el Sr. D. Antonio de Sotomayor.
 Historia de España. Tomo III. Por el Sr. D. Antonio de Sotomayor.
 Historia de España. Tomo IV. Por el Sr. D. Antonio de Sotomayor.
 Historia de España. Tomo V. Por el Sr. D. Antonio de Sotomayor.
 Historia de España. Tomo VI. Por el Sr. D. Antonio de Sotomayor.
 Historia de España. Tomo VII. Por el Sr. D. Antonio de Sotomayor.
 Historia de España. Tomo VIII. Por el Sr. D. Antonio de Sotomayor.
 Historia de España. Tomo IX. Por el Sr. D. Antonio de Sotomayor.
 Historia de España. Tomo X. Por el Sr. D. Antonio de Sotomayor.

Historia de España. Tomo XI. Por el Sr. D. Antonio de Sotomayor.
 Historia de España. Tomo XII. Por el Sr. D. Antonio de Sotomayor.
 Historia de España. Tomo XIII. Por el Sr. D. Antonio de Sotomayor.
 Historia de España. Tomo XIV. Por el Sr. D. Antonio de Sotomayor.
 Historia de España. Tomo XV. Por el Sr. D. Antonio de Sotomayor.
 Historia de España. Tomo XVI. Por el Sr. D. Antonio de Sotomayor.
 Historia de España. Tomo XVII. Por el Sr. D. Antonio de Sotomayor.
 Historia de España. Tomo XVIII. Por el Sr. D. Antonio de Sotomayor.
 Historia de España. Tomo XIX. Por el Sr. D. Antonio de Sotomayor.
 Historia de España. Tomo XX. Por el Sr. D. Antonio de Sotomayor.

EN PRENSA

Historia de España. Tomo XXI. Por el Sr. D. Antonio de Sotomayor.
 Historia de España. Tomo XXII. Por el Sr. D. Antonio de Sotomayor.
 Historia de España. Tomo XXIII. Por el Sr. D. Antonio de Sotomayor.
 Historia de España. Tomo XXIV. Por el Sr. D. Antonio de Sotomayor.
 Historia de España. Tomo XXV. Por el Sr. D. Antonio de Sotomayor.
 Historia de España. Tomo XXVI. Por el Sr. D. Antonio de Sotomayor.
 Historia de España. Tomo XXVII. Por el Sr. D. Antonio de Sotomayor.
 Historia de España. Tomo XXVIII. Por el Sr. D. Antonio de Sotomayor.
 Historia de España. Tomo XXIX. Por el Sr. D. Antonio de Sotomayor.
 Historia de España. Tomo XXX. Por el Sr. D. Antonio de Sotomayor.

Historia de España. Tomo XXXI. Por el Sr. D. Antonio de Sotomayor.
 Historia de España. Tomo XXXII. Por el Sr. D. Antonio de Sotomayor.
 Historia de España. Tomo XXXIII. Por el Sr. D. Antonio de Sotomayor.
 Historia de España. Tomo XXXIV. Por el Sr. D. Antonio de Sotomayor.
 Historia de España. Tomo XXXV. Por el Sr. D. Antonio de Sotomayor.
 Historia de España. Tomo XXXVI. Por el Sr. D. Antonio de Sotomayor.
 Historia de España. Tomo XXXVII. Por el Sr. D. Antonio de Sotomayor.
 Historia de España. Tomo XXXVIII. Por el Sr. D. Antonio de Sotomayor.
 Historia de España. Tomo XXXIX. Por el Sr. D. Antonio de Sotomayor.
 Historia de España. Tomo XL. Por el Sr. D. Antonio de Sotomayor.

HISTORIA DE ITALIA.



DESDE LA INVASION DE LOS BARBAROS HASTA NUESTROS DIAS.

— POR —

JULIO ZELLER.

Traducida

Por D. Juan Belza.

TOMO II.

MADRID.

—
LIBRERIA ESPAÑOLA,
calle Relatores.

BARCELONA.

—
PLUS ULTRA,
Rambla del Centro.

1858.



HISTORIA

DE LA TIERRA

DE LA TIERRA

*Esta obra es propiedad de los Editores
y se perseguirá ante la ley á quien la
reimprima.*

JULIO KELLER

Por D. Juan de la Cruz

TOMO II

BARCELONA

PLUS ULTRA

Imprenta del Centro

MADRID

LIBRERIA ESPAÑOLA

Calle de los Baños

Barcelona.—Imp. de Narciso Ramirez, Escudillers , 40 , piso 1.º—1858.

HISTORIA DE ITALIA.

SESTO PERÍODO.

GUERRA DE ITALIA.

CAPITULO XV. (1).

NUEVAS INVASIONES DE LOS BARBAROS; SIGLO DE LEON X; CONQUISTAS DEL MILANESADO Y DE NÁPOLES (1493-1529).

La Italia se entrega por si misma. Expedicion de Cárlos VIII; batalla de Fornovo; conde de Médicis, (1492-1498). — Conquista del Milanesado por Luis XII; Alejandro VI y Cesar Borgia (1498-1503). — Julio II. — Sumision de los Estados de la iglesia; liga de Cambray; guerra de la independencia (1503-1512). — Maximiliano Sforza restablecido en el Milanesado; vuelta de los Médicis á Florencia, y los españoles en Nápoles (1512-1515). — El Papa Leon y su siglo, su política egoista é imprudente; Marignan; letras y artes (1513-1521). — Adriano VI; batalla de la Bicoca (1521-1523). — Clemente VII; batalla de Pavia (1525-1525). — Conspiracion de Morona, triste ensayo de guerra nacional, toma de Roma (1525-1527). — Cárlos V coronado emperador y rey en Bolonia (1529).

La Italia se entrega por si misma.

Absorvida en sus discordias intestinas, deslumbrada por la prosperidad de su comercio y el esplendor de su civilizacion, la Italia á fines del siglo xv no habia notado que las naciones vecinas salian de la anarquia y de la debilidad de la edad media. El rey de Francia, vencedor de los ingleses y del feuda-



lismo, convertido en jefe de un Estado poderoso cuya frontera se extendía hasta los Alpes occidentales; Fernando el católico, rey de Aragón, unió con su casamiento con la castellana Isabel, casi toda la España sometiéndose á una severa disciplina. El Emperador de Alemania, en sus estados hereditarios de Austria, tomaba una posición mas peligrosa que nunca en los Alpes orientales. En Italia se creía que solo había que temer á los turcos, pero ni siquiera se conseguía unirse contra ellos. Al advenimiento del nuevo Papa, Alejandro VI Borgia, en 1492, los soberanos de la Italia procuraron renovar otra vez la farsa acostumbrada de una solemne confederación contra los infieles. El concurso de este hombre que hasta entonces solo había pensado en satisfacer sus vicios y su ambición, sin detenerse nunca en la elección de los medios, era ya de mal agüero. La presencia de Ludovico Elmore, cuyo único objeto era el de usurpar el ducado de Milán á su sobrino desposado con la hija del rey de Nápoles, Fernando, era otro inconveniente. La reunión de los soberanos de Italia les sirvió solo para hacer estallar mas pronto sus discordias. Alejandro VI que había antes pedido, por precio de su alianza, al rey de Aragón, su nieta, para el hijo de César Borgia, rompió de pronto las negociaciones á instancias de Luis Elmore, espantado al ver coaligados contra él á los soberanos del mediodía. Descontentos de esta ruptura, Pedro de Médicis el hijo mayor de Lorenzo, y Fernando de Nápoles, formaron por un momento el proyecto de hacer ocupar á Roma por los Orsinis, como lo estaba ya Ostia por uno de los cardenales, enemigo de Alejandro y llamado Juan de la Rovere, á fin de obligar al Papa. Luis Elmore, temiendo ver á la Italia entera sublevada contra él, llamó á los extranjeros. En cambio de un diploma ducal, dió en primer lugar á su hija María, con un rico dote, al nuevo emperador Maximiliano, pero no tardó en encontrar otra cosa mejor. El rey de Francia Carlos VIII,

II 0107.

heredero de los derechos de la casa de Anjou sobre Nápoles, meditaba una expedición en Italia. Para asegurarse del Norte, Luis prometió entregar el mediodía de la Italia. Así, los príncipes, después de haber perpetuado las divisiones de la península, acababan por entregarla enteramente.

Imposible era escoger peor ocasión para introducir al extranjero. Los italianos, cansados en todas partes de sus respectivos gobiernos, buscaban el momento oportuno de un cambio, y como dice Comines, empezaban á desear *novedades*. Los barones napolitanos, diezmados por Fernando, esperaban una ocasión para vengarse; dos emigrados, los príncipes de Salerno y de Bisignano, animaban á Carlos VIII á que respondiese favorablemente á la invitación Elmore. En Toscana, Pedro de Médicis, elegante caballero, intrépido jugador de pelota, pero político bastante torpe, aumentaba los partidarios de Savonarola y de los *Frateschi*, presentándose demasiado en las fiestas y placeres que daba en Florencia. En los estados de la Iglesia, en donde Alejandro VI, Borgia, no debía tardar en romper con Luis Elmore para recuperar la alianza de Fernando, debía contarse con las armas francesas para desembarazar á Roma y á la iglesia de un Papa tirano y exigente. El cardenal Julian de Rovere, que sin cesar estaba en camino de Ostia á Génova, y de Génova á Francia, era ya el alma de intrigas temibles formadas contra el Papa. Venecia, cuya intervención poderosa y desinteresada, hubiera podido ser de gran utilidad, permanecía indiferente; en su ambición exigente é impetuosa, creyendo marchar siempre viento en popa, no se descuidaba nunca en ganar, á espensas de los demás, preponderancia en Italia.

SAN MARCO IMPETUOSO ED IMPORTUNO

CREDENDOSI AVER SEMPRE IL VENTO IN POPPA

NON SICURO DI ROVINARE OGNUNO.

Unicamente un poeta dió un aviso, aunque inútil: «Nobles corazones,» exclamaba Sannazar en una oda, en la que procuraba sublevar contra el extranjero el sentimiento nacional: «Nobles corazones! Italia querida! ¿Qué vértigo os impele á sacrificar la sangre latina en provecho de naciones tan odiosas?»

Espedicion de Carlos VIII; batalla de Fornovo; caida de los Médicis (1492-1498.)

La empresa de Carlos VIII, por su imprudencia como por su feliz éxito, por el esplendor de las fiestas, por la continuidad de los triunfos y por sus resultados, se parecia bastante á la de uno de aquellos caballeros fabulosos que tanto agradaban á los ignorantes. Un poder misterioso, pero mas positivo que el de los Rolandos ó Reynaldos de Montalban, hizo caer á su vista todas las barreras y condujo á sus pies á todos los príncipes. Este poder eran las enemistades declaradas de los soberanos de Italia, y el secreto descontento de los italianos contra sus señores.

El ejército francés era fuerte y de buen aspecto; toda la nobleza del reino magnificamente armada en número de quince mil caballos con otros tantos escuderos armados, ocho mil arcabuceros gascones, seis mil alabarderos suizos, mil quinientos arqueros franceses y ciento cincuenta cañones de grueso calibre seguian al conquistador. Pero, dice Comines, que faltaba todo lo necesario para una empresa de tamaña importancia; no habia ni tiendas, ni provisiones, ni dinero corriente. La Italia acudió á estas necesidades. La duquesa Blanca de Saboya abrió al conquistar el monte Ginebra y los fuertes del Piamonte, tratándole magnificamente en Turin y la marquesa de Montferrato hizo otro tanto en Casal. El jóven rey, preparando cortesmente sus armas, dió justas y torneos dia-

riamente, y por las noches danzaba y bailaba con las damas en espléndidos saraos, preparados al intento, para lo cual empeñaba los brillantes y joyas de las dos duquesas, que estas le habian prestado tan generosamente.

En Asti, Elmore, fué á recibir á su aliado, despues de vencer facilmente al jóven duque Galéas y á su esposa Isabel, quienes en vano se arrojaron á sus pies: Carlos VIII desmintió en esta ocasion su papel de hidalgo y caballero. Las sonrisas de las bellas damas milanesas, que Luis habia llevado consigo, fueron para con él mas poderosas que las lágrimas de Isabel y decidiéndose á favor del tirano, algunos dias despues, hizo administrar una pocion envenenada á su víctima y como no temiese ya á los descontentos, se unió descaradamente al ejército francés.

El mismo feliz resultado obtuvo en el centro de la península. El rey de Nápoles, Fernando, habia muerto en el momento de la lucha, dejando por sucesor á su hijo mayor Alfonso, tan detestado como su padre y menos habil que él. De sus dos ejércitos, el uno mandado por su hijo Fernando, fué detenido en los Apeninos por la vanguardia de Aubigni; el otro, que conducia una flota, fué vencido en Rapallo, en el rio de Génova, por Luis de Orleans. Carlos VIII que por algun tiempo habia estado peligrosamente enfermo en Asti, atravesó Parma y Plasencia y regresó á Pontrepoli para entrar en la Toscana por la Lunigiara.

Aquí hubieran podido detenerle las ciudades de Sarzana y de Pietra Santa; pero en Florencia, el pueblo recordaba que los franceses habian sido los protectores del partido guelfo, y murmuró contra la autoridad de Pedro, aliado del rey de Nápoles; Sayonarole vió en Carlos VIII al enviado de Dios, y el instrumento de la reforma política y religiosa. Pedro, asustado, se trasladó al campo francés, para asegurar al menos su autoridad en Florencia por su pronta sumision, é

hizo abrir al rey conquistador sus dos fortalezas, prometiéndole además entrada en otras ciudades de la Toscana, con la facultad de poner en ellas una guarnición, hasta que terminase la expedición. Esta cobardía salvó la Toscana, pero no le salvó á él. Mal recibido á su regreso por el pueblo, en vano puso en juego amenazas, ruegos y dinero, y se vió precisado á huir de Florencia á los gritos de: *no mas Palle!* al estruendo de las puertas destrozadas y del saqueo de sus palacios.

Después de haber dado la libertad á Pisa, que ochenta años hacia carecía de ella, Cárlos entró en Florencia como un verdadero conquistador, con la lanza apoyada en la cuña, y al frente de su ejército. Como dominador caprichoso, quiso en un principio obligar á la república á que aceptase á Pedro, pero cedió á los imperiosos ruegos de Savonarole y ante la firmeza del porta-estandarte Capponi, quien amenazó con *hacer tocar las campanas si hacia el rey tocar las trompetas*. En el caso de un conflicto, el suceso hubiera podido tener un fin trágico, en medio de calles tan estrechas y de una ciudad sublevada por la voz fanática de un dominicano.

En los dominios de san Pedro podia emprenderse una magnífica restauración; en ellos habia una cautiva que librar de la esclavitud: la Iglesia, de Alejandro Borgia. Los cardenales Ascanio Sforza, Colonna y Julian de la Rovere, incitaban á Cárlos VI á que reuniese su concilio para deponer al simoníaco, al político pérfido que con todos habia tratado y á todos habia engañado. Sus propios vasallos cansados de su tiranía, acudían al campo de Cárlos VIII; entre otros Guido Guerra. Mientras los franceses entraban en Roma por la puerta del Pueblo (31 diciembre 1494), el duque de Calabria, abandonado de todos sus condottieri, salió por la puerta de san Sebastian y los franceses clavaron sus cañones en el castillo de San Angelo.

Alejandro VI supo sin embargo escapar del peligro; ganó á algunos consejeros del rey y le entregó en rehenes al hermano de Bayazeto, Djem, su propio hijo César Borgia, y obtuvo la pronta marcha del caballero.

Las divisiones que habian sido mandadas de vanguardia, ocupaban ya los Abruzzos y el paso de Labaur. Cuando Carlos llegó á Velliti para apoyarlas, supo la muerte de Djem, probablemente envenenado, y la fuga de César Borgia. El Papa le habia burlado. Al mismo tiempo el embajador del rey de España Fernando el Católico, se le presentó reclamando contra su empresa, de la que no pudo hacerlo desistir. Los primeros barones napolitanos corrian á su encuentro. Alfonso II se condenó á sí mismo abdicando la corona aunque demasiado tarde; entregándola á su hijo Fernando II, príncipe mas popular. Este generoso jóven no tuvo siquiera tiempo de combatir. Mientras reunia su ejército en San German para defender la frontera, Nápoles y Capua, se sublevaban; cuando regresó de apaciguar aquella rebelion, los gefes de su ejército se habian pasado al enemigo, y sus tropas se habian desbandado; no le quedó otro recurso que huir á la isla de Ischia.

Cárlos VIII, cuatro meses y diez y ocho dias despues de la salida de Asti, entró triunfalmente en Nápoles, pisando las flores que sus habitantes arrojaban. Se apoderó sin resistencia de Castel Capuano y redujo á escombros con su artillería el castillo Nuevo y el castillo del Ueuff que continuaban resistiéndose. La victoria fué celebrada con tanta pompa y alegría, como si hubiese sido muy difícil el obtenerla. Cárlos se hizo coronar rey de Nápoles, de Jerusalem, y emperador de Oriente; se presentó cubierto con la púrpura imperial, el cetro en una mano y el globo de Oro en la otra. A todos sus compañeros distribuyó feudos, castillos, hermosas y ricas herederas, y á todos los señores y damas, obsequió con grandes fiestas y pa-

satiempos, magníficos torneos, en los que era siempre de los primeros mantenedores y de los que mas trabajaban. Llegó de esta suerte hasta la ribera Oriental del Adriático; los griegos, sus futuros súbditos, compraban armas y le llamaban su caudillo.

Sin embargo, la conclusion de la novela habia desimpresionado á los italianos de su héroe. El paladin visto de cerca, no valia lo que el de una leyenda. Despues de las cortesias y de los paseos de armas de los condottieri, se encontraban algo rudas las maneras de Cárlos VIII. El oscuro Homero de Ferrara, al ver las sangrientas hazañas del que habia en un principio saludado, no sabia si cantaba despierto ó dormido.

E NON DISCERNO S'IO SON MORTO Ó VIVO.

En el primer combate de Rapallo, Luis de Orleans no habia perdonado á un solo prisionero, lafivizzano: al entrar en Toscana, en el monte Fortino, en la frontera de Nápoles, Cárlos VIII habia hecho pasar á cuchillo no solo á los soldados sino á todos sus habitantes. Sus camaradas eran todavía menos humanos; como dice el mismo Comines: se habia creido que en los franceses era todo santidad, fé y grandeza de alma; y no habia mas que desórden, latrocinio y vicio.

Los italianos por otra parte nada esperaban ya de los franceses, y veian con espanto sus guarniciones en Asti, en Génova, en Luca, en Pisa, en Sienna, en Civitavechia y en todos los puntos mas importantes. En Florencia los sectarios de Savonarole (frateschi, piagnoni) eran definitivamente los vencedores de los Fris (bigi) partidarios de los Médicis y hasta de los malos camaradas furiosos (compagnaci ouarrabiati) que fluctuaban entre el despotismo de los Médicis y las ideas democráticas de Savonarole; habian decretado la formacion de un gran consejo compuesto de todos los que podian justificar, remontando hasta tres generaciones el título de ciudadano,

encargado de elegir los magistrados y de intervenir en todas las medidas del senado. Savonarole creyó oportuno el momento de imponer á la afeminada y pagana Florencia las reglas de un convento de seglares, y lo propio quiso hacer en Pisa y en Sienna que se habian puesto bajo la proteccion francesa.

En el centro no podia contarse con Alejandro VI, y en el norte Luis Elmore, seguro del ducado de Milan, era enemigo natural de un príncipe que tenia su reino en los Alpes, su conquista en el mediodia de la península y que era el pariente, el protector natural del duque de Orleans, tan tenaz en sus pretensiones sobre el Milanesado.

Fuera de Italia habia Maximiliano que no creia que el imperio hubiese perdido sus derechos sobre la Italia lo mismo que el rey de España Fernando el Católico, de la casa de Aragon, aterrados uno y otro por el subito engrandecimiento de su vecino, y atacados en sus propias pretensiones, estaban dispuestos á ayudar á la Italia á desembarazarse del huesped importuno que lamára en su auxilio. Venecia que creyó llegado el momento de sacudir su yugo en medio de la confusion general, reunió en una liga á los soberanos extranjeros y á los príncipes italianos, para arrojar á Carlos VIII del reino de Nápoles, y volver á introducir por distinta puerta, la de la intervencion á los extranjeros en la península.

Advertido por su embajador en Venecia, Felipe de Comines, de que la república, el Papa, Luis Elmore, Fernando el Católico y Maximiliano, habian formado una liga ofensiva contra él en 31 de marzo, y fijado el contingente de sus tropas, que se reunian ya en Sicilia y en la Lombardia, Carlos adoptó una pronta resolucion, presentándose á los italianos como héroes que su buena voluntad se habia complacido en formar. El 20 de mayo, salió de Nápoles, dejando una parte de su ejército á Gelberto de Montpensier, creado virey y á de Aubigni gobernador de Calabria. El Papa huyó al aproxi-

marse Carlos á Roma. Se restituyó sin embargo Civitavechia y Terracina guardando solo Ostia para el cardenal Julian de la Rovere. Sorprendido al atravesar la Toscana por las reclamaciones contrarias de Sienna, de Florencia, de Pedro de Médicis y de Pisa; dejó al capitán Ligni con doscientas lanzas en Sienna, se negó á imponer Médicis á los florentinos, pero mantuvo la libertad en Pisa y se apresuró á llegar á los Apeninos al saber que Luis de Orleans despues de haber sorprendido á Novara, se hallaba esta ciudad reducida al último apuro.

Una vez que hubo llegado al pie de los montes en Pontremoli, Carlos destacó una parte de sus tropas para tentar sobre Génova una empresa que le salió mal, hecho lo cual atravesó las montañas al frente de sus tropas, á pesar de las increíbles fatigas causadas sobre todo por el transporte de la artillería de grueso calibre. Desde su vertiente vió desplegarse en el valle de Taro, el ejército de los aliados fuerte, de cuarenta mil hombres y mandado por el marqués Francisco de Mantua, asistido de dos proveedores de Venecia. Allí fué donde encontraron los italianos, en el campo de batalla, al *Morgante maggiore*. Carlos VIII al frente de nueve mil hombres, despues de haber inutilmente pedido paso, salió del pueblo de Fornovo, envió su vanguardia mandada por el italiano Tribulcio sobre el Taro, y condujo en persona el grueso del ejército. «En este día, dice un historiador, parecia que este jóven era otro muy distinto, pues tenia buena cara y mejor color, y la palabra audaz y prudente. Atacados por vanguardia y retaguardia, los franceses se resistieron intrépidamente en todas partes y con una impetuosidad desconocida en Italia; acuchillaron en una hora á tres mil hombres, dispersando completamente al enemigo sin mas pérdida por su parte que la de doscientos hombres. Carlos VIII en el centro sostuvo por algun tiempo todo el esfuerzo de la caballería. Era el primero de aquellos com-

bates en que los italianos admirados del *heroísmo francés*, dieron á sus poetas el nombre de *gigantescas batallas*.

La victoria de Fornovo (6 de julio de 1495) no tuvo sin embargo mas resultado que el de haberse obtenido contra el traidor sanelon de la leyenda. Imposibilitado de salvar al duque de Orleans en Novara , y obligado á pasar los Alpes, Carlos VIII ni siquiera quiso aceptar el socorro de veinte mil suizos que bajaban ya de sus montañas , y firmó con Luis Elmore un tratado por el cual le restituia Novara y le aceptaba su homenaje por la ciudad de Génova. Hacia el mediodia despues de la batalla de Fornovo , el rey destronado por Carlos VIII , Fernando , dueño ya de Reggio , entró en la ciudad de Nápoles, acogido con las mismas aclamaciones por parte de aquel pueblo con que poco antes vitoreára al conquistador. Sostenido por los socorros de Venecia y por las tropas de Fernando el Católico , poco tiempo le bastó para arrojar á los franceses de los dos castillos de Nápoles y encerrar en Atella á Gilberto de Montpensier que murió de la peste y en Stroppoli al caballero de Auvigni , quien tuvo al menos el honor de reconducir á Francia sus dos mil lanzas (1476). El advenimiento de Federico al poder, el príncipe mas querido de los napolitanos, despues de la muerte de Fernando, en el mismo año, pareció afirmar aquella restauracion. Bastante caro pagó no obstante la Italia semejante resultado: la marcha triunfal de un conquistador habia hecho perder el antiguo equilibrio establecido y sostenido con tanto trabajo por los estados italianos. Nuevos gérmenes de ódio y de division ponian en lucha á los soberanos entre si, y á los pueblos con sus soberanos. La antigua lucha de los guelfos y gibelinos, que parece haber terminado ya con la victoria de los soberanos en cada ciudad, habia vuelto á estallar. Luis Elmore contenia con harto trabajo á sus súbditos y el Papa á sus vasallos. En Toscana principalmente , fué donde debía ser mas iminente la lucha de los antiguos principios.

Única aliada de los franceses en los cuales persistía viendo á los antiguos defensores del partido guelfo, única república democrática en presencia de tantos soberanos italianos, centro de un movimiento religioso tan opuesto como su política á las disposiciones del resto de Italia, Florencia sublevó otra vez contra ella á todos sus vecinos al querer apoderarse de Pisa. El fraile tribuno que hacia en público, auto de fe de las alhajas de las mugeres y de los poemas favoritos de los hombres, que de lo alto del púlpito organizaba entre los jóvenes, pues *los viejos eran duros como una piedra* una especie de milicia congregante, para atender á la morigeracion de las costumbres y de las opiniones, Savonarole, devolvía por el entusiasmo á Florencia algunos de sus antiguos dias de gloria. Contuvo al Papa, al que no perdonaba sus invectivas, sublevando contra él á los Orsini y á los Vitelli. Rechazó á Pedro y á Juan de Médicis, á Venecia y al duque de Milan, del mismo modo que el emperador Maximiliano, que entró en Pisa como un verdadero gibelino, y reanudó los lazos que unian á la Francia con los ejércitos del imperio.

La volubilidad empero de Florencia, no pudo acomodarse por mucho tiempo á una constancia y á un régimen que no estaban conformes con sus costumbres. Las traiciones no tardaron en aparecer. Acusado de tener relaciones con los Médicis, Nero entre otros, fué condenado á muerte, privado del beneficio de apelar al pueblo segun le concedía la constitucion, y fué ejecutado de noche. El crédito de los frateschi sufrió mucho con aquel abuso de fuerza y violacion del derecho. Alejandro VI que no perdonaba á Savonarole su osadía, aprovechó habilmente esta circunstancia; acusó á Savonarole de herejía por algunas proposiciones atrevidas de sus improvisaciones, y le prohibió el predicar. Los enemigos del fraile, los partidarios de Médicis, los libertinos, los *arrabialis* fueron desde entonces cada vez mas osados. Florencia se cansó de

sostener la guerra y de esperar los refuerzos de Carlos VIII, siempre anunciados y nunca llegados. Savonarole se mantuvo firme contra el ataque. Declaró, en una revelacion que estaba libre de la sentencia de un juez corrompido, y siguió predicando. Un hermano de la órden de agustinos, rivales de los dominicanos, Francisco de Reuille, impelido por la Santa Sede, ofreció probar con la prueba del fuego, la falsedad de la mision de Savonarola. Un sectario del dominicano aceptó el desafio. El dia siguiente, con el permiso del senado y en presencia de toda la ciudad reunida, se elevaron en la plaza pública dos hogueras entre cuyas llamas debian pasar los dos hermanos. En el momento de la prueba, los franciscanos no consintieron que el campeon de Savonarole entrase en la pira con el Santo Sacramento; el dominicano se negó á esponerse sin la proteccion de su Dios. La discusion se prolongó en medio de la impaciencia y de los gritos de los florentinos. Por último, estalló una tormenta y dispersó á actores y espectadores; pero el dia siguiente el pueblo instigado por los *arrabiati*, y creyéndose burlado atacó á pedradas el convento de los dominicanos é inmoló, á Valori y á sus partidarios que querian defenderlo. En medio del tumulto, mandóse prender y juzgar al fraile y destituir ó desterrar á sus partidarios. Savonarole condenado, fué públicamente quemado en esta ciudad que lo habia adorado, no tanto por no haberse salvado á sí mismo, como por no haber salvado á Florencia por un milagro.

Conquista del Milanesado por Luis XII; Alejandro VI y César Borgia (1498-1503).

Tiempo era ya de suspender el fuego. No en vano habian los italianos vuelto á enseñar á los bárbaros el camino de la península. Luis XII sucesor entonces de Carlos VIII, tomaba

á la sazón los títulos de duque de Milan y rey de Nápoles; tres condottieri, hacían la guerra al antiguo régimen italiano: San Severino para Elmore, Bartolomé d' Alviano para Venecia, y Pablo Vitelli para Florencia, no continuaron pues disputándose Pisa. Hércules de Este duque de Ferrara, para concluir la guerra, se propuso así propio como árbitro. Florencia respondió á esta abertura, haciendo decapitar á su condottieri por creerlo reo de alta traición.

No le costó poco á Luis XII el hacer valer, como heredero de los Visconti, sus pretensiones sobre el Milanesado, en medio de todas estas rivalidades. Venecia que habia sido el alma de la liga contra Carlos VIII, lo reconoció como duque de Milan, y se comprometió á atacar á Ludovico Elmore con seis mil hombres, que puso á disposición de las ciudades de Crémóna y Chiara d' Adda. Alejandro VI hasta entonces adversario acérrimo de los franceses, fué desarmado por la cesión hecha á su hijo César Borgia del ducado Valentino, á quien prometió socorros para ayudarle á hacerse un principado en la Romanía. Florencia estaba á la sazón muy ocupada con la Toscana, donde Pedro de Médicis ligaba contra ella á Pisa, Luca y Siena para poder acudir despues do necesario fuese confiando tan solo en los franceses.

Tampoco podia Elmore, contar con su gente, sobre todo al verse abandonado por sus aliados. Aunque habia fundado una academia de bellas artes, escuelas, construido un teatro, y reunido á su alrededor sábios y artistas, entre ellos á Bramante, que le edificaba el lazareto de Milan, la cúspide de la Grecia y el cláustro de san Ambrosio, y Leonardo de Vinci que retocaba su admirable cena; no dejaba el crimen que preparó su usurpacion de pesar ya sobre él. Trató de reunir los personajes mas importantes del Milanesado y fortificar su conducta; pero solo sirvió este paso para patentizar su debilidad. Cometió aun la falta de llamar en su ayuda los turcos que pe-

netraron á las órdenes de Scander Bassa hasta las orillas de la Livenza. Este último tratado le perdió del todo.

No fué larga la lucha, Luis XII como hombre hábil puso á la cabeza de veinte y cinco mil gendarmes, franceses, suizos y gascones, á un italiano llamado Jaime Trivulcio, condottieri, guelfo desterrado y enemigo jurado de Ludovico Elmore. Bastó solamente que se presentara Trivulcio, para apoderarse de Aneona, Basignano, Tortona y todo el paistranspaduano. (1499) Los guelfos y el partido de la libertad lo recibieran con alborozo. El condottieri san Severino, encargado de defender la fuerte posicion de Alejandría abandonó su ejército. Aterrorizado Elmore, envió una orden á Gajazzo, que habia opuesto á la república, de ir á tomar el mando de Alejandría, abriendo de este modo al oriente el paso á los venecianos que avanzaron hasta Lodi. Una revolucion del pueblo de Milan, en la que se dió muerte en medio de la plaza pública al tesorero del duque, acabó con Emlore. Puso una guarnicion de lo mas selecto en la ciudadela de Milan, hizo partir sus hijos y sus tesoros bajo buena escolta para Alemania y fué á reunírseles en Inspruck en los estados del emperador Maximiliano. Una diputacion de los milaneses fué á ofrecer á Trivulcio las llaves de la ciudad. El comandante de la fortaleza abandonó su puesto por una suma de dinero. Los gascones de Luis XII derribaron una estatua ecuestre del usupador, en la que Leonardo de Vinci habia trabajado doce años. El rey de Francia hizo su entrada triunfal en Milan é instaló un nuevo gobierno; recibió los embajadores de los principados italianos; de los señores de Ferrara, Mantua, Bolonia y de los florentinos, con los cuales propuso una alianza contra Nápoles.

La mala eleccion que hizo al principio el conquistador del Milanesado para gobernarlo, contribuyó á hacérselo perder; Trivulcio descontentó á muchos gobernando como gefe de partido. Elmore con que observaba los acontecimientos volvió á la

cabeza de diez mil suizos, á través de los Alpes y del lago de Come, y sorprendió á Trivulcio que se vió obligado á salir de Milan donde estaban ya cansados de los franceses. Pero Luis XII acudió en su socorro á la Trenouville con seis mil infantes franceses y diez mil suizos. Los alabarderos helvéticos que componian la principal fuerza de los dos ejércitos, iban á ser condenados por su venalidad á batirse entre si, cuando una orden de la dieta heráldica ó tal vez el dinero de Luis XII, hizo desertar el ejército del duque de Milan cerca de Novara (1500.) El more, que trataba de escaparse vestido de cordelero, fué vendido por un soldado de Uri y enviado á Francia donde murió en el castillo de Loches. Luis XII, advertido esta vez, nombró gobernador del Milanesado al cardenal Jorge de Ambroise, hombre mas moderado, que formó una especie de parlamento nacional é hizo pasar una parte del valle del Pó bajo la dominacion estrangera. Los italianos supieron que los suizos al retirarse se habian apoderado de la ciudad de Bellinzona, uno de los puertos de Italia que querian tener abierto para entrar cuando quisieran volver á la peninsula.

Esta primera leccion no fué comprendida por el resto de la Italia. En los estados de la Iglesia, y junto á algunas ciudades que habian conservado ó recobrado una especie de gobierno municipal, como Ancona, Assise, Spoleto, Terni, Narni, y una porcion de pequeños tiranos, se compartian todo el pais, y especialmente la Romanía, los Varani á Camarino, los Fogliani á Fermo, los Montefeltri á Urbino, los Vitelli á Civitta di Castello, los de la Rovere á Senigaglia, los Baglioni á Perouse, los Sforza á Pesaro, los Riari en Imola y en Forli y los Monfredi en Faenza, y los Bentivoglio á Bolonia, sin contar con los alrededores mismos de Roma á los Orsini y los Colonna, dueños de numerosos castillos, así en el campo, como en la misma ciudad. Así distribuido este pais, era el teatro de rivalidades sangrientas, de odiosos abusos de poder, efecto de una

pequeña guerra continua, que se hacia casi siempre por sorpresas, asesinatos, envenenamientos, y que, no obstante, no excluía del interior de los castillos elegantemente contruidos, pero mal fortificados, el lujo y los placeres en union con la cultura de las letras y las artes.

En Toscana, la guerra de Pisa continuaba sosteniendo la division que Florencia habia dominado por espacio de un siglo. Pisa trataba de reconquistar su independendencia con la terquedad intrépida que habia desplegado otras veces para conservarla, y para insultar con mas seguridad á un vecino, que habia tan voluntariamente respetado largo tiempo, dejaba en ella todo el poder á Pandolfo Petrucci, bastante hábil para disfrazarse de ciudadano, siendo señor.

Luis XII se unió al Papa Alejandro VI y á la república florentina, prestando socorros al primero para restablecer su autoridad en Romanía, y á la segunda, para someter á Pisa, procurando, no obstante, impedir á uno y á otra el hacerse poderosos, de cuya proteccion Alejandro VI sacó mejor partido que Florencia. El hijo del Papa César Borgia, despues de haber sido nombrado cardenal, sin ser sacerdote, se hizo condottieri desde que fué elegido duque, tomó el mando de las tropas que pudo reunir y de las que le prestó Luis VII, para hacerse un principado con los restos de los estados pertenecientes á pequeños tiranos de la Romanía. Este César Borgia era un hombre arrogante y robusto, capaz de hundir de un solo golpe la cabeza de un toro, y de persuadir todo cuanto queria por los encantos de su palabra, pero mas [corrompido aun que elocuente, y mas pérfido que fuerte. Acostumbrado á burlarse de lo que habia de mas sagrado, era poco á propósito para dominar esos terribles criminales y traidores que pululaban en la agreste y salvage comarca de la Romanía. Desde que se hubo asegurado de proteccion de Luis XII, se puso á la obra con una actividad inaudita; se apoderó de Imola sobre

Riario, sublevó la nobleza de Forli contra la vida de este, se alió con los Orsini para echar á Sforza de Pesaro y á Malatesta de Rimini, sitió á Manfredi en Yacuza, le concedió la libertad, si queria entregar la ciudad, y los hizo ahorcar dos dias despues, quedando de este modo dueño de la Romanía, que su padre convirtió para él en ducado con consentimiento del conclave, súbitamente ganado por una creacion doblemente lucrativa de doce cardenales (1500).

Florenca, por el contrario, no pudo nada contra Pisa, á pesar de sus auxiliares los franceses. Los pisanos supieron, como lo habian hecho ya otra vez, escitar la compasion y la generosidad de los franceses, que no tuvieron valor para combatir á aquellos bravos ciudadanos. El nuevo duque de Romanía se preparaba ya á sacar partido de su empresa contra los florentinos, cuando Luis XII atrajo á unos y á otros á su partido.

El rey de Francia, para asegurarse, sin efusion de sangre, del reino de Nápoles, y no escitar la envidia del mas poderoso de sus vecinos, habia hecho con Fernando el Católico un tratado, por el que le concedia á Nápoles el pais de Labour y los Abruzzos con el título de rey, y dejaba como duque independiente del rey de España la Pouille y la Calabria. Mientras que el ejército francés, mandado por d'Aubigny y seguido por César Borgia y Pedro de Médicis, partia de Roma para pasar la frontera; Gonzalo de Córdoba, general de Fernando, desembarcó en Calabria un ejército, al parecer, dispuesto á socorrer al rey de Nápoles. El desgraciado Federico, amado de sus súbditos, puesto á la cabeza de un reino desmantelado y acobardado, solo esperaba á Gonzalo de Córdoba, para entregarle todas las plazas de la Calabria, á fin de que apoyara sus operaciones. Al ver á los franceses penetrar en Cápua, degollar siete mil habitantes, y amenazar á Nápoles, invocó el socorro de Gonzalo, y fué entonces cuando únicamente supo

el tratado de Granada y la traición de que era víctima. Obligado á dejar entrar á los franceses sin resistencia en Nápoles y en Gaeta, y mas irritado contra el traidor, que contra su mismo enemigo, entregó á los franceses el Castillo Nuevo, se retiró á la isla de Ischia, y despues se entregó al rey Luis XII, quien lo envió á Francia á concluir sus dias con el título de duque de Anjou. El único poeta que dió un grito patriótico al principio de estas guerras, dió un ejemplo raro de fidelidad á su protector; Sannazar acompañó en su destierro al príncipe desgraciado, y le hizo aun oír en las orillas del Loira un dulce eco de la perdida patria (1501).

La posesion comun del reino de Nápoles por dos reyes celosos uno del otro, era difícil; suscitáronse algunas contestaciones entre el duque de Nemours, virey de Luis XII y Gonzalo de Córdoba, con motivo del impuesto exigido por los rebaños que pacían en la primavera en las llanuras de la Pouille sobre las alturas del Abruzzo, de la que resultó que apelaron á las armas en la Basilicata y en Atripalda: el duque de Nemours más apto para la guerra, echó los españoles y encerró á Gonzalo de Córdoba en la Barletta (1502). El rey de Francia parecia el único que debia sacar provecho del tratado de Granada, por que creyó poder mandar sin peligro á su virey suspender las hostilidades para entrar en negociaciones con España. Tenia la Italia como en una bigornia entre la dominacion francesa, la del norte y la del medio dia, á Luis XII que le prestó trescientas lanzas para continuar sus conquistas sobre sus aliados.

Los florentinos atemorizados, sacrificaron ante el peligro sus antiguos pensamientos democráticos; reanimaron el poder ejecutivo nombrando abanderado al viejo Soderini, que envió á César Borgia como embajador y como inspector, su jóven compatriota Maquiavelo. Los Orsini, los Vitelli los Baglioni los Petrucci y los Bentivóglia, se unieron en la Magione contra

su cruel enemigo, y restablecieron á Guido Ubaldo en Urbino. Una revolucion estalló aun en el nuevo ducado de Borgia; en cuyas circunstancias desplegó César todos sus recursos. Este hombre fogoso, que supo asesinar en las gradas mismas del palacio al segundo marido de su hermana Lucrecia, hombre vicioso que mataba bajo el mando pontifical el favoritismo de Alejandro VI, sabia tambien contenerse cuando era menester y esperar su turno para obrar con mayor seguridad.

Al pagar la alianza con Roma, Luis XII, habia dado á la Santa Sede mas poder político que no convenia á sus desig-
nios. Despues de la guerra habia tomado nuevamente su obra con doble astucia y energía. Habia rogado al duque de Urbino Guido Ubaldo que le prestase sus hombres y su artillería para atacar á Camerino, con lo cual habia tomado Urbino con sus propias armas. Despues hizo llevasen á Camerino condenado á muerte al señor con sus dos hijos, y hacia atacar por bajo mano la ciudad de Florencia por los Vitelli y los Bentivoglio y en Bolonia por la faccion de los Marescotti. Todos los vecinos de Alejandro VI contribuyeron á decidir á Luis XII en Astí, á librar la Italia de la criminal raza española. César apercibiendo el peligro, se volvió à toda prisa cerca del rey, desconoció al condottieri Vitelli, ganó al cardenal d'Ambroise prometiéndole asegurarle la tiara, «lo que no se ha hecho por la mañana decia él, se hará á la tarde.» Entabló negociaciones con sus enemigos, engañó á Maquiavelo y á los florentinos que rehusaron entrar en la conspiracion de la Magione, reunió en silencio un ejército, tomó nuevamente á Urbino y Senigaglia donde se habian reunido Oliverotto de Fermo, Vitelli y Pablo Orsini, á quien hizo asesinar, se llevó á Citta di Castello y echó aun de Perusa ó de Sienna á Baglioni y los Petrucci sus enemigos. Alejandro VI que le prestaba un fuerte apoyo hizo detener á todos los Orsini en Roma, é hizo envenenar al cardenal de este nombre. En los estados de la iglesia, el pueblo aplau-

dia la muerte de estos pequeños tiranos, nobles ó nó, que habían convertido aquella parte de Italia en una verdadera carnicería; los Borgias estaban poderosísimos (1503).

El rey de Francia, inquieto nuevamente, detuvo al hijo del Papa, intercedió por los Orsini, y restableció á Pandolfo Petrucci en Sienna. Pero el incomprendible César Borgia (secretísimo, dice Maquiavelo) se resolvió entónces contra los franceses; Fernando el Católico despues de haber engañado á Luis XII con un supuesto tratado, mandó nuevos refuerzos á Gonzalo de Córdoba, que batia sucesivamente á d'Aubigny en Semimara y al duque de Nemours en Cerinola. Era la ocasion de volver la cara. La Santa Sede preferia ver el mediodia de la Italia ocupado por los españoles mas bien que por los franceses, dueños ya del norte. César empezó á entrar en negociaciones con Fernando el Católico, recibió bajo su protección á Pisa vivamente oprimida por los florentinos, amenazó de nuevo á Sienna, con Gonzalo de Córdoba, dueño ya de Nápoles y la Trensonille, sobre los Apeninos y se hizo comprar por los dos adversarios. Aun en medio de tan sangrienta guerra codiciaban ya de antemano su suspirada presa las dos repúblicas de Bolonia y de Florencia. En caso de muerte de su padre lo habia preparado todo para quedar en posesion del cónclave y llevar al papado uno de sus hijos. « Aut César aut nihil » repetia mas frecuentemente que nunca en su insaciable ambicion.

En medio de estos proyectos, Alejandro VI, bebió, y sirvió á su hijo sin saberlo un brevage envenenado que habia hecho preparar el mismo para uno de sus cardenales. El Papa murió (el 17 de agosto) César vivió, pero hizo su enfermedad inútil todas sus precauciones. Feliz de poderse mantener en el Vaticano y en el Borgo, vió á todos sus enemigos entrar en Roma, y á los señores de las cercanías recobrar sus castillos excepto en la Romania. El cónclave se le escapó y eligió este á pesar de la

presencia de un ejército francés detenido por la ambición del cardenal d'Ambroise, anciano que se hallaba ya á las puertas de la muerte, al virtuoso Pio III, que era ya extraño á las cosas terrenas. Durante los veinte y ocho dias de su pontificado, el marques de Mántua, sucesor de la Tremouille, condujo el ejército francés hasta las fronteras del reino de Nápoles, y la ciudad de Roma se vió ensangrentada por los combates de los Orsini y de los Colonna contra los partidarios de Borgia. Pero á la muerte de Pio, hicieron los cardenales una acertada elección nombrando á Julian de la Rovere, el cual tomó el nombre de Julio II (31 de octubre).

Julio II; sumision de los estados de la Iglesia; Liga de Cambrai; guerra de la Independencia (1503 á 1512).

La exaltacion de Julio II, demostrada ya desde su edad mas temprana por su ardor belicoso, sus talentos políticos y su ambición desmedida, era como el advenimiento de un nuevo poder en el momento en que el papado se hallaba restaurado en la península. No obstante, el nuevo Papa, asaz dueño de sí mismo para contener su ardor y ocultar sus designios, no pareció ocupado al principio sino en quitar á César Borgia las posesiones de que habia querido despojar á la Iglesia romana, y guardó una estricta neutralidad entre franceses y españoles. Recogió los despojos del ejército francés batido completamente en las orillas del Garigliano, pero sin mostrarse hostil con Fernando, procuró la conclusion de una tregua que fué efecto de los tratados, que dieron, sino la independencia, al menos la paz á la península, que aseguraron á Luis XII la investidura imperial del Milanésado, y que garantizaron los derechos de las dos casas de Francia y de Aragon sobre el reino de Nápoles, por una formal promesa de ma-

rimonio entre una hija de Luis XII y uno de los hijos nietos de Fernando.

Sin embargo, basta leer los últimos versos del *decenale primo* de Maquiavelo para ver lo que tenían de sólido estos tratados de paz, tres veces renovados en Blois en 1504 y 1505. « La fortuna, dice, no está del todo satisfecha, y no ha puesto fin á las querellas de Italia. Las potencias no pueden reconciliarse; el Papa quiere curar las heridas de la Iglesia; el emperador quiere presentarse al Santo Padre; el francés se resiente de los golpes recibidos; la España que tiene el cetro de la Pouilla va tendiendo á sus vecinos sus redes y sus lazos; Márcos, medroso y sediento, está suspenso entre la paz y la guerra; y Florencia quiere recobrar á Pisa. Por poco que se sople el fuego, la llama llegará hasta el cielo. » El fuego ha estado encubierto durante cuatro años (1504-1508) antes de declararse. Julio II se mostró el mas activo durante la tregua. Consiguió la rendición de las fortalezas de César Borgia, de *aquel hombre tan prudente, que habiendo entonces perdido la cabeza se entregó á Fernando el Católico*, y fué detenido por éste en una estrecha cárcel. Sometió á Forli, comprometió al último de los Montefeltri á reconocer por sucesor á Guido d'Ubaldo de la Rovere, echó á Pablo Baglione de Perusa y entró solo en la ciudad, y con el auxilio de los venecianos y franceses que se arrepintieron al momento, tomó á Juan Bentivoglio la ciudad de Boloña, donde hizo levantar su estatua por Miguel Angel.

En su política interior parecia siempre tener la idea de contener á los franceses y á los españoles entre sí; impedía á Fernando el Católico marchar en persona contra Lombardía, y suscitaba contra Luis XII la revolucion de Génova, cuya ciudad, el rey se vió obligado á ganar por asalto, conservándola por la construccion del fuerte de la Lanerna. Pero muy pronto la política pontificia tomó la ofensiva. Para refrenar mejor á los dos señores de la Italia, Julio II trató de oponerles

un segundo soberano en la persona de Maximiliano, al cual alhagaban sus antiguos derechos imperiales. El emperador Maximiliano era el hombre ambicioso y débil á la vez que convenia á sus deseos. Llegó á tal, que le ofreció coronarlo en Roma, y lo hubiera hecho, si los venecianos y los franceses hubiesen permitido á aquel á quien él mandaba atravesar los Alpes.

Esta fué la primera causa de la gran desgracia que pesó sobre Venecia. Descontentos el Papa y el emperador, procuraron formar una liga contra ella, y lo lograron por desgracia. La hábil política de esta aristocrática ciudad, que aprovechaba todas las ocasiones para aumentar su territorio en Italia, la habia granjeado muchos enemigos, cada uno de sus vecinos creia poder dirigirla algunas reclamaciones y fundados cargos. Julio II habia visto con cólera á los venecianos tomar á los Borgia las ciudades de Rimini, Faenza, Cesena, y no sentia menos la pérdida de las de Cervia y de Ravena, que hacia mucho tiempo habian dejado de pertenecer á la Santa Sede. Maximiliano, para asegurar su viaje á Roma, reclamaba á Verona, Vicenza, Padua, Roveredo, y Trevisa, es decir, todo el Frioul, por do pasaban todos los ejércitos imperiales que se dirigian á Italia en la edad media. Fernando el Católico suspiraba aun por las cinco ciudades marítimas del reino de Nápoles, abandonadas por los antiguos reyes á la república, en pago de sus servicios. Luis XII se arrepentia de haber cedido en el Milanésado á Cremona y la Chiarra d'Adda. Hasta el mismo pequeño duque de Ferrara, se creia deber aumentar su territorio. Todas estas ambiciones patrocinadas por el Papa se coaligaron en Cambrai en 1508, para la ruina de Venecia, á la que consideraban *usurpadora, tirana y provocadora de discordias*. Fernando el Católico y Luis XII no veian en la guerra sino algunas ciudades que conquistar; solo Julio II llevaba sus miras mucho mas lejos. Arrojava el

imperio en las querellas de la península, para restaurar á expensas de los españoles y de los franceses, un poder del que esperaba sacar mejor partido. Política atrevida y hábil, que podia muy bien servir de rechazo á la Santa Sede; una sola ciudad, la república de Florencia, podia interesarse en Italia por la suerte de Venecia. El rey de Francia y el rey de España para llamar su atención, le vendieron por fin al precio de ciento cincuenta mil ducados, la desgraciada Pisa, que no teniendo ya ni mas armas ni mas víveres, fué bien pronto obligada á abrir sus puertas despues de una lucha de catorce años, para entrar de nuevo en la antigua esclavitud (alla catena antica).

La república de Venecia, abandonada de todos, luchó contra los confederados de Cambrai, con los inmensos recursos que la procuraban sus riquezas, y sobre todo con aquella energía y terquedad que habia empleado para labrar su fortuna. El 27 de abril de 1509, lanzó el Papa Julio II el interdicho contra sus magistrados, sus ciudadanos y sus defensores, como enemigos del nombre cristiano. El 9 de mayo, Luis XII pasó el Adda, se echó entre los ejércitos venecianos mandados por Pitigliano y Alviano que no estaban de acuerdo, y alcanzó al segundo cerca del dique de Agnadello (14 de mayo). Abandonado por su colega, el Alviano se esforzó en sacar provecho de su ventajosa posición, batiéndose heroicamente con sus tropas, pero la presencia del rey en el ejército francés, produjo en sus soldados escesos de bravura; Alviano fué herido y preso, y el resto de su tropa puesta en fuga. Luis XII se apresuró en recoger los frutos de su victoria, y Caravaggio, Peschiera, Bergama, Brescia, Crema y Cremona, cayeron en pocos dias entre sus manos.

Mas hábil aun en la derrota que en la lucha, Venecia hizo retirar al momento todas sus tropas á las lagunas, y libró del juramento de fidelidad que habian prestado á todas las

ciudades sometidas. Era aquello reservar todas sus fuerzas para salvar la capital, y evitar á sus antiguos súbditos los males de la defensa, por no hacerles sentir mas que los de un yugo extranjero. En poco tiempo Francia la Rovere y en el Ducado de Urbino, se apoderó casi sin resistencia de Cervia, Rimini, Faenza y Ravena. Alfonso de Este duque de Ferrara echó mano de la Polesina, de Rovigo, Este y Montselice; y Fernando, de las ciudades marítimas de su reino. A falta de Maximiliano, siempre imposibilitado cuando se trataba de poner un ejército en pié, algunos de sus feudatarios entraron en las ciudades de Feltre, Belluna, Trieste y Trevisa, que voluntariamente enarbolaron la bandera austriaca. Venecia esperaba á sus enemigos en el botin. Despues de haber cumplido heroicamente su gran sacrificio, negoció con los que parecian tener mas derechos á ello, esto es, con el emperador y el Papa, y envió al Pó, contra el duque de Ferrara, una flota que fué incendiada por culpa de su gefe. Maximiliano rehusó tratar, y fué con un fuerte ejército á cercar la ciudad de Padua, donde se habia refugiado el ejército veneciano con todos los paisanos de los alrededores; pero la ciudad resistió, habiendo algunas otras que en presencia del emperador, de quien estaban ya cansados, tornaron otra vez á la bandera de San Márcos.

El Papa Julio II que habia conseguido el fin personal que se habia propuesto en la liga, aprovechó la primera ocasion para terminar la guerra con una potencia italiana. Concedió el 2 de Febrero (1510) la absolucion á Venecia desde el momento en que hubiera abandonado todas sus conquistas, con lo que manifestó audazmente sus proyectos de arrojar á los bárbaros.

Dueño entonces de un Estado que le convirtió en el primer príncipe italiano, aliado de Venecia, á quien habia combatido, reclama al duque de Ferrara las ciudades de Módena y Reggio, como antiguas posesiones de la Iglesia. No es su úni-

co objeto la toma de las ciudades. Atacó al duque de Ferrara mas bien porque era aliado de los franceses, que por ser detentor de su dominio. Antes ya de emprender á Luis XII procuró aislarlo. Fernando, investido como en la edad media del reino de Nápoles, rompe la alianza de Cambrai; Macsimiliano lisongeadó cada dia mas con sus pretensiones imperiales, en Italia, vacila; la enemistad contra Venecia lo sostiene solamente. El cardenal Mateo Schiner, oprimió á los suizos. Julio II no paró hasta procurarse la alianza del nuevo rey de Inglaterra. Enrique VIII, en fin, con una flota pontificia subleva á Génova contra los franceses. Julio de la Rovere, disponiendo como señor de la Italia, y removiendola Europa con sus intrigas, empieza una guerra de independencia, y sueña ya en el restablecimiento de la supremacía pontificia de la edad media.

Luis XII no podia equivocarse sobre las intenciones del Papa. Obtuvo de un concilio de obispos franceses la autorizacion de rechazar la fuerza por la fuerza. Julio II por su parte *arrojó las llaves de san Pedro al Tiber para empuñar la espada de san Pablo*. Mientras que Venecia tomaba á Vicencio y atacaba á Verona, para establecerse el mismo en la ciudad de Bolonia, mandó sobre la Romanía esperasen al duque de Urbino, que se apoderó de Módena. El general francés Chaumorgt marchó contra su cuartel general; Julio II consideró su ataque como un ultrage á su Santidad, y con las milicias bolonesas, hasta la llegada de los socorros de Venecia, salió entonces de la ciudad, puso en persona el sitio delante de la Mirandola, y apesar de una emboscada del caballero Bayardo y los rigores de la estacion, entró por la brecha en 20 de febrero (1511.)

Pero trás él, una faccion sublevada en Bolonia llamó á los Bentivoglio, y rompió su estatua, obra de Miguel Angel. El cardenal de Pavia que él habia dejado en la ciudad, se escapó, y el duque de Urbino se dejó batir por Trivulcio en el puente de Casalecho sobre el Reno. Los dos vencidos acusándose mu-

tuamente de sus desastres, pusieron colmo al desorden. El duque de Urbino en un momento de cólera llegó hasta hacer asesinar al cardenal en medio de sus guardias. De regreso á Roma, ya triste, ya amenazador, Julio II fué abatido por una enfermedad que le dejó como muerto algunas horas; pero al saber que Luis XII y Macsimiliano convocaban un concilio general en Pisa para reformar la Iglesia empezando por sus gefes y por sus miembros, se levantó mas terrible que nunca.

Sus adversarios habian cometido una falta al colocar la lucha en el terreno espiritual. Julio II no habló ya solamente en nombre de la Italia, sino tambien en nombre del Catolicismo, atacando su persona como jefe de la cristiandad: renovó sus negociaciones con Fernando el Católico, con Enrique VIII de Inglaterra, y con los amigos á quienes honró con el título de defensores de la Santa-Sede, obligándolos á hacer en Venecia, para su defensa, una santa liga. El entredicho fué lanzado contra Pisa y los cardenales disidentes, convocándose otro concilio en San Juan de Letran á principios del año siguiente. Como lo habia previsto Maquiavelo, la llama se elevó hasta el cielo. El pueblo de Pisa sublevado por los agentes del Papa, no permitió á los prelados que se reuniesen. Ramon de Cardona á la cabeza de las tropas españolas del reino de Nápoles, fué á unirse con las tropas pontificias y á poner el sitio delante de Bolonia. Los venecianos llegaron aun á introducirse en Brescia por la traicion de Luis Avogoro; y por fin diez y seis mil suizos levantados por el cardenal de Sion, Mateo Schinner, bajaron de los Alpes al Milanesado.

El rey Luis XII resistió al principio á este ataque formidable, gracias á la valiente espada de un heróe. El jóven Gaston de Foix, de veinte y dos años de edad, rechazó á los suizos hasta sus montañas en diciembre de 1511, y libró en enero á Bolonia sitiada por el Papa y Ramon de Cardona; se apoderó el 20 de febrero, de la ciudad de Brescia á la que castigó por su he-

rónica resistencia pasándola á cuchillo ; reapareció en marzo en la Romanía ; atrajo á Ramon de Cardona dando el asalto en Ravena , y obtuvo sobre él la mas sangrienta victoria de toda la guerra (11 de abril de 1512). Allí hubiera perdido Julio II su Tiara, si Gaston empeñado en la persecucion de los fugitivos no hubiese sido muerto en medio de sus triunfos por un soldado español.

Maximiliano Sforza restablecido en el Milanesado ; entrada de los Médicis en Florencia ; los españoles en Nápoles (1512-1513).

A esta noticia Julio II que estaba á punto de tratar , rompió todas las negociaciones é hizo entrar á Maximiliano en la Santa Liga ; abrió el concilio de Letran , en el que se dispuso la continuacion de la guerra , que activó vivamente. Veinte mil suizos se echaron sobre Lombardía para restablecer á un hijo de Ludovico Elmore, Maximiliano Sforza, mientras que Fernando el Católico y Enrique VIII se apresuraban á invadir la Francia. El sucesor de Gaston de Foix, la Palisse , obligado á abandonar la Romanía ante el ejército de Raimundo de Cardona , reunido y aumentado con nuevos refuerzos, se halló con un ejército debilitado por la desercion y cogido entre dos ejércitos contrarios. Incapaz de resistir á estas fuerzas superiores, no tuvo sino el tiempo de dejar algunas guarniciones en las plazas fuertes , evacuó á Milan donde se habian reunido con la misma importancia los padres del concilio de Pisa, y se retiró al Piamonte.

El ejército de la *Santa liga* destruía á su paso la obra de la dominacion francesa. Alfonso de Este , viendo invadidos sus estados , Módena , Reggio y Ferrara, defendida aun por el cardenal Hipólito su hermano , viéndose este atacado fué á pedir gracia al Papa, que le dió un salvo conducto. Maxi-

miliano Sforza entró en Milan , cuya ciudad manchó vergonzosamente con la sangre de los últimos franceses que habian quedado en sus muros , fué reintegrado en su ducado con condicion de reconocer el feudalismo del emperador , ceder al Papa como antiguo dominio de la Iglesia á Parma y Placencia, á los venecianos lo que los franceses les habian tomado y á los suizos Chiavenne y la Valtelina. En Génova , Giano Gregoso, enviado por el Papa , entró en el puerto , echó á los franceses, se hizo proclamar dux, tomó el fuerte de la Lanterna é hizo reconocer por los aliados la república de Génova (21 junio de 1512).

Finalmente la caida de la república de Florencia fué la última consecuencia de la espulsion de los franceses ; Ramon de Cardona veia en la Toscana una presa para sus soldados, Julio II no perdonaba á los Sorderini y á los florentinos el haber dado auxilio al concilio en Pisa. Los dos Médicis Julian y Juan hermanos de Pedro , muerto combatiendo contra los franceses , ofrecian pagar bien su restauracion. Raimundo de Cardona á la cabeza de cinco mil infantes españoles marchaba sobre Florencia , cuyo gobernador se defendió con palabras mas bien que con armas y dinero. El español tomó á Prato por asalto é hizo la mas atroz carniceria. Algunos jóvenes ricos y disolutos de la *sociedad de los jardines de Ruccelai*, aprovechándose del terror causado por esta noticia , se apoderaron del señorío , obligaron á Soderini á huir y abrir sus puertas. Recibidos al principio como ciudadanos Julio y Juan, trataron al instante como dueños y crearon una baylia que les volvia el poder quitado á su familia despues de diez y ocho años (1.º de setiembre de 1512).

Julio II se dejó llevar por la exaltacion de su triunfo. Encargó á Miguel Angel la confeccion de un mausoleo, monumento verdadero donde las estátuas de San Pablo y de Moises le parecian los únicos dignos de proteger sus cenizas ; se

hizo remitir por Bramante los planos de la iglesia de san Pedro que debía levantarse hasta doscientos pies la cúpula del panteón de Agrippa. Se creía en efecto el verdadero Papa de la edad media, y que asegurado con el triunfo de la *Santa liga*, quería trabajar en restaurar el imperio para constituir enteramente de nuevo la antigua sociedad. Por un nuevo giro político, después de haber devuelto á Maximiliano la soberanía del Milanesado, ofreció su apoyo para apoderarse de Venecia, Padua, Vicencio y la antigua Escala imperial, con tal de que en recompensa, espulsara él á los españoles del reino de Nápoles. Restaurado este imperio, dejaba ya de temerle. No ponía escrúpulo alguno en proclamar la antigua ley imperial ni en desterar y reanimar el antiguo derecho después de cuatro siglos ya olvidado. No pensaba sino en levantar un fantasma que dominaría fácilmente la Italia, escribir á su hermano; y el cardenal no tendria mas que un solo dueño el Papa, cuando murió de repente (el 21 de febrero 1513) á causa de sus fatigas. Hubiera sido un gran pontífice á no haberle cegado su ambicion hasta el punto de querer resucitar las quimeras de otra edad que tantos males causáran á la Santa Sede y á la Italia.

El Papa Leon X y su siglo; su política egoísta é imprudente; Marignan; letras y artes (1513-1521).

«En otro tiempo dice Maquiavelo, hablando del poder temporal de la Santa Sede, en la época á que hemos llegado, no habia varon por pequeño que fuese que no despreciase el poder pontificio; cuando hoy dia hasta el rey de Francia le respeta.» Los cardenales para poner colmo á la restauracion pontificia empezada por Julio II, le dieron por sucesor al señor de Florencia, Juan de Médicis, que tomó el nombre de Leon X

(11 de marzo de 1513) «lo que era poner en manos del nuevo Papa todo el centro de la Italia.» Pero el hijo del *magnífico* Lorenzo, el discípulo adulado del filósofo Marcile Ficin y del poeta Policiano, no tenía ni la alta ambición, ni la varonil energía de su predecesor. Deseaba mas bien enriquecer á su familia que aumentar el poder de la Santa Sede, y reanimar las artes y las letras, mas bien que salvar la Italia y dirigir la política europea. Los jóvenes cardenales se habian dirigido á él con la esperanza de obtener mas brillantes resultados.

Leon X inauguró su reinado nombrando cardenal á su alegre camarada Bibbiena, que le habia hecho olvidar las amarguras del destierro, y por secretario al docto teólogo Sadolet y al ciceroniano Bembo, cuyo culto por la antigüedad latina rayaba en paganismo. Si continuó la guerra y convocó las dos ciudades de Parma y de Placencia, fué para tomar un ducado para su hermano Julian, y no para unir las al dominio pontificio.

Luis XII enviaba á la Tremouille á Italia y trataba con los venecianos respecto de la toma del milanesado, deseosos de vengarse de la Santa Sede, despues de haberse sublevado por su apoyo. Leon X estrechó su alianza con Maximiliano, Enrique VIII de Inglaterra y Fernando el Católico en Malinas. La Tremouille entró al principio con rapidez en Alejandria, Asti y Milan, mientras que el veneciano Alviano contenia á Ramon de Cardona; despues de los franceses, Antoniotto Adorno cedió á la Fregose de Génova y se hizo nombrar dux. Algunos suizos se sostenian aun en Novara, con su ídolo Maximiliano Sforza, pero algunos nuevos montañeses, en número de diez, mil bajaron de repente de los Alpes, presentaron la batalla á Tremouille cerca de Novara, tomaron la artilleria y en medio de una lluvia de proyectiles, embistieron á los franceses espada en mano y los rechazaron con pérdida de ocho mil hombres (el 6 de junio). Maximiliano Sforza entró en Milan,

los Fregose en Génova, y Julian se estableció en Parma y Plasencia. Alentado por este éxito, Leon X, trató de seguir la política de Julio II. Hizo atacar la Francia y echó sobre su aliada Venecia al emperador Maximiliano y á los españoles. Pero el objeto por que sacrificaba una potencia italiana no era digno de disculpa. Quería apoderarse de Módena y Reggío para otros dos sobrinos; ya que su hermano Julian, y Lorenzo su sobrino, hijo de Pedro, se hallaban en posesion de Florencia.

El territorio veneciano fué invadido nuevamente como en tiempo de la liga de Cambrai. Ramon de Cardona, condujo su ejército hasta las orillas de las lagunas, incendió las ciudades de Matra, Malguera y Fusina, y bombardeó hasta el convento de San Secondo. Bartolomé Alviano, se vió obligado á encerrarse en Padua, otros dos de sus generales en Trevisa y en Crema, donde se mantuvieron largo tiempo. Afligida tanto por el incendio, que consumió uno de sus mas ricos barrios, abandonada por Luis XII, que cejaba al ver á los alemanes en Guinegate, á los españoles en la Guyena, y los suizos en la Borgoña, Venecia hubiera sucumbido tal vez á este último golpe de la liga de Cambrai, si Francisco I elevado al trono (en enero de 1515), no hubiese venido á salvarla.

El jóven rey se habia atraído desde su encumbramiento la simpatia del rey de Inglaterra, Enrique VIII, y del señor de los Paises-Bajos, Cárlos de Austria, nieto de Maximiliano. Leon X y sus aliados mandaron á los suizos y á algunos españoles, capitaneados por Próspero Colonna, ocupar el paso del monte Cenis y del monte Ginebra, por donde atravesaban ordinariamente los ejércitos de Francia. Grande fué su admiracion cuando supieron que Francisco I se habia abierto una via, por pasos impracticables, al través de las gargantas de Argentieres, y que habia sorprendido á Próspero Colonna en Villafranca, avanzando hácia el marquesado de Saluces en Lombardía,

á la cabeza de treinta mil hombres. Esta invasion repentina cambió todo el plan de defensa. Ramon de Cardona, observado en el Adda y el Pó por Bartolomé d'Alviano, estaba cortado por los suizos. Solos estos, y obligados á replegarse sobre Milan, estaban prontos á entrar en negociaciones, hallándose resueltos á abandonar el Milanesado por sesenta mil ducados. La llegada de veinte mil de sus compatriotas les animó por un instante. Escitados por el cardenal Mateo Schinner, quisieron dar un doble golpe de mano, esto es, quitar el dinero que se conducia á Buffarolo, y atacar al ejército francés, acampado en Marignan, entre Milan y Plasencia. Pero encontraron el dinero puesto en seguridad y al ejército francés formado en batalla. Sin desconcertarse por ello, sufrieron las consecuencias de su mala fé y de su rapiña.

Eran las dos de la madrugada (del 13 de setiembre). Los suizos se arrojaron, como de costumbre, sobre la artillería, que defendia el rey de Francia en persona, la cual fué muchas veces tomada por cada uno de los dos ejércitos. Despues de haber combatido por espacio de cuatro horas á la luz de la luna, dejaron ambos ejércitos las armas, rendidos de fatiga. Francisco I pasó la noche sobre la cureña de un cañon, y el caballero Bayardo pudo librarse con gran trabajo de un grupo de enemigos que le atacó por sorpresa. Al dia siguiente, los suizos empezaron el ataque con nuevo ardor; pero fueron rechazados en todas partes, cuando oyeron trás ellos el grito de *San Marcos*, de los venecianos. Temiendo ser encerrados entre los dos ejércitos, formaron sus batallones, y tomaron en buen orden el camino de las montañas, dejando doce mil muertos en el campo de batalla.

La victoria de Marignan tuvo resultados inmensos. Francisco I entró en Milan, se apoderó de todo el Milanesado, cuyo duque, Maximiliano Sforza, fué enviado á Francia, y tomó á Génova, cuyo dux tomó el título de gobernador, nom-

brado por la Francia. El vencedor dictó la paz á su gusto, y con bastante moderacion. Los suizos abandonaron todas sus bailías italianas en los Alpes, reconocieron á Francisco I como duque de Milan, é hicieron con él un tratado llamado *paz perpetua*, por el que se comprometieron á proveer á él y á todos sus sucesores de cuantas tropas pudiesen necesitar. El Papa Leon X, segun su propia espresion, se arrojó en brazos del rey en Bolonia, y renunció á Parma y Plasencia, con la sola condicion de poder disponer de la Romanía y de la Marche, en favor de sus parientes. El mismo Maximiliano, el último que renunció á sus pretensiones, así como tambien el mas incapaz de sostenerlas, se adhirió al tratado, y suspendió las hostilidades contra la república de Venecia, que recobró su antiguo territorio menos Crémona y algunos pequeños puntos mas bien guardados por los franceses. Libre ya de una ambicion superior á sus fuerzas, Leon X volvió á su política de familia y á sus pasatiempos delicados.

Julian habia muerto en 1516, y Lorenzo tenia en Florencia una posicion ventajosa, pero Julio de Médicis é Hipólito, sobrinos tambien del Papa, é hijos naturales de los famosos Lorenzo y Julian, se conservaban aun en el poder. El duque de Urbino, el único gran feudatario que conservaba aun su independencia, fué la víctima inmolada. Leon X lo atacó de improviso, se apoderó de la capital de Pesano y de Montefeltro, y le obligó á retirarse á Mantua con su artillería y su biblioteca. Algunos cardenales se negaron á consagrar este acto de refutismo, particularmente Alfonso Petrucci, cuyos dos hermanos habian sido espulsados de Sienna por el Papa; hizo estallar un motin, siendo quizás el que formó con algunos otros, y con Riario, Soderini y Sauli un complot para envenenar á Leon X. El Papa advertido, ó por sospecharlo, llamó á Alfonso Petrucci á Roma, donde le hizo prender con sus cómplices y juzgarlo. En el consistorio tuvieron lugar

escenas muy violentas para conseguir la degradacion de cinco cardenales que fueron puestos en el tormento. Alfonso Petrucci, á pesar de los ruegos de sus cólegas, fué condenado á muerte y estrangulado y los otros condenados á prision, ó al pago de crecidas multas; pero la resistencia que Leon X encontró fué tal, que para obligar á su consejo, y tal vez para reparar capitales agotados, nombró de una sola vez treinta y un cardenales, los cuales como es natural, no se opusieron al nombramiento de su sobrino para el ducado de Urbino.

La adhesion de Leon X por la causa del renacimiento encubrió sus violencias. La literatura y las artes no podian ya florecer sino al pié del Vaticano. Las guerras del Milanesado y de Nápoles, las revoluciones de Florencia, las violentas catástrofes de Urbino, la Côte de Ferrara entre la ambicion francesa y la pontificia, Venecia en fin, casi arruinada enteramente por la liga de Cambrai y por la llegada de los portugueses á las Indias, no dejaban ya un asilo á los estados ni á las artes á través de la paz. Leon X, se esforzó en reunir en Roma á los mas sábios escritores y á los artistas, poniendo á su disposicion cuantos medios podian desear. Tambien el vencedor de Marignano condujo á Francia, como un trofeo, á Leonardo de Vinci, al Primático, y al poeta Alamani, que encontraba á la Francia mas antigua que otros paises, de lo que lo era la Italia de sus propios hijos.

« E IL BUON GALLO... CH' IO TROVO AMICO
PIU DE FIGLI D' ALTRUI CHE TU D' TUOI. »

Bajo la proteccion del Papa, Lascaris y Marcos Musuro con diez jóvenes helenos, fundaron en Roma un colegio y una imprenta para la enseñanza y propagacion de la literatura griega. La universidad latina, restituyóse á su primitivo esplendor con mas de cien profesores de entre los mas notables de toda la Italia, teólogos, filósofos, profesores de idioma, poetas y gramáticos. Beroalde el joven, puesto á la cabeza de la biblioteca

vaticana, agotó casi el tesoro pontificio para procurarse los mas raros manuscritos.

El que tuvo sin embargo la gloria de legar su nombre á aquel siglo, se limitó á admirar la erudicion antigua que transformó tantas veces la literatura en un arte de imitacion servil, y á considerar sus producciones tan admirables en la forma, como superficiales y frívolas en el fondo, como señal de una época de debilidad moral. En los innumerables ejemplares de antiguos originales, se aprendió á conocer al verdadero Aristóteles. Se rechazó, gracias á la lectura de Platon publicado en Venecia, la autoridad del Oráculo de la edad media, pero no se formó una filosofía. Se plagió á los historiadores antiguos en el arte de aglomerar los hechos y de mutilarlos por medio de discursos convencionales á la manera de Tito Livio, sin que pudiera dar la Italia con su Herodoto ni su Tácito.

Se descubrió la geografia de Ptolomeo, la botánica de Dioscoride, la medicina de Galeno y de Hipócrates, cuyas ciencias no hicieron por entonces ningun progreso. En vano se procuró refundir la inspiracion poética en su antiguo molde, pues no hubo ni arranque espontáneo, ni independendencia, ni originalidad; todos apreciaron estas cualidades en obras cómicas y triviales que contrastaban con la gravedad de las circunstancias; nada brotó de nuevo, como en los tiempos de Dante, del poder del genio y de la nacionalidad de Italia.

El ciceroniano Bembo, el gran sacerdote de ese culto para la antigüedad pagana, el favorito de Leon X, despues cardenal en tiempo de Pablo III, redujo á preceptos sus teorías y su inclinacion por lo instintivo. El hombre, segun él, no podia crear y si solo imitar á sus aventajados antecesores; pretendia haber hallado en una frase de Ciceron, el secreto de comunicar á las letras lo único que les estaba permitido. Tambien en filosofía hubo un pretendido aristotélico, Pedro Pomponazzo, que impuso su ley á los filósofos, agitándolos en la cuestion de si

era el alma inmortal é inmortal, única en todos los hombres, ó bien si era única en cada uno: en historia, Pablo Jové, que empezaba ya á escribir, procuraba mas bien imitar á Tito Livio, que trazar el verdadero cuadro de su tiempo, á fin de que sirviera á la posteridad de leccion saludable.

En la epopeya, el poeta virgiliano Vida, que habia admirado á Leon X y sus contemporáneos con su poema didáctico sobre el aljérez, el cual le dió mucho mas fama que la *Crhistiade* en la que aprobaba la renovacion del mundo por la fé, por celebrar en la primera un juego que estaba en boga. El Trissino careció de inspiracion, en su poema la *Italia restaurada* que podia ofrecer entonces tanto interes, por lo que podia esclamar con dolor, maldito sea el dia y la hora en que tomé la pluma y no canté á Rolando.

« SIA MALEDETTA L' ORA E IL GIORNO QUANDO
PRESI LA PENNE NON CANTAI D' ORLANDO »

Rolando, tal era el único héroe que movia y entusiasmaba aun á los verdaderos poetas. El año mismo en que el rey héroe que se hacia armar caballero por Bayardo, ganaba á espensas de la Italia la batalla de Marignan, el Ariosto publicaba esa obra maestra de imaginacion y de gracia, llamada el *Orlando furioso*, en la que se burlaba de sí mismo y de su actor, pero en verdad, que por mucho que se admire una obra tan rica y armoniosa, no puede uno menos de sentir que el Ariosto se empleára en contar cuentos caballerescos, y de esclamar con el cardenal Hipólito d'Este, mas interesado con la suerte de su patria: ¡ Y bien! señor Ariosto, ¿ de dónde habeis sacado tantas chocarrerias? Tambien en la tragedia creyó en vano Rucellai inmortalizar su nombre con sus dos piezas, *Resmondo* y *Orestes*, cuidadosamente compuestas dice él, en su prefacio, sobre el modelo de los antiguos. El Trissino con su *Sofonismo* obtuvo mas aplausos de sus contemporáneos, y con su *Italia*

Restaurada, no logró hacerse mas recomendable á la posteridad. En la comedia solamente y aun apesar del cuadro plagiado á Platon, el color, y el espíritu de la época hirieron con una vivacidad licenciosa, en la *Calandria* de Bibbiena, al ya cardenal la *Mandragore* en union del político Maquiavelo.

Los espíritus y los caracteres mas fuertes se dejaban arrastrar por esa decadencia continua del pensamiento, bajo el imperio de la forma antigua por ese desfallecimiento de los corazones, producido por la dominacion estrangera. Un espíritu universal y poderoso, que hubiera podido ser el primero en todos los géneros, Maquiavelo, no habia ensayado aun su genio sino en las mas sencillas producciones; secretario del consejo de los *Diez de la guerra* de Florencia, encargado de embajadas cerca de César Borgía, del rey de Francia y de la Santa Sede, se habia contentado hasta entónces en rivalizar con Aristophano en la *Mandragore*, con Platon en la *Clitia*, con Luciano en el *Asino de Oro* y con Boccacio en su cuento de *Belphégor*. Firme sosten durante largo tiempo del gobierno republicano en Florencia, sorprendido en una conspiracion contra los Médicis restablecidos por Julio II, y puesto en el tormento sin confesar su delito, se cansó al fin de la inaccion y de la miseria, y debutó en sus obras políticas, por un acto de desesperacion, que hizo de su *Príncipe* una obra maestra. Decidido á hablar á los hombres el lenguaje que convenia á sus actos de cada dia, y deseoso de obtener de Lorenzo, gobernador de Florencia, *remover al ménos una piedra*, sedujo en teoría con un estilo frio y espedito, esa política de egoismo y de crueldad que hacia un arte de la perfidia, del asesinato un medio, y que al cabo inmolaba todos los sentimientos de la humanidad y todas las nociones de la honradez; libro condenable entre todos pero que acusa tanto al siglo para el cual ha sido compuesto, como la mano que lo ha escrito. El primer castigo de Maquiavelo fué el sobresalir en su obra. Inspiró tanto temor á

los tiranos y á los gobiernos libres, que unos y otros no se atrevieron á emplearlo. La posteridad ha impuesto otra pena á su nombre.

El carácter del Papa Leon X era la espresion demasiado fiel de su tiempo, para que pudiera por sí ensayar de levantar nuevamente de su postracion el entusiasmo italiano. Aunque de un carácter dulce y generoso, tomó de Perusa á Pablo Baglione, de Ferno á Freducci y muchas otras pequeñas ciudades á pequeños señores, por medios que le mostraban como un discípulo bastante fiel de Maquiavelo. Aunque procuraba conceder á los profundos estudios y á las letras la proteccion que en derecho era de esperar de él, su gusto personal, sus animaciones las mas espontáneas, eran para todos estos obras ligeras, mas para entretener los pasatiempos de una nacion, que para fortificar el genio. Hacia mas honor á las comedias de Bibbiena y de Maquiavelo, representadas apesar de su licencioso language delante de los cardenales, que al poema de su *Chtrisiade*, recomendado por él mismo y á la introduccion de Pablo de Jove al que comparaba sin embargo con Tito Livio. Entre los hombres que mas se le acercaban, Bembo, era mas escuchado que Sadolet, y el alegre Bibbiena mas aun que Bembo, que concluyó por hallar la córte pontificia muy frívola para su gravedad. ¿Qué esperar despues de todo esto del que daba quinientos cequies por un epígrama, que entregaba el diploma de archipoeta á uno de sus bufones, y hacia subir al capitolio á un necio versificador, en una ceremonia, donde las farsas del carnaval se mezclaban á la pompa de un triunfo? El mismo Pasquin, en los versos que se permitia desde lo alto de su pedestal en el capitolio, por rareza se habia mostrado menos frívolo que el sumo pontífice.

El gusto de Leon X respecto á las artes no estaria tampoco al abrigo de todo reproche, á no haber tenido una suerte inaudita. Abandonaba á Miguel Angel, al artista mas preferido de

Julio II, sea porque no comprendiera este génio original y terrible, ó bien que no pudiese sufrir en él al republicano de Florencia. Tampoco le gustaba el venerable y concienzudo Leonardo de Vinci. Todos sus favores fueron para el jóven pintor de Urbin, Rafael, que Bramante ya habia presentado á Julio II, no le desconoció al principio, encargándole continuar la restauracion de la iglesia de san Pedro. La decoracion de las salas del Vaticano confiada al lujo de la escuela religiosa de la Ombria, perfeccionado por el estudio de los contornos de la escuela florentina, permitió al grande artista inmortalizarse con sus obras maestras de la *Transfiguracion* de la *Escuela de Atenas*.

Leon X habia nacido en una época de luchas religiosas y políticas, que no era á propósito para un genio escéptico y delicado. En el interior de Alemania, el monge agustino Martin Lutero, en 1517 empezó á atacar la supremacia pontificia, y á socavar las bases de la unidad católica, y los pueblos cansados de los intolerables abusos que no se habian llegado á reformar nunca en la Iglesia, poco edificados por la córte de Roma, cínica con Alejandro VI, belicosa con Julio II, y pagana con Leon X, empezaban á dejarse arrastrar por los falsos alhagos del protestantismo. Leon X no viendo sino una *querrela monástica*, hizo aprecio de ella al principio, interesándose tan solo en la discusion de sábios. En 1519, para colmo de obstáculos, Carlos, rey de España, de Nápoles y de los Países-Bajos, habia sido elejido emperador de Alemania. Si amenazaba la Europa, mas aun amenazaba la Italia; Julio II habia soñado en resucitar el papado de la edad media, y he aquí que el imperio se levantaba como en tiempo de los Hohens-tauffen, amenazando la independendencia de la santa Sede y de la península, por sus pretensiones sobre el Milanesado, y por la posesion misma de Nápoles. La mision del vencedor de los hereges de Albi, del adversario de Federico II, y la mision

del gran Inocencio III, incumbian al huesped pacífico de los jardines de Malliana.

Maquiavelo comprendió la inmensidad del peligro, trató de quitarle al Papa los largos entretenimientos y los dulces pasatiempos de la caza y de la pesca. « Es menester, dice él, enseñar á la Italia su redentor. Con que amor, con que sed de venganza no será acogido por todas esas provincias, que han sufrido tanto con las invasiones extranjeras. ¿Qué pueblo le denegará la obediencia: y que hijo de Italia le rehusará el homenaje? Este bárbaro imperio es odioso á todos, y este es el momento de tomar una enérgica resolución.» Leon X despues de haber tratado ligeramente sobre la abjuracion de Lutero, se asustó sobremanera en el momento en que era preciso guardarse del imperio, que se le venia encima. Al principio se habia opuesto con toda su energía á un nombramiento cuyo éxito era tan peligroso para la Santa Sede y la Italia. Elegido Carlos V, suspendió la antigua ley que prohibia la union de la corona imperial con el trono de Nápoles, para obtener la condenacion de Lutero en Worms, y se alió aun con el nuevo emperador, para echar á los franceses del Milanesado y llamar allí á un Sforza. Entregaba la independendencia de la Italia para salvar la unidad de la Iglesia. ¡Erróneo cálculo! El emperador estaba interesado políticamente en el sosten de la fé, y si era impotente para ahogar un cisma, el Papa lo habria mas bien conjurado con oportunas concesiones; la Italia iba á quedarse esclava, la Santa Sede soguzgada sin compasion alguna. Julio II no habia querido formar en Maximiliano sino un fantasma; Leon X dió á la Italia un señor en Carlos V.

Satisfecho de la promesa de Parma y de Plasencia, por cooperacion suya, reservóse la quimérica esperanza de espulsar á Carlos V, despues de haber echado con él á los franceses: el Papa fué quien preparó con la mayor actividad esta guerra tan funesta para la Italia. Fomentó una revolucion entre los mila-

neses bastante descontentos del gobierno de Lautrec ; Julio de Médicis, señor entonces de Florencia atacó á Génova : el marqués de Pescara y Próspero Colonna á la cabeza de un ejército compuesto de italianos, españoles, alemanes y suizos, entraron en el territorio de Parma, mientras que el ciego enemigo de los franceses, el cardenal de Sion, Mateo Schinner, á la cabeza de los suizos bajó de los Alpes, abandonados por Francisco I por ocupar Carlos V el Rhin y los Pirineos, y no teniendo dinero suficiente para pagar sus suizos, secundado únicamente por Venecia y el duque de Ferrara, el gobernador del Milanesado perdió á Parma y la línea del Adda en la mañana del 19 de noviembre. Sorprendido á traicion en Milan por el ejército enemigo, no tuvo mas tiempo que escaparse al territorio veneciano y dejó la capital del Milanesado, Lodi, Pavía, Plasencia, y Parma en poder de los ejércitos del Papa y del emperador. Luis X murió (1.º de Diciembre) en medio del placer de un triunfo que debia costar tan caro á la Italia.

Adriano VI, batalla de la Bicoca (1521-1523).

Esta muerte dió un nuevo golpe á la Italia. Los cardenales Médicis y Schinner se habian separado del ejército ; Colonna con los españoles, continuó la lucha en nombre y en provecho del emperador su señor. El cónclave mismo, minado por conspiraciones firmadas en Florencia, en Urbino y en Perugia, llevó hasta el exceso la política de Leon X, y elevó al pontificado á Adriano de Utrecht, antiguo preceptor de Carlos V (enero 1522). Adriano VI, de origen flamenco, y absolutamente extranjero á la Italia, era por la gravedad de su espíritu y la austeridad de sus costumbres la crítica viviente de Luis X, pero esta eleccion era al mismo tiempo como la sancion de la política del último pontífice. Durante la ausencia

del Papa, que se hallaba en Utrecht en el momento de su elección, Próspero Colonna apesar de la entrada del duque de Ferrara en su capital de Lautrec en el Milanésado, se mantuvo firme en el castillo de la Bicoca donde se habia fortificado. Los suizos de Lautrec pidieron imperiosamente á su general dinero, licencia ó guerra. Lautrec los condujo en mayo 1522 sobre la Bicoca. Llegados enfrente del enemigo, esperaron apenas á que todo el ejército estuviese en línea, y se precipitaron sobre la artillería española, por un camino abierto donde fueron acribillados sin poderse defender, sufriendo una completa derrota. Lautrec no pudiendo sostener por mas tiempo la campaña, volvió á Francia. Las últimas ciudades que estaban en poder de los franceses se rindieron á los imperiales. Próspero Colonna se adelantó aun sobre Génova para derrotar al dux. Octavio Fregoso, gefe del partido francés, sorprendió la ciudad en (30 de mayo) la entregó al pillage y estableció en ella por dux á Antonio Adorno. La Italia pudo juzgar de los beneficios de esta guerra que Leon X creia haber emprendido para su salvacion, y que su muerte habia dejado á cargo de los españoles.

Próspero Colonna dió á conocer bien pronto que él solo habia sido vencedor; el comercio de la rica ciudad de Génova fué perjudicado por largo tiempo; un descendiente de los Sforza, Francisco, fué conducido al ducado de Milan, pero sin recibir la investidura; instrumento de Próspero Colonna, no pudo siquiera proteger á sus súbditos contra las exacciones y desórdenes de los gefes y de los soldados, repartidos por todo su ducado. Próspero Colonna no escuchó sus quejas, sino cuando el Milanésado arruinado no pudo sostener por mas tiempo sus tropas, y pasó entonces á los Estados de la Iglesia, donde permitió á sus soldados los mismos excesos. Hubo reclamaciones: el virey de Nápoles, Lannoy, impuso contribuciones sobre todos los Estados para sostener las tropas españolas

é imperiales; veinte mil ducados al mes sobre el ducado de Milan; quince mil sobre Florencia, ocho mil sobre Génova, cinco mil sobre Sienna y cuatro mil sobre Luca. Los españoles hacían pagar á la Italia el precio de su esclavitud.

Adriano VI no era hombre para remediar estos males. Este Papa tan íntegro, posponía su soberanía á su tiara. Desde su llegada devolvió sus dominios al duque de Ferrara, escepto Módena y Reggio, su ducado de Milan á Francisco de la Rovere, y trató de hacer la paz entre los dos rivales para sostener sus armas contra los turcos que acababan de tomar á Rodas, y trabajar en la reforma de la córte pontificia y de la Iglesia. Los italianos tomaron su abnegacion política por traicion, su celo religioso por envidia, y su autoridad misma por barbarie. Creyeron ver al extranjero en persona entronizado en el santuario mismo de la Italia, y no le llamaron desde entonces sino el pontífice *Barbaro il barbaro pontífice*.

Persuadido bien pronto por la práctica de los asuntos, que el pontífice soberano no podia permanecer extraño á la política, y espantado de los obstáculos que encontraba por todas partes, Adriano VI se abandonó enteramente á su antiguo discípulo. Francisco I hacia lo posible para sublevar el reino de Nápoles, y reunia un nuevo ejército para reconquistar el Milanésado. El Papa arrastró toda la Italia contra los franceses. El 31 de Agosto de 1523, en Roma Adriano VI, el duque de Milan, la república de Venecia que resistió largo tiempo, el cardenal Julio de Médicis señor de Florencia, los señores de Génova, Luca y Sienna, se comprometieron á defender la Italia: es decir, conservarla al emperador Carlos V. Esto fué, sin embargo, sin la protesta del sentimiento nacional. Antes que el ejército francés ganase los Alpes, una tentativa de asesinato tuvo lugar en Milan contra la persona de Francisco Sforza. Los guelfos ensayaron un movimiento en Florencia. Cuando Bonnivet, retardado algun tiempo por el descubrimiento de

la traición del condestable de Borbon, bajó los Alpes y se adelantó sobre el Tesino, el general veneciano Francisco Maria de Urbino, rehusó pasar el Adda y el general del Papa Federico de Mántua, á pasar el Pó y en sostener á Próspero Colonna, gefe de las tropas alemanas y españolas, como si no considerasen como italiano el territorio ocupado por el emperador-rey. La muerte de Adriano VI, acaecida el mismo dia en que Bonnivet pasó el Tesino, fué saludada en Roma con un júbilo hasta indecoroso, que no merecia la ilustre persona del difunto Papa.

Clemente VII, batalla de Pavia (1523—1525).

El cónclave mismo pareció adherirse y seguir la política imperial, dando por sucesor á Adriano VI, á Julio de Médicis, que tomó el nombre de Clemente VII. Este se habia nombrado siempre el amigo íntimo del emperador rey; habia mezclado á Leon X en su alianza, y subido á la Santa Sede á Adriano VI y mantenía cerca de Próspero Colonna á su pariente Juan de Médicis gefe de dos bandos negros. Pero Médicis era italiano, señor de la república de Florencia, y por lo tanto mucho mas interesado en la independendencia de la península. ¿Se podia esperar que viese el abismo en que la alianza imperial avocaba á la Santa Sede y á la Italia?

En los primeros dias de su pontificado Clemente VII permaneció fiel á la política que habia aconsejado como cardenal. Satisfecho de asegurar el gobierno de Florencia en sus jóvenes parientes Hipólito y Alejandro, bajo la regencia del cardenal Passerini, continuó sosteniendo á Carlos V con tropas y con dinero.

Pero los nuevos reveses de los franceses empezaron á hacerle abrir los ojos. Bonnivet en lugar de aprovecharse de la enfermedad de Próspero Colonna y del desorden de la liga ene-

miga para atacar á Milan , se habia contentado en fortificarse en Monza, en Lodi y en Cremona. El virey de Nápoles, Lannoy tuvo tiempo de tomar con nuevos refuerzos el puerto de Colonna ; moribundo el condestable de Borbon , alistado bajo la bandera del emperador al conducir á Alemania seiscientos land sknechts y ambos arrastraban entonces á los italianos , marcharon con fuerzas superiores sobre los franceses, batieron á Bonnivet en Biagrasso , á Bayardo en Rebecco y los rechazaron hasta el Sesia: herido Bonnivet dejó el mando á Bayardo que prosiguió la retirada hasta que cayó mortalmente herido y las ciudades de Alejandría y Lodi que quedaban aun al rey de Francia , abrieron sus puertas á los aliados (1524).

Esta victoria era demasiado completa : el equilibrio europeo estaba roto , la Italia entregada á discrecion al vencedor. El emperador rey , por consejo de Borbon , continuaba la victoria hasta lo último y pasaba los Alpes para atacar á Francisco I en sus dominios y conquistar la Provenza. Clemente VII empezó á mudar de partido. Por vez primera habló de paz á Carlos V , como convenia segun él al *padre comun de los fieles*. Trató aun de separarse del rey de Inglaterra y de los suizos. Un gran número de italianos pasaron á la Provenza y á Marsella para defender á Francisco I. La repentina aparicion sobre los Alpes de Francisco I, vencedor sobre su territorio, puso al Papa y á los estados italianos sino del partido del emperador, al menos en el de la indecision. Al ver al rey de Francia atravesar los Alpes , entrar en Milan detras del ejército de Carlos V, desorganizado , y poner el sitio delante de Pavía , el Papa y los venecianos sin tener certidumbre de nada, concluyeron un tratado de neutralidad con Francisco I que les garantizaba su territorio. ¡ Estraña resolucion ! permanecer neutrales cuando era de ellos de quien se trataba! Valia mas compartir con uno de sus adversarios la suerte de una victoria ó de una derrota, que los hubiese hecho objeto de temor, ó cuando menos de respeto.

Los italianos del partido de la libertad, el duque de Ferrara, y los voluntarios guelfos de la Toscana, se unieron al duque de Albany, que á la cabeza de diez mil gentes de tropa francesa, se dirigia ya hácia Nápoles; á la proximidad de este, el partido angevino empezó á agitarse en los Abruzzos; pero el condestable de Borbon atravesó otra vez, y á toda prisa los Alpes con un refuerzo de landsknechts, se unió á Lannoy, y marchó sobre las líneas de sitio de Francisco I. El rey se vió obligado á dar la batalla entre el ejército enemigo y la guarnicion de Pavía, mandada por un hombre determinado, Antonio de Leyva. Todos los generales estaban de acuerdo en que levantase el campo. Bonnivet persuadió al rey que no debía cejar, y Francisco I dejó á los enemigos apoderarse de sus mas ventajosas posiciones. El 25 de febrero de 1525, empeñó el combate por no levantar el sitio. Su artillería causó admiracion al principio, pero bien pronto retrocedió; echándose despues á la cabeza de su gendarmería en medio del ejército enemigo, los arcabuceros españoles lo recibieron con un fuego nutrido que esparció el terror entre los suyos. En medio del combate, Antonio de Leyva hizo una salida, en la que los suizos rompieron la línea por vez primera; todo el esfuerzo y la abnegacion se circunscribió al rededor del rey francés, que despues de haber visto caer su mas brillante nobleza, se vió obligado á entregar su propia espada, y constituirse prisionero de Lannoy. La Francia perdió su rey, la Italia aun mucho mas... su libertad!

Mientras que la reina madre, regente de Francia, trataba del rescate de su hijo trasportado á España, los generales de Carlos V pusieron el pais á discrecion de las tropas. Clemente VII y Venecia ofrecieron veinte mil ducados para que se retirasen las tropas de su territorio, pero los generales recibieron el dinero, sin cumplir las condiciones prometidas, impusieron nuevas contribuciones sobre todos los estados independientes, autorizaron todos los robos en Milan, Pavía, Par-

ma y Plasencia, impusieron sobre Venecia un nuevo impuesto de cien mil ducados.

Conspiracion de Morone; triste ensayo de la guerra nacional; toma de Roma (1525-1527).

El esceso del mal reanimó la última chispa de patriotismo en Italia, pronto á extinguirse. Maquiavelo, que escribia entonces su hermosa historia de Florencia, y meditaba con Tito Livio en la mano, sobre la caprichosa suerte de los estados, compuso su tratado sobre el arte de la guerra, para despertar en sus compatriotas el espíritu y disciplina militar. Escribió para Rafael Girolamo, embajador cerca de Cárlos V, sus sábios y honrados consejos, que tendian á hacer salir á la diplomacia de esas vias tortuosas y criminales, donde con su aprobacion misma, se habia otras veces sepultado y envilecido. Clemente VII, el duque de Ferrara, Sforza, y la república de Venecia se reconciliaron; la ocasion era favorable: los soberanos de la Europa conocian la necesidad de restablecer el equilibrio alterado por la victoria de Pavía. Lannoy y Borbon en la córte se disputaban el agradecimiento del emperador.

Desgraciadamente los soberanos de Italia no supieron sino conspirar. El canciller del duque de Milan, Morone, que habia contribuido mas que todos á la espulsion de los franceses, concibió el plan del complot. El comandante de las tropas de Cárlos V en Italia era entonces Pescara, nacido en Italia, aunque de origen catalan, devorado por la ambicion, y aun mas por la envidia que tenia á Lannoy y á Borbon. El canciller Morone le propuso la corona de Nápoles. No tenia que hacer mas que dispersar sus tropas en las plazas del Milanesado, para dejarlas sorprender por los italianos que estaban ya sobre las armas. Clemente VII, feudatario del reino de Nápoles, lo libraba de todo juramento de fidelidad hácia Cárlos V, y lo

coronaba él mismo rey. Las potencias extranjeras, la Francia y la Inglaterra le prometían su apoyo. Sforza se haría realmente duque de Milan, y la Italia sería independiente y libre de los bárbaros. Este era un golpe de Estado universal contra el imperio en la península. Pescara, á quien Morone tenía por el más cruel y falso de los generales de Carlos V, escuchó todas las proposiciones, debatió las condiciones, el balance y quizás el peso, después previno á su señor, se hizo descubrir todos los comprometidos en la conspiración, arrojó la máscara, cogió á Morone, se apoderó de la capital del Milanésado, y quiso aun asegurarse de la ciudadela de Milan. Francisco Sforza resistió por la primera vez: se encerró con ochocientos hombres en la fortaleza, é hizo fuego contra los españoles.

Era necesario combatir; Clemente VII mismo se resolvió y dejó á su consejero Schomberg, vendido al emperador, para escuchar los consejos de Giberti, amigo sincero de la independencia italiana. A la muerte de Pescara que se miró como un castigo de su traición, una liga santa, bajo la protección del Papa, fué firmada por todos los estados italianos, y el rey de Francia salió de Madrid para salvar á la península en mayo (1526). «Esta vez, decía Giberti, no se trata de una pequeña venganza; esta guerra va á decidir de la libertad ó la esclavitud de la Italia. Nuestros descendientes sentirán no haber vivido en nuestra época para gozar de esta dicha.» Si la Italia hace alianza con Francisco I es por su bien, decían unos, y no porque ame á los franceses *fa per ben suo non perche ama i Francesi*.

Ilusiones engañosas, que la más terrible realidad destruyó al instante! Los milaneses, no pudiendo ya resistir á los excesos de la soldadesca española, y contando con los socorros de la liga, se sublevaron para sostener á su duque, sitiado en la ciudadela. Pero el duque de Urbino á la cabeza de las tropas venecianas, Guido de Rongoni y el comisario Guicciardini á la cabeza de las tropas pontificias, bajo pretesto de esperar so-

corros de los suizos, permanecieron el uno sobre el Adda y el otro sobre el Pó. Los milaneses fueron derrotados y el condestable de Borbon regresó de España con tropas y dinero y entró sin dificultad por Génova en Lombardía, acabó de bloquear la ciudadela ya obligada á sacar una parte de su guarnicion por falta de viveres, y apesar de una demostracion tardía del duque de Urbino, seguida inmediatamente de una retirada vergonzosa, se vió obligado Francisco Sforza á capitular el 24 de julio.

Al mes siguiente, Clemente VII trató de recobrar la ocasion perdida enviando á Andrés Doria sobre Génova, como enemigo del emperador, con once galeras, y al duque de Urbino con un ejército, mientras que él mismo atacaba á Sienna y á Nápoles, pero la levadura de los antiguos disgustos fermentaba aun en el seno de la liga cuyo solo objeto era la independencia. La Santa Sede y Venecia se miraban siempre con desconfianza. Los habitantes de Sienna pusieron en fuga á los soldados pontificios. El duque de Urbino Francisco Maria, no olvidaba que era un Médicis quien lo habia despojado, y un servil espíritu de imitacion clásica se deslizaba en fin hasta en esta guerra de libertad y paralizaba tambien el valor y táctica militar. El duque de Urbino tenia que pasar por un *Fabius Cunctator*; no se limitaba sino á evitar una accion y creia, temporalizándola, tener razon contra el condestable de Borbon, ese segundo Anibal. Para apoyar la flota que sitiaba á Génova, se contentó con bloquear y tomar á Cremona; durante este tiempo el virey de Nápoles, Lannoy, pasó con un nuevo ejército al medio dia de la península y al norte, y el aleman Jorge Frundsberg, franqueó los Alpes á la cabeza de trece mil landsknechts.

El Papa cayó nuevamente en el abatimiento; Francisco I, á pesar de sus promesas, olvidaba la Italia; el tesoro pontificio estaba agotado: los tributos de la cristiandad, dividida, empezaban á faltarle. Los Colonna se aprovechaban de la guerra para

cometer en nombre del emperador mil escesos en los campos de Roma. Clemente VII trató de desarmar á estos enemigos hereditarios de la Santa Sede, y licenció imprudentemente cuatro mil hombres de las tropas que debian atender á su seguridad personal. El cardenal Pompeo Colonna, enemigo jurado de Clemente VII, que no habia tratado con él sino para tenderle un lazo, sorprendió una mañana, el 20 setiembre 1526 con ocho mil pisanos las puertas de San Juan de Letran y el Ponte Sixto; atravesó Transteverino y Borgo Vecchio, y se dirigió al Vaticano. El Papa llamó en vano al pueblo á las armas, y se refugió en el castillo de San Angelo. El Vaticano, la iglesia de San Pedro, los palacios de los cardenales, el Borgo Nuovo, fueron saqueados sin piedad, en medio de la indiferencia del pueblo y los gritos de los monjes que anunciaban el fin del mundo y el reinado del Ante-Cristo.

Roma aun habia de ver otras muchas miserias. Clemente VII estrechado entre Lannoy en el reino de Nápoles, y Borbon y Fransberg en el Milanésado, consintió cuanto quiso el embajador de Cárlos V y licenció sus tropas. Asediado por sentimientos funestos, parecia no querer dejar á Roma mas que su prestigio por toda defensa. Pero en el norte, Borbon no era dueño de sus soldados; despues de haber devorado el Milanésado querian otra presa, Florencia ó Roma. Los que habian llegado nuevamente, sobre todo, bajo la conducta del luterano Jorge Frunsberg, unian á la avidez del soldado el furor del sectario; creian hacer una obra santa llevando el hierro y el fuego contra los muros de la que llamaban la sacrílega Babilonia. Estos bandos sin disciplina y sin víveres, no escuchando ya nada, se amotinaron matando á sus oficiales y amenazando al mismo condestable, pasaron el Pó, se diseminaron en las campiñas de Plasencia y de Parma, y arrastraron á Borbon mas allá de los Apeninos. El duque de Urbino, por rencor, ó mas bien por cobardía, como lo aseguraban los italianos, seguia solamente

á alguna distancia aquella cohorte feroz, que tal vez hubiera podido dispersar.

El Papa se apercibió demasiado tarde que el único prestigio de Roma no sería una defensa contra estas furias. Vendió tres cardenalatos, armó á la juventud del pueblo y á los propietarios, levantó á toda prisa algunos atrincheramientos hácia el Borgo, pero Borbon dió orden de dar el asalto (el 6 de mayo de 1527) y corrió en persona á los atrincheramientos en medio del nutrido fuego del ejército romano. El primero de estos cayó herido de una bala que Benvenuto Cellinise jactaba de haber tirado, pero sus soldados sobrepujaron en una hora á los defensores de Roma mal disciplinados bajo sus caporioni; sus muros fueron escalados; Clemente VII en oracion en el Vaticano, se escapó por la larga galería de la ciudad Leonina al castillo de san Angelo; los vencedores en número de mas de treinta mil se precipitaron sobre la ciudad, asesinaron á golpes de alabarda y de picas á los que tenían las armas en la mano y se apoderaron de los puentes que conducian al Transtiverino para asegurar el de toda la rica y santa ciudad.

Desde el tiempo de la caída del imperio romano y del saqueo de los godos y los vándalos, Roma no podrá ofrecer nada de mas desastroso. Hombres y casas, mujeres y niños, bienes públicos, privados y sagrados fueron tomados á discrecion por los bárbaros: los conventos fueron forzados, las religiosas violadas los altares despojados, las huérfanas profanadas, la biblioteca del Vaticano saqueada, las obras maestras de Rafael y de Miguel Angel mutiladas y destrozadas como los monumentos de la idolatría. En fin, el italiano Colonna incitó á sus paisanos para ocultar lo que los bárbaros habian despreciado, para recoger lo que habian olvidado; este espectáculo desarmó al demonio encarnado de su venganza y el que no habia jamás perdonado, y que venia aun para vengarse, protegió y rescató con el corazón enternecido todo lo que pudo salvar.

Carlos V nombrado emperador y rey en Bolonia (1529).

Tal fué el preludio de la caída y de la ruina de Italia. Como si tuviese aun lugar para alguna una esperanza en medio de este gran desastre, Florencia hechó á Médicis, restableció el gobierno republicano y se hizo dueña de Liorna y de Pisa. El duque de Ferrara se aseguró de Módena, Venecia y Rávena, y los pequeños tiranos aparecian nuevamente en Romanía.

Dos soberanos extranjeros Francisco I y Enrique VIII, interesados en destruir el engrandecimiento de Carlos V y fuertes al parecer para vengar el saqueo de Roma, concluyeron una liga á fines de 1527, para librar al Papa y arrancar la Italia á sus opresores. Lautrec, general bastante desgraciado ya en la Península, fué puesto á la cabeza de un nuevo ejército francés; el almirante Andrés Doria, hombre de energía y de experiencia, pasó del del Papa al servicio de la Francia. Al principio de la campaña se presentaba esta con buenos augurios: Lautrec se apoderó de Alejandría, despues de Pavía que entregó al pillage para vengar la derrota de 1525. Andrés Doria atacó el puerto de Génova, y obligó á Antonio Adorno á retirarse al Castelletto é hizo reconocer por la ciudad el gobierno francés; los embajadores de los principales estados de Italia se unieron á Lautrec. El Papa logró escaparse del castillo de san Angelo y se puso bajo la proteccion de la liga.

Pero Lautrec, no combatia sino en beneficio su señor, los príncipes y las repúblicas para si y nadie para la Italia. Lautrec rehusó, á instancias de los italianos, tomar á Milan, para no desmayar el celo de los venecianos que no tenian ya nada que temer, y se dirigió á la Romanía. La Marche, atravesó el Tronto el 10 de febrero de 1528, y entró en el reino de Nápoles donde se apoderó de Barlette, Venouse, Nola, Aversa, y sitió por

tierra á Nápoles bloqueada por mar por Andrés Doria. Venecia sacó del ejército de la liga sus Epirotas y Florencia los bandos negros que tenia á sueldo. Francisco I, en fin, creyéndose ya dueño de Nápoles por Lautrec, y de Milan, contra la cual enviaba recursos para mil hombres al mando de San Pol, no descuidó nada para arruinar á Génova, esta llave de la Italia que era tan difícil de guardar; trabajó por suscitarla rival en Savonia. Doria, genovés sobre todo, despues de haber hecho aun demostraciones que no fueron atendidas, ofreció sus servicios al emperador. Hallándose libre la navegacion en el mar, Nápoles fué nuevamente abastecida. Lautrec bien pronto, falto de recursos, sucumbió á la peste. El marqués de Saluces que tomó el mando de los restos del ejército, se vió obligado á capitular en Aversa, ante el príncipe de Orange, que habia salido de Roma con el ejército de ocupacion. Los españoles entraron en todas las plazas del reino de Nápoles. Andrés Doria tambien dió vuelta á Génova, echó al gobernador francés, hizo declarar á sus compatriotas en favor el emperador, habilitó el puerto de Savonia, destruyó el Castelletto y dió, bajo la proteccion del emperador, una nueva constitucion aristocrática á su patria. San Pol, aislado en el milanesado, fué sorprendido y hecho prisionero en Landriano por Antonio de Leyva. (1528)

Clemente VII fué el primero en resignarse, resentido contra Venecia, el duque de Ferrara y el de Florencia, engrandecidos y dipuestos por su desgracia, en favor de Cárlos V, consintió, mediante el estipendio de algunas ciudades, en la restauracion del poder imperial en Italia. Al emperador le bastó desembarcar en Génova á bordo de las galeras de Andrés Doria para recoger el tanto de una victoria para siempre definitiva. La Italia arruinada por cuarenta años de guerras y saqueos, no podia ya hacer nada en su defensa; *la mayor parte de los paisanos si, es necesario creer á un contemporáneo nuestro, habrian muerto sea de hambre ó sea de peste ó bien de otro modo.* Vene-

cia y Florencia las dos únicas ciudades libres aun, no podían hallar soldados. Carlos V llegado á Bolonia (1529) llamó allí á Clemente VII, y dictó sus leyes sobre la península. Venecia debía restituir al Papa Ravena y Cervia, al reino de Nápoles las ciudades que poseía en las orillas del Adriático y pagar trescientos mil ducados. Florencia debió recibir á los Médicis y pagar una suma aun mucho mayor. Francisco Sforza muy débil ya para poder vivir mucho tiempo, quedó en posesion del ducado de Milan, que á su muerte debió volver al emperador. Alfonso de Este se reconoció feudatario del imperio por Ferrara, y de la iglesia por Módena y Reggio; Federico de Gonzaga cambió su título de marqués de Mantua por el de duque, y prestó tambien homenaje. El duque Carlos II de Saboya y el marqués de Monferrato hasta entonces adictos á la Francia fueron á ponerse bajo la proteccion del emperador rey.

Todo así arreglado, el 22 de febrero y el 24 de mayo, Clemente VII en la ciudad de Bolonia puso las dos coronas de la Italia y del imperio sobre la frente de Carlos V. La restauracion imperial y pontifical fué completa: la antigua alianza del sacerdocio y del imperio proclamado nuevamente y la Italia sostenida á una dependencia del todo feudal; ora del Papa ora del emperador, es lo cierto que fué sacrificada como siempre á la union de los dos poderes. Para reanudar completamente la tradicion de la edad media, Clemente VII anunció la predicacion de una cruzada contra la invasion mahometana, y el emperador declaró la guerra á la heregia alemana.

SÉPTIMO PERÍODO.

DOMINACION AUSTRO-ESPAÑOLA (1530-1789)

CAPITULO XVI.

ÚLTIMA RESISTENCIA DE ITALIA; CAIDA DEL RENACIMIENTO;
RESTAURACION CATÓLICA (1530-1584).

Caida de Florencia erigida en ducado por los Médicis (1529-1538). — Organizacion del poder del emperador y de los nuevos soberanos; caida del Renacimiento—Ensayo de resistencia de Pablo III y de los Farnesios. — Conspiracion de Fiesca (1540-1549). Resignacion de Julio III, Octavio Farnesio y Pablo Strozzi; Caída de Sienna (1549-1555). Pablo IV; última lucha; el ducado de Parma y Plasencia; los Presides tratado de Cambresis; (1555-1559) esclavitud de los príncipes italianos; Pio IV Pio V; restauracion católica en las letras y en las artes (1559-1572). Gregorio XIII y Francisco de Médicis; miseria de la península, los Bravi y los bandidos (1572-1584).

Caida de Florencia erigida en ducado por los Médicis (1529-1538).

En la restauracion imperial y pontificia que terminó tan desgraciadamente para la península, y en las guerras de Italia, el imperio habia ganado mucho mas que la Santa Sede. Carlos V. era mas poderoso en el siglo XVI, que los Ottones y los Federicos en los siglos X y XIII. Reunia la corona de Nápoles á la del imperio, y no era solamente el señor feudal sino el verdadero dueño de la Lombardía. El Papa no habia esperado que viniese á solicitar la corona imperial á Roma, sino que habia ido á ofrecérsela en Bolonia y aun allí en el cen-

tro de la península, le habia conferido, no la corona de hierro de los lombardos, sino la corona de Italia. Mas poderoso que Carlo Magno, Cárlos V trataba al Papa como vencido: queria convocar un concilio cuya balanza debia inclinar el peso de sus victorias, terminar á su modo las querellas religiosas, é imponer á la córte de Roma las concesiones que creia necesarias á las ecsigencias de la opinion, y á la necesidad imperiosa de la reforma.

La Santa Sede continuó al principio, patrocinando sin pensar la grande obra empezada con el emperador, á fin de recoger tambien sus frutos. Una sola ciudad, Florencia, rehusó solamente el antiguo derecho italiano, resucitado despues de una suspension de tres siglos. Clemente VII, con la aprobacion de Cárlos V, lanzó contra ella (1550) las bandas francesas del príncipe de Orange.

La república no estaba ya en estado de resistir. Ya atacada secretamente en su principio por los partidarios de los Médicis, los *Palleschi*, el gobierno republicano en Florencia estaba aun como en tiempo de su grandeza, pero bajo otros nombres, dividido por las pasiones aristocráticas y democráticas; los ciudadanos (*supportanti*) querian para si las magistraturas; los *statualli*, no pagando sino impuestos indirectos, ambicionaban los derechos políticos. En lenguaje vulgar eran los dos partidos de los *arrabiatti* ó furiosos y de los *piagnoni*, llorones. La proximidad del peligro de Savonarole, evocado por algunos monges, hizo pasar el poder, en un momento decisivo, á manos de los piagnori. El abanderado Nicolás Capponi, gefe de los *arrabiatti* fué reemplazado por Baltasar Carducci, un verdadero *piagnone*. En una hora de entusiasmo, el pueblo animado por las predicaciones de Benito de Foiano y de Zacharia, monges ambos, proclamó en un motin producido por el abanderado Carducci, el Cristo, rey *perpétuo* de la república de Florencia; otra comision de los diez de la guerra re-

clama para la defensa de su patria y de la constitucion una guardia compuesta de trescientos jóvenes nobles, la guardia urbana de cuatro mil hombres y la ordenanza de Maquiavelo. Se unieron los restos de los bandos negros, y Miguel Angel se encargó de dirigir la defensa de las fortificaciones; se confió el mando de todas las tropas al condottieri Malatesta de Baglione, general experto, *pero impio, cruel y lleno de vicios*, y para demostrar que se habia resuelto rechazar el ataque por todos los medios posibles, se arrasaron las casas de campo y los bosques de recreo que podian impedir la defensa.

Estos esfuerzos de un patriotismo tardío y local, fueron tambien útiles. El príncipe de Orange despues de haberse hecho dueño del valle de Arno superior, estableció su campamento bajo los muros de Florencia y en el llano de Repoli; Fernando de Gonzaga, sobre la orilla derecha del Rin, ocupó Pistoie y Prato. Las vigorosas salidas y las atrevidas tentativas de Francisco Ferruccio que fué hecho prisionero, cubierto de heridas mortales en Gravignana, no sirvieron sino de episodios heróicos á la caida de la libertad. El condottieri Baglioni que *vendia el pueblo, la ciudad y la sangre de los florentinos onza por onza*, viéndose estrechado, entregó decididamente su botin al enemigo y apuntó su artillería contra la ciudad. Los florentinos para evitar los horrores del pillage se comprometieron á pagar ochenta mil escudos, y en recibir á los Médicis, bajo la condicion de que se les asegurase la amnistia y la libertad. Pero bien pronto entraron los desterrados y algunos partidarios de los Médicis; Vettori, Guicciardini el historiador, Valori y Felipe Strozzi, hicieron crear por un último parlamento una *balie* que condenó á muerte ó al destierro á los enemigos de Alejandro de Médicis, y permitió á este, proclamado duque de Florencia por Carlos V entrar sin condicion alguna en la ciudad de Cosme y de Laura. Al año siguiente, la *señoria* y el cargo de porta-estandarte estaba suprimido, el parlamento reemplazado

por un senado de cuarenta y ocho *oltimati*, y Alejandro declarado duque perpétuo y hereditario por el nuevo gobierno.

Esta fué la señal de la caída de todo lo que quedaba de libertad en Toscana. El gobierno democrático de Luca habia empleado todos sus medios para hacerse perdonar su ecsistencia; bajo la amenaza de los arcabuces españoles una oligarquía mas adicta aun á Carlos V, fué investida del poder. En Siena, Fernando de Gonzaga intimó á los habitantes la órden de llamar á los desterrados, reconstituir el *monte de los nueve* y tomar por capitán de sus tropas á Alfonso Piccolomini, duque de Analfí, vendido á los españoles. El emperador, de vuelta á Italia á fines del año 1532, sancionó en Bolonia todas las condiciones nuevas de esclavitud, y para sostenerlas contra las sublevaciones del interior y los ataques de afuera, impuso á cada estado una suma destinada al sosten de una fuerza regular, que fué puesta bajo el mando de Antonio de Leyva, gobernador de Milan. La Italia pagaba aun los gastos de una esclavitud que duraba siglo y medio!

Clemente VII vió al instante la crítica situación en que habia colocado su autoridad espiritual, tanto como la soberanía política; eludió tanto como pudo la convocacion del concilio pedido, y se unió cuanto pudo con Francisco I, dando á uno de sus hijos la mano de su nieta Catalina de Médicis, é hizo concluir por sus legados de Bolonia y Romanía una alianza con el duque de Ferrara, con pretesto de vigilar los desterrados. Todos los estados aun libres de la península se hubieran unido, si Alejandro de Médicis no hubiese tenido un enemigo en Roma; la persona de su hermano Hipólito, que vituperaba las escenas de su despotismo; y hubieran hallado apoyo en Francisco I que tenia en Sforza un agente, Merveille, encargado de hacerle cambiar el feudalismo imperial por el feudalismo francés.

El advenimiento del Papa Pablo III en (1534) acabó con

aquellas tramas producidas por un arrepentimiento tardío. Este pontífice parecía estar persuadido de que la restauración de la fé católica y la reforma de la iglesia, eran los mejores medios de volver á la Santa Sede su independencia y su poder, y por consiguiente la libertad á Italia. No se ocupó al principio sino en dar importancia al Papado antes que al principio temporal: hizo entrar en el cónclave al virtuoso Contarini, al ascético Caraffa, al doctor Sadolet y al patriótico Giberti; operó algunas reformas en la rota, en la cancillería, en la penitenciaria; fundó para la reclusion del alto clero la orden de los Teatinos, y manifestó á Carlos V el deseo de entenderse con él para arreglar los asuntos espirituales de la cristiandad.

Se mantuvo separado con gran talento de los negocios políticos, entónces muy complicados. Francisco I despues de haber vengado el asesinato de su agente en el Milanesado con la conquista de Saboya, esperaba en los Alpes, despues de la muerte de Sforza, que el emperador se resolviese. Felipe Strozzi echado de Florencia por aquel á quien él mismo habia instalado, y resuelto á dar un golpe de mano contra él, acusaba cerca del emperador, á Alejandro de Médicis, que acababa de hacer envenenar á su hermano Hipólito. En fin, Federico duque de Mántua, reclamaba su sucesion del Montferrato, tomando al señor de la Italia por juez. El Papa Pablo III para recibir dignamente á Carlos V en Roma en 1536, decretó un impuesto extraordinario sobre los romanos, é hizo destruir muchas casas y palacios que impedían su entrada triunfal.

El emperador, recientemente vencedor de los infieles en Tunez, y ébrio con su gloria, no pensó siquiera en los deseos y ruegos de un servidor tan augusto y desinteresado. Se dejó alhagar por la hábil defensa que hizo el historiador Guiciardini de su señor, y dió su hija natural á este, á pesar del ódio que le tenia; Pablo III se dignó reconocer los derechos de Federico sobre Montferrato, pero apesar de la protestacion del Pa-

pa se adjudicó el Milanésado, y á despecho de sus exortaciones por la paz, prodigó el insulto á Francisco I en medio del consistorio y le declaró la guerra como *perturbador de la cristianidad* (1536).

La Italia no socorrió á la Francia, cuyo territorio fué invadido, sino por una conspiracion y una empresa de desterrados, ambas inútiles. El 6 de enero de 1537, un diletante que cometia el mal solo por el gusto de hacerlo, Lorenzo de Médicis, asesinó en una pretendida cita amorosa, al nuevo duque de Florencia Alejandro. A esta noticia Felipe Strozzi reunió los desterrados en el territorio de la Mirándola para entrar en Florencia y restaurar la libertad. Los piagnoni se agitaron y animaron á los nobles á tentar alguna cosa. Pero los ministros del duque, el cardenal Cibo Guicciardini, Vettori y otros, se hicieron dueños de la situacion, pesaron las deliberaciones del senado é hicieron dar por sucesor á Alejandro, á Cosme de Médicis, hijo de Juan, el de los bandos negros, descendiente de un hermano de Cosme, y padre de la patria. Nada se cambió escepto el nombre del señor. Felipe Strozzi encontró ya poderosísimo al nuevo duque, reconocido por Cárlos V; finalmente fué derrotado por su general Vitelli, y puesto en prision donde se dió la muerte pudiendo aun ser vengado.

El Papa Pablo III fué fiel á su palabra en medio de la guerra. Francisco I habia hecho alianza con Soliman que saqueaba las costas de la Italia; el Papa formó entre Fernando, archiduque de Austria, Génova y Venecia, una liga para contener ó reprimir los saqueos del almirante turco (Cheredin Barbarroja); hizo mas aun: al año siguiente (1538), firmó con el emperador y Francisco I en Niza, una trégua que debia durar diez años, para permitir á los cristianos hacer á los turcos una guerra, que los celos de Venecia contra Andrés Doria y contra Génova hizo fracasar.

Organización del poder del emperador y de los nuevos soberanos; caída del renacimiento.

Solo el emperador se aprovechó de esta paz para asegurar su dominio.

El duque de Guasto, nombrado gobernador de Milan, y D. Pedro de Toledo virrey de Nápoles, empezaron á trasformar en un gobierno regular lo que no habia sido hasta entonces sino una ocupacion violenta. Por órden de Carlos V que comprendia toda la importancia militar del Milanesado, el duque de Guasto puso el valle del Pó al abrigo de una sorpresa. Fortificó su capital y acabó esa ciudadela que ha sido considerada por largo tiempo como la mas perfecta de Europa, é hizo de Come, Cremona; Lodi, Tortona, Novara y Alejandría, otras tantas plazas fuertes. Once compañías de gentes de armas, ocho de caballería ligera, quince mil hombres de infanteria española, fueron sostenidos aun en tiempo de paz. Carlos V reunió la autoridad civil y militar en manos del gobernador. Un senador nombrado por el rey entre los ciudadanos de los comunes, ó el derecho de rehusar su ratificacion en la eleccion de los funcionarios de la administración de justicia y de las rentas, fué el único límite opuesto á su poder, garantía bastante poderosa sin embargo para conducir algunas veces la revocacion de un gobernador entre otros, la de Guasto mismo.

En el reino de Nápoles los virreyes habian reemplazado el bando feudal por una fuerza regular. Una casa militar de cien gentiles hombres, tanto españoles como italianos, cinco compañías de guardias españoles, once de italianos, diez mil hombres de infantería, de los cuales seis mil eran españoles, formando juntos veinte mil hombres, componian el ejército ordinario del virrey. D. Pedro de Toledo apoyó todos es-

tos recursos militares y un sistema político aun mucho mas eficaz. Colmó de honores á los nobles atraidos á Nápoles, lo que fué causa de la envidia de los plebeyos, confirió á estos una parte del poder judicial que los espuso al ódio de la nobleza. Manteniendo todos estos medios de resistencia, y á los unos como á los otros sometidos á una fuerte gerarquia de funcionarios administrativos y judiciales, tanto españoles, como italianos, pero dependientes todos de una alta córte llamada *Santa Clara*, transmitió de este modo á sus sucesores una autoridad tal que pudieran elevar el número de los impuestos á una suma considerable para la época.

El emperador vino frecuentemente en persona á Italia para presidir esta organizacion de cisma, que ponía el sello á la esclavitud de la península. En 1540 invistió solemnemente á su hijo Felipe con el ducado de Milan, como para anunciar que no lo cedería jamás; la inestabilidad del gobierno de las pequeñas repúblicas de Luca, y sobre todo de Sienna, era una tentacion continua para la ambicion de Cosme y la del Papa. Carlos V tomó á Luca bajo su proteccion. Envió á la Granvelle á la república de Sienna con plenos poderes para organizar allí el gobierno á su modo.

A imitacion de su señor, los príncipes italianos hicieron tambien mas absoluto su poder en sus estados. La Santa Sede regida por Clemente VII habia ya echado mano de la ciudad de Ancona, por mucho tiempo independiente, dominándola por medio de una ciudadela construída sobre una altura que domina la plaza. Pablo III para estar mas seguro de los estados de la iglesia los entregó á sus hijos: hizo á su sobrino Octavio, duque de Camerino del que fué despojado el heredero de Urbino, Guido de Ubaldo; dió á su propio hijo Pedro Luis, porta estandarte de la iglesia, los ducados de Nepi y de Castro, y lo envió á castigar rudamente á la ciudad de Perusa que habia desconocido su autoridad. En Florencia el joven duque Cosme

desengañó cruelmente á los que le habian elevado con la esperanza de gobernar en su nombre; los separó á todos, al Cardenal Cibo, Vettori, Guicciardini, y hasta al mismo Vitelli: reunió en sí toda la autoridad, dirigió arbitrariamente las deliberaciones del senado, la justicia, la hacienda, y fué bastante poderoso para reformar las tropas españolas y armar otras por su cuenta.

El Papa Pablo III, cuyo sobrino Octavio habia casado con Margarita hija natural de Carlos V, pareció poner tambien su poder espiritual al servicio del emperador; selló la esclavitud del cuerpo con el sello de la conciencia. Bajo el imperio de una fuerte reaccion del espíritu católico, empezaba á defenderse en la córte pontificia la opinion de que el renacimiento de las letras y el estudio de la antigüedad profana era causa de los desórdenes que sufría entonces la iglesia. Pablo III no se contentó entonces con fundar, bajo la proposicion de Ignacio de Loyola y de Francisco Javier, la Compañía de Jesus, destinada á combatir en todas partes la heregia, y en asegurar la fé, sino que en 1542 resucitó la antigua inquisicion dominical y la centralizó en Roma por el establecimiento de un tribunal superior y universal, del cual confió su presidencia al inflexible Caraffa. Desde este dia, hasta el mas inofensivo exámen de las cosas de la fé fué privado. El cardenal Contarini cuyas opiniones religiosas se inclinaban hácia la justificacion y que pensó un arreglo en Alemania con los protestantes, cayó inmediatamente en desgracia. Todo lo nuevo fué inspeccionado y proscrito. El libro del *Beneficio del Cristo* fué quemado, Bernardo Occhino, monje predicador, y otros muchos, fueron desterrados. En el año de 1543, Caraffa prohibió la impresion de todo libro antiguo ó moderno sin su permiso; al año siguiente apareció el primer libro titulado *Index*, que contenia setenta volúmenes, y la persecucion y el terror se difundieron por toda la península.

Como es natural la literatura se resintió de esto. El historiador Pablo Jové puso su pluma venal á discrecion de los opresores de su pais. Guicciardini, cómplice en la esclavitud de Florencia, trazó un ecsacto cuadro de las luchas de ambicion, de interes, de ódio y de envidia en que se engolfó su patria, sin proferir ni una exclamacion ni una queja.

Los poetas evitaron todo objeto sério y trataron los demás con la mayor frialdad. La varita mágica del Ariosto perdió todo su poder. En vez del *Rolando furioso*, escribió entonces *Giron el Cortés*, y Bernardo Tasso, *Amadeo de Gaula*; Bernicanta la peste; Fracastor una enfermedad vergonzosa; Firenzuola, el placer y las campanas; y Varchi los huevos duros y el homopolita. En las artes se construyen mas fortalezas y palacios particulares que iglesias y monumentos públicos. La grande escultura descende hasta los detalles de la aumentacion; el arte que habia animado las paredes del Vaticano, se rebaja hasta las proporciones del retrato. Sangallo construye en Roma el palacio Farnese y las ciudadelas de Civita Vechia, de Ancona, de Florencia, del Montefiascone, de Nepi y de Perusa. Galías Alezzi en Génova abre una calle nueva y construye los hermosos palacios de los Grimaldi, de los Sauli y de los Banchi, donde no se abrigaban ya la fuerza y el espíritu de independencia, sino la opulenta ociosidad. Bienvenido Cellini, el mas fantástico de los caracteres del tiempo, en vez de inmortalizarse con una grande obra de lo que era muy capaz, gasta su talento en obras de plateria que le producen mucho, y el Ticiano no consagra su maravillosa ciencia del colorido y de la espresion sino en representar los grandes personajes de su época. Para decirlo todo en una palabra, un desvergonzado y cínico criado, el innoble Aretino, se convirtió, mediante una suma de dinero, en árbitro del gusto y dispensador de la gloria; se hace temer de los soberanos como si fuera un graade hombre y aclamar por sus compatriotas con el nombre de divino.

El único hombre que sobrevivía á todas las miserias del principio del siglo , Miguel Angel , protesta con su talento contra esta decadencia. A los sesenta y dos años emprende, á petición del Papa el terminar la cúpula de la iglesia de San Pedro y empieza su famosa página del *Juicio final* ; raras veces , sin embargo , en medio de su trabajo se sentia herido por el desaliento ; se encierra meses enteros sin ver á nadie , pasa dias sin comer y tiene sin cesar presentes estas palabras que grava al pié de una estatua , imágen fiel de la noche « es dulce dormir , pero mas dulce es aun ser de piedra durante el reinado del mal y de la vergüenza. »

«GRATO M'É L' SOGNO E PIU L' ESSER DI SASSO ,
MENTRE CHE IL DANNO E LA VERGOGNA DURA. »

Ensayo de resistencia de Pablo III y de los Farnesios ; conspiracion de Fiesea. (1540-1549).

Era imposible que Pablo III no sintiese que el último poder aun libre é independiente en Italia , la Santa Sede , debia ser arrastrado tambien hácia aquel decaimiento político de la península ; muy fiel quizás á ese despotismo tradicional que consistia en fundar principados en favor de los parientes , en los que los Papas encontraban siempre instrumentos dóciles , Pablo III buscó al principio en obtener por persuasion , del emperador , el Milanesado , ó cuando menos Luca y Sienna. Cuando la guerra se empezó entre Cárlos V y Francisco I , á causa del asesinato de un embajador enviado por este último á la Puerta Otomona , tuvo una entrevista con el emperador en Bussetto en 1543 , y hasta tal vez recibió una promesa. Para ayudar á la causa imperial , los Farnesios accediendo á las intenciones del Papa , se pusieron en relacion con los numerosos emigrados que permanecian en Roma , Venecia , y con los descon-

tentos de Milan, Nápoles, Sienna y Génova. Mientras que las flotas francesas sitiaban á Viza y que el duque de Englisena en el Piamonte llevaba sobre Guasto la victoria de Cerinola (1544), Pedro Luis Farnesio gobernador pontificio en Plasencia, lanzó al refugiado florentino Pedro Sforza sobre Milan y á su hermano sobre los puertos de Telamova y de Ercola, ya atacados por los turcos en el Estado de Sienna.

La paz de Crespy, que sucedió al poco tiempo despues, evitó quizás esta ruptura por entonces. Una reconciliacion completa al parecer tuvo lugar entre el Papa y el emperador, con motivo del embarazo de Margarita, hija natural de Cárlos V. y esposa de Ottavio Farnesio. En las ciudades del emperador y del Papa, iba á ser restablecida la unidad religiosa y política y en Alemania y en Italia, Cárlos V en señal de alianza, dejaba al Papa investir á su hijo Pedro Luis, con el ducado de Parma y de Plasencia, destinado á proteger en el norte los estados de la Iglesia.

Las primeras sesiones del concilio de Trento (1545), parecieron poner el sello á la cordial union de Pablo III y de Cárlos V, bajo el influjo del inquisidor Caraffa y del jesuita Loyola: los padres sostuvieron la autoridad de la tradicion católica, consideraron las cosas nuevas y sometieron los disidentes á entrar en el gremio de la Iglesia; y el emperador, fuerte con el apoyo político y moral de la Santa Sede, partió para llevar tambien á Alemania la sumision imperial y pontificia.

El éxito completo de Cárlos V mas abajo de los Alpes, rompió sin embargo esta union tan bien cimentada. La Alemania protestante, dominada enteramente por su religion, hizo comprender que toda esperanza se habia perdido para la Santa Sede y para la Italia. Pablo III unió de repente sus tropas y las del ejército imperial, y trasladó de Trento á Bolonia el concilio que queria reformar la córte de Roma y la gerarquía. Al mismo tiempo Pedro Luis unió su nuevo principado de Parma y de

Plasencia, é hizo mover los hilos de la intriga que habia atado en todas partes. Los de Sienna descontentos de Granvelle, echaron á los españoles y restablecieron el *Monte de los Nueve* en Lúca; el porta-estandarte, Francisco Burlamachi, con la milicia propietaria, organizada en la ciudad y sus alrededores, trató de sorprender á Pisa, Pistoria, é hizo revolucionar algunas ciudades de la Romania para formarse un Estado particular (1546).

El emperador, aun vencedor de los protestantes, á pesar de las inquietudes que le daba la Italia, dirigió graves quejas al Papa; Pablo III habia querido, decia él, empeñarlo en una mala empresa para abandonarlo en seguida » Envió un nuevo gobernador, Fernando de Gonzaga, al Milanesado, y á D. Diego de Mendoza á la Toscana. El Papa se volvió hácia la Francia, pidió para Horacio Farnesio una hija natural de Enrique II. Viéronse de repente las facciones italianas agrupadas bajo las banderas del emperador y del Papa; de un lado los gobernadores de Milan y de Nápoles, Cosme de Médicis en Florencia, Doria en Génova y los prelados permaneciendo al frente; al otro lado los Farnesios, Sienna, Luca, los emigrados, y los prelados que se habian vuelto á Bolonia.

En 1547 llegaron á las manos en muchos puntos á la vez, esto es en las orillas del Pó, en la ribera de Génova y aun en Nápoles donde nobles y plebeyos, ordinariamente tan divididos, se conjuraron al grito de *union* contra D. Pedro, que queria introducir en el reino el formidable tribunal político de la inquisicion española. El antiguo partido guelfo se estrelló en todas partes. Don Pedro en Nápoles desarmó á los napolitanos renunciando á su proyecto: en Toscana, el agente imperial, obligó á Sienna á entregar á Burlamachi; introdujo una guarnicion española en la ciudad y la mantuvo para siempre dominada por una fortaleza. En Génova, Juan Luis Fiesque, conde de Lavagna, apoyado por la Francia y el duque de Parma, logró hacer asesinar á Gianettino Doria, sobrino del Gran Doria, y

dió en Génova el grito de viva la libertad! Pero en medio del tumulto, cayó al mar, queriendo pasar de un barco á otro y se ahogó; los conjurados se dispersaron atónitos. Andrés Doria conservó su autoridad en la ciudad y la ciudadela al emperador. En Lombardía, en fin, donde los dos enemigos mas terribles, Fernando de Gonzaga y Pedro Luis estaban frente á frente el 10 de setiembre, Anguissolo sorprendió la guardia del palacio de Luis y lo asesinó; al dia siguiente Fernando de Gonzaga llegó, se apoderó de Placencia y de su territorio, y fracasó solamente ante Parma donde sus habitantes proclamaron á Octavio Farnesio.

La cólera del Papa, el cual amaba á su hijo mas de lo que lo merecian sus abominables vicios, fué escesiva al principio. A la negativa del emperador de entregar á Placencia, trató de aliarse con la Francia, con Venecia y con los suizos, pero sin atreverse á dar el último paso, sobre todo por la presencia del jóven Felipe que por órden de su padre fué á vigilar durante dos años la Italia. En 1548, reclamó á Plasencia y Parma como bienes inmediatos de la iglesia, y quitó Parma á Octavio en cambio de Amerino. Pero este era un acto de hostilidad indirecta y tímida de parte del nuevo Alejandro III y aun le esperaba otro dolor mas. Octavio que habia incurrido en el vituperio, se negó á obedecer y se avino con Fernando de Gonzaga para quedar dueño de todo lo que él llamaba su patrimonio. El mismo cardenal Alejandro Farnesio que conducia los negocios de la Santa Sede, estaba en connivencia con el rebelde. Pablo III lleno de estupor y de cólera tuvo una esplicacion terrible con Alejandro, y murió algunos dias despues (1549).

Resignacion de Julio III; Octavio Farnesio y Pedro Strozzi; caida de Sienna (1549-1555).

El advenimiento del Papa Julio III, pontífice amigo del reposo, que descuidaba los negocios por ocuparse exclusivamente en la construcción de su magnífico jardín la *Vigna di Papa Giulio*, no podía ser favorable á aquella lucha de independencia.

Julio III convocó el concilio de Trento en 1550, y devolvió Parma á Octavio. Este para arrebatár Plasencia á Fernando de Gonzaga, invocó el apoyo del nuevo rey de Francia Enrique II. Solo en Italia, creía poder hacer lo que el Papa Pablo III no se había atrevido. Recibió en Parma una guarnición francesa mandada por Thermes y llamó á las armas á todos los desterrados y descontentos, entre ellos á Pedro Strozzi, y Bentivoglio que hicieron alistamientos en el pequeño condado de la Mirándola, y ayudaron á Sienna á echar á Mendoza y la guarnición española. El pabellón de la Francia flotó enteramente en el interior de la península como una promesa de independencia. Julio III se encolerizó contra Octavio, con aquel miserable gusano que se atrevió á revolucionarse al mismo tiempo contra el emperador y contra el Papa. Fernando de Gonzaga y el Papa invadieron el territorio de Parma y de la Mirándola y el duque de Florencia Cosme I declaró la guerra á los de Sienna. Venecia que veía con razón en todas estas empresas, otras tantas agitaciones estériles, trató de conjurar las últimas desgracias. Llegó á arreglar entre el Papa y Octavio Farnesio una tregua que dejó á este en posesión de Parma; pero no fué bastante afortunada para terminar la lucha de los otros estados italianos, y Sienna fué la última víctima de esta lucha de la independencia.

Mientras que los franceses penetraban en el Piamonte y tomaban á Verceil é Ivrée, Sienna llamaba á sus muros al fran-

cés Thermes; gracias á él se defendió todo el año de 1553, pero cuando en 1554 Pedro Strozzi le hubo reemplazado con todos los desterrados y algunos franceses, nada omitió Cosme de Médicis para destruir al hijo de su antiguo enemigo.

Un condottier i feroz, servidor del extranjero, y pagado por él, Juan Jacobo de Médicis, hecho marques de Marignan por Cárlos V bloqueó á Sienna á la cabeza de las tropas españolas y alemanas, saqueó sin piedad sus alrededores é hizo de un pais habitado y de una cultura floreciente la triste Maremma de hoy dia. Pedro Strozzi tentó una empresa sobre Florencia y fué batido un Lucignano. Blas de Montluc con algunas tropas francesas trató aun de prolongar la resistencia, pero despues de haber perdido veinte mil hombres por el hierro y por el hambre, Sienna capituló á fin, el 17 de Abril, y se puso bajo la proteccion española, pidiendo por toda concesion una constitucion libre (1555).

Pablo IV; última lucha; el ducado de Parma y Plasencia; los presidios; tratado del Cateau Cambresis (1555-1559.)

El advenimiento de Pablo IV y la abdicacion de Cárlos ofrecian á la Italia una ocasion mejor. El cardenal Caraffa gran inquisidor, era uno de aquellos que habian inaugurado en la córte pontificia esa marcha vigorosa destinada á asegurar el catolicismo vacilante. Hombre de una naturaleza ardiente y colérica que demostraba aun el acetismo monacal, dió la misma impetuosidad á los negocios políticos. Nacido en 1476, habia visto la Italia aun libre en el siglo xv; comparaba la Italia de esta época «á un instrumento templado maravillosamente y cuyas cuatro cuerdas eran Roma, Milan, Nápoles y Venecia», y no cesaba de maldecir á Alfonso y á Luis Elmore, á esos seres desgraciados y perdidos que por sus divi-

siones habian destruido aquella admirable armonía. Cárlos V al despojarse de su corona imperial no habia podido ceñirla á su hijo. Con la España y los Países Bajos solo habia podido transmitirle el ducado de Milan, bajo el feudalismo del nuevo emperador, Fernando su hermano, y el reino de Nápoles y Sicilia. El Papa no tenia pues en frente de él mas que un rey y no un emperador (1556).

Apenas coronado en San Pedro, conmovió toda la Europa para salvar la Italia. Sus embajadores impidieron á la tregua de Vaucelles de terminar la paz; él mismo destituyó los cardenales de España, distribuyó los bienes de los que se escapaban, entre los Colonna, sostuvo á Sienna, atacó abiertamente al virey de Nápoles y concluyó por último con Enrique II esa alianza ante la cual Pablo III habia siempre retrocedido.

El rey de España se defendió con tanta resolucion como lo hubiera hecho *un César*. El duque de Alba invadió con los españoles el territorio pontificio; el duque de Florencia Cosme I adicto á la España, estrechó á los de Sienna en Montalcino y obligó á Martin Bernardini á imponer á los Lucanos la *ley martiniana* que instituyó en favor de las familias entonces dueñas del gobierno, una oligarquía hereditaria. Atacado hasta en Roma por los españoles, bien pronto dueños de Ponte Corvo y de Terracine, Pablo IV obró con la energia de un Papa de la edad media; declaró á Felipe II destronado del reino de Nápoles, que ofreció al duque de Guisa y á los franceses; nombró al duque de Este, Heralles, su generalísimo; hizo cardenal á su sobrino Cárlos Caraffa, hombre de energia, pero entregado á todos los vicios, y tentó de sublevar la Italia contra aquel nuevo señor. En Roma, donde se le vió armar y pasar revista á toda la poblacion, sentado en la mesa, pasaba las horas enteras leyendo con un ardor febril el *manguis guerra* de Nápoles, y se deshacia en invectivas contra sus enemigos, contra Cosme de Médicis, *aquel hijo del diablo*, y contra los españoles,

aquellos cismáticos, condenados por Dios, semilla horrible de judios y moros, verdadera liga mundanal.

Felipe II á la noticia de la proximidad del duque de Guisa á la cabeza de quince mil hombres, hizo algunas concesiones á los italianos para dividirlos; devolvió la ciudad de Plasencia, escepto la ciudadela, á Farnesio, cuyo ducado se constituyó de este modo. Entregó á Cosme de Médicis la ciudad de Sienna que aquel ansiaba desde tanto tiempo. Esta fué la salvacion de la Italia. Batido por Hércules d'Este en el Milanésado, se vió obligado á dejar pasar primeramente al duque de Guisa que se apoderó de Complí y pasó el Trento para sitiar á Civite-lla. Pero el duque de Alba lo rechazó; llevó la guerra al territorio pontifical, donde desencadenó á los Colonna y marchó sobre Roma. La gran victoria de San Quintin alcanzada por Felipe II sobre los franceses, dió un golpe aun mas terrible á las esperanzas del Papa y de la Italia. El duque de Guisa declaró que ninguna fuerza humana le impediria volar á defender su patria. Impertérrito, hasta el último momento, el Papa no cedió hasta que vió á los romanos mismos dispuestos á abrir á los españoles las puertas de Roma, para evitar á la capital del mundo cristiano el ser tomada por asalto y verse espuestos á un nuevo saqueo.

Irritado con estos reveses el Papa, se volvió imperiosamente contra los instrumentos mismos de su política mundana; sacrificó al cardenal Caraffa, que fué destituido; sus otros sobrinos fueron desterrados, y no pensó ya mas sino en el gobierno espiritual de la iglesia, haciendo recaer sobre los enemigos de la fé el mal que no habia podido hacer á los de la Italia.

La suerte de la península se arregló definitivamente con el tratado de Chateau Cambresis (1559), que restableció la paz entre España y Francia. Felipe II dejó definitivamente á Plasencia, escepto la ciudadela, á Octavio, Sienna y su territorio á Cosme de Médicis, reservándose, para tenerlos en una espe-

cie de dependencia, los puertos de Orbitello, Telamona, Portoferrajo, Monteargento y San Esteban, al que se dió el nombre de *los presidios*. El duque de Savoya, Filiberto Emmanuel, recobró la Brescia, el Bugey, la Savoya y el Piamonte, á escepcion de Turin, Chieri, Pignerol, Chivasso y Villanueva, que se los retuvo el rey de Francia; y de Verceil y Asti, retenidos por el rey de España, hasta que la cuestion de herencia, puesta antes por el rey de Francia, se hubo resuelto. Así es, que la dominacion austro-española fué sólidamente asegurada al norte y al mediodía de la península; la Santa Sede, que habia esperado compartirse la dominacion de la Italia, se halló condenada á la impotencia: los duques de Florencia, de Parma y de Ferrara se mantuvieron en la dependencia, y hasta la frontera misma de Italia quedó en poder de los extranjeros.

Lo que habia sido empezado en 1530, en las conferencias de Bolonia, se vió concluido en 1559, en una pequeña ciudad de Flandes; y la Italia, bajo el yugo del emperador Fernando y del rey católico Felipe II, el uno feudo del Milanesado y de los pequeños ducados vecinos, y duque el otro de Milan y rey de Nápoles, cayó como aniquilada bajo el peso de una doble esclavitud.

El cuadro que ofrecieron los habitantes de Roma y el cónclave, despues de la muerte del último de los Papas guelfos, demostró cuanto la desgracia habia agriado y abatido los ánimos. El pueblo romano arrancó de sus pedestales, y rompió vilmente las estatuas que este habia levantado á Pablo IV, en el primer entusiasmo de su advenimiento. El cónclave, por uno de esos repentinos cambios asaz frecuentes, sobre todo en nuestros dias, se declaró contra la política seguida por el difunto Papa; cedió la Santa Sede á Pio IV, Papa débil, mundano y adicto á los extranjeros, por ser su hermano el duque de Mantua, afecto á Cosme I y á Felipe II.

Esclavitud de los príncipes italianos; Pio IV, Pio V; restauración católica en las letras y en las artes (1559-1572).

Una nueva faz empezó para la Italia á partir desde esta época; puesto que, lejos de resistir ya á la esclavitud, cansada de luchar, se arrojó en sus brazos. Su brillante génio, aun cuando se habia perdido en los senderos resbaladizos del renacimiento, espió su escepticismo pagano en los rigores de la penitencia, y algunas veces en las pequenezes de la superstición.

El nuevo Papa dió el ejemplo de la resignación; ocupado enteramente en embellecer á Roma, donde construyó la Porta-Pia, hizo abrir la calle de Montecavallo, y protegió las costas contra los piratas berberiscos con las fortificaciones del Borgo, Ancona y de Civitta-Vecchia, sin tener otro objeto mas que la paz en las relaciones con las potencias extranjeras. Solicitado por el embajador de Saboya, para ayudar á su señor á recobrar á Génova, hecha protestante «¿cómo es posible, respondió, que se me vengan á hacer semejantes proposiciones? es la paz lo que necesito antes que todo.» Estaba convencido de que la Santa Sede no podia sostenerse por mucho tiempo sin el apoyo de los príncipes, sobre todo sin el auxilio de los que reinaban en Italia. Pensó por un momento en conferir á Cosme el título de rey, deseando hacerle, cuando menos, archiduque. No rehusó nada á Felipe II, respecto al reino de Nápoles; dejó oponer la formalidad del *exequatur* á sus propios decretos, y combatió aun menos las medidas que tomó el rey en el Milanesado, para sostener los privilegios dejados por Carlos V al senado, y las últimas libertades comunales.

Es verdad que la Santa Sede ganó en lo espiritual lo que

perdió en lo temporal. En las últimas sesiones del concilio de Trento, que tuvo la gloria de abrir nuevamente en 1563, el Papa Pio IV por las concesiones políticas hechas al príncipe, conjuró las reformas religiosas que querian exigírsele. Cesando de invocar sus derechos sobre las coronas, consiguió que no se hablase mas sino de reformar la Iglesia *en su gefe*. El concilio, en vez de hacerse superior á él, se humilló ante su autoridad. No solamente se mantuvo la tradicion y el dogma en todo su vigor, sino que se realzó y estendió el poder de la Santa Sede sobre todo el catolicismo. El Papa quedó único árbitro de los cambios que se habian de operar en la disciplina, como infalible en materias de fé, como intérprete supremo de los cánones, como gefe incontestable de los obispos; y Roma pudo consolarse de la pérdida definitiva de una parte de la Europa, viendo su poder aumentado en las naciones católicas del mediodía, que se agruparon religiosamente á su alrededor.

Los soberanos seglares de la Italia no hicieron empero esta compensacion. Cosme I de Médicis pudo con toda libertad contener por medio del temor á sus súbditos de Florencia y de Sienna, aun estremecida; fortificar á Grossetto, Livornia, fundar la órden de los caballeros de San Esteban contra los piratas, construir algunas galeras, hacer canales, poner diques á los rios y tratar de poblar nuevamente y purificar las Marmemmas; pero al apoderarse de la pequeña ciudad de Foligliano perteneciente á Niccollo Orsini, atrajo sobre si el descontento de sus soberanos, y no los apaciguó sino aceptando para su hijo Francisco, la mano de la archiduquesa Juana, princesa austríaca. El duque de Saboya, Filiberto Manuel, que habia dado la victoria á Felipe II contra el rey de Francia en San Quintin, llegó á recobrar, merced á las turbaciones de Francia, todas sus ciudades del Piamonte. Pero no consiguió ni del rey de España ni del Papa los socorros que deseaba para someter á Génova. El duque de Parma y Plasencia, Octavio,

pertenecía á España por su muger Margarita , la cual gobernó por mucho tiempo los Países Bajos , y su hijo Alejandro, educado por su madre con los sentimientos del todo españoles, fué mas tarde general de Felipe II. Guillermo de Gonzaga, duque de Mántua , que poseia por concesion de Cárlos V el Montferrato , y de Felipe , á Guastalla, tenia necesidad de las tropas del Milanesado para hacerse obedecer de sus súbditos, como lo prueba la revolucion de Casale en 1565.

En Ferrara, el duque de Hérules , habia participado de los proyectos de Pablo IV, y su muger habia sido acusada de calvinismo. Su hijo Alfonso II no desperdició medio alguno para hacer olvidar el mal apodo de sus parientes, en las córtes de Viena y de Madrid y hasta desterró á su propia madre. Pidió en gracia y para esposa á una princesa austríaca, la archiduquesa Barbara. Estas alianzas eran menos un honor hecho á los príncipes italianos , que una garantía tomada contra ellos. Altivos y desdeñosos se sentaban en el lugar de los príncipes italianos como por derecho de conquista y persuadidos que se humillaban al darles su mano ; y hé ahí porque convertian estas archiduquesas casi siempre á su esposo en su primer súbdito , y trataban de llevar el cetro extranjero, en el seno de los pequeños gobiernos que se creian libres. La primera de estas, Margarita de Parma , descubria los secretos y las faltas de Octavio al embajador español , y hubiera preferido, segun ella misma aseguraba, decapitar á su propio hijo, antes que disgustar á su hermano Cárlos V.

La presencia de Filiberto de Saboya, de Alfonso de Ferrara, y de Guillermo de Gonzaga en la dieta de Ausburgo, convocada en 1566 contra los turcos, y los gastos hechos por estos príncipes para verificar aquel actó de abnegacion , atestiguan lo bastante que no eran más que vasallos del imperio.

Durante el pontificado de Pio V (1566), se concluyó la obra de la restauracion católica y de la esclavitud de la península.

Este santo pero inflexible anciano, en el cual el pueblo admiraba su cabeza siempre desnuda, su larga barba blanca y el rostro radiante de piedad, impuso á todos los estados italianos la inquisición romana, y vigiló severamente la fé y las costumbres. Los obispos fueron obligados á vivir en sus diócesis, y todos los monjes de ambos sexos á una severa reclusión. El *colegio germánico*, fundado por los jesuitas, se convirtió en un plantel de sacerdotes para Italia y Alemania. Los abusos desaparecieron en parte, y los escándalos disminuyeron en Roma; cardenales recomendables por su piedad, daban santo ejemplo en la córte de Romanía, tales eran el político Gallio de Como, el administrador Salviati, San Severino, y Madruzzi por sobre nombre el Caton del sagrado colegio. Tiepolo, embajador de Venecia describía poco tiempo despues la ciudad santa con estas palabras: «Procura Roma salir del descrédito en que habia caído, haciéndose cada dia mas cristiana en sus costumbres y en su modo de vivir.»

En Lombardía, el arzobispo de Milan, Carlos Borromeo, digno émulo de Pio V, no se contentó con reformar las iglesias, el clero, los monges y las religiosas; sino que restringió además las diversiones, veló sobre la santidad de los casamientos y sobre la conducta general de los seglares, arrastrándole su celo hasta mas allá de los límites de su poder. Pretendió dar á sus decretos religiosos el apoyo de la fuerza militar, y el gobernador de Milan, se doblegó ante el ascendiente de un celo despojado de toda ambición política.

Esta reforma enteramente eclesiástica ó disciplinaria, fué desgraciadamente inoportuna é ineficaz. Se restableció el culto sin morigerar las costumbres; se consolidó la fé sin corregir los abusos y se dominó el pensamiento sin levantar los ánimos de la postración en que yacian. Una sola acción grande tuvo lugar en esta época. Pio V determinó una liga contra los turcos en la que la España, bajo las órdenes de D. Juan,

los buques de Venecia, Génova, Toscana, Nápoles y de los estados de la Iglesia, alcanzaron la victoria inmortal de Lepanto (1571). «Fué el hombre enviado de Dios, llamado Juan de Austria» pudo exclamar Pio V en su entusiasmo; pero en cambio cuantos escándalos y cuantas bajezas!

Los Médicis daban los mas tristes ejemplos. Rumores espantosos corrian sobre la muerte repentina de los dos hijos de Cosme. Se aseguraba que uno de ellos, Juan, habia asesinado por envidia á su hermano Garcia y que Cosme habia inmolido al fratricida en los brazos de su madre algunos dias despues. El tercero, Francisco, bien que casado con la archiduquesa Juana, mantenía publicamente relaciones con Blanca Capello, dando cada dia nuevos escándalos, y Cosme alimentaba en el fondo de su pecho fogosas pasiones irritadas sin embargo por una sombría melancolia. Todo esto no impidió al Papa Pio V conferir á Cosme, no se sabe con que derecho, el título de gran duque en 1569, cuyo acto hizo ver hasta donde habian descendido los príncipes italianos. Los otros pequeños soberanos, cuya vida no era muy ejemplar, se mostraron celosos. El duque de Ferrara y el duque de Saboya protestaron cerca de las córtes de Madrid y de Viena, y pretendieron guardar el derecho de precedencia que el Papa acababa tambien de cambiar: querian á lo menos ser los primeros entre los esclavos. El derecho de precedencia! tal era la comun esclavitud, el objeto de la febril rivalidad de los príncipes; para sostenerlo, sus sábios manifestaban mucha ciencia heraldica y feudal, y sus embajadores se agitaban en las córtes de Madrid y de Viena; quitóse tambien toda libertad á la literatura y á las artes. Las academias de Roma, Nápoles y Módena se dispersaron. Cuanto escitó admiracion del siglo anterior, fué considerado como obra del paganismo. Carnesecchi fué entregado al Papa por Cosme de Médicis; Guido Zanetti por Venecia: un profundo filósofo, Giordano Bruno, errante y perseguido

por los inquisidores cayó por último en poder de Roma y fué condenado á morir en la hoguera. El único de estos innovadores, Bernardo Patrizzi, de carácter bizarro y turbulento, fué perdonado por la inquisición. Hasta el estudio de la antigüedad fué casi abandonado. Manucio no pudo encontrar en Roma una docena de discípulos que consintiesen en leer los poetas griegos y latinos. La corte clásica de Ferrara do tanto brillaban los dos hermanos del duque, Lucrecia, esposa del duque de Urbino, y sobre todo la famosa Leonor, tan tierna al principio como funesta despues á Tasso, tuvo gran trabajo en preservar sus pasatiempos predilectos de la proscricion general. Estaba obligada á buscar una compensacion á sus sacrificios en la representacion de aquellas piezas que fueron el orijen de la ópera, sin que se atrevieran á transformarla en *Corte de amor*, como lo hizo una vez en los tiempos venturosos, su poeta querido.

La religion dirigió la pluma y el pincel, casi sin rival en aquella época. El jesuita Bellarmino defendió con énfasis que no siempre fueron justas las repetidas pretensiones pontificias de la edad media. Baronius escribió sus sábios anales; la historia política enmudeció; mejor hubiera sido que nunca hubiese hablado. Noël Conti, Bardí, Campana, Tarcagnota sucedieron á Pablo Jové y á Guiciardini. La epopeya heroica tan prostergada por Giron el Cortés, fué levantada de su prostracion por el sentimiento cristiano de la *Jerusalem Restaurada* del Tasso; no tardó la libertad del poeta asi como lo atrevido de sus deseos en contribuir á sus desgracias.

En las artes, los discípulos de Rafael habian caido en la afectacion; los de Miguel Angel en lo extraordinario. Los Carroche de Bolonia, animaron el lienzo creando un ideal cristiano del todo nuevo. Luis en su *vocacion de San Mateo*, Augusto en su *San Gerónimo*, y Annibal en su *Ecce-homo*. Las *Madonas* y las *Virgenes* se multiplicaron, cubriendo los muros de las iglesias,

invadieron las plazas públicas é hicieron el ornamento hasta del hogar mas pobre. En fin, la música religiosa nació en Palestina, como para celebrar dignamente la restauracion católica.

A pesar de todas estas exterioridades, la reforma religiosa y moral no llegó al fondo de las almas. Los príncipes que apoyaban los decretos pontificios no se los apropiaban. Los que acusaban en alta voz á los Médicis seguian por lo bajo sus ejemplos. El pueblo contrastaba estas costumbres de devocion rigurosa y exterior, que son aun hoy dia una de las señales de su carácter, aprendiendo á acomodar la religion al vicio, y la moralidad no era por esto mas austera. El paganismo era vencido, restaurado el cristianismo, pero no lo era efectivamente en sus costumbres.

Gregorio XIII y Francisco de Médicis; miseria de la península; los bravi y los bandidos (1572-1584).

La pérdida de la libertad no fué compensada con la prosperidad material. Cualquiera pudo convencerse claramente de ello durante los reinados de Gregorio XIII en Roma y Francisco I en Florencia.

Gregorio XIII, aunque de una piedad mucho menos profunda que su predecesor, seguia en el gobierno espiritual la impulsión vigorosa que le habia sido dada por Pio V. Fundó en Roma el colegio de todas las naciones, y cumplió una obra verdaderamente Europea con la reforma del calendario en 1582. Pero como soberano temporal el Papa tenia otras cuidados. La administracion pontificia habia al principio dado efectos felicísimos en un pais entregado en otro tiempo á los caprichos de una porcion de pequeños tiranos. La Romania y la Marche, gobernadas con bastante moderacion por los legados, habian con-

seguido gozar de cierta prosperidad ; el lino de Faenza , el cáñamo de Perusael y vino de Montefiascone , eran muy solicitados ; pero luego los impuestos exigidos sobre las personas, los bienes y el comercio para remplazar las rentas de la cristiandad perdidas , agotaron todos estos recursos. La ciudad de Ancona entre otras , cargada de un impuesto sobre las entradas , perdió aquella inmensidad de mercaderes griegos , turcos , armenios y otros , que acudian á su puerto , sin que se reparase jamás de aquel golpe. Gregorio XIII , agotados los recursos , quiso hacer revisar los diplomas de los feudos del campo y los privilegios de las ciudades , con lo que consiguió solamente turbulencias , revoluciones y trastornos.

Francisco de Médicis , mas dócil aun que su padre al yugo español , obtuvo en 1576 del emperador y del rey de España , por concesiones que Cosme habia rehusado , el reconocimiento de su título gran ducal con el derecho de precedencia sobre los otros duques ; menos comedido que nunca , estableció en su palacio á Blanca Capello , la cual no dejó de ser amada como lo demuestra el haberse casado con él despues de la muerte de la archiduquesa. Príncipe decididamente español , se separó completamente del pueblo á la manera de Felipe II , y no vivió desde entonces sino en medio de los favoritos y cortesanos , que empezaron á formar una nobleza en aquel estado antes tan democrático , dejando menoscabar con su descuido todos los elementos de órden y de prosperidad de la Toscana. Unicamente la ciudad de Liorna solo obtuvo algun desarrollo gracias á los privilegios comerciales que le concedió ; pero el resto del pais quedó desierto , atendido lo que fué en tiempo de Cosme I. Pisa , ciudad de veinte y dos mil almas , bajó á ocho mil , y en 1575 una conjuracion no pudo derribar á este tirano voluptuoso que no pensaba nunca en el dia siguiente.

El Milanesado donde los gobernadores habian respetado

los restos de las antiguas libertades, se encontraba aun alguna actividad. Se buscaban las armas y los bordados de Milán: los trabajadores en lana estaban muy ocupados en Como y en la capital; los trabajos de canalización continuaban; Milán pasaba por la mas poblada ciudad de Italia, pues encerraba en su seno hasta trescientos cincuenta mil habitantes; pero en Nápoles las exigencias y la venalidad de la administración agotaron todos los recursos de prosperidad, mientras que en Lombardia las familias ricas, tales como los Maignani, los Sforza, los Serboni, los Borromeo y los Trivulce ostentaban un lujo verdaderamente régio; la nobleza napolitana arruinada muy pronto por su vida cortesana y licenciosa se retiró á sus castillos y vivia oprimiendo á sus vasallos. La plebe misma agoviada por los impuestos, y sobre todo por los caprichos de los vireyes, fué tambien arruinada. Se persiguió á los desgraciados contribuyentes hasta el punto de quitar los techos de las casas para vender el material, cuando ya todos los muebles habian sido embargados. Las ciudades cayeron en la mayor decadencia; poblaciones antes florecientes como Giovinazzo en la Pouille, desaparecieron completamente; toda una provincia desolada, la Calabria, no fué ya pisada mas que por las carabanas.

En toda la península el latrocinio se organizó como en las grandes épocas de miseria. Los descontentos, los desterrados, la gente arruinada y todos los hombres perdidos, se reunieron en partidas mandadas por gefes atrevidos y aventureros, ejerciendo sangrientas represalias. Las gargantas de los Apeninos y los pequeños castillos que en ellas se elevaban, fueron el madrigal de estos *bannis* ó *bandits*, que reemplazaban á los *condottieri*, como la última y salvage protesta, contra la independencia nacional. El pueblo, lejos de despreciarlos los llamaba los *bravi*. Los grandes príncipes y aun cardenales, iban á menudo á buscar entre ellos los asesinos de que tenían ne-

cesidad para ejercer sus venganzas, ó satisfacer su concupiscencia.

Marcos Bernardi de Cosenza en Calabria, Pedro Leonello de Spoleto en la Marche, y Alfonso Piccolomini, señor de Monte Marciano y de noble familia, en los Apeninos, fueron el terror de la península. Preciso era una verdadera expedición militar de los españoles para destruir á Marcos Bernardi y á su gente. Alfonso Piccolomini en los estados de la iglesia se apoderaba de castillos así como de las pequeñas ciudades; el Papa Gregorio XIII aumentó sus fuerzas militares y dió al cardenal Sforza los poderes mas amplios para librar el patrimonio de San Pedro de tanto salteador. Gregorio XIII no pudo sin embargo desarmar á Piccolomini sino concediéndole su perdon y la restitución de sus bienes. Tal era el estado á que la restauración imperial y pontificia habia reducido á la península á fines del siglo XVI.

CAPITULO XVII.

LA ITALIA EN EL SIGLO XVII ENTRE LA DECADENCIA DE ESPAÑA
Y LA OPULENCIA DE FRANCIA (1584-1700) (3).

Sixto V y Fernando I (1584-1590).

A fines del siglo XVI, despues de la última resistencia de la Santa Sede y de las repúblicas, la península habia caído en el mas completo desaliento. Dos hombres de energía trataron de levantarla sobre la base del siglo XVII, y de ponerla aun en el caso de aprovecharse de la restauración de la Francia, su protectora natural, desde que habia caído bajo el yugo de la España: Sixto V, soberano pontífice y Fernando I duque de Toscana.

Félix Peretti, de una pobre familia slava, refugiado en Montalto, había sido educado en la ruda escuela de la indigencia: en su juventud había guardado á menudo los frutos y guardado los cerdos; recibíanle en un convento de franciscanos, y se había distinguido en él por una reyerta bastante rara de erudicion teológica y de conocimientos administrativos, que revelaba en él un espíritu decidido y un carácter firme. Tenia sesenta y cuatro años de edad y padecia algunas enfermedades cuando fué elevado al Papado en 1584. Este honor pareció haberlo rejuvenecido y curado: he aquí lo que hizo suponer el que al dia siguiente de su encumbramiento tiró sus muletas. Fué el primero despues de mucho tiempo que comprendió que el Papa soberano temporal, no podia dedicarse esclusivamente á sus deberes religiosos sin poner en peligro su mismo poder espiritual; por lo que emprendió al principio la destruccion de los salteadores, y la rehabilitacion de las rentas de la Santa Sede.

Desde los primeros dias, las medidas mas enérgicas fueron tomadas contra estos bandidos. Se puso á precio la cabeza de sus gefes, y se hicieron responsables á los parientes de estos, de todas sus fechorías. El Santo Padre halló buenos todos los medios, sin que pudiera esperarse de él ninguna piedad. «Mientras viva, había dicho el dia mismo de su coronacion, todo criminal que caiga en mi poder sufrirá la pena capital.» Al cabo de dos años los embajadores felicitaron al Papa por la seguridad de los caminos de los dominios pontificales.

Gregorio XIII había unido, al decir de Sixto V, las rentas de tres pontífices, las suyas, las de su predecesor y las de su sucesor. Sixto V hizo economias considerables sobre los gastos de la corona pontificia, con cierto número de empleos venales, y estableció los *monti nuovi* sobre el consumo del vino, de la madera y aun sobre las pequeñas industrias. En poco tiempo había pagado sus deudas, y ahorró anualmente

un millon de escudos de oro, que destinó para atender á los grandes acontecimientos, tales como una cruzada, una peste ó una invasion en el dominio de San Pedro.

El esceso ordinario de los billetes fué empleado por él para embellecer á Roma. Despues que Sixto IV habia unido las dos orillas del Tiber por el puente de Travertino que lleva aun su nombre, la parte baja de la ciudad habia sido renovada enteramente; mas allá del rio se elevaban las maravillas del Vaticano; el Belvedere, Las Lonjas, el palacio Chigi; y de la otra parte la Cancillería de Julio II, el palacio Farnesio y Orsini. Pero las colinas de la alta ciudad permanecian en el mismo abandono; la iglesia de Santa María de los Angeles, el palacio de los Conservadores, sobre el Capitolino, no atraia entonces á los habitantes. Sixto V para poblar estas hermosas y célebres colinas, condujo el agua donde faltaba, por medio de trabajos que rivalizaban con los de los romanos. Hizo ir de veinte y dos millas sobre el Capitolio y el Quirinal, ya por cañerías, como por aqueductos, esa *agua felice* que dió en veinte y cuatro horas veinte mil quinientos treinta y siete piés cúbicos de agua, y alimentó veinte y siete fuentes: abrió un gran número de calles, facilitó las comunicaciones entre la alta y la baja ciudad, y duplicó por decirlo así, la ciudad de Roma.

El antiguo fraile franciscano hacia tambien la reaccion contra el paganismo en el arte, y era dichoso de celebrar en sus obras el triunfo de la fé cristiana. Coronó con una cruz el bello obelisco que el Arquitecto Fontana levantó, tan difícil y felizmente en la plaza de San Pedro; quitó de las columnas las estátuas de Trajano y de Antonio, para colocar á San Pedro y San Pablo; destruyó, para construir sus iglesias y realizar sus planes, los monumentos de la antigüedad, sin perdonar ni aun al hermoso templo de Severo, por ser indispensable sacrificar á aquel vandalismo cristiano, hasta casi

la admirable tumba de Cecilio Metello; si bien es innegable que este recto pontífice siempre se propuso en todo la utilidad pública, así como lo es también que Roma se alzó de su prostración durante su pontificado.

La muerte del gran duque de Florencia, Francisco, fué tan favorable á la Toscana como la de Gregorio XIII á los Estados de la Iglesia. El duque Francisco y el cardenal Fernando de Médicis, casi siempre en oposición al poder, dieron rienda á su despecho después del advenimiento al poder del Papa Sixto V. En el otoño de 1587, Francisco habiendo caído enfermo, Fernando fué á Florencia donde tuvo lugar una reconciliación. Pero algunos días después se aumentó la fiebre de Francisco, infestando hasta á Blanca Capello: ambos esposos cuya pasión turbara la corte de Toscana y la tranquilidad de la Italia, murieron con dos días de diferencia, por cuyas muertes el cardenal Fernando quedó duque de Florencia. Muchos rumores inciertos circularon contra el nuevo duque que los acalló al momento con sus beneficios.

Hombre ilustrado, de tacto y de resolución, Fernando I reparó las miserias causadas por el descuido de Francisco I á la prosperidad de Liorna; mantuvo la ciudad de Pisa restablecida por la abertura de un canal que la hacia comunicar con Livornia de tal modo, que los genoveses acudieron á las ferias que se hacian todos los años. El curso del Arno recibió una dirección mas ventajosa: se ocuparon en desecar los terrenos inundados, y se adoptó el proyecto de poblar nuevamente la Maremma, facilitando la corriente de las aguas y evitando los desbordes del lago Fucechio. Finalmente, Fernando sostuvo una marina militar bastante considerable para ir á rechazar á los bárbaros hasta Bone, y procuró sacar las letras y las artes, que habian hecho la gloria de su patria y de sus antepasados, del letargo en que yacian.

El Papa Sixto V y Fernando, eran á propósito para enten-

derse. Su política exterior empezó á manifestar aun mas independencia respecto del extranjero. Sixto V persiguió hasta en el territorio de los españoles á los bandidos, que eran protegidos algunas veces por aquellos. Fernando despidió á todos los españoles que Francisco habia tomado á sueldo y confió sus fortalezas á los italianos, de los cuales no habia podido desconfiar. Ambos á dos conservaron sus buenas relaciones con la república de Venecia; el Papa particularmente admiraba á esta ciudad que le habia ayudado á destruir á los bandidos, y amenudo aseguraba « que derramaria su sangre por ella. » Se les unieron aun los Gonzaga de Mantua y Génova, amenazada por Carlos Manuel I de Saboya, que esperaba obtenerlo todo de la España, haciéndose su mas celoso partidario.

Era ya aquello un foco de resistencia; pero era menester hallar socorros para combatir. La Francia despues de veinte y cinco años que era presa de una guerra religiosa que paralizaba toda su política exterior, se debatía aun en pena bajo los esfuerzos é intrigas de Felipe II. Fernando y Venecia favorecieron en todo cuanto pudieron la restauracion de un poder fuerte y nacional. La república, que fué la primera en adivinar donde estaba su porvenir, tuvo el valor de reconocer á Henrique IV antes que todos los otros Estados. Fernando por este medio entró en relaciones de amistad con el nuevo rey, y mientras que el duque de Saboya se apoderaba de Barceloneta y de Antibes, se echó sobre el castillo de If y puso allí una buena guarnicion.

Sixto V vacilaba; amenazaba romper con la república, por la que habia prometido derramar su sangre, y se dejó sin embargo vencer por los venecianos, y recibió á Mr. de Luxemburgo, enviado de Enrique IV, en audiencia particular. El embajador de España, Olivares, reclamó y amenazó; y Sixto V se exaltó ante semejante osadía. Felipe II echó nuevamente los bandidos sobre el territorio pontificio, é interceptó

los convoyes cargados de granos que Fernando enviaba para proveer la Toscana. Sixto V llegó á amenazar con la excomunion al católico rey de España. Este hombre enérgico retrocedió ante una tan grande tarea, y murió en su indecision el 7 de agosto de 1590, perseguido vilmente por las maldiciones del pueblo que destruyó sus estátuas y decidió que no se tributase jamás este honor á los pontífices existentes. Era evitar al menos los peligros del error ó de la ingratitud é impedir en Roma las saturnales de la idolatría de la víspera y de los autos de fé del dia siguiente!

El Papa Clemente VIII; el monje Campanella (1590-1605).

Sixto V aun despues de muerto, agitó el cónclave. El partido de los Médicis ó de los franceses llegó al principio á nombrar un Papa, sino hostil, al menos poco afecto á la España, tal era Urbano VII; pero este murió al cabo de siete dias, y la lucha se empeñó nuevamente. El virey de Nápoles para acabar de una vez, hizo reaparecer á los bandidos; Olivares amenazó á los cardenales con un sitio; Gregorio XIV, Papa adicto á los españoles fué elegido, pero no reinó sino siete meses. Una tercera lucha mas ardiente aun que las anteriores se empezó. Al cardenal de san Severino, presentado por los españoles, solo le faltó para el papado un solo voto. La inquietud, dijo él mismo, hacia brotar de su cuerpo un sudor de sangre. El cardenal Aldobrandino, hechura de Sixto V, aunque mucho menos adicto á los españoles, fué elegido por último el 20 de febrero de 1592, y tomó el nombre de Clemente VIII.

Era una victoria para Italia. La abjuracion de Enrique IV y su entrada en Paris en 1594, fué tambien otra victoria que se celebró en la península como un acontecimiento nacional. El Papa que hasta entonces habia contemporizado con los espa-

ñoles, y recibido solamente en secreto los embajadores de Enrique IV, no resistió por mas tiempo á las instancias del gran duque de Florencia. En vano el partido español abandonó á Roma y á los cardenales que le dirigian, en vano el duque de Sessa embajador de Felipe II, echó á los bandidos de los Abruzzos en los dominios de la Iglesia. Sostenidos por los venecianos, por el duque de Toscana, y por el emperador mismo, al cual los italianos prestaban socorros contra los turcos, continuó el Papa la misma conducta; declaró en una ceremonia solemne el 8 de setiembre 1595, que Enrique IV se habia reconciliado con la iglesia católica, restableciendo de este modo entre las potencias ortodoxas, un equilibrio favorable á su propia independencia y á la libertad de la Italia.

La península en efecto se apercibió bien pronto de que habia hallado un poderoso apoyo contra la España; Alfonso II, duque de Ferrara, de Módena y de Reggio, muerto en 1597, habia dejado su herencia á D. César, su primo, á falta de heredero directo: Clemente VIII reclamó como feudo de la Santa Sede la ciudad de Ferrara, lanzó la excomunion contra D. César que pretendia toda la sucesion, é hizo un empréstito para apoyar con un ejército la excomunion fulminada.

La suerte no parecia muy favorable al principio á la Santa Sede. La córte de España que creia tener que quejarse de Clemente VIII, estaba muy poco dispuesta á ello; el gran duque de Toscana, cuñado de D. Cesar, abandonaba al Papa. La república de Venecia le impedia reclutar soldados en la Dalmacia. Henrique IV deseoso ántes que todo de *restablecer las lises en la córte de Roma*, olvidó lo que debia á Venecia y al gran duque, y ofreció enviar un ejército allende los montes para poner al Papa en posesion de Ferrara. Don César obligado á ceder, entregó la ciudad despues de haberse apoderado de los archivos, la biblioteca y la artilleria de su predecesor, y se contentó para lo sucesivo con el título de duque de Módena y

Reggio. La ciudad de Ferrara perdió todos sus adelantos y todo su brillo de capital y pronto vió levantarse en el palacio ducal y el hermoso *belveder*, cantado por los poetas, una ciudadela que puso á raya á una ciudad en breve despoblada. Felipe II, que despues de treinta años no habia permitido hacer nada en Italia sin su permiso, se vió obligado á ceder esta vez. Firmó ántes de morir la paz de Vervins que anunciaba el restablecimiento del poder francés y la decadencia de España. Su sucesor Felipe III, abandonaba, aun al mas fiel de los servidores de su casa en Italia, á Carlos Manuel I, duque de Saboya, al cual Enrique IV quitaba en 1600 por el tratado de Lyon, el Bugey, el Valromeu y Gex, por el marquesado de Saluces.

Una nueva era pareció abrirse en el siglo XVII, para la Italia, la cual fijaba en la Francia sus ojos llenos de esperanza; hasta la Santa Sede se deshacia en elogios por la Francia. El sábio cardenal Baronius repetia á todo el mundo que nunca el papado habia recibido tantos servicios de una nacion. Se puede suportar, exclamaba el cardenal sobrino de Aldobrandino que dirigió todos los negocios, se puede suportar que los españoles quieran mandar en la casa de otro contra la voluntad de su dueño? y mientras tanto continuaba amontonando millones y sostenia un ejército de doce mil hombres.

No teniendo ya nada que ver con la Francia, despues de la paz de Lion, Carlos Manuel I de Saboya comprendió que era en Italia y á espensas de la España, do era preciso buscar el medio de engrandecerse; hé ahí porque se alió con Enrique II, despues de haber sido por tanto tiempo su enemigo. Esperando mejor ocasion, acabó de organizar el senado establecido por su padre en Carignan, á imitacion de los parlamentos franceses; reanimaba la agricultura y el comercio, fortificaba á Turin, ciudad italiana que hacia un paralelo de los grandes hombres antiguos y modernos, escribía su *Grande Herald*, recopilando

cion heraldica, y empezaba á fundar el poder militar de su pequeño estado.

Fernando de Toscana muy satisfecho de ver subir al trono de Francia á María de Médicis, no habia conservado largo tiempo su vigor para con Enrique IV. Se atrevió hasta á mandar á su almirante Ingherani, á la cabeza de su flota, á combatir los turcos en el Adriático, y tambien con el fin de apoderarse de la isla de Chipre. Al norte y al mediodia de la Italia, los milaneses y los napolitanos empezaban á agitarse bajo el yugo de hierro de la España.

Este era quizás el momento de intentar alguna cosa; el cardenal Aldobrandino propuso á Venecia una liga contra España. Pero el cardenal Aldobrandino y Fernando eran enemigos jurados, por tratar el primero de engrandecer la Santa Sede á espensas del segundo, y de espulsar á los españoles: Enrique IV por otra parte no estaba aun bastante asegurado en Francia para poder obrar en el exterior.

Solo hubo entonces una tentativa en el reino de Nápoles, y fué una de esas revoluciones aisladas, estrañas y temerarias que únicamente puede causar y atribuirse á la desgracia de un pueblo.

Un religioso dominico, Tomás Campanella, pensador profundo, aun que mas utopista aun, se desprendió de sus encumbraciones filosóficas y de sus ensueños para llamar, cual nuevo Savonarole, á sus compatriotas á la libertad. Creia con la fé del Apocalipsis, que el siglo xvii debia ser en Italia la señal de un cataclismo en el que se estrellaria la dominacion española, por lo que formó el proyecto de firmar una especie de república teocrática universal. Empezó primeramente por sublevar la Calabria, su patria; habiendo otros muchos monjes, no solamente dominicos, sino tambien franciscanos y agustinos, que arrastrados por su elocuencia empezaron á predicar las doctrinas de un nuevo enviado de Dios, convirtiendo en vol-

can, las cenizas mal apagadas de las facciones napolitanas. Tambien muchos obispos y algunos cardenales siguieron el ejemplo de los monges, y pronto el ejército compuesto en su mayor parte de bandidos salió de Calabria, siendo á poco derrotado por el conde de Lemos, virey de Nápoles. Los desgraciados que fueron cogidos perecieron en espantosos suplicios. Tomás Campanella, considerado como loco, fué puesto en un calabozo donde permaneció veinte y siete años.

Esta tentativa bastó para poner en guardia al gobierno español lleno ya de desconfianza. Felipe III en Roma, escitó al cardenal Farnesio, gefe de su faccion, contra Aldobrandino; las guarniciones de los presidios de Toscana se aumentaron: el gobernador de Milan, Fuentes, reunió un número de tropas asaz considerable para atemorizar toda la península. Quizás habrian hecho todavía mas, si el rey de España Felipe III, y su maestro el duque de Lerma, satisfechos con poder conservar su dominacion, no hubiesen puesto todos los medios para evitar la intervencion de Enrique IV en Italia.

El papa Pablo V; Manuel I (1605-1618).

La muerte de Clemente VIII en 1605, retardó aun este movimiento entramente francés. Los cardenales habian elegido al principio á Leon XI, Papa enteramente favorable á Enrique IV, y del cual la eleccion fué celebrada con placer en Francia, pero este anciano no sobrevivió sino algunos dias á su advenimiento al trono pontificio. El cardenal Borghese lo reemplazó bajo el nombre de Pablo V. Elegido, sin ninguna intervencion política, y preocupado casi esclusivamente por las prerogativas de su autoridad espiritual, indispuso contra él á todos los estados de la Italia por su ardor en sostener sus derechos; se consintió al principio por todos los estados en hacer

concesiones á un Papa que no tardó en ser mas considerado y mucho menos ecsigente. Génova revocó una órden que habia dado contra las asambleas realmente políticas de los jesuitas. El duque de Saboya abandonó sus derechos dudosos sobre el nombramiento de muchos beneficios. El virey de Nápoles hizo pedir la absolucion para el presidente del consejo, que habia ejecutado en el reino una órden contraria á las pretensiones pontificias, pero en Venecia aumentaron los conflictos hasta el punto de hacer inminente el peligro de un general trastorno. La córte de Roma y el consejo de los diez estaba en expectativa sobre todos los acontecimientos ; esto es , en las fronteras de ambos paises y en los límites de las jurisdicciones temporal y espiritual, y no menos que en las dificultades que podian surgir del comercio y del diezmo. Lo mas peligroso era que estos conflictos espresaban un antagonismo teórico que era aun mucho mas grave. El veneciano Fray Pablo Sarpi , defendia entónces científica y ardientemente los derechos laicos del Estado contra las pretensiones sostenidas por el cardenal Bellarmin en favor del poder espiritual, siendo el nuevo dux Leonardo Donato el discípulo de aquel célebre jurisconsulto. El Papa anatematizó en fin asi contra aquellos dos eclesiásticos culpables arrestados ya por la justicia secular, fulminando la excomunion y el entredicho contra la república. El senado ordenó al fiel clero de la república que continuara en el ejercicio de sus funciones. Los jesuitas y los capuchinos fueron los únicos que desobedecieron y fueron desterrados. Pablo V fuera de si , hizo preparativos de guerra y la república aumentó sus tropas, procurándose uno y otra socorros , el Papa en el rey de España y el Consejo de los diez en el de Francia. Los gobernadores españoles en Italia obligaban á Felipe III á hacer la guerra ; el partido protestante en Francia solicitaba á Enrique IV el emprenderla; pero entrambos monarcas fueron mas discretos. El dux entregó al enviado francés , por consideracion al rey de

Francia, los dos eclesiásticos culpables, pero no renunció por ello á ninguno de los derechos del Estado, sin levantar tampoco el destierro que pesaba sobre los jesuitas y los capuchinos.

La muerte del gran duque Fernando, que no puso á Cosme II un sucesor digno de él, fué una gran pérdida para la Italia. El duque de Saboya, Cárlos Manuel, practicó la misma y verdadera política nacional: el hijo del general de Felipe II, tomó audazmente el título de príncipe italiano y se declaró contrario de la España; bravo y resuelto, solo le faltaba amoldar sus empresas en sus medios y en las circunstancias. En 1609, abrazó con ardor los proyectos que formaba el rey Enrique IV, el año mismo que precedió á su muerte. A la cabeza de sus propias tropas y de refuerzos traídos por Lesdiguières, soñaban ya en apoderarse del Milanesado y de reunirlo sin oposiciones hereditarias erigiéndolo en reino. La indiferencia de Cosme II, esposo de la archiduquesa Magdalena, hermana del emperador Fernando, no lo contuvo mas que las demostraciones de Venecia, por contar con el apoyo de la Francia.

Quedando solo contra la España por la muerte de Enrique IV, y el abandono de la regenta, Maria de Médicis, se negó aun á deponer las armas. « Mis ejércitos piemonteses, decía, son la salvaguardia actual de la Italia. Nápoles y Milan pertenecian al rey cristianísimo; los obstáculos de Venecia aumentan; la Toscana está sometida y como sitiada en sus posesiones; el Papa no se decide por nadie, y Génova por su proximidad á Barcelona, recibe en breve las órdenes oportunas de Madrid. Puede hablarse del destello de independencia que brilla en Luca y en San Marino; pero si yo depongo las armas, solo habrá en la península en lugar de hombres libres y generosos, traidores y esclavos. » Era menester la intervencion del Papa, de Venecia y Cosme II, para obtener de Cárlos Manuel que enviase al menos á su hijo Filiberto, para someter algunas posesiones del rey Felipe, en el año 1611.

A la muerte de Francisco de Mántua que no habia sobrevivido sino algunos meses al padre Vicente en 1612, Cárlos Manuel se mostró aun menos tratable, aunque fué la causa de ello mas personal que italiana. Francisco no tenia de su muger Margarita de Saboya, hija de Cárlos Manuel, sino una hija de tres años de edad, y dejaba su sucesion á su hermano el cardenal Fernando. Cárlos Manuel I reclamó como feudo femenino y en nombre de su nieta, el Montferrato con la ciudad de Casal, y en 1613 ocupó audazmente la mayor parte del territorio que reclamaba. Tuvo al principio todo el mundo contra él; el emperador Fernando quiso fallar sobre aquel negocio; el gobernador de Milan y Cosme de Toscana, pusieron sus tropas en movimiento: Venecia y la Francia misma hicieron tambien varias demostraciones. Léjos empero de intimidarse por ello, llamó Cárlos Manuel á su embajador en Venecia, rechazó la mediacion de la Francia y del Papa, recibió rigurosamente al gobernador del Milanesado, Mendoza, en Verceil y en Asti, y atacó á Novara (1614), valiéndole su enérgica conducta la reanudacion de las relaciones entre sus aliados naturales.

La república de Venecia, desde algun tiempo en guerra con los uscocos, piratas ilirios, protegidos por el emperador, no excluyó al gobernador de Milan D. Pedro de Toledo ni al virey de Nápoles Giron de Ossuna, de tomar parte en un negocio que no les pertenecia. Hizo alianza con el duque de Saboya, le dió un subsidio de cincuenta mil escudos por mes, y arrastró al regente de Francia, azorado por la union del emperador y de Felipe III. Lesdiguières, gobernador del Delfinado, pasó los Alpes y ocupó el Montferrato, y Venecia reclutó cuatro mil suizos en el canton protestante de los grisonos. El duque de Saboya y la república hicieron alianza con los Países Bajos. Se creyó por un momento en una guerra general: el gobernador de Milan tenia sus tropas en el territorio de Venecia, y en el del duque de Saboya; Osuna bloqueaba con su

flota el golfo de Venecia; Cosme II de Toscana enviaba sus ejércitos al Pó, atravesando los estados de la Iglesia y del duque de Módena.

El Papa Paulo V que veía ya los *incrédulos y herejes* dispuestos á lanzarse sobre Italia, conjuró á los partidos á deponer las armas y llegó á pacificarlo todo. El rey de España Felipe III, rechazaba particularmente la guerra, que por su parte procuraba evitar también la reina de Francia. Dos reconciliaciones que tomaron el nombre de paz de Madrid en 1618 conjuraron la tempestad. El duque de Saboya retiró sus tropas del Montferrato, pero reservándose sus derechos, sobre los cuales el emperador debía pronunciar su fallo. Venecia entregó Gradisca de la cual se había apoderado, pero obtuvo el suplicio de los mas terribles de algunos de los principales piratas que tanto persiguió en el Adriático. La España sin embargo salió de este conflicto bastante apurada, y el duque de Saboya fué engrandecido, según opinion general, hasta el punto de querer los bohemios algun tiempo despues elegirlo rey.

Don Pedro de Toledo y el duque de Osuna; conspiracion de Venecia (1618-1620.)

Los representantes del poder español en Italia, el gobernador de Milan y el virey de Nápoles, eran cambiados con bastante frecuencia, lo que hacia que deseosos á lo sumo de conquistarse un nombre á espensas de la península, llevasen á menudo á su gobierno mas lejos de lo que este queria, y se hallasen siempre descontentos cuando burlaba la paz sus designios. D. Pedro de Toledo y el duque de Osuna, trataron de vengarse de Venecia en 1618.

Aun rechazando las circunstancias novelescas del cuento de San Real, no se puede negar que se intentó un golpe arriesgado contra la independendencia de la república. Un fran-

cés que pertenecía al tercio de Venecia, Jaime Pedro, hombre de puño y corsario muy experimentado, firmó con algunos otros el proyecto de sublevar algunos regimientos, apoderarse del arsenal y de echar abajo la república; el embajador español Bedmar, el gobernador de Milan y el virey de Nápoles, secundaban aquel movimiento. Pero algunos conjurados tuvieron la imprudencia [de vanagloriarse del apoyo español]. Una hermosa mañana, el consejo de los Diez, á causa de sus indiscreciones sin duda, hizo arrestar y condenar á muerte á muchos culpables; el embajador Bedmar salió de la ciudad, el consejo de los Diez dispuso dar gracias á Dios por haber salvado la república, y obtuvo la renovacion del gobernador de Milan.

El duque de Osuna [habia sufrido un segundo golpe, temia la suerte de D. Pedro, y se le vió adoptar de repente en su gobierno un sistema tan nuevo como improcedente para un virey de España. Se convirtió en protector del populacho contra los nobles; abolió el derecho del pan y otros impuestos que pesaban sobre el pobre, y hacia ahorcar á los barones con la misma facilidad que ahorcaba á los simples ciudadanos. Los lazzaroni lo elevaban hasta las nubes, *eletto* del pueblo; Grimaldi fué á defenderlo cerca de la córte de Madrid, cuando las quejas se promovieron contra él.

Apesar de esta defensa, la córte parecia mal dispuesta. El duque de Osuna reclutó entonces tropas extranjeras. Francisco Vallons, secuestró los bienes de los ricos y sondeó á Venecia y al gobierno francés (1619). Cuando se hablaba del envio de un nuevo gobernador « Yo lo recibiré, decia él, con veinte mil hombres. » Sin embargo, el cardenal Borgia, nombrado gobernador, no hizo mas que apoderarse por sorpresa de Castelnuovo en Nápoles, para triunfar de tanta arrogancia. (1620) Osuna se embarcó para España, do fué magnificamente recibido por el rey y sus ministros, siendo no

obstante encerrado al poco tiempo en una prision donde no tardó en morir de un ataque de apoplegia.

Acontecimiento de la Valtelina (1620-1626).

La Italia no supo aprovecharse de la union y proteccion de la Francia respecto á la Valtelina; aunque tambien allí sacó la Francia el mejor partido.

Al principio de la guerra alemana de treinta años, en 1624, los españoles y el gobernador de Milan, y los alemanes del archiducado de Austria, habian ocupado este valle se pretesto de socorrer á sus correligionarios sublevados contra los grisones. Las dos ramas de la casa Austro-Española, se daban entonces la mano. El rey de España podia hacer pasar tropas á Alemania en socorro del emperador, y el emperador á Italia en socorro del rey, lo que era un peligro terrible para la Europa; María de Médicis apoyó las representaciones del duque de Saboya, de Venecia, y del nuevo Papa Gregorio XV, que se acordó entonces de sus deberes de Italiano, en medio de sus penosas preocupaciones religiosas. La Toscana sola, entregada entonces por la muerte de Cosme II á la archiduquesa Cristina, su madre, y á la archiduquesa Magdalena su viuda, tutoras del jóven Fernando, abandonó la causa comun.

La casa de Austria se vió obligada á retroceder. Una convencion hecha entre las potencias, puso precisamente la Valtelina en depósito entre las manos del Papa (1622), y se negoció. A la muerte de Gregorio XV el emperador y el rey de España, esperaron recobrar el terreno perdido; pero el cónclave justamente atemorizado, nombró Papa á Urbano VIII, (Mateo Barberini) espíritu activo y político como pudiese serlo el que mas de cuantos habian ocupado desde mucho tiempo la silla apostólica. La entrada en el ministerio francés del cardenal Richelieu, fué aun mas decisiva; bajo la acertada direccio n

del nuevo Papa, se tomaron prontas medidas para garantizar la Valtelina de la ambición austriaca.

El duque de Saboya tenía también sus proyectos y sus sueños. En una conferencia en Susa con los Lesdignieres y el embajador de Venecia, habló de apoderarse de Génova, de Montferrato y aun de Milan. La única esperanza razonable y fundada de los coaligados fué desvanecida. El marqués de Ceuvres, en 1624 abandonó únicamente la Valtelina á las tropas del Papa, recayendo sobre él graves sospechas por no haber hecho resistencia alguna. El duque de Saboya y los Lesdignieres ocuparon también una parte de los dos rios; pero llegaron al momento tropas de España, que reconquistaron el territorio de Génova é invadieron hasta el del duque de Saboya (1625). Richelieu y el Papa, satisfechos, concluyeron al año siguiente la paz de Monzon que devolvía el canton de la Valtelina á los grisones, y les aseguraba la libertad de su culto y la elección de sus magistrados. La república de Venecia que debía vengarse de la España, y el duque de Saboya siempre implacable en su ambición, se quejaron amargamente, lo que era ya mucho en aquellas circunstancias que atrevesaba la Italia, conforme lo comprendió el Papa Urbino VIII.

El Papa Urbino VIII; sucesion de Mantua; toma y ruina de esta ciudad; casa de Gonzaga; Nevers (1626—1631).

Era este sin embargo tan buen príncipe italiano como buen soberano pontífice. Sus actos eran los de un hombre que meditaba grandes proyectos políticos; rodeaba con nuevos muros el castillo de San Angelo; construía una muralla en el monte Cavallo, un arsenal en los terrenos de la biblioteca del Vaticano, una fábrica de armas en Tivoli, hacia un puerto en Civita Vecchia, y reunía numerosas tropas. Toda la autoridad la

concentraba en sus manos. Para guardar aun el secreto de sus deseos, habia cesado de formar una consulta de Estado, y no depositaba su confianza sino en su primo Tadeo Barberini; á quien colmaba de riquezas y de honores.

Pero Urbino VIII queria una ocasion favorable para acometer una ardua empresa. La muerte cercana del duque de Mantua, Vicente II, á fines del año de 1627, pareció presentársela. Este iba á dejar por sucesor al jefe de la rama de los Gonzaga restablecidos en Francia, Cárlos, duque de Nevers y de Bethel. Un príncipe de origen y educacion francesa debia ser saludado con entusiasmo por los italianos, á los cuales habia asegurado el apoyo de la Francia. El Papa hizo venir en secreto al jóven duque de Nevers, cerca del moribundo duque, para tomar posesion, y procuró garantizarse aun sus derechos haciéndole casar con una nieta de uno de estos últimos duques, Francisco IV. Parecia que el emperador y el rey de España, que no habian sido consultados, fueron los únicos en quejarse. Se vió muy claramente que la esclavitud no habia librado á la Italia de sus divisiones y rivalidades. Los estados italianos permanecian hostiles é indiferentes á este negocio capital.

El duque de Guastalla y el duque de Saboya reclamaron el uno á Mántua y el otro el Montferrato, y dieron tambien al emperador ocasion de apoderarse de la sucesion, objeto de la disputa. El gran duque de Toscana, Fernando II, y Eduardo, duque de Parma, desde 1622, estuvieron vacilando entre el Austria y la Francia. En Módena, Alfonso III que acababa de suceder á César d' Este, cayó despues de la muerte de su esposa, en una sombría melancolía que le quitó toda actividad, hasta que se retiró entre los capuchinos, y dejó la sucesion á su hijo Francisco. En la república de Venecia, á causa de las prolongadas discordias entre los *Corneristas* y los *Zenistes* entre la plebe y la nobleza, cinco correctores nombrados contra la ins-

titucion del famoso consejo de los diez (1628), ponian límites á ese poder pronto y secreto que desde muchos siglos aseguraba, si bien que á un precio terrible, la tranquilidad pública. Por último, en Génova la clase acomodada y el pueblo, escitados por un tal César Vachero, trataba de quitar á la nobleza la comparticion de las magistraturas de la república y de reemplazarla con la antigua constitucion de Doria. El papa Urbano VIII hizo todo para quitar las disputas entre los italianos y aconsejó á Richelien que presentara un ejercito en los Alpes. «Si el rey apareciese tan solo en Lion prometia ponerse en campaña.» Pero Richelieu no queria esponerse á una guerra exterior antes de haber acabado en Francia con la Rochela. Afortunadamente para Carlos de Nevers, el duque de Saboya acometió muchas empresas á la vez. Mientras que el gobernador de Milan sucumbia delante de Casale defendida por algunos franceses, él mismo despues de la toma de Alba, Trino y Moncalvo, se detuvo para marchar contra Génova. Conspiró con el gefe del pueblo, Vachero, hombre perdido y capaz de todo, para derribar el senado y asesinar á los nobles. Al fin de esta conspiracion Vachero soñaba ya en la corona ducal y el duque de Saboya con la posesion de Génova. La conspiracion fué descubierta, Vachero ahorcado, y Génova levantó contra el duque de Saboya una cuarta línea de murallas que se estendia desde el foso al valle de Bisagno en el espacio de ocho millas.

La intervencion de Richelieu á principios de 1629 solo sirvió para hacer la guerra mas sangrienta y seria. La aparicion de Luis XIII en los Alpes decidió al Papa y á Venecia hasta entonces indiferentes. El mismo duque de Saboya, batido en Susa por los franceses, fué obligado á hacer causa comun con los confederados contra el Austria, que volvieron á su política ordinaria. Era tiempo de obrar; el emperador Fernando II derrotaba entonces á los protestantes en Alemania en medio

de la guerra de treinta años, y amenazaba á la Europa entera. Pero contentándose con levantar el cerco de Casale Luis XIII, espuso á una gran catástrofe á la Italia por dejarla sin defensa despues de su partida.

El emperador, irritado, envió á Italia por el Adda y el Oglio un ejército de treinta y cinco mil hombres: nada habia de mas cruel ni revoltoso que aquel ejército encarnizado por la guerra de treinta años. Asi se enseñará á los italianos, se decia en Viena, que aun hay un emperador.

Despues de siete años, añadia el campeon del catolicismo en Alemania, Fernando II, Roma no ha sido saqueada. No se hallaba menos amenazada Venecia; el embajador español pronunciaba sobre ella el *delenda est Carthago*. Cárlos Manuel abrazando la causa del Austria con la misma facilidad que la habia abandonado, consintió tacitamente en el plan que se meditaba, y que él no preveia ser tan terrible.

Richelieu en persona con un ejército conducido por Bassompierre y Schomberg, trató en vano de evitar el golpe; el duque de Saboya le detuvo en los sitios de Saluces y de Pignerol (1630), y el ejército aleman llegado bajo los muros de Mantua, la tomó por asalto el 18 de julio, y la pasó á saqueo sin que pudiese jamás reparar tan rudo golpe. Cárlos Manuel, de corazon verdaderamente italiano, pero espíritu intemperante y fantástico, murió de dolor, dejando por sucesion á su hijo Victor Amadeo.

El emperador y el rey de España, apaciguados con tan cruel satisfaccion, consintieron en 1631 en la paz de Chierasco. En el estado en que la habian puesto, creyeron poder dejar al francés Cárlos de Nevers, su herencia, exigiendo solamente algunas indemnizaciones para los duques de Saboya y de Guastalla. La familia de Gonzaga Nevers tomó posesion del ducado en medio de su propio luto y del duelo del pais. Dos de los hijos del príncipe Carlos de Rethel morian entonces; un

niño quedaba solo para recoger un poco mas tarde tan triste herencia. El Mantuano habia sido de tal manera desolado por los alemanes y por la peste, que hasta el nuevo duque estaba en tal apuro, que le fué necesario pedir tropas prestadas á Venecia para ocupar las plazas fuertes.

La catástrofe terrible de Mantua acabó de desanimar á los italianos, persuadidos que la Francia no buscaba en la península sino una division útil á sus intereses, Urbano VIII, no pensó mas que en satisfacer su ambicion personal. En 1633, á la muerte de Francisco María, duque de Urbino, Tadeo Barberini en virtud de cierto decreto de *devolucion*, entonces muy en uso, invadió el pequeño ducado. En vano el duque de Toscana reclamó en nombre de su muger, Victoria; las medidas habian sido tan bien tomadas, que las siete ciudades y los setenta castillos del ducado fueron ocupados en un abrir y cerrar de ojos. El Papa no consintió en dejar á Victoria sino los bienes alodiales, y para asegurar su conquista, conservó todos los privilegios de las ciudades y castillos, y dejó vivir á San Marino con su antigua é inocente libertad. La península cayó nuevamente en la indiferencia y atonia del siglo precedente.

Estado material y moral; ciencias, letras y artes.

Entonces no hubo tampoco suficiente prosperidad material ó moral para consolar á la Italia de tanta debilidad y de tantas agitacion estériles. La república de Venecia debia su estabilidad á la sabiduria de su gobierno, y la Toscana al espíritu esclarecido de algunos de sus príncipes, que deseaban conservar aun alguna cosa de aquella riqueza que habia descollado otras veces en toda la península. Venecia hacia aun casi sola el comercio de levante. Fernando II sostenia duran-

te su reinado la industria y la agricultura en Toscana. Durante su reinado se fabricaba cada año en Florencia por tres millones de escudos en telas de seda, tejidos de oro, plata y seda. Los duques de Saboya empezaban á hacer de su pequeño estado una potencia del todo militar é italiana. Génova conservaba aun el comercio de las costas de España y de Africa.

La capital de los Estado de la Iglesia, tenia todas las apariencias de la grandeza y hasta de pura prosperidad creciente. No se veian renovar en su seno las maravillas del siglo precedente, pero continuaba embelleciéndose. Cada Papa, ponía su gloria en eternizar su nombre con un nuevo monumento. Una nobleza antigua, numerosa y brillante, rivalizaba en esplendor y lujo; tales eran los Sayenlli, los Conti, los Orsini, los Colonna, los Gaetani. Desde que los Papas habian dejado de crear principados para sus sobrinos, á fin de hacerles compartir su poder y prodigarles las rentas de la iglesia, una nueva nobleza, los Aldobrandini, los Borghese, los Ludovisi, los Barberini, superaban aun á la antigua en opulencia y en orgullo. La córte pontificia y todos las nobles casas daban á Roma una grande actividad é increíble importancia.

¡ Pero que decadencia en comparacion de los siglos precedentes! Vencia desposeida por los franceses no era ya señora de una gran parte del imperio de Oriente: suplantada por los portugueses, no tenia ya el monopolio del comercio de las Indias; desafiada en frente mismo de las lagunas por los uscocos, ya no era la reina del Adriatico. En Toscana, si Florencia brillaba aun ¿ do habia ido á parar la importancia de Pisa, Arezzo, Luca y Pistoie? Génova experimentaba grandes pérdidas en el comercio africano, y se aniquilaba queriendo contener á los corsos rebeldes. En Roma mismo; que brillo tan engañador! Las rentas de la Santa Sede en las que se hallaban comprometida la fortuna de casi todas las grandes familias, des-

cansaban sobre el sistema funesto de empréstito ó *monti*, que destruyendo antes de tiempo el rédito, no podía dejar de conducir las al abismo. Al advenimiento de Urbano VIII, la deuda se elevó á diez y ocho millones de escudos, alcanzando al fin de su reinado treinta millones; suma demasiado enorme por un pueblo miserable, cuyas ciudades arruinadas é incultos campos, contrastaban tristemente con el brillo de las casas de los príncipes. Los votos de los embajadores venecianos en 1621 manifestaban este estado de decadencia que desde entonces no ha podido ya evitarse. Notábanse una gran pobreza entre los campesinos y el pueblo, y poca comodidad, por no decir miseria en el resto de la población. Bolonia y Ferrara debían aun algun brillo á sus palacios. Ancona á una parte del comercio en Turquía; pero las otras ciudades habían caído en el último grado de abyección; *l'aria cattiva* empezaba á transformar la hermosa campiña de Roma en un gran desierto.

La dominación española había hecho aun peor. Había alterado el honor nacional, y las costumbres tradicionales del italiano. Bajo el tono y etiqueta de los extranjeros, desaparecían aquel benéfico y fino trato entre todas las clases, aquella fraternidad que los italianos debían á la vivacidad de su humor y al antiguo estado democrático que había confundido todas sus clases. La nobleza empezaba á separarse de las demás clases, los títulos bastante despreciados antes, fueron entonces vivamente buscados y apreciados. La aristocracia no tuvo ya ningun interés en las empresas de la industria y del comercio, el noble italiano imitando al hidalgo, solo pensó en cargarse de títulos y en separarse del artesano á quien antes tratára con tal que fuese un verdadero jefe de familia. Las reglas de una etiqueta mezquina y vanidosa acabaron con todas las relaciones sociales. Las querellas de procedencia entre los diversos soberanos y entre los mismos nobles en la corte, fueron las mas importantes cuestiones políticas. En Roma los

cocheros de las grandes señores debieron ser muy entendidos en las reglas del ceremonial, unos diestros en detener su coche, en abrirlo, cerrarlo, ceder el paso, y en tomarlo según los escudos de armas de los demás carrujes que encontraban á su paso. Las costumbres de toda la nación se resintieron de ello. Una frivolidad universal adormeció todos los resortes del espíritu y del carácter. Lo que hay de mas nacional, esto es, la pasión y el placer mismo, perdieron su innata originalidad. El ardor y los celos que aumentaban tan á menudo el amor en Italia hasta el heroísmo ó hasta el crimen, desaparecieron en el frío y melancólico corazón del degenerado amante. Un baile grave y afectado fué la distracción mas común en el turbulento Milan; tuvieron que buscarse profesores de la nueva danza.

Las ciencias, la literatura y las artes, respondieron fielmente á este estado social. Los dos príncipes mas ilustres de su tiempo, Fernando de Toscana y Carlos Manuel, trataron de fundar academias; pero solo sirvieron según la sabia expresión de un contemporáneo, hasta la de la misma *Crusca*, para *convertir las lanzas en husos*. Una autoridad religiosa y una dominación política mas sombría la una que la otra mataban el pensamiento y la inspiración fuerte y libre. Entre las mil pequeñas luchas del odio y del egoísmo, siempre en pié, la esclavitud común, la literatura perdió toda originalidad, toda unidad, como la península, y no fué animada como en tiempo de Dante, de Petrarca, con una liga nacional; la lengua escrita, abandonó de por sí la gran tradición; formaron los hombres del pueblo las municipalidades; los poetas populares no cantaban ya sino en idioma provincial: el teatro de la academia fué deshonrado por los tablados de los saltimbanquis. Florencia misma formó su Diccionario toscano contra la lengua italiana. Algunos hechos atestiguan suficientemente esta decadencia general de Toscana, el empleo del método de observación

aplicado principalmente por Galileo á la astronomía y por Torricelli á la física, escitó los temores de un poder débil. Galileo por haber ensayado popularizar en algunos diálogos sus descubrimientos de rotacion de la tierra al rededor del sol, fué enviado en 1633 á Roma, ante el tribunal del santo oficio, obligado á retractarse y condenado á encierro perpétuo. No debió sino á la intervencion del duque de Toscana su discípulo, una rebaja en la pena impuesta.

Con mucha mayor razon la literatura se separó de todo motivo sério y profundo que hubiese alterado vivamente las almas. El tiempo de los epopeyas y de las grandes historias habia pasado. Un tal Boccacini que escribió en Venecia con cierta libertad que le permitió el consejo de los Diez, todas las veces que no se aludia á él, hacia oír á la Italia algunas grandes verdades en sus comentarios á la manera de Maquiavelo sobre las historias de Tácito.» Si la Italia, dice, consideraba cual es esta paz de que se jacta, reconoceria facilmente que ese ramo de la ociosidad no es tan deplorable para ella como la guerra y los males de sus vecinos: pero luego despues creyendo alabar á su patria, ponía el dedo sobre la verdadera llaga, sobre esta política de debilidad é ilusion, de la que espiaba entónces su funesta habilidad. «Son, decia, unos hábiles mercaderes los italianos, en lo que concierne á su esclavitud, se portan con tanto artificio, que vistiendo un ancho calzon á la sevillana, creen ser buenos españoles, asi como se creen pasar por excelentes franceses poniéndose en el cuello una gorguera de Cambrai. Pero cuando quieren llegar á un resultado, os enseñan mas dientes que no tienen, cincuenta hojas de sierra.» La ilusion está en la última palabra, la verdad pura en las primeras. A parte de este Boccacini, los autores del siglo xvii rechazando estas verdades peligrosas, convertian la literatura en ardid, y el estilo en objeto de armonía y de imágenes. La forma ya perfeccionada no teniendo ya mas donde agarrarse, iba

aumentándose á sí misma, sutilizándose mas y mas hasta caer en el ridículo y la afectacion. El pensamiento no se daba á luz sino trabajado, desfigurado bajo la forma de una punta. La idea, el concepto (*concetti*) no era ya sino un juego de palabras. Guarini en su *pastor fido*, drama pastoril compuesto de seis mil versos, habia abierto el camino á fines del siglo precedente. Marini el gran corruptor del gusto italiano, empleó en su poema de *Adois* todos los recursos de una imaginacion sin modestia, y todas las intemperencias de un espíritu sin medida. Alejandro Tassoni en la *Scchia frapitte* (el sello robado), objeto de eternas querellas entre las antiguas repúblicas de Módena y de Bolonia, hubiera podido sin forma de sátira, dar una leccion picante y merecida al espíritu de rivalidad de sus compatriotas, pero no se vió en su produccion otra cosa que un cumulo de chanzas, algunas veces chistosas. Francisco Bracciolini, en lo *Schernodegli Dei* (la burla de los dioses), arrastró hasta el fango en la Toscana á los dioses del campo, sin librar enteramente de sus ataques á la iglesia católica. La poesia sintiéndose aniquilada por falta de alimento, llamó en su ayuda á la música, y se hizo como esclava en la ópera, tal vez la única creacion original del siglo xvii; aun entonces la ópera fué solamente con Ranucci y Apostolo Zeno, un arte en su infancia.

El genio de los italianos no apareció en este triste siglo de los *seicentisti*, sino allí donde á falta de libertad se permitia la licencia, en las épocas de carnaval y en la *comedia dell'arte*, ese verdadero carnaval del arte dramático. En Roma, en Venecia, en Milan y en Nápoles las fiestas de la locura tomaron entonces un gran desarrollo y lograron su perfeccion. Cuando concluia ya la corta trégua de la abstinencia de la libertad, la imaginacion italiana con todos sus recursos y con toda su vivacidad, tomó una séria revancha, mas aun en sus costumbres que en sus palabras. Algunos de estos personajes que

sobrevivieron al cardenal, constituyen aun la comedia *dell'arte*, ó comedia popular, y tipos ambulantes. Pantalón, el sencillo mercader; Balanzoni el procurador; Spaviento el capitán español; Brighella intrigante, y los célebres Arlequin y Polichinelle, conservaron el privilegio de una originalidad cada día mas rara.

En las artes plásticas, los artistas, gracias á un profundo conocimiento en la práctica, dejaron admirables producciones aunque de un órden inferior. Hombres de acción antes que todo, concebían fácilmente supliendo á la inspiración la afectación, y separándose de la simplicidad para caer en el mal gusto. Bernini, arquitecto, pintor y escultor así como lo había sido Miguel Angel en el siglo precedente, rodeó la plaza de San Pedro de una magnífica columnata que formó un tan digno vestíbulo á la primer iglesia del mundo; pero perjudicó considerablemente al efecto interior de la cúpula, donde se elevaba un pesado altar mayor compuesto de columnas truncadas, recargadas de franjas, festones y orbitas, y que era como un pequeño templo puesto dentro del grande. Manejó tambien el escoplo y molió los colores con una prodigiosa facilidad, pero dió la señal de la decadencia, no sabiendo guardar en ninguna de estas dos artes sus límites. Después de él, Boromini, en la arquitectura, empezó á quitar las líneas, á cambiar y sobreponer las órdenes, como en San Juan de Letran y en la fachada de Santa Inés. El escultor Alejandro Algardi de Bolonia, quiso rivalizar con la pintura en la estatua de Attila. Las vírgenes y los niños de Fiammengo conservaron algunas señales de corrección y sobriedad.

Acababa de perder la pintura entonces los grandes artistas religiosos, suscitados por la recrudescencia política á fines del siglo precedente, los Carrasco, los Dominios, y los Guido. Después de la *Judith* del primero, y de los *Apostoles* del segundo, el Guerehin, pintor de humor pacífico, y buen creyente,

siguió aquel sistema en su *Agar*, su *San Gerónimo* y su *Anunciación*. Pero el desprecio de las reglas y de la tradición, la libre marcha, la fantasía, el toque fácil y espedito sobre todo, fueron el carácter general de sus contemporáneos y de sus sucesores. Miguel Angel Caraoago, pesó por lo bizarro, el Albano por la afectación y el caballero de Arpino por lo ideal; un poco después Salvador Rosa pintor y poeta, por lo fantástico; Giordano por lo gigantesco; todos sin embargo con una incontestable habilidad.

Inocencio X; Massaniello; lucha de Francia y España en Italia (1635-1639.)

El cardenal de Richelieu, en 1635, trató de arrancar decididamente la Italia á su apatía, y de quitarla la dominación española. Había domado en el interior á la nobleza y al partido protestante, é iba á encargarse entonces del mando de la guerra de treinta años para combatir contra la casa Austro-Española. La salvación de Italia era el golpe mas sensible que pudo darle. Quiso formar una liga de todos los Estados independientes contra España; desgraciadamente Urbano VIII estaba aun en el mayor abatimiento y todos los príncipes italianos persuadidos de que la Francia no tenia sino miras interesadas, no pensaron en medio de la lucha sino en sus rencillas y en la causa de su mezquina avidez.

Richelieu, para la conquista del Milanesado, no pudo reunir por el tratado de Rivoli sino los duques de Saboya, Parma y Mantua; y aun al primero poniéndolo en la alternativa de aliarse ó aceptar la guerra. Los Barberini no consintieron en armarse sino contra los Médicis siempre descontentos de la pérdida de Urbino. El gobernador del Milanesado, marqués de Leganés con solo poner el pié en el territorio de Plasencia desarmó al débil Eduardo de Parma (1637). El año si-

guiente, la muerte lo libró de sus otros dos enemigos Cárlos I de Gonzaga, duque de Mántua, y Victor Amadeo de Saboya. La viuda del primero, María, no tratando sino de asegurar á su hijo una sucesion tan disputada, se puso inmediatamente bajo la proteccion de la córte de Madrid, y á la segunda, Cristina, princesa partidaria de Francia, le costó bastante trabajo defender á su hijo contra sus dos hermanos Tomas y Mauricio, uno de los cuales se hallaba al servicio de España y el otro, ó sea el cardenal, era partidario ardiente del Austria.

El marqués de Leganés, favorecido de este modo, invadió el Piamonte, y marchó á la cabeza del ejército francés guiado por el cardenal la Valetta. La duquesa de Saboya dió al menos pruebas de un gran valor; sitiada en Turin por los dos hermanos que habian tomado á Verona, Yoree y Aoste, estrechada por los españoles y los franceses, rehusó socorros de sus enemigos y de sus amigos por no comprometer el poderío de su hijo (1639).

La tentativa de Leganés sobre Casale en el Mantuano, en 1640, sacó momentáneamente de su letargo á la Italia. El Papa y Venecia amenazaron invadir el Milanesado, y el general francés d'Harcourt se aprovechó de esto, apoderándose de Milan, y salvando á Turin y Casale; pero hacia cuanto queria Urbano VIII y la república, quienes dejaron luego de apoyar á la Francia.

El Papa creyó mas urgente apoderarse de Castro defendido por el duque de Parma, para asegurar sus creencias, y movió de este modo una guerra en el interior, mientras que los franceses continuaban batiéndose en las fronteras; Eduardo, escomulgado por sus reclamaciones, invadió el territorio de Roma y no le costó poco reunir contra el Papa á los Medicis de Este y Venecia. Roma fué sitiada con gran placer de los españoles que no perdonaban á Urbano sus veleidades de independencia, y el peligro fué tan grande que el Papa echó

mano de las reservas reunidas por Sixto V en el castillo de San Angelo (1642). Los italianos habian desplegado mas energia en esta querrela particular de la que manifestaron contra España.

El gobierno francés llegó á terminar estas divisiones tan funestas á la Italia como á sus propios intereses; en 1643, hizo la paz entre la duquesa regenta de Saboya y sus dos hermanos que recibieron en homenaje las dos ciudades de Niza y de Yornee. En 1644 obtuvo del Papa la absolucion del duque de Parma, con la condicion que este daria buenas garantías á sus acreedores. Este era en fin un camino hácia una liga general contra el Austria. La muerte de Urbano VIII, la hizo aun sucumbir. El partido español llegó á poner en la Santa Sede á Inocencio X (*Pamfili*), cuyo primer cuidado fué destituir á los Barberini, partidarios de los franceses, y desterrarlos. El cardenal Mazarino sucesor de Richelieu, fué obligado como este á usar de violencia para decidir á los italianos contra los españoles. No tenia ya que ganar nada en el norte, donde el Piamonte se hallaba libre de las tropas de Leganés; una flota francesa armada en Marsella fué á operar en el centro. El gran duque de Toscana siempre apasionado por España, fué obligado á firmar un tratado de neutralidad; el Papa con las mismas amenazas llamó á los Barberini, y nombró cardenal á uno de la familia de Este, muy adicto á la Francia. La isla de Elba, Piombino y Puerto-Longone, en los *presidios*, fueron quitados á los españoles.

Dos revoluciones que estallaron de repente (1647) entre la monarquia española, acabaron de aterrorizarla aun mucho mas.

Felipe IV, alentado por la Francia, estaba obligado á pedir demasiado á sus vasallos; los vireyes para conseguir su objeto imponian grandes impuestos á Sicilia y á Nápoles, por lo que el descontento fué general; y como se contaba con los socor-

ros de Francia, se atrevieron á pasar del insulto á la revolucion. Palermo al principio, siempre la primera cuando se trataba de sacudir el yugo de la dominacion estrangera, se sublevó. El pueblo sitió los edificios de la Aduana y de la casa moneda, como los registros de impuestos; y á las órdenes de un tal Giuseppe d'Alesio, batidor de oro, resolvió establecer un gobierno popular, y sublevar el resto de la isla. Otros movimientos tuvieron lugar en Catana, en Termina, y Agrigento; pero Medina rehusó tomar parte en la sublevacion que fué al instante cercada en Palermo. Giuseppe por otra parte abandonado ya por algunos de los suyos á quienes comprimia sus violencias, y calumniado por los españoles que le acusaban de estar en relacion con los franceses, fué muerto por aquellos mismos á quienes escitara á la rebelion.

En Nápoles la sublevacion fué mas lejos. La Sicilia era feliz bajo sus vireyes en comparacion del reino de Nápoles que no tenia ni aun los restos de una constitucion liberal. Todo estaba tasado desde mucho tiempo, la carne, el vino, el pescado y la harina. La rueda y la horca, daban cuenta de los mas rebeldes, y los cadáveres de los reos, cortados á pedazos, eran elevados aun en las partes principales de la ciudad para servir de ejemplo. El nuevo virey duque de Arcos, no solamente aumentó las gabelas, sino que estableció impuestos tambien sobre los frutos y legumbres que habian sido olvidados. Cuando se le hizo presente la miseria de sus habitantes contestó: «Que vendan sus mujeres y sus hijos y que paguen sus deudas. El descontento pasó del pueblo á algunos miembros del clero y de la nobleza, llegó hasta los mismos lazzaroni, obligados á renunciar á esa dulce indolencia para satisfacer el fisco; y riñas con los agentes del virey estallaban casi cada dia al principio del año 1647.»

Notábase entre los turbulentos á Geovin, empleado destituido, un fraile carmelita, y sobre todo, un pescador llama-

do Masaniello de Amalfi. Este último solo se habia dado á conocer por el modo con que auniciaba por las calles la venta de su pescado ; pero desde que su jóven esposa habia sido condenada á una fuerte multa por haber entrado en fraude una medida llena de harina, se mezclaba á todos los grupos y apoyaba el motin ; por primera vez y bajo el dizfraz de un jóven muy elegante , Mazaniello, como se le llamaba familiarmente , tenia un bando de lazzaroni, armados de cañas y arpones, y los hizo desfilar delante del palacio del virey , dirigiendo blasfemias y desafíos á los nobles ; iba á cada momento creciendo el tumulto.

El dia 7 de julio de 1647 un vendedor de higos preso por los agentes del fisco echaba la fruta al polvo por no pagar el impuesto ; la gente empezaba á amotinarse ; Mazaniello llegó con una horda armada de garrotes , echó á los colectores gritando : «¡Viva el rey de España ! ¡Muera el gobernador!» y fué á apoderarse de la oficina de los recaudadores y á quemar sus libros : interpúsose el *eletto* para apaciguar el tumulto ; pero el pueblo le rechazó á pedradas al grito de «¡Viva Mazaniello!» El virey que habia llegado al teatro del suceso , fué amenazado á su vez , perseguido en la iglesia de San Francisco de Paula , obligándosele á rebajar los impuestos ; pero durante la noche se fugó á Castel-Nuovo, convirtiéndose el motin en revolucion.

Génvino hizo observar que pueblo sublevado es pueblo ahorcado si no asegura su impunidad. La clase media se unió al pueblo exigiendo los buenos usos del tiempo de Carlos V. Mazaniello armó á los suyos , abrió las cárceles , atacó á los españoles , se hizo dueño de la ciudad y sitió estrechamente en su castillo al duque de Arcos. Con pretesto de tratar con el gefe del movimiento , el duque de Montaleone y su hermano Caraffa penetraron en la ciudad al frente de trescientos bandidos , atacaron á Mazaniello , hiciéronle fægo , pero no

lograron herirle, y furioso el pueblo ahorcó á Caraffa que se habia dejado prender, y nombró capitan general á Mazaniello. Las brillantes promesas nada pudieron en el ánimo del pescador que rehusó el premio de doscientos mil ducados por separarse de sus hermanos. Organizó la ciudad en cuarteles teniendo cada uno su capitan; echó á los nobles que se negaron á alistarse, y mandó que se ondeára en todas partes una bandera con la imagen de San Francisco, del rey de España y las armas del pueblo, como en manifestacion de su respeto á la religion, al rey y á la voluntad popular.

El duque de Arcos se vió precisado á ceder; en 13 de julio propuso restablecer todos los privilegios concedidos en tiempo de Carlos V, y dar al pueblo iguales derechos que á la nobleza en el nombramiento de magistrados municipales; el pescador de Amalfi, con plenos poderes del *fidelísimo* pueblo de Nápoles, vestido con un rico traje español que el arzobispo le obligó á ponerse, pasó á caballo en medio del entusiasmo de los lazzaroni á personarse con el virey para arreglar el tratado. Antes de entrar en el castillo encargó al pueblo que se mantuviera armado, y que diera á las llamas el castillo si tardaba en presentarse de nuevo, y que le rezaran un *Ave Maria* si no volvia. Firmado el convenio, llevóselo, lo leyó y comentó en medio de una ceremonia solemne delante de las puertas de la catedral. Como garantía del tratado, se le dió el nombramiento de capitan general; pero rehusó el collar de oro de tres mil ducados que venia con el nombramiento, resuelto á volver de nuevo á su oficio de pescador en cuanto llegara de España la ratificacion.

Pero esta rápida sucesion de acontecimientos, el paso brusco de una pobreza honrosa y alegre á la riqueza, y del motin á un triunfo inaudito, quizás algun brevaje, si hemos de dar crédito á la tradicion popular, no tardaron en alterar la razon del capitan general. Espuesto á las tentaciones y á las lison-

Las p[er]fidias de algunos, á las resistencias y envidia de otros, condenado á ejercer un poder que no le cuadraba, mostr[ó]se de repente violento en reprender, altivo en sus exigencias, extravagancia en todos sus actos, y el pueblo mismo se alejó de él. Lastimado por este abandono, Mazaniello se portó como un insensato, echaba puñados de dinero al mar y exclamaba: « Soy el monarca universal y no se me obedece. » Aquí se le aguardaba. Algunos asesinos sorprendieron al desgraciado cuando venia de recibir la comunión en el convento del Cármen, matáronle á arcabuzazos y llevaron su cabeza al palacio del virey, en medio de los aplausos ó de la indiferencia de aquel mismo pueblo pocos dias antes tan apasionado de su compañero.

Muerto Mazaniello, el virey creyó equivocadamente que todo estaba concluido; pero el restablecimiento de la tasa del pan recordó muy pronto al pueblo al que habia perdido. La multitud en masa se trasladó al sitio infame donde habia sido echado el cuerpo del que habia idolatrado, lo sacó de allí, paseólo por la ciudad, obligó al clero, al ejército, á la servidumbre del virey á que lo acompañaran y cantó dignamente el *ave Maria* que habia pedido. Corrió la voz de que la voz de Mazaniello se habia dejado oír y que su mano habia bendecido en señal de gratitud. Al salir de la ceremonia, el pueblo se dirigió contra el palacio del virey; la clase media dió esta vez por jefe del movimiento á Francisco Toralto, caballero popular y mas experimentado. El virey ganó tiempo hasta la llegada de Don Juan que nada obtuvo, apuntando sus cañones contra la ciudad, pues los españoles fueron rechazados dos veces y los napolitanos resolvieron sacudir absolutamente el yugo de Felipe IV. Francisco Toralto que no parecia tan decidido á ello, fué muerto. Un armero, Genaro Anneso, que se habia distinguido en la defensa de la ciudad, fué nombrado capitán general. Arrancáronse los emblemas españoles, proclamóse la

república; Anneso llamó á la revolución á las demás ciudades de Italia, y convocó á sus diputados en Nápoles para tomar resoluciones comunes é imitar el reciente ejemplo de los holandeses.

Este movimiento sucedía muy oportunamente para secundar los designios de la Francia. Mazarino había conseguido arrastrar al Papa á su partido, ganando á su cuñada Olimpia Maidalchina, que gobernaba entonces despóticamente la corte pontificia, y movió al duque de Módena por la promesa de un subsidio y de algunos socorros contra el gobernador de Milan. En Saboya, donde la duquesa evitaba todo compromiso con España, procuró asegurar la influencia de Tomás de Saboya que entonces estaba á su devoción, y finalmente envió socorros á los napolitanos y les hizo admitir como jefe al duque de Guisa, cuya familia había tenido siempre pretensiones sobre el reino de Nápoles.

Enrique de Guisa, declarado general de la *república real* de Nápoles, se trasladó á esta ciudad mal acompañado, pero anunciando la llegada de numerosas tropas francesas. Era el momento en que Mazarino firmaba la paz de Westfalia con el emperador de Alemania. La corte de Madrid quedaba sola en frente de esta liga formidable, que sin embargo nada hizo de provecho, pues la ambición y la envidia tenían divididos á los enemigos de España. En Nápoles los nobles se habían pronunciado contra el movimiento por ódio á Anneso. Guisa no trabajaba mas que para adquirir la corona de Nápoles; pero el embajador francés que lo sospechaba, solo le prestaba un débil apoyo. Genaro Anneso desconfiaba de Guisa y del embajador, que trataban de apoyarse en la nobleza, y antes que ver sucumbir la república bajo sus intrigas, prefería volverla á la España. Mazarino en el momento en que habría podido fijar toda su atención en los negocios de Italia, vió estallar la guerra civil de la Fronde.

El conde de Oñate, nombrado virey en lugar del duque de Arcos, se aprovechó hábilmente de las divisiones de los enemigos; se hizo suyos por medio de concesiones á Anneso y su partido, batió en una salida al duque de Guisa á quien Anneso cerró las puertas de la ciudad, y una vez dueño del fuerte Torrione del Carmine, se consideró tal como deseaba. Restableció en efecto, aunque con menos vigor, el despotismo tradicional de España, pronunció, á pesar de la amnistia, un gran número de confiscaciones y ejecuciones de que el mismo Genaro Anneso fué víctima, y recibió vivamente á Tomás de Saboya que llegó para sostener el movimiento cuando todo estaba concluido.

Toda la conspiracion contra España quedó desbaratada de rechazo en el resto de la península. El duque de Módena, que al principio habia atacado al gobernador de Milan, Caracena, pidió la paz y recibió la guarnicion española en Corregio; su hermano, el cardenal de Este, renunció al título de protector de los franceses. En Roma otra D.^a Olimpia, esposa de Camillo, hijo de Maidalchina, rival de su madrastra, volvió al partido español á un Papa siempre dispuesto á sufrir un yugo singular, sobretodo en la córte pontificia. En Saboya, Cristina, á despecho de Tomás, aseguró el poder á su hijo mayor Carlos Edmundo II; el duque Fernando de Toscana ayudó á los españoles á recobrar á Piombino y Porto-Longone, en cambio de la ciudad de Pontremoli que hacia mucho tiempo que codiciaba. (1651) En fin, el gobernador de Milan, Caracena, recobró, á Trino, Crescentino en 1653, arrastró decididamente á Carlos II de Mantua al partido español y se apoderó con él de la importante plaza de Casale, que seguia ocupada por una guarnicion francesa.

Mazarino no pudo obrar contra España hasta que se vió libre de la guerra de la Fronde. En 1654, Olimpia Maidalchina por ódio á su nuera, mas que por afecto á los franceses, urdió nue-

vas intrigas y recobró el poder. En 1656 Guisa al frente de algunos vasallos reunidos en Provenza, sorprendió á Castelmare y trató de apoderarse de Nápoles; pero las victorias de Turena en los Países Bajos españoles hicieron mucho mas, sino para derrocar la dominacion española, á lo menos para restablecer la influencia francesa en la península. En 1658 Mazarino protegió al duque Francisco de Módena, con un ejército á las órdenes de Tomás de Saboya, contra el gobernador de Milan, el duque de Mantua y el mismo emperador. En 1659, cuando la paz de los Pirineos, hizo volver Verceil al duque de Saboya, obtuvo el perdon del duque de Módena; arregló el negocio que seguia pendiente entre la Santa Sede y los Farnesio; y exigió una amnistía para los delitos políticos en el reino de Nápoles.

Alejandro VII y Clemente IX ; Carlos Manuel II y Fernando II : guerra de Candia (1659-1675).

Cuando al morir Mazarino, Luis XIV se decidió á gobernar en persona, todo estaba dispuesto para dar un gran reinado á Francia. Los soberanos de Italia no parecieron advertir los cambios que se preparaban en Europa.

Al morir Inocencio X, en 1656, los cardenales de Médicis y Antonio Barberini, jefes del partido español y del francés, habian quedado disputándose la silla apostólica; pero un nuevo partido formado de los que solo querian escuchar la voz de la conciencia, el *escuadron volante*, como se les llamaba, inclinándose á uno y otro lado, habia obligado á ambos partidos á renunciar á sus pretensiones y á que se eligiera al cardenal Chigi, Alejandro VII. Al principio pareció que el nuevo Papa marchaba por el camino que su eleccion le indicaba lo bastante; prohibió que sus sobrinos fuesen á Roma, y tomó por secretario al historiador romano del concilio de Trento, Pallavicini tan enemigo de la ambicion temporal de los papas, como de-

fensor ardiente en la supremacia espiritual de la Santa Sede. Dejó el cuidado de los negocios temporales á la congregacion del Estado, fijó las condiciones de entrada y se adelantó en las funciones públicas. Pero muy pronto desmintió las primeras esperanzas que habia hecho concebir; colmó de riquezas á sus parientes, y permitió que su hermano se enriqueciera vendiendo la justicia en el Borgo. El austero Pallavicini interrumpió su biografía del Papa á la vista de los escándalos cuyo fin habia esperado al principio, y una opinion muy desfavorable al gobierno eclesiástico empezó á estenderse en Italia.

La deuda del Estado siempre creciente á mas de los empréstitos, se elevó á cincuenta y dos millones de escudos, la administracion fué peor que nunca, y la miseria aumentó. Llegaron las quejas á la Santa Sede: «Son azotes, santo Padre, —dijo el cardenal Sachetti dirigiéndose á Alejandro VII,— peores que las plagas de los hebreos en Egipto. Pueblos no conquistados por la espada, sino vencidos á la autoridad de la Santa Sede por donaciones de príncipes ó sumision voluntaria, son tratados mas inhumanamente que los esclavos de la Siria ó del Africa. Son cosas que no pueden verse sin llorar.» Despertado en la córte romana el espíritu católico por el peligro á fines del siglo xvi, parecia arrastrado con el resto á fines del xvii. Pallavicini, el último sucesor de los Baronio y de los Bellarmino, murió olvidado; suspendiéronse los trabajos teológicos; despues de Girolamo de Narni ya no se oyeron en Roma buenos predicadores. En arquitectura, se restauró solo la Sapienza y Santa Ynés; á su lado se levantaron los esplendores mundanos de los palacios Chigi y Pamfli, y en las antiguas iglesias, la pintura religiosa desapareció con la restauracion de la fé que por un momento la habia vuelto á levantar.

Una falta de Alejandro VII puso término á la desconsideracion política de la Santa Sede. Contrariado en sus designios sobre Castro, por la paz de los Pirineos, Alejandro VII guardaba

tal resentimiento contra el embajador francés, duque de Crequi, que laguardia corsa del Papa, en 1662, se creyó autorizada para insultar al representante de Luis XIV protector natural entonces de la Santa Sede. El gran rey exigió imperiosamente reparacion, y las vanas palabras de resistencia del Papa que reunió á sus soldados y en persona les pasó revista en el Monte-Mario, solo consiguieron hacer mas profunda su humillacion. El gran duque de Toscana volvió al Papa al sentimiento de la realidad con tristes y severas palabras. Alejandro VII se vió obligado á licenciar á su guardia, á dar satisfaccion al embajador, y á elevar una columna en recuerdo de la reparacion. Un contemporáneo pudo decir con razon que la Santa Sede, sin un milagro patente, no se levantaria de esta falta y este castigo.

Bajo el pacífico duque de Toscana, Fernando II, Florencia recobró alguna prosperidad; atrajo con sus brillantes fiestas á los personajes de nota, y su córte llegó á ser una verdadera escuela de galanteria, punto de cita para gozar de placeres delicados y aprender las buenas maneras. Fernando prestó á la Toscana un servicio mucho mas importante: Florencia que habia sido la cuna de las letras modernas en el siglo xvi, llegó á ser cuna de las ciencias en el xvii. Gracias á una proteccion que no habria permitido el proceso de Galileo, y sobre todo al ejemplo personal del príncipe, las ciencias matemáticas y físicas, fueron cultivadas con tanto entusiasmo como antes la literatura. Torricelli, discípulo de Galileo, hizo los primeros experimentos fundamentales para el estudio de los líquidos y de los gases; Borelli redujo los elementos de la antigua geometría á doscientas proposiciones, y tocó casi la verdadera teoría de los cometas. Viviani estudió la resistencia y medida de los sólidos; el mismo gran duque de Toscana y su hermano el cardenal Leopoldo, inventaron y perfeccionaron instrumentos para el estudio de los fenómenos naturales.

Ponian á la disposicion de los sábios un local en el palacio Pitti, y los reunian en sociedad bajo el nombre de Academia *del Cimento*. El secretario del nuevo cuerpo sábio, Magalotti recojia en sus *Ensayos* los principales resultados de los estudios de la Academia con la misma pluma, limpia y á veces calurosa, con que habia pintado á los ateos y á los indiferentes en sus *cartas familiares*. Tan laudable impulso dado por Fernando á las ciencias, quizás no era entonces la mas urgente, sobre todo la única necesidad de Italia. Tambien procuró asegurar una poderosa alianza á su hijo Cosme, haciéndole casar con una princesa de Francia, Margarita Luisa, hija del duque de Orleans.

El duque de Saboya, Carlos Manuel II, fiel á los ejemplos de sus predecesores, dió á sus esfuerzos un carácter mas político, y procuró mantener en pié de guerra un fuerte ejército. Trazó en Turin los planos de estos útiles pero á veces monótonos monumentos que anunciaban la capital de un Estado reservado á mas altos destinos; centralizó la administracion de su ducado, y para reunir sus dos partes, empezó por mandar trasladar el hermoso camino de la *Grotte* que conduce de Lion á Turin por las Escalas.

La república de Venecia manifestó en aquella época que todo poder, todo heroismo no habian muerto en ella; mas en una guerra particular que le quitó todo poder de pensar en los intereses generales de la península, atacada en todas sus colonias, en el Adriático, en la Dalmacia, por los turcos que querian aislar á Candia, llegó á pedir al Papa el diezmo de los bienes eclesiásticos, á vender los títulos de nobleza y la entrada en el gran consejo (1663). Todos los ciudadanos hicieron su deber, legos y religiosos, hombres y mujeres, ofrecieron al tesoro las tres cuartas partes de sus alhajas, de su vajilla de oro y plata. Los Morosini y los Mocenigo añadieron á estos sacrificios, á este interés, todos los recursos de la habilidad y

del valor, en Naxos, en Chio, en Lemnos, en los Dardanelos, en el golfo de Lepanto, en todos estos puntos, en tierra y en mar; la sangre cristiana y la sarracena corrieron á torrentes. Venecia quizás habria visto cumplidos sus designios contra los otomanos, si hubiese podido contar con el resto de la cristiandad; pero debilmente auxiliada, y casi siempre en secreto, aun por el Papa y el Austria, empezaba á sentir que no salvaria mas que su honor.

Despues de la muerte de Alejandro VII, Clemente IX, hombre de escelentes intenciones, aunque sin energía, elegido por la influencia del *escuadron volante* (1667) entró en una via mejor. En Roma no concedió á sus parientes mas que favores justos; no dió el escándalo habitual de trastornar por el poder toda la administracion. En el exterior, el nombramiento de cardenal en favor de Leopoldo, hermano del gran duque de Toscana, restableció entre la Toscana y la Santa Sede una alianza preciosa, rota hacia mucho tiempo. Finalmente, procuró convertir la lucha particular de los venecianos contra los turcos en negocio nacional y hasta cristiano.

Ciento treinta mil escudos envió el tesoro pontificio á la república de Venecia. A vivas instancias del Papa, el gran duque de Toscana, los duques de Saboya y de Módena, Lucques, hicieron pasar dinero, municiones y soldados á Candia. Clemente IX suplicó á todas las córtes de la cristiandad que hicieran algo en favor de Venecia; pero no obtuvo mas que del rey de Francia el envio de una escasa flota y aun ésta con pabellon pontificio. En 27 de setiembre de 1669, la ciudad de Candia capituló y Venecia firmó la paz. La caida de esta ciudad cristiana causó tal afliccion al Papa, que murió á los tres dias de haber sabido tan triste noticia.

La guerra de Candia, lo mismo que la insurreccion de Masaniello, no fué mas que un episodio glorioso en la empeñada esterilidad del siglo xvii. Despues de largas discusiones en-

tre los Chigi y los Barberini, un viejo de ochenta años, Clemente X, elegido despues del desistimiento de los dos partidos, dió de nuevo el ejemplo de prodigar á sus sobrinos sus favores y los bienes de la iglesia. El duque de Mántua, Carlos IV, que en 1665 habia sucedido á su padre, heredero de los vicios de su familia, continuó disipando el dinero de sus estados en fiestas; á causa de sus desórdenes perdió la esperanza de tener hijos, y reanimó las pretensiones é intrigas de la casa de Austria sobre el Montferrato.

En el año de 1670 el gran duque de Toscana, Fernando II, murió, y los primeros años de su sucesor hicieron sentir á la Toscana y á la Italia la pérdida que habia experimentado. Lejos estaba Cosme III de tener los mismos talentos que Fernando II. Enemigo de las letras, rigidamente devoto, rompió con los hábitos liberales de su padre; un fausto excesivo y una piedad exagerada cambiaron todo el carácter de su córte. Despues de la muerte del cardenal Leopoldo, la academia *del Cimento*, minada por otra parte por los diputados de Borelli y Viviani, se dispersó. El matrimonio que el nuevo duque Cosme III habia contraído con Margarita Luisa, hija del duque de Orleans, dió malos resultados. La altiva y elegante princesa no ocultaba el desprecio que su esposo y la corona ducal le inspiraban, y Cosme, desconfiado, celoso, hacia mas amargos, si cabe, el disgusto de aquella. Fernando II habia conseguido cuando menos evitar el escándalo; pero á poco despues de haber muerto, los esposos se separaron de una manera ruidosa: para poner término á discordias que cesaban de ser domesticas, la gran duquesa dejó la Toscana y fué á encerrarse en un convento de Montmartre, motivo de disentiimiento entre la córte de Francia y la de Florencia.

En 1672, Carlos Manuel II salió muy desgraciadamente de la reserva á que hasta entónces se habia condenado en su política exterior. De acuerdo con el desterrado genovés, de la Tor-

re, trató de sorprender á Saboya y á Génova; pero errado el golpe, rompió la guerra y fué vivamente continuada en los dos rios entre el ducado de Saboya y la república. Dirigió Clemente X al agresor algunos reproches que fueron poco escuchados, y en 1673 ambos partidos se vieron obligados á reconocer el arbitraje de Francia y á aceptar el juicio de Luis XIV, que de este modo aumentó su influencia en el otro lado de los Alpes sin provecho para Italia.

Inocencio XI; revuelta de Mesina; bombardeo de Génova; negocio y ruina de Casale (1674-1700).

Las circunstancias exteriores reclamaban cada dia mas la atencion de los soberanos de la península. Bajo el reinado de Carlos II, rey moribundo, último descendiente de Carlos V, la monarquía española caía visiblemente en decadencia; desde 1648, á cada tratado de paz perdía una de sus provincias. Mayor era todavia la desorganizacion interior. La Francia de Luis XIV, por el contrario, cubria á la Europa con su sombra; era tan grande, que los demás soberanos del continente se ligaban entonces (1674) para arrancarle la Holanda. Los dueños de Italia no supieron aprovecharse, ni de la grandeza de Francia ni de la debilidad de España, y no habiéndose entendido ni decidido á tiempo por una ó por otra, á fin de obtener algo, fueron víctimas de entrambas.

El nuevo Papa Inocencio XI (1675) hombre austero é integro, dió al gobierno interior de los Estados pontificios una direccion atrevida y feliz. Renunció completamente al despotismo y suprimió una multitud de destinos que solo habian sido creados para las necesidades de los titulares; destruyó innumerables abusos y privilegios, redujo á uno por ciento los aranceles de todos los *monti* establecidos anteriormente, y res-

tableció el equilibrio de la hacienda en vísperas de una bancarota. Pero en su política exterior, fiel al partido que le había elevado, agravó las dificultades de la corte de Roma y del gobierno francés. Como los otros embajadores extranjeros habían renunciado en Roma al derecho de asilo, que era un fecundo manantial de abusos, se las hubo vivamente con un soberano que pretendía servir de modelo á los demás y no imitarles.

Luis XIV encontró toda la Italia sometida á la influencia austro-española cuando quiso levantarla. Buena era la ocasión, sin embargo; los mesinenses en defensa de sus privilegios contra el virey, estaban en revolucion desde 1674, y dueños de su ciudad de la que habían echado á los españoles, les oponían una resistencia vigorosa. Luis XIV trató en vano de hacer á Italia solidaria de este movimiento: envió en 1675 y 1676 una escuadra considerable al mando de Duquesne, treinta millones gastados en la empresa, la palabra dada á los sicilianos de dejarles en libertad de elegir el rey que mejor les pluguiera, finalmente, las tres victorias de Stremboli, de Agosta y de Palermo, nada pudieron conseguir: la Italia quedó neutral ú hostil, como el Papa. Cosme III nada quería con aquella corte que conocía demasiado por su esposa Margarita Luisa; despues de muerto Carlos Manuel II, la Saboya estaba gobernada por una muger bajo la minoría de Victor Amadeo II; los de Palermo y algunas otras ciudades sicilianas se negaron á seguir á Mesina por ódio á los franceses, y Luis XIV acabó por abandonar la valerosa ciudad á los resentimientos y venganzas de España, sin estipular nada para ello en la paz de Nimegne firmada en 1678.

La Italia no supo oponer el Austria á los resentimientos de la Francia. En 1673, aprovechándose Luis XIV de los temores que la casa de Austria inspiraba á Cárlos IV de Mantua, entablaba relaciones con él para hacerse entregar la importante

plaza de Casale. El gabinete austríaco, para defender á España y volver alguna vida política á la Italia, propuso á los estados italianos la formación de una liga; pero no fué escuchado. El Papa quedó como antes reñido con Luis XIV, con motivo del derecho de franquicia y de algunas otras dificultades eclesiásticas; pero sin emprender cosa contra él. El jóven duque de Saboya, Victor Amadeo, y Fernando de Toscana, dejáronse fascinar por Luis XIV que dió al uno la hija del duque de Orleans, y prometió al hijo del otro la misma reina de Portugal. El duque de Módena, como el de Mantua, olvidaba los intereses de Italia en los placeres públicos y secretos de la ópera que á la sazón hacia furor en Italia. Venecia solo pensaba en tomar la revancha contra los turcos otomanos. La Italia dormida, vió sin conmoverse como el duque de Mantua autorizaba á Catinat, general francés, á poner guarnicion en la ciudadela de Casale (1681). Los príncipes hasta llegaron á renunciar á la antigua política de báscula, de la cual, al fin y al cabo, la península habia sido siempre víctima. Llegados al último grado de decaimiento, parecia que querian aguardar el golpe de gracia sin cuidarse de si lo recibirian de la Francia ó de la España.

Solo Génova y la Santa Sede, ostensiblemente fieles á España, sufrieron el castigo de la neutralidad de los otros estados. Los genoveses procuraron sujetar la guarnicion de la ciudadela de Casale; pero Luis XIV les pidió esplicaciones, y como el senado se las negára, mandó contra la república al marqués de Seignelay. La escuadra francesa se alineó en frente del puerto de Génova, y durante cuatro dias hizo llover sobre la ciudad un granizo de balas, hasta que el dux consintió en ir á Versailles á implorar la clemencia real (1664).

Amenazado en su poder espiritual Inocencio XI por la declaración de 1682 acerca de las libertades de la Iglesia galicana, no cedió una pulgada siquiera tocante al derecho de asilo.

Luis XIV envió al embajador marqués de Lavardía á tomar posesiones del palacio de la embajada, al frente de cierto número de soldados; en 1687 se apoderó de Aviñon y del condado Venaisino, y acortó con semejante comportamiento los días del pontífice.

La guerra que estalló el año siguiente entre Francia y la Europa, no sacudió tampoco el letargo italiano. Venecia acababa de empezar de nuevo su lucha contra los turcos; después de haber ganado por medio de algunas victorias navales á Coron, Modon, Lepanto, Atenas, Tebas, creíase á punto de apoderarse de la Morea y no quería soltar presa para lanzarse en una guerra peninsular. El nuevo Papa Alejandro VII satisfecho de algunas concesiones de Luis XIV, que quería disminuir el número de sus enemigos, ablandóse en el momento en que su resistencia podía ser útil. Solo Victor Amadeo hizo alianza con los adversarios de Francia; pero la pequeña guerra que hubo en Italia, no fué mas que un episodio de la gran guerra de la liga de Augsburgo que agitó á la Europa entera. La península conoció las miserias de aquella, sin concebir esperanza alguna.

La primera victoria conseguida por el general francés Catinat, sobre Victor Amadeo, en Stabbarde (1690) llevó en pos del general austriaco, Eugenio de Saboya, el azote de los ejércitos alemanes y de las contribuciones de guerra. Casale fué sitiada por el príncipe Eugenio y el Monferrato asolado. Los estados de Italia puestos á contribucion por su señor feudal el emperador, tuvieron que pagar, Mantua quinientos mil escudos, Módena cuatrocientos cuarenta mil, Parma doscientos setenta mil, Luca cuarenta mil, y el gran duque de Toscana ciento tres mil. Luis XIV trató de aprovecharse del descontento causado por sus exigencias imperiales para reunir á los príncipes italianos en una liga contra el Austria. El Papa Inocencio XII, sucesor de Alejandro VIII, hombre completamente re-

ligioso, declinó toda participacion en el plan propuesto, no deseando mas que la paz en Italia para poder ayudar á Venecia contra los turcos. El gran duque de Toscana hizo otro tanto. La Italia continuó desinteresada en la guerra encendida en su territorio, y en parte sostenida con su dinero.

el Catinat, en 1693, ganó la batalla de la Mirsaglia á Victor Amadeo, é hizo destruir por una escuadra las costas de la Toscana; el príncipe Eugenio tomó á Casale y mantuvo á sus hordas á espensas del pais. Los príncipes italianos no se movieron. Todos los azotes se desencadenaron á un tiempo sobre la Italia como en los peores dias, sin que los príncipes se conmovieran. El Vesuvio, el Etna particularmente, vomitaron como en siniestro presagio torrentes de fuego; varios terremotos desolaron en el mismo año la Sicilia, la Toscana, los estados de la iglesia. Algunos príncipes murieron de repente: Francisco II de Módena, para dejar su ducado á Reinaldo de Este; Ranerio II de Parma, despues de dos hijos para hacer lugar á Francisco; el duque de Saboya Victor Amadeo, cayó enfermo de resultas de las fatigas de la guerra; el heredero del gran duque de Toscana de las fatigas del placer en Venecia. Los bandidos salieron de sus asilos de la montaña y se presentaron osadamente en los llanos y en los caminos reales, como aves de rapiña despues de la tempestad. Ultimamente para acabar la edificacion de Italia, el emperador de Alemania y el rey de Francia, cansados de batirse como sobre un cadáver, terminaron sus contiendas á costa de la península; sacrificaron lo que no era suyo, y destruyeron de comun acuerdo la fortaleza y murallas de la plaza de Casale, principal objeto del litigio y una de las primeras plazas fuertes del pais. (1695)

La paz siguió de cerca á estas miserias de fines del siglo xvii. El duque de Saboya firmó en 1696 con Luis XIV un arreglo particular, que el tratado de Riswich, firmado el año siguiente entre todas las potencias, convirtió en general pa-

cificación. El rey de Francia volvió al duque de Saboya sus estados casi intactos, y escogió su hija mayor para su nieto el duque de Borgoña; el emperador retiró sus tropas después de haber hecho pagar su retirada como su llegada. En 1699 terminó también la guerra entre Venecia y los turcos, y muy felizmente para la república que reparó en parte la pérdida de Candia por medio de adquisiciones en Morea. El siglo pareció concluir pacíficamente. El Papa Inocencio XII, antes de bajar con él al sepulcro, tuvo el consuelo de celebrar un jubileo de concordia y conciliación. Engañosa paz sin embargo para la Italia. Estaba en vísperas de la muerte del rey de España que abría la sucesión de Carlos V, y traspasaba sus provincias más hermosas como un legado á ávidos competidores, como autorizando de nuevo á Montesquieu para llamarle «parador público» de las ambiciones extranjeras.

CAPITULO XVIII.

ENSAYOS DE REFORMAS EN ITALIA DURANTE EL SIGLO XVIII
(1700-1789).

Guerra para la sucesion del milanés y del reino de Nápoles que pasan al Austria (1701-1714).

El siglo xvii fué para Italia la época del decaimiento más profundo y de las esperas indefinidas. El entorpecimiento es completo y como vecino de la muerte. Entre la monarquía española agonizando con Carlos II, y la Francia arrogante y ambiciosa bajo Luis XIV, la península no se atreve á concebir un pensamiento, á formar un proyecto, á hacer un movimiento, temiendo encontrar la muerte en vez de la indepen-

dencia. Sumergida en una especie de sueño letárgico, turbado apenas por algunas convulsiones internas, y por las lesiones muchas veces profundas del hierro extranjero, se complace y endurece en esta inmóvil insensibilidad tan contraria á su naturaleza, pero tan conforme con su desgracia. A principios del siglo XVIII la Italia fué arrancada violentamente de su apática indiferencia, los acontecimientos fueron á proponerle una y otra vez, y por mas que hiciese, el problema de su destino; pero impotente ó falta de energia, en todo caso falta de union por parte de sus príncipes, no supo resolver por sí propia la terrible cuestion, y casi sin ella, pero sobre todo contra ella, el extranjero le concedió su suerte. Su poeta de entonces, Filicaja, pudo lamentarse justamente de verla ceñida con la espada que no era la suya, combatir con los brazos de naciones extranjeras para quedar, victoriosa ó vencida, siempre esclava.

DEL NON TUO FERRO CINTA

PUGNARE COL BRACCHIO DEI STRANIERE GENTI

PER SERVIRE SEMPRE, Ó VINCITRICE Ó VINTA!

Ya mucho tiempo antes de la muerte del último descendiente directo de Carlos V, Carlos II, la diplomacia europea habia tratado de disponer de la península como aneja á la monarquía española. Tratados secretos habian adjudicado el Milanes y el reino de Nápoles, ya á un príncipe bávaro, ya á un austriaco, ya á un francés. Los soberanos de Italia no habian sido consultados sobre este punto, y menos las provincias que eran sacrificadas á las necesidades del equilibrio europeo. El último testamento de Carlos II (muerto en noviembre de 1700) que mantuvo la integridad de la monarquía española y traspasó sus dominios italianos con todo lo demás á un nieto de Luis XIV, al duque de Anjou, no fué mal acogido en la península. El Papa Inocencio XII habia concebido el designio de pre-

pararse para los peligros del porvenir, haciendo una liga entre los príncipes italianos, destinada á prevenir las invasiones del extranjero. Su sucesor Clemente XI (Albani) renunció á esta idea; elogió públicamente á Luis XIV por haber aceptado la sucesion, y escribió una carta felicitando al nuevo jefe de la monarquia española Felipe V, si bien retardó, como señor feudal, investirle con el reino de Nápoles. Con el Papa, no solo Vaudemont, gobernador del Milanés, y Medina-Celi, virey de Nápoles, hicieron proclamar á Felipe V, sino tambien el gran duque de Toscana, el duque de Saboya, los de Parma y de Módena; y las tres repúblicas, Venecia, Génova, y Luca reconocieron el cetro del Borbon. Lo que sin duda agradaba á los catalanes, es que esto les parecia resolver la cuestion sin sacudidas y simplicar además la posicion política de Italia. Nada habia cambiado: un príncipe francés iba á ocupar el sitio de un español, y aunque se echaba á perros la independendia, no dejaba de ganarse, pues terminaba el antagonismo entre Francia y España, y quedaba tal vez asegurado el reposo de la península.

Era esto contar sin el antiguo dueño de Italia, el emperador, que creia sus títulos feudales de la edad media rejuvenecidos por la sangre española transfundida por matrimonio en su raza. Las vivísimas reclamaciones de Leopoldo en favor del archiduque Carlos, las reuniones de tropas que hizo en los Alpes, sacaron de su ilusion á los príncipes italianos, pero no de su apatía. Clemente XI trató al principio de impedir que Leopoldo introdujera tropas en Italia, y empeñó á la república de Venecia á cerrar los Alpes á los imperiales; pero Venecia se declaró demasiado abatida por la última guerra para empezar otra nueva. El gran duque de Toscana y los pequeños duques no creyeron que tuviesen interés inmediato en la querrela, pues no tratándose mas que del norte y del sur de la península, pensaron que el asunto no les importaba. El du-

que de Mantua, Fernando, hizo mas: decidió la lucha por medio de una cobardía. Previendo la guerra, y sabiendo que su capital, como posición militar, sería uno de los principales objetos del debate, la entregó á Luis XIV por sesenta mil escudos que habian de pasar muy pronto á las manos de las cortesanas venecianas. Esta fué la señal de las hostilidades.

Los Borbones parecian al principio mucho mas en estado de asegurarse la sucesion española en Italia que los Nabsbourgos. El único príncipe que habria tomado partido, Victor Amadeo, se habia declarado por la Francia, es verdad que con la segunda intencion de cuidar de sus intereses con preferencia á todo. Asegurada ya su retaguardia, Catinat, ya dueño del Milanés, pudo tomar posesion de Mantua y de la línea del Adige. La derrota que sufrió en Caspi, las de Chiari en Cremona, donde Villaroy, su sucesor, fué sorprendido y hecho prisionero, la conspiracion de los marqueses de Pescaira y Avalos contra el virey de Felipe en Nápoles, no hicieron bambolear el poder de los Borbones (1701-1702). El nuevo rey de España, Felipe V, lo fortaleció todo con su presencia. Por las fiestas de Pascua del mismo año fué recibido con aclamacion en Nápoles, reemplazó al virey, rebajó las contribuciones y colmó de favores á la nobleza. En Liorna, donde investió al gran duque con el principado de Sienna, le trataron como al verdadero soberano; despues de su corta visita á su suegro, el duque de Saboya, en Acqui, entró triunfalmente en Milan el dia 18 de mayo, mientras que el duque de Vendome derrotaba á Eugenio en Luzzara; socorrió de nuevo á Mantua y recobró una parte de las posesiones perdidas antes.

La soberanía del duque de Saboya que se pasó al emperador por la promesa que se le hizo del Motferrato y de otras varias ciudades, cambió la faz de la lucha. Vendome persuadido de que no podia conservar por mucho tiempo el Milanés, con un enemigo detrás de sí, se dirigió bruscamente contra

el desertor á marchas forzadas, y á pesar del general austriaco Harremberg, que tambien de prisa habia corrido á la defensa de su aliado, se apoderó de Asti y de Aoste, mientras que La Fenillade conquistó la Saboya y tomó á Verrue, despues de un sitio de seis meses (1704). Pero detrás de él los imperiales ocuparon el Mantuano, el Modenés, el Parmesano, arrancaron contribuciones á Italia y amenazaron tambien á Milan.

Quiso Vendome resarcirse á lo menos á espensas del duque de Saboya, y puso sitio á Turin en 1705. El príncipe Eugenio bajó de repente de los Alpes; dió vuelta al Adige, al Mincio, al Oglio, encontró á Vendome en el Adda, y perdió en el puente de Cassano tres mil hombres; pero Turin se salvó.

El año siguiente los franceses estaban bien decididos á apoderarse de esta capital: Vendome despues de haber arrojado del Milanés al ejército austriaco, privado entonces de Eugenio, guardaba el Adige; Luis XIV hizo inmensos preparativos. Sesenta mil hombres al mando de La Fenillade, ciento cuarenta cañones, ochenta morteros embistieron á Turin. Vuelto el príncipe Eugenio al frente de sus tropas, atravesó audazmente el Pó cerca de su desembocadero, y siguió su curso por la orilla derecha. Marsin y el duque de Orleans, enviados para sustituir á Vendome, retrocedieron por la orilla izquierda en lugar de prevenirle y le permitieron dar la mano al duque de Saboya, antes que La Fenillade hubiese acabado de embestir á la plaza. Atacados en sus trincheras no terminadas aun, los franceses perdieron la ventaja del número y sufrieron una derrota completa; el duque de Orleans no pudo menos de retirarse á Casale para proteger el Milanés. El ejército francés, desanimado, se echó á la desbandada por el camino de Francia, dejando el Piamonte al duque de Saboya y el resto de Italia al Austria.

El duque de Saboya entró de nuevo en Chivasso, Jorea, Verrua, Asti, y mandó edificar en la montaña de Superga la

iglesia que en su derrota habia hecho voto de ofrecer á la vírgen. El príncipe Eugenio no experimentó resistencia en el Milanés; entró en Pavia, Novara, Lodi, Come, Alejandría, Tortona, Casale, Pizzighittone, y no tardó en ver venir á los diputados de la nobleza y del pueblo de Milan que le prepararon un verdadero triunfo. El general francés Medavy, aislado, se retiró al principio á Mantua con los quince mil hombres que en Italia quedaban; pero no tardó en recibir de Luis XIV permiso para firmar (1707) una capitulacion particular, y volvió libremente á Francia cediendo á Mantua, Cremona y el castillo de Milan.

No hubo mas que repartirse los despojos. El emperador José invistió á su hermano el archiduque Cárlos con el ducado de Milan, separando de este á Alejandría, Valenza, la Valveria y la Lomellina, para resarcir á Victor Amadeo de sus pérdidas en la Saboya. Declaró al duque de Mantua, Fernando Cárlos, aliado de los franceses, desposeido de sus estados; adjudicó la Casale y Monferrato al duque de Saboya, y reunió á Mantua y el Milanés. Todos los partidarios de Francia fueron castigados con fuertes contribuciones de guerra. Cosme tuvo que pagar ciento cincuenta mil doblones, el duque de Parma noventa mil. Finalmente, el general austriaco Daun recibió orden de marchar contra Nápoles y su reino.

No fué esto una conquista, pues la poblacion tendió los brazos á los invasores. Despues de la toma de Capua y Aversa, tomadas sin riesgo alguno, diputados llevaron al general austriaco llas llaves de Nápoles para el archiduque y solo pidieron los privilegios del tiempo de Cárlos Quinto. El pueblo rompió las estátuas de bronce de Felipe V y las echó al mar. En 1708 una escuadra salió de Nápoles con rumbo á Cagliari y determinó la fuga del virey Borbónico de Cerdeña. El emperador, mucho mas emprendedor de lo que nunca lo fueron los reyes de España, sorprendió tambien en las presidencias de Tosca-

na, san Estévan , Orbitello ; y considerándose árbitro de toda la península , mandó al duque de Parma y Plasencia que fuese á Milan á recibir la investidura de su ducado , y se apoderó de Commastico en los estados de la iglesia.

Aunque tarde , el Papa se arrancó á su indiferencia ; protestó contra la violacion de su territorio, levantó soldados, fué combatido, resistió hasta el último momento, y solo se resignó á reconocer por rey á Carlos de Austria en 15 de enero de 1709 , á las once de la noche , viendo á los imperiales como en tiempo de Borbon , casi á las puertas de Roma.

La Italia , por estar abandonada á sí misma , fué entregada como el resorte del equilibrio europeo cuando se firmó la paz de Utrecht en 1713. El advenimiento del archiduque Carlos al imperio en 1711 despues de la muerte de José I , transfirió sobre el Austria los temores inspirados al principio á la Europa por la casa de Borbon. Ahora se deseaba evitar que la casa de Austria reuniera como en tiempo de Carlos V , el imperio aleman y la corona de España , y se consiguió entregándole la península. El mismo Papa que tenia pretensiones sobre algunos paises de que se disponia , no tuvo ocasion de emitir su parecer. Adjudicóse al emperador lo que habia pertenecido á España , el Milanés , Nápoles y la Cerdeña , menos la Sicilia que fué dada á Victor Amadeo , con el título de rey , codiciado mucho tiempo por sus antepasados , título que Victor Amadeo I se dió prisa en tomar. Transmitió á su hijo el duque de Saboya, y fué á recibir solemnemente en Palermo la corona de Sicilia , de manos del arzobispo. Mucho creia haber obtenido para sí y para Italia por la formacion de un reino italiano que tenia una parte de los Alpes y del mar. Pero el emperador , antes de aceptar en Rastadt , en 1714 , el tratado de Utrecht , tuvo mucho cuidado en pedir mas garantias , se hizo asegurar la posesion de las presidencias en la Toscana y confirmar la del Mantuano, que desapareció del número de los

estados libres. Carlos VI mantuvo así la Italia en el siglo XVIII en una dependencia mas estrecha que Carlos V en el XVI, y la península no ganó con la guerra sino pasar del despotismo decaído y lejano de España, al imperio del Austria, omnipotente y siempre á sus puertas.

Creacion del reino de Cerdeña por Victor Amadeo I (1714-1721).

Victor Amadeo, el mas poderoso de los soberanos de Italia, fué el primero que experimentó cuan precario era su nuevo reino.

En 1717 el ministro de España, cardenal Alberoni, hombre de una ambicion desproporcionada á los recursos de la monarquia de Felipe V, resolvió cuestionar lo que los tratados de Rastadt y de Utrecht habian decidido. El emperador Carlos VI y la república de Venecia hacia dos años que combatian á los otomanos, Carlos VI con motivo de las fronteras de Hungría, la república á causa de la Morea. Venecia perdía casi toda la isla griega que recientemente conquistara, y se defendía con algun trabajo en el Adriático y en las costas de la Dalmacia; el príncipe Eugenio era mas feliz en el Danubio contra la media luna, pero en aquel lado tenia necesidad de una gran parte de las fuerzas del Austria. La paz interior habia dejado descontentos y daba lugar á dificultades de ejecucion. El Papa Clemente XI no podia olvidar que se habia dispuesto sin su aprobacion de la Sicilia y de la Cerdeña, que seguia considerando como feudos de la Santa Sede; estaba empeñado en una lucha muy viva con el nuevo rey de Sicilia, Victor Amadeo, con motivo de los límites de las dos potencias; en fin, los sicilianos despues de haber visto á Victor Amadeo dejar á Palermo, no hicieron distincion entre este señor italiano y un señor extranjero, y los sardos encontraban á los alemanes mas rapaces que los españoles.

De repente, en agosto de 1717 el cardenal Alberoni arrojó sobre las costas de la Cerdeña una escuadra reunida con pretexto de socorrer á Venecia contra los turcos, y en menos de dos meses se apoderó de la isla. El año siguiente, envalentonado con este primer triunfo, envia otra escuadra á Sicilia delante de Palermo para mantener, segun decia, los privilegios de la isla, violados por el duque de Saboya; subleva Palermo, Catana, y prende en Mesina al virey Victor Amadeo. Asustado el emperador, se apresura á firmar la paz de Passarovitz con la puerta Otomana, cuyos gastos pagó Venecia su aliada por el abandono de la Morea (1718), y se quejó de la agresion de Alberoni á las potencias que firmaron el tratado de Utrecht. Está fué una ocasion que la cuádruple alianza aprovechó para remachar las cadenas de la península.

Los españoles fueron obligados á evacuar las dos islas que llegaron á ser objeto de un cambio entre el emperador Carlos VI y Victor Amadeo; el Austria reunió las dos partes del reino de las Dos Sicilias allende y aquende el Faro, para poder defender mejor la isla caida tan facilmente en poder de los españoles. Victor Amadeo I cambió el título de rey de Sicilia con el de rey de Cerdeña que era tambien muy de guardar de los ataques del exterior. Los españoles cedieron delante de las escuadras y ejércitos de la liga. Tomada de nuevo Mesina, heroicamente defendida, el resto de la isla se sometió por vagas promesas, y el tratado de la cuádruple alianza recibió su plena ejecucion por la caida de Alberoni en 1720. Palermo fué guardada por una fuerte ciudadela levantada en una altura vecina. Victor Amadeo I recibió, segun la forma tradicional, delante de los gefes de las tres órdenes, el dominio de la isla de Cerdeña, y juró el mantenimiento de sus libertades y privilegios. El emperador nombró un virey en Sicilia, un gobernador en Milan y un virey en Nápoles, y la empresa de Alberoni no tuvo otro resultado que robustecer la dominacion austríaca en Ita-

lia y debilitar el nuevo reino italiano con un cambio evidentemente desventajoso para los intereses de toda la península, pero no para los de la casa de Saboya.

El ducado de Parma suprimido; Nápoles pasa á un Borbon, la Toscana á un Habsbourg (1720-1735).

Apenas quedaba arreglada definitivamente la sucesion de España en Italia, cuando las del ducado de Parma y Plasencia y del gran ducado de Toscana, escitaron la codicia y las intrigas. Los Farnesios y los Médicis se acercaban á su fin.

Francisco, duque de Parma, no tenia por heredero mas que á un hermano, Antonio, de 45 años de edad, monstruosamente obeso, que no prometia ni mucha vida ni posteridad, y una hija, Isabel, casada con el rey de España Felipe V. El ducado debia ir á parar á Isabel sin duda alguna, y el emperador de Alemania estaba dispuesto á reconocer los derechos de D. Cárlos, uno de sus hijos; solo por contener á los Borbones, que de este modo entraban de nuevo indirectamente en Italia, pretendia recibir de D. Cárlos el homenaje feudal, prestado desde hacia mucho tiempo al Papa, pretension que á la vez humillaba al Papa y al rey de España.

La sucesion de Toscana era todavía mas litigiosa. Juan Gaston, sucesor de Cosme III, en 1723, era de bastante edad, estaba separado de su mujer y no tenia hijos. Dos herederos se presentaban; una hermana de Gaston, pero estrangera, casada con el elector palatino, sin proteccion, y la misma Isabel Farnesio, que contaba menos con su parentesco bastante remoto con los Médicis, que con el apoyo de España. Pero estos dos títulos eran cuestionables, pues el ducado de Toscana segun los términos de la concesion, no habia sido dado á los Médicis, si no con condicion de pasar de varon á varon, y en

Florenca, que creia volver pronto y legitimamente á su antigua independendia, los unos pensaban en restablecer la república, los otros querian cuando menos elegir su nuevo gefe.

Las potencias que tenian la costumbre de disponer de Italia como de una propiedad, no admitian como era natural esta pretension de la Toscana á la independendia; pero de acuerdo en esto el Austria y España, lo estaban menos en la toma de posesion: Felipe V queria que sucediera á Gaston, en virtud de su propio derecho y con toda independendia, uno de los hijos de su mujer, el mismo D. Cárlos, á quien Parma y Plasencia estaban ya destinadas. El emperador que reclamaba tambien el señorío sobre el gran ducado, no consentia en sufrir á un Borbon, sino con el freno feudal de la investidura. La antigua rivalidad de la casa de Nabsbourg y la de Borbon renacia en Italia bajo una forma nueva, y la península, despues de haber padecido por la union del Austria y de España, padecia ahora á causa de su desunion.

Gaston desde los primeros dias de su reinado habia visto á sus dos adversarios tomar precauciones, aumentar el uno las guarniciones de las *presidencias*, y el otro las obras de Portolongone.

La avidez de los dos competidores que iban durante la vida de aquel, á disputarse sus bienes alodiales, los feudos, los palacios, las alhajas, los muebles de la familia, le causó mucho disgusto; al principio habia tratado de levantar á la Toscana de la postracion en que su padre la habia dejado caer; pero concluyó por cerrar los ojos y los oidos, y dejó á su criado Julian Dami, proveedor de sus placeres, administrar los negocios del ducado y vender la justicia por dinero contante. Solo pidió morir en paz y cerrar sin nuevos sinsabores la dinastía de los Médicis.

No lo consiguió, pues muerto en 1730 el impotente Antonio, los Nabsbourgos y los Borbones se lanzaron á la lucha.

El emperador dió orden al gobernador de Milan de entrar en el ducado de Parma y Plasencia, para asegurar sus derechos de señor feudal. El rey de España por su parte envió seis mil hombres con su hijo D. Carlos á Toscana, ambos á despecho de Juan Gaston y del Papa Clemente XII, que no querian que se dispusiera de su propiedad sin su consentimiento. La cosa se arregló pacíficamente á espensas de uno y otro. Viendo D. Carlos que los imperiales poseian ya á Parma y Plasencia, consintió en rendir homenaje para su ducado. En 1732 el emperador por su parte permitió que D. Carlos desembarcara en Liorna al frente de sus seis mil españoles, y un mes despues, éste recibió en Florencia como príncipe heredero el homenaje prestado hasta entonces al último Médicis, y juró, como duque de Parma y Plasencia, fidelidad al imperio.

La cuestion de señorío en la Toscana estaba pendiente aun. Un suceso bien ageno á ello, la eleccion de un rey de Polonia, no permitió que tuviese una solucion pacífica. El cardenal Henri, ministro de Luis XV, abocado, por la derrota de su candidato, á una guerra casi europea, resolvió aprovecharse de la cuestion para sublevar la Italia contra el Austria, haciendo brillar, segun costumbre, á sus ojos, la independendencia. La ambicion de Isabel y de D. Carlos no dejaba duda acerca de la cooperacion de España. El Papa estaba descontento y se podia contar tambien con su asentimiento. Era preciso arrastrar al de Cerdeña, lo que no fué difícil. Dos años antes este reino habia mudado de soberano. Victor Amadeo I, ya por desengaños políticos, ya por debilidad doméstica, habia abdicado en favor de su hijo Carlos Manuel I. El jóven soberano era ambicioso, lo habia probado á su propio padre obligándole bastante rudamente á volver de nuevo á su retiro, del cual habia intentado salir. Convínose entre los aliados que D. Carlos cambiaria Parma y la Toscana, dejadas á su hermano Felipe, por las Dos Sicilias de que seria investido á espensas del

Austria, y que el rey de Cerdeña, Cárlos Manuel I, recibiría el Milanés abandonando la Saboya á Francia. Desembarazada de los austriacos, la península recobraría una especie de independencia bajo príncipes extranjeros, pero libres. La cooperación de Venecia y de Génova no habria estado de sobra para conseguir el objeto; pero nada podia pedirse á la primera que solo procuraba hacerse olvidar, ni á la segunda ocupada en mantener á los corsos.

A principios de 1733 se resolvió obrar sin ellas; en el norte Villars y Cárlos Manuel invadieron el Milanés y se echaron prontamente sobre Daun, sorprendido de improviso, y que se vió obligado á concentrarse en Mantua para esperar refuerzos. En el sur D. Cárlos, despues de haber echado al duque de Módena de sus dominios; se echó al través de los estados de la Iglesia sobre el reino de Nápoles. El virey imperial, Julio de Visconti, dejado sin socorros, no pudo resistir. La marcha de D. Cárlos no fué mas que un triunfo. Los napolitanos, contentos de tener un rey aunque extranjero, corrieron con entusiasmo al encuentro de D. Cárlos, le abrieron sus ciudades unas en pos de otras, y en 10 de mayo le proclamaron solemnemente rey de las Dos Cicilias. Capua y Gaeta, donde el virey queria defenderse, capitularon muy pronto. Desde Nápoles, el año siguiente, D. Cárlos al frente de una escuadra considerable se hizo á la vela para Palermo, y fué coronado con el mismo regocijo público, mientras que el gobernador príncipe de Lobkwite capitulaba en las ciudades de Mesina y de Trápani (1734).

Dueño del mediodia, D. Cárlos se dirijia hácia las presidencias para unirse con los aliados y acabar con la dominacion alemana en Italia; pero los austríacos reforzados con nuevas tropas habian entre tanto rechazado dos veces al general francés y el rey de Cerdeña en Parma y en Guastalla. Cárlos Manuel, temido un edar encerrado entre los Borbones de

Francia y los de Italia, solo prestaba á los sucesores de Villars un apoyo equívoco y trataba por debajo de cuerda con la casa de Austria. En fin, á pesar de las promesas hechas por Luis XV, la independendencia italiana no era el objeto de la guerra; el cárdenal Fleury que no queria imponerse muchos sacrificios para dar el Milanés á Cárlos Manuel, disminuyó prontamente sus pretensiones en Italia cuando estuvo seguro de obtener algo para la Francia. El tratado de Viena que en la península no pareció muy conforme con el éxito de la guerra, consagró nada menos que la independendencia italiana (1735).

El emperador de Alemania dejó á D. Cárlos el reino de las Dos Sicilias con las presidencias de Toscana; pero conservó el Milanés, y trocó las ciudades de Novara y de Tortona, cedidas á Cárlos Manuel, por las de Parma y de Plasencia, sin dar oidos á las reclamaciones de Clemente XII. La sucesion de los Médicis, con gran asombro de los toscanos, fué adjudicada al duque Francisco Estevan de Lorena, yerno del emperador Cárlos VI, en cambio de su ducado hereditario, que abandonaba á Estanislao Leckzinski, ex-rey de Polonia, y despues de muerto éste, á la Francia. De este modo un nuevo estado italiano, el ducado de Parma y Plasencia, pereció en provecho del Austria; la consideracion política de la Santa Sede fué atacada de nuevo; la Toscana cayó en manos de un príncipe austríaco. Por toda compensacion, el rey de Cerdeña obtuvo dos ciudades; Nápoles y la Sicilia reunidas, fueron la herencia de un rey, sino italiano, nacional á lo menos. Sin embargo, era mucho que el mediodía de Italia dejase de pertenecer como propiedad del extranjero.

Génova y San Marino (1735—1788).

La paz que siguió, probó que la Italia no habia ganado mucho en dignidad é independendencia. El rey de Cerdeña suje-

tó á la influencia austríaca, tuvo á mucha honra en 1737, el obtener por esposa á una hermana del gran duque designado, Francisco Estevan. Mientras que napolitanos y sicilianos saludaban una era nueva en un rey que residia entre ellos, los toscanos, al morir Juan Gaston, vieron con dolor al príncipe Craon al frente de seis mil alemanes tomar posesion del gran ducado en nombre de Francisco Estevan. La llegada del gran duque y de su esposa María Teresa, en 1737, produjo una impresion semejante, menos triste, sin embargo, que su pronta partida. Era preciso resignarse á no tener ya príncipe residente, ni córte, sino un simple apoderado.

La república de Génova habia solicitado antes socorros del Austria contra los corsos; dirigióse despues al gabinete francés contra un osado aventurero, el baron Teodoro de Neuhoff, que se habia empeñado en defender y á libertar á los insulares. Declarado rey por la gracia de *la Santísima Trinidad y la eleccion de los muy gloriosos libertadores y padres de la patria*, no cedió sino delante de las amenazas de Luis XV y el desembarco del conde de Boissieux al frente de una escuadra. Fugitivo durante algun tiempo en Italia, el Piamonte y Francia, preso despues por deudas en Amsterdam, el aventurero rey, libertado por un judío, equipó tres navíos en 1738, fracasó contra Ajaccio, y fué á terminar sus dias en Lóndres. Maillebois, sucesor de Boissieux, sometió, despues de su partida, toda la Córcega en una sola campaña, en 1739, y los genoveses pudieron ya prever la pérdida de una isla que no podian defender.

En los estados de la Iglesia, el mismo año, el cardenal Alberoni manifestó con una empresa ridícula, la decadencia política de la Santa Sede. El gran ministro que habia intentado trastornar el equilibrio europeo, encargado de una legacion en la Romanía, se aprovechó de algunos disturbios interiores en San Marino, para sorprender la ciudad con algunos esbirros,

retendiendo poner fin á la existencia de aquella antigua é inocente pequeña república. Clemente XII, mas sensato, desaprobó el hecho de su belicoso legado: despues de haber perdido la soberanía de Parma y de Plasencia, se desdeñó de tomar la de San Marino, y la pequeña república, sobreviviendo como por irrisión en el monte *Titano*, con su consejo de los *Sesenta*, sus dos *capitanes*, y su *Arringo* popular, pudo llevar hasta nuestros dias el recuerdo melancólico de una antigua libertad.

Guerra de la sucesion de Austria; defensa de Génova; el ducado de Parma restablecido; el reino sardo estendido (1740-1749).

La muerte de Carlos VI, en 1740, podia producir en la península la caida de toda dominacion estrangera. La monarquía austriaca, rodeada de enemigos, en manos de una muger, Maria Teresa, parecia en vísperas de morir. Mientras que cada potencia se aprestaba á arrancarle un pedazo, la reina de España, Isabel, reclamó Parma y Plasencia para su hijo D. Felipe; Carlos Manuel I el Milanés, para sí mismo. La accion combinada de los Borbones de España y de Nápoles con el rey de Cerdeña, bajo la proteccion de la Francia, podia arrojar para siempre á los austríacos al otro lado de los Alpes. Tropas salidas de Barcelona y de Nápoles se juntaron en las presidencias; Carlos Manuel puso sus ejércitos en pié de guerra. Tambien se trató de comprometer á la Santa Sede y á Venecia, pues, segun decian, era aquella la mejor ocasion de arrojar completamente y para siempre á los estrangeros de la península. El cardenal Alberoni, mejor inspirado entonces, habló de una liga de los estados italianos.

Pero en el mismo año de 1740 habia subido á la silla apostólica Benedicto XIV (Lambertini) hombre amable y todo bondad, que sacrificaba toda su política al culto de las letras, como

Benito XII, uno de sus predecesores, á sus devotas prácticas; y el gobierno veneciano, siguiendo decidido desde la paz de Passarwitz á vivir haciéndose olvidar, respondió á todas las ofertas que no tenia otro pensamiento que la prosperidad de sus pueblos. Se podia obrar sin ellos, y Montemar, al frente de las tropas napolitanas y españolas, invadió el Parmesano y recogió al duque de Módena que seguia el partido de los Borbones por la brutalidad del gobernador de Milan, conde Traun.

Cárlos Manuel I fué causa de que todo fracasara. Temia en la península tanto á los Borbones como á los Nabsbourgos, y no esperaba obtener de los primeros el Milanés si les ayudaba á apoderarse de la Toscana, de Parma y de Plasencia. Fiel á la política que ya habia seguido, se hizo regatear algun tiempo para ganar de seguro, y despues de haber negociado con los Borbones, trató de repente con María Teresa, y se comprometió á defender el Milanés, Parma y Plasencia con la promesa de una nueva cesion de territorio (1724).

Sin el rey de Cerdeña, el libertamiento de Italia era imposible. Cárlos Manuel unió sus tropas á las de los austriacos en el Parmesano y el Modenés, mientras que una escuadra de Inglaterra, aliada al Austria, fue á detenerse delante de Nápoles, y obligó á don Cárlos á replegar sus tropas. El ejército franco-español mandado por don Felipe y Gages, fué derrotado en Campo Santo (1743).

El príncipe austriaco Lobkowitz comprometió el éxito con su desmedida ambicion; creyendo á Cárlos Manuel bastante defendido por los Alpes, acometió al enemigo (1744) y atravesó los estados de la Iglesia para quitar Nápoles al Borbon Cárlos. Obligado á salir de la neutralidad, Cárlos atacó á Lobkowitz en Velletri; lo arrolló, pasó el Tiber, y llevó á los austriacos hasta Bolonia llamados por otra parte por Cárlos Manuel, derrotado tambien en los Alpes. Al atravesar los estados de la Iglesia, austriacos y españoles pudieron juzgar de

la indiferencia de la Santa Sede. Los romanos asistian á la guerra como á un espectáculo. Lobkowitz y Gages fueron igualmente bien tratados en Roma. Cuando los ejércitos beligerantes acamparon sucesivamente en Tivoli y Viterbo, toda la ciudad salió en tropel para ver los trajes y aparejos militares. Los romanos no se enfadaron mas que una vez contra los españoles que trataron de alistarles y agregarles á su partido: entonces les echaron á pedradas.

Desde la primavera del año siguiente, los Borbones resolvieron estrechar vivamente á austriacos y piemonteses. Génova irritada contra el emperador Francisco y el rey Carlos Manuel que habian, el uno dado y el otro aceptado el marquesado de Finale que le pertenecia, se declaró contra los Nabsbourgs. El español don Felipe y el francés Maillebois, pasaron por su territorio en marzo de 1745, desembocaron por la garganta de la Bocchetha en el Monferrato, estendieron su derecha hácia Parma, y se juntaron con los españoles y napolitanos de Gages que acababan de bajar los Apeninos. Austriacos y piemonteses estaban detrás del Tanaro entre Valence y Alejandría. El hijo de Maillebois se adelantó hácia Milan y atrajo á los austriacos; Felipe cayó sobre los piemonteses, los arrolló en Bassignano y los arrojó á los Alpes. Los austriacos amenazados de ser cogidos entre dos ejércitos, evacuaron á Alejandría, Tortona, Parma Plasencia, Milan, y se retiraron detrás del Mincio.

Despues de esta victoria decisiva, la corte de Francia insistió para que Carlos Manuel se apartára de Maria Teresa; le propuso el Milanés á escepcion de algunas plazas para Venecia y Génova; para don Felipe solo pidió Parma y Plasencia, y para sí algunos puntos en los Alpes. Tratábase de dejar la Toscana á un príncipe austriaco independiente, y la península recobraría al fin su independendencia con algunos príncipes de la casa de Borbon, es verdad, pero no preponderantes. Carlos Manuel nada quiso escuchar; se mantuvo fiel

al Austria y la dejó tiempo para repararse de la derrota de Bassignano.

En 1746, desembarazada Maria Teresa de la guerra con Prusia, podia disponer de parte de sus tropas, y envió á Lichtenstein con treinta mil hombres en socorro de los austríacos atrincherados en el Mincio. Delante de este despliegamiento de fuerzas, don Felipe, Maillebois y Gages con tropas diezmadas por las enfermedades y la disciplina, se perdieron por sus discordias. Maillebois queria retroceder á Génova para restablecerse; el consejo de España se opuso á ello; y fué preciso con treinta y cinco mil hombres dar batalla á cuarenta y cinco mil austríacos en Plasencia. Los franco-españoles fueron derrotados por completo, perdieron doce mil hombres entre muertos y prisioneros, y sin pararse volvieron á pasar el Var (1746). La misma Génova, asustada por la cuenta que iba á pedírsele, olvidó que la ciudad no podia ser tomada y abrió sus puertas capitulando apenas sin condiciones.

Mientras que los vencedores perseguian á los franceses, á la otra parte del Var, la Italia en vez de verse libre de los austríacos, tuvo que pagar los gastos de la guerra por la caída de una de sus repúblicas. Los austríacos pidieron á Génova cincuenta millones en impuestos, robaron su banco y saquearon sus palacios. El dux, el senado, el grande y el pequeño consejo de los nobles, se doblegaban bajo el baston austríaco, mientras eran ocupados los dos rios. Pero á consecuencia de una disputa entre algunos niños y varios cabos del ejército ocupador, el barrio popular de Portoria se sublevó por entero y la asonada se esparció por la ciudad. El dux, los colegios de nobles, procuraron en vano calmarla: mujeres, niños, viejos, legos y sacerdotes se unieron al motin al sonido de los toques de rebato. Los austríacos encerrados en las tres calles del *Agua verde* fueron degollados: un mortero trasladado á fuerza de brazos á una altura que parecia inaccesible, disparó con-

tra los austríacos reunidos en la plaza Doria; el zapatero Bava y el mozo de fonda Juan Carbone guiaban al pueblo al ataque. En cinco días la ciudad quedó de nuevo en poder del pueblo, y Juan Carbone fué á entregar las llaves al dux rogándole que las guardára mejor.

Todo el esfuerzo de la guerra se concentró sobre Génova (1747); los austríacos que habian pasado el Var, retrocedieron y bloquearon la ciudad con una escuadra inglesa. Luis XV envió en socorro de la república á algunos oficiales franceses, y despues al duque de Boufflers. Los intrépidos genoveses con sus barcas se burlaron de los navíos ingleses en aquel mar que no tenia secretos para sus hijos. Boufflers se multiplicó en las fortificaciones; murió de cansancio, y fué bien reemplazado por el duque de Richelieu. Esta resistencia heroica, que honra á toda la Italia, persuadió á María Teresa de que bastaba guardar el Milanés. El tratado de Aix-la-Chapelle, en 1748, terminó la guerra de la sucesion de Austria en Italia.

Don Cárlos fué confirmado en la Sicilia; Francisco de Lorena, emperador y esposo de María Teresa, en Toscana; pero con condicion de que el ducado no seria agregado al Austria, y de que un archiduque independiente seria pronto investido con él. Maria Teresa guardó el Milanés, cediendo á Cárlos Manuel el alto Novarés y Vigavanno, y á Don Felipe Parma, Plasencia y Guastalla. La heroica Génova retuvo á Finale. Ocho años de guerra no fueron, pues, del todo inútiles: el rey de Cerdeña, que comparaba la Italia á una alcachofa, que sabia comerse hoja á hoja, se estendió mas aun; un ducado independiente fué reconstituido; una dinastía de Borbones, enemiga natural del Austria, se fortaleció en el mediodía; se aseguró á Toscana una especie de independencía. Italia debia este mejoramiento á la política independiente, aunque egoísta, del rey de Cerdeña; á la iniciativa de sus nuevos sobera-

nos de la casa de Borbon, al heroismo de Génova, tanto como al apoyo de Francia y de España. Evidentemente era mucho para ella en medio de las convulsiones de la primera mitad del siglo XVIII, haber salido de la tumba de la monarquía española y ganado soberanos para sí, aunque extranjeros é impuestos por el extranjero. El primer resultado de estos cambios para la península, fué un principio de regeneracion de que tenia gran necesidad.

Estado de Italia á principios del siglo XVIII; ensayos de regeneracion practicados por algunos príncipes.

El estado de Italia al salir de las manos agonizantes de la dinastía de Cárlos V, habia impresionado vivamente á los nuevos soberanos: mostraba lo que puede hacer para la desgracia de una nacion una dominacion estrangera, que solo se cura de recoger dia por dia los frutos de la conquista, sin pensar en asegurar los del dia siguiente.

Despues de siglo y medio, los gobernadores del Milanés y de Nápoles, y á su ejemplo, los soberanos independientes, egoistas ú opresores, salvas raras escepciones, habian dejado perpetuarse los antiguos abusos, ó habian permitido que nacieran otros nuevos. Solo habian procurado esplotar en provecho propio los privilegios, las vetustas instituciones de la edad media, en vez de reformarlos ó mejorarlos. La nobleza y el clero en particular, habian sido mantenidos en posesion de sus antiguos derechos sobre la caza, la pesca, los molinos, los hornos, y aun la justicia, y eran verdaderos instrumentos de dominacion. De ahí resultaba la mas estraña situacion.

Legislaciones, usos anticuados y contradictorios, que se remontaban en el mediodia á los normandos, á los Hohens-
taufen, á los angevinos, ó sobrevivian en el norte, en Bolo-

nia, Florencia, Pisa, Sienna, á las instituciones republicanas perdidas, formaban un caos inescrutable en que el arbitraje hacia lindamente su agosto. Las franquicias y jurisdicciones feudales y clericales, estorbaban ó falseaban la justicia y la administracion; los impuestos no eran los mismos en cada pais y en cada persona; el poder se dejaba sentir desigualmente en todas partes, pero en todas partes opresor; los arrendadores generales, á quienes se abandonaba la hacienda, los empleados venales que representaban la autoridad, aumentaban el desórden; en fin, el poder de la Santa Sede, mucho mas comprometido en las instituciones políticas en Italia que todos los demás puntos, enredaba aun mas el conjunto.

En los campos el derecho de primogenitura, de manos muertas, los fideicomisos, el libre pasto, condenaban la tierra á la esterilidad; en las ciudades los viejos estatutos de los gremios y los monopolios recientes, ahogaban todo comercio é industria. Casi ya no se hallaban productos naturales en la comarca mas fértil de Europa; menos aun productos manufacturados en ciudades que en otro tiempo habian cubierto los mercados de Europa de mercancías suyas, y el mal estado de los caminos sobrecargados de peage, no permitia el tránsito en aquella península, admirablemente situada, que en la edad media habia servido de lazo entre la Europa y el Levante. Sus campos estaban desiertos; la Pulla recordaba los tiempos de la decadencia del imperio romano; en el reino de Nápoles los pastos reales se estendian á cincuenta millas de longitud sobre una anchura de tres á quince millas. El marasmo se apoderaba de las costas del Mediterráneo en Toscana y en los estados de la Iglesia. La mayor parte de las ciudades de la Italia central y meridional estaban despobladas, desiertos los palacios; las casas se desplomaban y no volvian á ser levantadas. La literatura y aun las artes que hasta entonces habian resistido, siguieron la suerte comun; ningun

nombre mereció escapar al olvido á fines del siglo xvii y á principios del xviii.

Antes de que la suerte de Italia fuese definitivamente arreglada, algunos nuevos soberanos, sin estar aun seguros de que conservarían su conquista, procuraron merecerla por medio de reformas y mejoras útiles.

El Borbon Carlos de Nápoles, aconsejado por su ministro Tanucci, tomó la iniciativa. Los nobles fueron arrancados de su vida de castillo y atraídos á la corte; la administracion de justicia y la de la hacienda fueron refundidas enteramente. Una *magistratura de economia* pagó lo atrasado de las deudas, y realizó un aumento de tres millones de ingresos. El número de crímenes, de envenenamientos disminuyó; los judíos atraídos por medio de privilegios, hicieron revivir las transacciones; las costas se pusieron al abrigo de los berberiscos; fundáronse lazaretos y un colegio náutico. En Sicilia particularmente, Carlos substituyó la asamblea feudal de los estados generales, *los tres brazos de la Sicilia*, con una junta compuesta casi exclusivamente de sicilianos, y encargó á Pascual Cirilo un código que debía aclarar el caos de las leyes napolitanas. Carlos podía con un justo orgullo al terminar su reinado, enumerar los servicios que al país prestára con el decreto, por el cual institua la orden de San Javier, como atribuyendo el mérito de todo lo hecho por él, al patron de su reinado. El palacio de Caserta levantado por el arquitecto Vanvitelli, con los despojos de Capua y Pouzzoles, otros dos en Capo di Monti y en Portici; el teatro de San Carlos, el mas vasto del mundo, el hospicio de los pobres (l'Albergo), eran ya señales exteriores de un renacimiento incontestable.

En el ducado de Parma y Plasencia, un tal Dutillet, de origen francés, prestó á D. Felipe los mismos servicios que Tanucci al rey Carlos. Bajo su administracion abriéronse nuevas carreteras, la industria se reanimó en aquel país que la

guerra habia asolado tanto. Aun mas, Parma ¡llegó á ser en aquella época como la Atenas de Italia, gracias á los eminentes cuidados del teólogo Contoni y del capuchino Turchi. Los reglamentos de la universidad fueron revisados por el teatino Pasiandi, creáronse una academia de bellas artes, una biblioteca, y no solo genios nacionales como el poeta Pasini, el sabio Rossi, Bodoni, célebre editor, sino tambien extranjeros, como el filósofo Condillach y el historiador Millot, fueron á honrar á aquella brillante y liberal hospitalidad.

Los reyes inteligentes y nacionales de la casa de Saboya no podian quedarse rezagados. Victor Amadeo I que acabó tan desgraciadamente, habia asegurado al pais contra las invasiones del exterior por medio de fortalezas y formaciones de ejércitos, redactó un código para toda la monarquía con la ayuda de Corsignani, arrancó la enseñanza á los jesuitas, y restableció la universidad laica. Su sucesor Cárlos Manuel I cuya educacion haba sido bastante descuidada, anunció la intencion de imitar á su padre, gracias á los consejos del marqués de Ormia.

Los mismos extranjeros cedieron á la necesidad de levantar de nuevo la Italia. Francisco I como duque de Toscana habia enviado á aquel pais al conde de Richencourt para reparar con los senadores Rucellai y Pompeyo Neri, los desórdenes de los últimos Médicis; como emperador mandó continuar en Milan los trabajos hidráulicos, cuya suspension es para la Lombardia una amenaza de muerte.

La Santa Sede, á pesar de la impotencia á que la condenaban los soberanos católicos dueños de Italia, siguió el ejemplo general. Clemente XI procuró levantar el gobierno eclesiástico de la condenacion ya dirigida contra él en el siglo anterior, y se esforzó por reanimar la agricultura y la industria. El y sus sucesores tuvieron mas éxito, sin embargo, consagrando sus desvelos al desarrollo de las letras y de las artes.

Clemente XI enriqueció prodigiosamente la biblioteca del Vaticano con la adquisicion de los manuscritos orientales de Abraham Ecchelemis y de la biblioteca particular de Pio VII, y no olvidó la coleccion de monumentos antiguos del Capitolio. Su sucesor, el amable y bueno Benedicto XIV hizo mas fáciles las relaciones de la Santa Sede con los Estados italianos para poder dedicarse sin obstáculo á sus gustos delicados y distinguidos. Cuatro academias para las antigüedades romanas, cristianas, la historia eclesiástica y el derecho canónico, fueron fundadas en Roma; cátedras de quimica y de matemáticas en el colegio de la Sapiencia, una de pintura y otra de escritura en el Capitolio. La biblioteca Ottobnoni enriqueció la del Vaticano. Roma vió casi renacer el tiempo de Leon X con mas decencia y gravedad, menos opulencia y brillo, pero sin los ambiciosos proyectos de la soberanía temporal. Todo digno de alabanza hubiera sido, si la posicion política de la Santa Sede no hubiese impuesto otros deberes á los Papas, quizás opuestos á Italia y á sus propios estados.

A mediados del siglo XVIII ya los trabajos del talento manifestaban una especie de renacimiento italiano. En lo mas fuerte de la lucha de que Italia habia sido teatro, J. B. Vico en su *Ciencia nueva*, buscaba las leyes históricas del desenvolvimiento de la humanidad; y el sentimiento de la triste vuelta de su pais de la libertad á la servidumbre, le impidió quizás romper el círculo intransitable en que encerró la historia. Giannone habia publicado ya la *Historia civil* del reino de Nápoles; Muratori dejaba un verdadero monumento de erudicion para la historia de toda la península; Fabroni empezaba á escribir sus *Vidas de los italianos ilustres*, que no carecen de ciencia ni de gusto; Denina animaba de un pensamiento filosófico sus *Revoluciones*, y un jesuita, libre pensador, Bettinelli, corresponsal de Voltaire, iba á escribir sobre el pasado de su pais un libro intitulado *Resurreccion de Italia*. Parecia que la pe-

ínsula recobraba el sentimiento de sí misma por medio de la historia.

En las letras propiamente dichas, los dos mas célebres poetas lírico y dramático de la época, Frugoni y Metastasio, conservaban aun á veces la afectacion, la redundancia del siglo anterior; Frugoni, director de los placeres de la córte de Parma, agotaba su vena en las poesías de circunstancias; Metastasio, pensionado por la córte de Viena, no salia del género de la ópera. Sin embargo, el primero tenia á veces en el verso *sciolto* (libre) sobre todo, un movimiento, un colorido que hubieran producido algo duradero si hubiese encontrado grandes asuntos, y Metastasio sabia variar el placer amado de los italianos con una riqueza de invencion y de armonía dignas de la música de Pergoleso. En fin, Algarotti en sus *ensayos* sobre asuntos graves, Apostolo Zeno en sus tragedias históricas imitadas de las de Racine, Maffei en sus trabajos críticos y en su tragedia *Merope* señalaron de lejos un punto mas elevado y mas importante.

Influencia del jansenismo y de la filosofía francesa; Leopoldo I; Tanucci; Firmian; Carlos-Manuel (1750-1769).

El advenimiento de nuevos príncipes, la paz de cuarenta años de que gozó Italia, favorecieron durante la segunda mitad del siglo XVIII la regeneracion de la península que siguió á la dominacion española.

En 1759, Carlos de Nápoles, elevado al trono de España por muerte de su padre, dejó su primera corona á Fernando IV, su segundo hijo, que jóven aun quedó bajo la tutela de Tanucci. Muerto D. Felipe de Parma (1765), Dutinot conservó tambien la autoridad bajo Fernando, tambien menor. Los dos ministros reformadores fueron mas poderosos que nunca. En

Toscana y en el mismo año, el joven Pedro Leopoldo I, investido del gran ducado por su padre Francisco, era un príncipe penetrado del amor al bien, y puro de voluntad para realizarlo.

A favor del *pacto de familia* firmado en 1761 entre todos los Borbones de Francia, España é Italia, la península se abrió por entero á las ideas francesas. Allí donde la inquisición romana y española habia reinado tantos años, penetraron de repente y á la vez con la literatura, el jansenismo del siglo xvii y la filosofía del xviii. Nada mas amenazador para la Italia que se habia conservado del todo eclesiástica y feudal bajo la dominación española. Impregnados del espíritu francés, los nuevos cursos no se contentaron con favorecer la propagación de las ideas venidas del país que las proporcionaba entonces á toda Europa: bajo su inspiración, estos príncipes trataron de realizar reformas destinadas á cambiar, á regenerar completamente la península.

En Toscana, bajo el nuevo gran duque Leopoldo, que hacia reimprimir con fecha de Londres los libros italianos puestos en el *index* y que regeneró las universidades de Pisa y de Sienna, la administración pública, la justicia, la agricultura y el comercio, fueron objeto de atentos cuidados. Las magistraturas inútiles, las jurisdicciones particulares, los tribunales privilegiados desaparecieron. Las leyes fueron uniformes para todo el ducado; José Vernaccini y Miguel Ciari se encargaron de redactar un código que mas tarde continuó Lampridi. Tiempos mas agitados no permitieron acabarlo; pero la abolición de la pena de muerte, la publicidad del procedimiento, la imparcialidad de la justicia, la regularidad de las formas judiciales, debian ser sus principales bases. La unidad de los impuestos, la reducción de aduanas particulares, la restricción de los fideicomisos, la autorización para cercar las propiedades, la abolición de los monopolios sobre el tabaco, el aguardiente, el hierro, etc., obraron una revolución

completa. En la agricultura y el comercio las mercancías volvieron á circular, la importacion y la exportacion casi suspendidas respiraron.

Ya no hubo bastante tierra para cultivar, el valle de Nievola y el de Chiana, una gran parte de la Capitaneria de Pietra-Santa, que eran insalubres, fueron desecados y poblados por extranjeros venidos principalmente de la Romania. Ximenez y Jartoni, célebres matemáticos, muy versados en la ciencia de la hidráulica, se ocuparon del desecamiento de los pantanos y vencieron á la naturaleza, á lo menos en Sienna. Un considerable aumento de rentas permitió á Leopoldo levantar hospicios y lazaretos. Seguro de sí mismo, el soberano reformador no temió publicar muy pronto las cuentas de su administracion y del destino de las rentas públicas.

Mas habia que hacer aun en el reino de Nápoles; Tanucci rehabilitó á Giannone, condenado á destierro, y favoreció en la capital la enseñanza liberal del derecho bajo la direccion de Cayetano Argento. El ministro no podia pensar inmediatamente en destruir la constitucion feudal; pero restringió los privilegios de los barones, y les quitó, entre otros, el derecho de hacer justicia: mas valeroso contra el poder eclesiástico, que se apoyaba en un personal de ciento cincuenta mil sacerdotes de todas órdenes, esto es, la vigésima parte, poco mas ó menos, de la poblacion, abolió los diezmos eclesiásticos, detuvo la amortizacion, restringió la jurisdiccion eclesiástica, y sometió las bulas del Papa á la sancion real.

En Parma y en Plasencia, Millót y Mably escribian para el jóven Fernando el *Curso de historia universal* y los *Discursos sobre el estudio de la historia*, y le enseñaron á saber limitar su autoridad, y á respetar los derechos de los pueblos. Esperando que pudiera aplicar estas máximas, Dutillet aumentó las rentas del infante en quinientas mil libras, limitó los privilegios de manos muertas y las apelaciones á la córte romana, y ne-

góse á pagar el tributo reclamado por la Santa Sede para la investidura.

En el Milanés, el gobernador Firmian, que protegía al naturalista Vallisnieri y al conde filósofo Versi contra las preocupaciones populares, mandó publicar una tarifa uniforme para las monedas y un catastro para un justo repartimiento de las contribuciones; embelleció á Milan, reunió esta ciudad por medio de un canal al Tessino y al Adda, y suprimió las trabas del comercio de granos. La provincia, que en 1749, solo contaba nuevecientos mil habitantes, en 1770, tenia mil ciento treinta mil. José II en una visita á Lombardía en 1769, se mostró animado de un espíritu aun mas liberal. Creó una magistratura suprema, la *Camarale*, en que se sentaron los jurisconsultos Carli, Beccaria y Pedro Verri, un *monte* para consolidar la deuda pública, y una cámara de las cuentas para administrar los gastos y los ingresos. Acabó de restaurar la grande universidad de Pavía, donde pronto brillaron los célebres Spallanzani, Tissot, Frank, Brambilla en las ciencias naturales; Nani en el derecho, y Volta en la física.

El rey de Cerdeña, Cárlos Manuel I, tuvo para la administracion el mismo espíritu que le movia á proteger contra la censura las *Revoluciones de Italia* de Denina. Reformó las monedas, atacó los restos de la influencia feudal y eclesiástica, y mandó publicar el *Codex carolinus*, para conducir á todas sus provincias á la unidad legislativa. En la isla de Cerdeña particularmente, su ministro, el conde Juan Bautista Bogino, abolió los privilegios establecidos por España, alentó la agricultura, pobló algunas comarcas desiertas, hizo desaparecer las venganzas hereditarias de familia, y fundó las universidades de Cagliari y de Sassari.

El genio italiano, que no hace falta en las épocas mas estériles, no faltó en corresponder á tanto fomento; llevó su contingente á aquel siglo de ciencias y prácticas positivas. Galvani

de Bolonia y Volta de Come, á fuerza de ensayos y experimentos sobre la electricidad, hicieron dar un paso inmenso á la física. A ejemplo de los franceses, los italianos pusieron todos sus esfuerzos en los problemas de filosofía y de economía social. Algunos de ellos llegaron de un paso á la primera fila: Genovasi en Nápoles sentó el principio de la libre circulacion de los productos, y reformó algunas preocupaciones de la agricultura; el abate Galiani de Foggia estudió con éxito el crédito público. Dos hombres sobre todo hicieron una verdadera revolucion. A la faz de la inquisicion y de los tribunales, donde el capricho se llamaba justicia, Beccaria, en su librito *De los delitos y de las penas*, distinguió al legislador del juez, al lado del juez puso el jurado, humanizó el procedimiento, y sentó los límites del derecho de castigar. En el pais de las tradiciones y de las sumas históricas, Filangieri de Nápoles, en su *Ciencia de la legislacion*, buscó y encontró felizmente algunas veces los principios absolutos de las mejores leyes políticas, civiles y económicas.

Si la literatura no llegó á la misma altura, no por esto dejó de brillar. En el momento en que el concienzudo Tiraboschi, en su *Historia literaria*, recordaba á sus conciudadanos todo lo que la Italia habia producido en obras maestras, en que Fabroni hacia la biografia de sus hombres célebres, dos hombres pusieron el pié en un terreno en que la Italia no se habia aventurado sino siguiendo las huellas de sus antepasados.

Goldoni llevó la *Comedia dell' arte* desde los tablados al teatro, arrancó el diálogo á la improvisacion de los actores, desenvrolló sus personajes y trató de pintar la sociedad italiana; Gozi, conservando el tipo original y la alegria bufónica de las máscaras italianas, cambió su caracter: las echó en un mundo de aventuras romancescas, de encantamientos y magia, y encontró de este modo el nuevo género de la tragi-comedia.

Venecia, Génova, Roma fuera del movimiento; Clemente XIII; Benedicto XIV; abolición de los jesuitas (1769—1774).

¡ Cosa admirable! los estados mas antiguos de Italia, los que aun habian conservado una sombra de independendencia, encima de los cuales el extranjero no habia puesto la mano, apenas pudieron participar de este renacimiento político y moral. Inutil es hablar de los duques de Módena, Francisco III y Hércules Rinaldo, que apenas merecen ser citados; de la república de Luca que á fines del siglo no contaba mas que ochenta y ocho familias originarias en su libro de oro, y era gobernada todavia por jueces extranjeros, ó por la antigua *censura* del *Discolat*, especie de inquisicion semi-política y semi-religiosa. Pero Venecia, Génova y la Santa Sede se mantuvieron en la ignorancia del siglo anterior.

Desde que la paz de Passarowitz redujo á la reina del Adriático á lo que debia conservar hasta su caída, esto es, en Italia al territorio limitado por el Adda, en el Adriático á la Istria, la Dalmacia y una parte de la Albania; en el mar Jonio á Corfú, Cefalonia, Theaki, Zante, las Estrofadas y Cérigo, el gobierno no tenia otro cuidado que el de conservar á todo trance la paz en el interior y en el exterior. La antigüedad de la constitucion, el ojo de los *observadores*, la libertad y la facilidad de los placeres aseguraban la paz interior. Dos tentativas hechas en 1761 y en 1775 por los patricios pobres, llamados Bernabites, para cambiar ó *corregir* la constitucion, no tuvieron buen resultado. Una política exterior de egoismo y aislamiento, llena de corrupcion y de efugios, que hacia subir la deuda pública á dos cientos millones, y dejaba vacíos los cuadros del ejército y desiertos los astilleros, aseguró tambien á la república la paz en el exterior, pero sacrificando el porvenir al grato descanso de actualidad.

La decadencia no era de mucho igual á esto en Génova. La constitucion, si bien favorable á la nobleza, abria el libro de oro á la clase media, y estaba lejos de ahogar en el pueblo todo arranque, como se vió en 1747. Sin embargo, Génova se dejó escapar de las manos la isla de Córcega que poseia hacia cerca de seis siglos. Los habitantes de la isla se habian aprovechado de las desgracias de los genoveses, sitiados por el Austria, para sublevarse, y la república agotada, solo habia podido contenerles haciendo ocupar algunos puntos de la isla por guarniciones francesas. Los corsos indignados, resolvieron hacerse independientes; constituyeron un gobierno y nombraron por gefe á Pascual Paoli; hombre de cabeza y de corazon. Su primer acto hostil fué dirigido contra aquellos cuyo yugo habian sacudido, y se apoderaron de la isla de Capraia. Génova se dirigió de nuevo á la Francia que esta vez regateó sus socorros, y la república para vengarse de sus antiguos súbditos y recobrar á Capraia, consintió en ceder en propiedad á Luis XV una conquista que en la edad media le habia costado tantos esfuerzos y que probaba su antigua gloria (1768). Al año siguiente el teniente general de Vaux derrotó y arrojó á Paoli, ocupó toda la Córcega en cumplimiento del tratado, y destacó de la península itálica una isla que le servia de baluarte y de punto de escala en el Mediterraneo occidental. Napoleon nació en ella en aquel momento, en el tiempo preciso para nacer francés (15 de agosto de 1769).

La Santa Sede no solo fué estraña á las innovaciones de la época, sino tambien hostil. El espíritu de reforma que en Nápoles, Florencia y Milan atacaba las instituciones de la edad media, no perdonaba la constitucion del clero. Asustado por esta tendencia, el conclave dió por sucesor al pacífico Benedicto XIV el animoso veneciano Clemente XIII, en 1758. Pero el gran duque Leopoldo, el emperador José II, meditaban proyectos mas terribles aun para la Iglesia. Clemente XIII que

habia tomado la tiara resuelto á no retroceder, vió batir en brecha la fortaleza avanzada de la Santa Sede, la compañía de Jesus. Ni aun en Italia pudo defenderla, pues Tanucci y Dutillet, á pesar de sus exortaciones y súplicas, en 1768 echaron sin cumplimiento á los jesuitas al territorio pontificio, del mismo modo que lo habian hecho los ministros de Francia, de España y de Portugal, Choiseul, Aranda y Pombal. Clemente XIII se resistió viendo al duque de Parma, vasallo emancipado de la Santa Sede, imponer los eclesiásticos de su ducado y prohibir al Papa dar beneficios á otros que á indígenas. Reclamó con altivez como Papa y como señor feudal, declaró temerarios estos actos, y lanzó la excomunion contra los que habian tomado parte en ellos.

Esta reclamacion audaz de un poder decaido probó á la Santa Sede que los tiempos habian cambiado. Fernando protestó en nombre de su independendencia y encontró un vigoroso apoyo. Choiseul, Tanucci, para reducir á la Santa Sede, se apoderaron de Aviñon, Benavente y Pontecorvo. El duque de Parma dió un paso mas y abatió la inquisicion en sus estados; los mas débiles se enardecieron con la impotencia de Roma. La república de Venecia adoptó las reformas, prohibió las donaciones de inmuebles al clero, y puso limitaciones á los votos monásticos. Francisco III de Módena salió de su oscuridad para tomar parte en la campaña; abolió algunas inmunidades eclesiásticas y con gusto habria reclamado Ferrara, si no le hubiesen detenido. En medio de esta agitacion, el Papa murió de dolor en 1769. La influencia de los príncipes, los riesgos de la resistencia, el espíritu de la época, obtuvieron del cónclave la exaltacion del pacífico y afable Lorenzo Ganganelli, que tomó el nombre de Clemente XIV.

El nuevo Papa, alimentado de la meditacion de las Sagradas Escrituras, era hombre de paz y de union; todo era en él armonia; no hizo leer al principio de su pontificado la bula *in*

cena Domini, y suspendió el monotorio lanzado contra el duque de Parma. Realizó amigablemente y sin ruido, de concierto con el rey, en Cerdeña, una parte de las reformas necesarias que los soberanos temporales habian verificado con estrépito, y solo una vez resistió contra el gobierno veneciano, que despues de haber vacilado mucho tiempo, procedia en esta via con precipitacion y orgullo. Concedió, pero con dignidad y á su tiempo, lo que se deseaba obtener de la Santa Sede, la abolicion de los jesuitas. Nombróse una comision encargada de registrar los archivos de la propaganda, de pesar el pro y el contra y de dar su dictámen. Finalmente, en 21 de julio de 1773: «Inspirado, dice, por el Espíritu Santo, y obedeciendo al deber de restablecer la union en la Iglesia, Clemente XIV abolió y destruyó la órden de los jesuitas, sus funciones, casas é instituciones,» y la Santa Sede bajo el mas tolerante y moderado de los Papas, fué atacada en sus pretensiones mas ambiciosas.

Defectos de la regeneracion italiana; José II; Fernando IV; Victor Amadeo II; Pio VI (1771-1789).

La direccion política de los negocios de Italia pasó á las manos del Austria, sin cambiar nada en la marcha de las cosas. Un archiduque, Fernando, casándose con la heredera del ducado de Modena, empezó en la península una nueva dinastía austríaca. Una hija de María Teresa, María Amelia, esposa del infante de Parma, Fernando, alejó al francés Dutillet para hacer lugar, en 1773, á Llano, cuyo favor duró poco. En Nápoles, en 1776, la nueva esposa del rey, Carolina, hija tambien de María Teresa, cuando hubo dado un hijo al rey y tuvo asiento en el consejo, reemplazó á Tanucci por el marqués de la Sambucca y el caballero escocés Acton, que arrancaron la Sicilia al pacto de familia recientemente firmado por los Bor-

bones. El emperador José II, dueño del todo despues de muerte su madre, tuvo la península en su mano.

La Italia, lejos de ser detenida por estos nuevos cambios, fué como precipitada en la via por donde estaba lanzada. Habia algo mas fuerte que la política que la arrastraba, y era la corriente irresistible de las ideas francesas; sin embargo, fuerza es decirlo, los dueños de Italia hicieron á veces una eleccion arbitraria de estos principios, y los aplicaron con frecuencia sin medida y precipitadamente. Adoptaron menos lo que era útil á sus pueblos, que lo que era favorable á su poder; pensaron mas en reformar las instituciones eclesiásticas que las políticas; trabajaron menos por la prosperidad moral y materia de sus estados, que por el triunfo de sus opiniones filosóficas y jansenistas. Declamando contra el despotismo clerical, muchas veces no pensaron mas que en consolidárselo: se encrudieron contra los abusos de la iglesia, abolidos en provecho suyo, y conservaron los abusos y defectos de su propio gobierno.

En un pais donde la sociedad descansaba principalmente sobre la íntima alianza de la iglesia y del estado, era imposible que dejara de encontrarse alguna resistencia. Despues de la muerte súbita y estraña de Clemente XIV, Pio VI debió principalmente su eleccion al contraste que presentaban su carácter y sus principios con los de su predecesor. Hombre elocuente, espíritu positivo, carácter resuelto, admitia algunas reformas; pero no las contrarias á la iglesia. Gemia á causa de la miseria á que la ausencia del comercio y de la industria, la ruina de la agricultura y lo crecido de la deuda habian reducido á los estados romanos; contaba con dolor que bajo el reinado de Clemente XIII se habian cometido doce mil asesinatos, de los cuales, cuatro mil dentro de Roma. Al mismo tiempo que aumentó el museo Pio-Clementino, é hizo construir la elegante sacristía de san Pedro, ensayó algunas reformas en la administracion; se ocupó en sanear los pantanos

Pontins mandando terminar el canal Sixto; pero estaba decidido á oponerse vivamente á las reformas que tenian por objeto la iglesia, y que soberanos instruidos de las doctrinas jansenistas y filosóficas proseguian justamente con el mayor ardor.

Era en vano que hombres instruidos é imparciales, el napolitano Melchor Delfico, los venecianos Ortés y Nani, el piemontés Vasco, en obras de economía, probaran de llamar la atencion de los príncipes hácia necesidades tambien apremiantes; José II se ocupaba, sobre todo en la Lombardía, de disminuir el número de religiosos y de someter el resto al obispo diocesano; pretendia nombrar al arzobispo de Milan, y á todos los obispos, variar á su gusto los límites de las diócesis, regularizar las rentas de la iglesia, aumentar el número de parroquias, y hacer ascender á los sacerdotes segun su parecer. En la administracion procuraba concentrar en sus manos todo el poder; reunia en el único consejo de los magistrados la comision eclesiástica y la congregacion de estado, redactaba muy de prisa un código aplicable á toda la monarquía austriaca, y abolia casi completamente el sistema comunal tan querido de los italianos; pero nada añadia á la prosperidad que la Lombardía debia al conde Firmian, y no pensaba en levantar las ruinas que la dominacion española habia dejado en la industria y el comercio.

En el reino de Nápoles, el gran negocio del reinado de Fernando IV, fué sustraerse al tributo de la hacanea y de los seis mil ducados debidos á la Santa Sede. Creyó haber ganado mucho no pagando los seis mil ducados sinó en 1777 á los *Santos Apóstoles*, para borrar á lo menos toda huella de homenaje. Sambucca y Acton, se atrevieron menos aun que Tanucci contra los privilegios feudales. Algunas reformas en el ejército, la construccion de varios grandes navíos de línea, felices innovaciones en el cuerpo de instruccion de la marina, debidas al caballero Acton, y la fundacion de una colonia en San

Leuccio, para la cria del gusano de seda y la fabricacion del tejido de seda llamado *gro de Nápoles*, fueron los únicos beneficios de su administracion, mucho menos fecunda que la de su predecesor. Dejaron en vigor las doce legislaciones que se disputaban el terreno en el reino. En la Sicilia, Caraccioli, que fué enviado allí con el título de virey, tuvo el valor de abolir la inquisicion y de reorganizar el parlamento, de modo que se permitiera en él la entrada de los representantes de la clase media; pero no se atrevió á atacar al feudalismo en sus posesiones territoriales, y aquella isla abatida por impuestos de toda clase, recorrida por bandidos y piratas, estaba además tan frecuentemente amenazada por la carestía, que las revueltas eran en ella mas repetidas que en ningun otro punto.

Entre todos los soberanos, el gran duque de Toscana, cuyos desvelos se estendieron al principio á todos los ramos de la administracion, parecia, á últimos del siglo, el mas exclusivamente preocupado por las materias eclesiásticas. El, que licenciaba bastante imprudentemente al ejército toscano y hasta su propia guardia, con pretesto de que queria vivir en paz con sus vecinos, se adelantaba hasta el punto de redactar el programa de las oposiciones para curatos; prohibia ciertas devociones ó prácticas, y algunos libros piadosos; mas parecido en esto á un discípulo de Jansenio que al gefe de un estado.

Solo el rey de Cerdeña, Victor Amadeo II (desde 1773), no siguió los yerros de los otros soberanos; pero caia en otro defecto. Católico celoso, despidió á todos los ministros de Carlos Manuel, que sin embargo habia llevado bien en sus innovaciones á la córte de Roma, y prohibió á la juventud que fuera á estudiar en la universidad de Pavía, que miraba como infestada de jansenismo. Si bien reconoció y dotó á la Academia de ciencias, fundacion particular del gran matemático Lagrange, gustaba de repetir que hacia mas caso de un tambor que de un sábio; y en efecto, consagró todas sus de-

das á mantener un número de tropas desproporcionado con sus estados, llevando el exceso hasta dejar deudor de ciento veinte millones al tesoro.

Nada perdonó el Papa Pio VI para detener á los soberanos de Italia en una via que miraba como funesta, pues se personó con el emperador José II, patrono de las reformas, para hacerle desistir de sus resoluciones. Homenajes y respetos fueron el único resultado de su viaje; José II no varió de conducta. En un viaje que hizo dos años despues de incógnito en Italia, en 1784, buscó á los filósofos, alentó á los ministros reformadores, visitó la universidad de Pavía, y obtuvo del Papa un concordato que le otorgaba el nombramiento del arzobispo de Milan, de los obispos y de los beneficios de la Lombardía austríaca.

El gran duque de Toscana, Leopoldo, como jansenista, ponía mas en descubierto su lado débil, usurpaba mucho mas en el terreno espiritual de lo que lo hacia el filósofo José II. El concilio de Pistoia, congregado por órden suya en 1786, bajo la presidencia del obispo Ricci, decretó una verdadera reforma. Obispos y presbíteros eran sustraídos á la córte romana, la infalibilidad de la Santa Sede estaba limitada por el Evangelio, la celebracion del culto ordenada en lengua vulgar, las imágenes representando la Trinidad, las indulgencias y varias otras prácticas estaban proscritas del culto católico. Toda la Italia estaba conmovida; el Papa, con motivo de algunos disturbios religiosos en Prato, condenó por la bula *Auctorem fidei*, cinco de las proposiciones del sínodo como herejes y otras setenta como cismáticas, erróneas, escandalosas y calumniosas (1789). En medio de estas querellas de otro siglo, la revolucion francesa sorprendió á la península.

Las discusiones de los estados generales en Francia, las del concilio de Pistoia en Italia, manifestaban claramente á que distancia estaban uno del otro los dos paises. En Francia,

donde el gobierno recientemente casi nada habia hecho por ella, la nacion se habia instruido y formado por sí misma. En la península los soberanos habian hecho reformas prematuras y descuidado las necesarias; habian quedado superiores á sus pueblos en vez de bajar hasta ellos; habian querido iluminar su inteligencia sin ablandar su carácter, libertar su espíritu sin proveer á sus mas apremiantes necesidades; no habian hecho mas que violentar sus hábitos religiosos, sin mejorar su estado moral.

En definitiva, una parte de la península no habia salido aun del siglo xvii. En el resto, las reformas no habian sido ni completas ni bien medidas, muchas veces poco apropiadas á las costumbres, á la situacion del pais, en muchos puntos producian malos resultados y en otros no alcanzaban su objeto. «El estado pontificio, dice un panegirista de Pio VI, era el peor administrado de Europa despues de la Turquía.» En la Toscana una policia inquisitorial habia con muy poca ventaja reemplazado á la fuerza armada. En el ejército sardo se quejaban de que solo los nobles pudiesen llegar á oficiales. Los primeros embrollos de la administracion austríaca hacian que los lombardos echáran á menos la pérdida de sus libertades comunales. El feudalismo pesaba aun sobre los reinos de Nápoles y de Sicilia con todo el peso de todos sus antiguos abusos. Contábanse en ellos mil trescientos noventa y cinco derechos sobre las cosas y personas. En fin, por mas que las ideas del siglo xviii hubiesen penetrado en Italia y producido algunos escritores y algunos poetas graves, no habia en ella ni espíritu público ni virilidad política. La península era todavia la tierra de los ochenta mil frailes, el pais adoptivo de los bandidos y de las ramerás. Los gobiernos no habian renunciado á la inquisicion política derribando la inquisicion religiosa. No se encontraba en ella el ímpetu democrático de las repúblicas de los siglos xiii y xiv; existia aun la antigua di-

vision, la astucia antigua y el despotismo además. En medio de estas circunstancias, los terribles terremotos que sepultaron á Mesina en febrero de 1783 bajo un monton de escombros y se engulleron en la Calabria cien aldeas y treinta mil habitantes, se presentaron á las imaginaciones italianas como presagio de funestos acontecimientos.

Un sentimiento profundo, vivo entre los italianos, les impedía reconocer las mejores intenciones de sus soberanos. Estos príncipes no habian nacido de las entrañas de Italia, habian sido impuestos por el extranjero, á cada generacion parecia que cuidaban, por medio de nuevas alianzas, de refrescar su sangre estrangera, sus ideas, sus principios, asi como su origen, eran ultramontanos. Para Italia, que tenia la conciencia vaga de un pasado lleno de independendencia y grandeza, á mejor intencion los dos de sus soberanos no eran mas que podestas, tiranos; y la Italia á fines del siglo, apesar de los incontestables beneficios que de él habia recibido, saludaba á su poeta trágico nacional, Alfieri, al que animaba sus obras con recuerdos de la patria independiente y con un sentimiento de austeridad y grandeza republicanas; le oia con gusto, delante del mejor de los príncipes, (si no hubiese sido austriaco y un poco jansenista) Leopoldo, estigmatizar el centro del norte, inexorable y duro que pesaba sobre la misma lengua:

BOREAL SCETTRO, INESORABILE, DURO.

«Italia! esclamaba, á que infame esclavitud te ves reducida por no haber sido libertada completamente de los godos! Hasta tu idioma ha perdido su independendencia y pureza.»

ITALIA! Á QUAI TI MENA INFAMI STRETTE

IL NON ESSER DAI GOTI APPIEN DISGOMBRA!

TI SON LE IGNUDE VOCI ANCO INTERDETTE.

OCTAVO PERÍODO.

LA REVOLUCION (1789-1852).

CAPITULO XIX. ⁽⁴⁾

REINOS Y REPÚBLICAS NACIDOS BAJO LA INFLUENCIA DE LA REPÚBLICA FRANCESA, Y LA DE EL EMPERADOR NAPOLEON (1789-1815).

Decadencia y division de Italia: los reyes y los pueblos; Francisco y Maria Carolina: los franc-masones.—Guerra de la república francesa en los Alpes; insurrecciones de los italianos (1792-1795).—Bonaparte en Italia; Montenotte, Lodi, Castiglione; repúblicas transpaduana y cispaduana (1796).—Arcole, Rivoli, paz de Campo-Formio: república liguriana y república cisalpina; caída de Venecia (1797).—Repúblicas, Romana, Parthenopiana y Toscana: Carlos Manuel II arrojado del Piamonte; la Península republicana (1798).—Rápida destruccion de las repúblicas italianas por sus antiguos reyes; reacciones sangrientas (1799).—Marengo.—Tratado de Luneville; Pio VII y Fernando restaurados; restablecimiento de las repúblicas cisalpina y liguriana (1800-1802).—Reino de Italia; Nápoles, Toscana, Lugues, Guastalla, entregados á los parientes del emperador.—Italia Napoleoniana (1802-1808).—Abolicion del poder temporal de la Santa Sede.—Apojeio del poder imperial en Italia; el rey de Roma (1808-1812).—Revéses de Napoleon; discordias de los italianos, de Eujenio y de Joaquin; tentativa de independenciamalograda; Restauracion (1812-1815).

Decadencia y division de Italia, los reyes y los pueblos; Francisco y Maria-Carolina; los Franc-masones.

SQUARCIA LE VESTI DELL' OBBROBRIO; AL CRINE
L'ELMO RIPONI, AL SEN L'USBERGO, DESTATI
DAL LUNGO SONNO, É SULLE VETTE ALPINE
ALLA DIFESA ED AI TRIONFI APPRESTATI.

«Desgarra esas vergonzosas vestiduras, toma el casco, vístete la coraza, y ya dispierta de ese profundo sueño, corre á

los Alpes á lidiar y á vencer.» Estos versos, que Fantoni escribía en una oda á Italia á fines del siglo XVIII, recibían de la revolución francesa una aplicación terrible y sorprendente. El gran debate entre la nación y la magestad real de Francia, que iba á elevarse en Europa á la altura de lucha de la libertad contra el absolutismo, debía aun una vez mas, presentar en Italia la eterna cuestión entre la independencia nacional y la opresión extranjera. Iban á ser quebrantados todos los principios sobre los cuales descansaba el equilibrio interior y exterior de los Estados. Se acercaba para la península una época en que iban á ponerse en juego, la energía, la unión y el talento.

Por desgracia la Italia no estaba bastante dispuesta á sostenerse á la altura de los grandes acontecimientos que se preparaban.

La nación por si misma nada podía, le faltaba una cosa, lo hemos visto despues de tres siglos de servidumbre, carácter y espíritu público. En las altas clases de la sociedad, todavía con razón censuraba el poeta Parini la vida ociosa é inútil de la aristocracia italiana. El número de nobles que el conde Paul Verri, reunía en su *sociedad* conocida bajo el nombre de *El Café*, centro de las ideas y de las doctrinas nuevas, no era muy considerable. La educación del pueblo en general estaba un poco mas adelantada. Todavía el filósofo Beccaria se quejaba de que «en una villa de ciento veinte mil almas hubiese apenas veinte mil personas deseosas de instruirse y dispuestas á sacrificarse por la verdad y por la virtud.» En el campo la ignorancia era comun, la indiferencia y la abyección completas. Las masas se habrían sublevado hasta contra las reformas intentadas por los reyes.

Si se exceptúan los reinos de Cerdeña y de Nápoles, el valor y las costumbres militares no existían en toda la península. Los soberanos tenían miedo de entregar armas á la na-

cion. La república de Venecia, que veia en frente de sí las fortificaciones y el arsenal que el Austria construia en el puerto de Trieste, no mantenía mas que una docena de buques de guerra en el mar, y veinte siempre en el astillero. Salvo el dique de piedra de los Murrazzi, obra toda de defensa, nada empréndia; dos mil hombres de tropa extranjera constituían su guarnicion y sus recursos todos. Génova que se habia fortificado bien, apesar de un acontecimiento reciente, solo sostenía mil quinientos hombres. El ducado de Módena tampoco tenía mas: Parma, la mitad apenas, y Lucques doscientos. Los dos Estados mas importantes de la Italia central, la Santa Sede y Toscana, no podían presentar formados diez mil hombres. En la Lombardía, sometida al yugo extranjero, la juventud huía del alistamiento. El gobierno austríaco para ocupar las ciudadelas no habia podido reunir mas que unos cuatro mil hombres entre malhechores y gente salida de las cárceles. El ejército mismo del rey de Nápoles que ascendía á catorce mil hombres, estaba tan mal elegido como insubordinado. El del rey de Cerdeña que era de 25,000 hombres y estaba mejor organizado, tenía generales y oficiales inútiles é ignorantes.

Tocaba á los príncipes suplir con habilidad y prudencia en su conducta, aquello que á sus pueblos faltaba. En realidad, no debia ser contagioso en sus estados el ejemplo de la revolucion francesa. Con sus reformas habian complacido á la parte ilustrada de la nacion, y nada tenían que temer de las masas, mas bien hostiles que favorables al movimiento francés. Volviendo la vista hácia las cosas que se habian hecho mal, fijando su atencion sobre lo que habian descuidado y desenvolviendo las que felizmente habian empezado, podrian estar tranquilos en su casa y tratar con libertad de la revolucion francesa, aislada en Europa y pronta á hacer cualquier clase de sacrificios por conquistarse aliados.

Desgraciadamente el Austria pesaba sobre la península. Asombrados de las consecuencias que la revolucion francesa sacaba de los principios que ellos mismos habian invocado, los Habsbourgs en vez de poner mayor cuidado en su aplicacion, se volvieron de repente contra todo lo que habian hecho, cayeron sobre sus reformas buenas ó malas, y arrastraron con su ejemplo á los demas soberanos peninsulares. A medida que la revolucion fue apoderándose de la Francia, ellos fueron agrupándose en derredor del Austria. El gran duque Leopoldo emperador en 1790, casó á su segundo hijo Fernando, á quien cedió la Toscana, con Luisa Amelia, hija del rey de Nápoles. Su primogénito Francisco que debia inmediatamente sucederle en el imperio, dió su hija María Clementina al presunto heredero del Borbon napolitano, y casó él mismo en segundas nupcias con María Teresa otra de las hijas de Fernando VI. No pasó del año 1791 sin que fuese á manos de otro archiduque hasta el pequeño ducado de Masa, de Fernando hecho duque de Módena por su casamiento con la última heredera de la casa de Este. Todos estos príncipes austríacos parecian aun mas unidos por la uniformidad de ideas que por los lazos de la sangre. Leopoldo contradijo siempre como emperador lo que como gran duque habia hecho: los demas miraron al rey de Cerdeña que habia resistido su empuje como el mas sabio de todos, y le imitaron, venciéndole si se quiere en resistencia, á riesgo de disgustar á los mismos que hasta entonces les habian lisonjeado y defraudar las esperanzas que les habian hecho concebir.

Los motines escitados por algunos nobles y por los artesanos del pueblo en Saboya, Turin, Milan y Nápoles, en vez de servir de aviso á los príncipes, acabaron de aterrarlos. Se volvieron con ímpetu contra todo lo que hasta allí habian favorecido y un funesto divorcio comenzó en la nacion. Los reyes buscaron un apoyo en la nobleza, obstinada con los privile-

gios, que ellos habian atacado desde luego, y en la masa del pueblo que ellos habian tambien despreciado por ignorante. La parte mas generosa y mas ilustrada de la nobleza y de la poblacion se desentendió de ellos por el contrario, y empezó á esperar de la Francia su libertad y salvacion.

Victor Amadeo II, siempre el mas resuelto, propuso desde fines de 1791 á todos los príncipes italianos, formar una alianza contra sus pueblos y contra la Francia. María Carolina, muger de Fernando, rey de Nápoles, sin romper por ello todavía las importantes relaciones comerciales con el mediodia de Francia, hizo despues de un viaje á Viena, preparativos secretos y despertó bruscamente en sus estados las logias de los masones, focos de agitacion política. El nuevo duque de Toscana se avino á muchas de las reformas de Leopoldo, anunciando de este modo su deseo de permanecer en paz. El Papa Pio VI lanzó su escomunion sobre la asamblea francesa que destruia en parte la constitucion de la Iglesia; sin embargo en el libro *derechos del hombre*, tentativa de transaccion entre los príncipes enemigos, se adhirió al partido liberal contra el despotismo, hizo del cristianismo el centro de todos los derechos, y se cuidó menos de contener el torrente que de encastrarlo en provecho de la religion. Solo las repúblicas de Venecia y Génova, en donde el patriotismo estaba identificado sin embargo con el estado, pero en donde la desconfianza contra el Austria y el rey de Cerdeña era grande, dieron á entender apesar de su neutralidad, que se inclinaban hácia la Francia.

Guerra de la república francesa en los Alpes: insurrecciones de los italianos (1792—1795).

Tal era la disposicion de la península, cuando la declaracion de guerra hecha en 1792, por el emperador Francisco á la revolucion francesa, arrojó en medio de la lucha á Italia. El

embajador francés, Semonville, en vano propuso á Victor Amadeo II la cesion de todo cuanto fuera conquistado á los austríacos en Lombardía. Volvió á la frontera sin haber sido escuchado. Victor Amadeo envió diez mil hombres á la Saboya al mando de Lazzari, y ocho mil al condado de Niza á las órdenes de Curten, para imponer quizás al territorio enemigo. La reina María Carolina puso en movimiento sus tropas, é hizo aparejar sus naves. Dió principio la guerra, y de este modo fué la Italia arrastrada por sus reyes en contra de una revolucion, de la que tal vez podia haber esperado su independenciam.

Desde que se rompieron las hostilidades, estalló la division que existia entre los soberanos y sus pueblos. En el ejército de Cerdeña los soldados estaban en pugna con sus oficiales, que eran de familias nobles. Las tropas del general Lazzari, atacadas por los franceses en las gargantas de Mians, huyeron desde las primeras señales: los habitantes de Saboya corrieron con entusiasmo al encuentro de las tropas francesas, que ocuparon sin resistencia á Chambery y casi todo el resto de la provincia. En el condado de Niza, huyó con la misma precipitacion Curten, y dejó que el general francés, Anselme, y el almirante Truquet se apoderasen de Niza, Montalban, Villafranca y Oneila. En el mediodía de Italia, cuando el almirante Latouche llegó con una flota francesa, y se colocó delante de Nápoles, los francmasones saludaron con alegría el estandarte de la libertad, se pusieron en relaciones con los franceses, y convirtieron las logias en clubs. Fernando se vió obligado á ofrecer la neutralidad y á reconocer el gobierno francés. El decreto de la *Convencion*, que agregó al fin del año á Saboya y condado de Niza á la Francia, castigó á Victor Amadeo por su iniciativa, quitándole la parte de sus estados que le era menos afecta.

Desde el principio de la guerra, los señores de la Italia pudieron convencerse de que no tendrian únicamente en contra

suya á los franceses. El emperador Francisco hizo bajar de los Alpes al valle del Pó nuevas tropas para contener al Milanés y apoyar á Victor Amadeo II. María Carolina, en el interior, formó contra los francmasones un centro de conspiracion que sacó de los cadalsos: y por fuera, pidió una flota inglesa en el Mediterráneo, comprometiéndose á enviar á la alta Italia seis mil hombres: el Papa hizo otro tanto. Existia allí una parte de pueblo, la mas ignorante, con la que los príncipes todavía podian contar: no omitieron, pues, medio para volverla en contra de las ideas francesas y de las clases ilustradas que participaban de ellas. El terrible carácter de los sucesos que ocurrían entonces en Francia, año 1793, se prestaba á hacer interesantes acusaciones. Produjeron al principio de este año en Roma el fruto consiguiente. El embajador francés, Basseville, que queria colocar en su palacio las armas de la república, fué acometido y asesinado por el populacho romano, olvidando el derecho de gentes. Los corsos, que habian vuelto á estar sujetos á la Francia, se sublevaron tambien, instigados por el Austria é Inglaterra y al mando de Pascal Paoli.

No secundó, sin embargo, toda la Italia. El gran duque de Toscana, el primero, por medio de su embajador Carletti, reconoció la república francesa. Las dos repúblicas de Venecia y Génova, aconsejadas de un lado por el Austria y la Inglaterra en contra de la Francia, y del otro por sus ciudadanos, ardientes partidarios de las nuevas ideas, permanecieron en completa neutralidad, pero sin pensar en hacer que se las respetara, poniendo en pié de guerra la fuerza militar necesaria. En una lucha de tal importancia, no hacerlo, era entregarse imprudentemente al vencedor. En 1793, la flota del rey de Nápoles y la de Inglaterra sorprendieron en Francia á Tolon, que fué por cierto tomada á fines del año (21 de diciembre). Pero al siguiente, á pesar del general austriaco Devins y de los dos hijos de Victor Amadeo, el general Dumas ocupó el

monte Cenis, el pequeño S. Bernardo, é hizo sobre Aosta una tentativa; el general Dumerbion, allanando el territorio de Génova, volvió por las orillas del Tanaro, sobre la fortaleza de Saorgio, que daba á los franceses gran cuidado, ocupó el desfiladero de Tende, y quedó dueño de toda la cima de los Alpes, desde las fuentes de la Stura hasta las de la Doria Baltea (junio de 1794).

Este acontecimiento produjo gran sensacion en Italia. Se sabia que la intencion del Austria era engrandecer á Victor Amadeo por la parte del medio dia de Francia, para quedarse ella señora y dueña de toda la Lombardia. Una conspiracion tramada en el mismo Turin contra el rey, fué descubierta y castigada: los nobles y los ricos habrian empezado á espatriarse si el gobierno no hubiese impedido su emigracion. Victor Amadeo prohibió toda clase de reuniones y cerró las academias y casinos. Pero en Cerdeña el pueblo pedia que se reunieran los estados, y obligó al virey, sitiado en su palacio, á escaparse. En Nápoles las logias de Franc-masones se agitaron mas que nunca. No siendo suficiente el centro de conspiracion, Maria-Carolina estableció una junta de inquisicion con facultades omnímodas y procedió con el mas espantoso rigor. En Venecia asombrado el senado de la violacion de la neutralidad de Génova, decretó desde luego se armasen, cosa que sin embargo no se llegó á efectuar, cuarenta mil hombres para defenderse en caso de necesidad contra el Austria. En Génova el dux despues de haber protestado contra el paso de los franceses por su territorio, cerró la casa del farmacéutico Morando, centro de reunion de los demócratas, organizó la guardia urbana y aumentó visiblemente el número de sus tropas.

Los soberanos de Italia hicieron nuevos esfuerzos en contra de la Francia el año 1795. Victor Amadeo y Fernando de Nápoles infundieron respeto á los nobles, incluyeron para la contribucion los adornos de las iglesias, y decretaron reclutamientos

extraordinarios de tropas. El mismo Pio VI revistó los puertos de la costa y visitó los soldados que la guarnecían. El rey de Cerdeña con sus nuevos alistados y un refuerzo de diez mil austriacos que habían sido conducidos por Vallis, tomó la ofensiva sobre los Alpes, mientras que los ingleses bloqueaban á Génova, y á nombre de Paoli se apoderaban de la Córcega, y la daban una especie de constitucion. Batido en el Cairo (15 setiembre) fué arrojado sobre la Bormida y perdió Vado; con lo que aseguró la posicion del ejército francés en la rivera de Génova. Fernando de Toscana y Venecia juzgaron ya llegado el momento de reunirse al vencedor: Carletti y Corsini sus embajadores cerca de la convencion nacional, reconocieron públicamente á fines del año la república francesa. Una conspiracion se fraguó en Palermo para erigir en república á la Sicilia: nuevas sublevaciones tuvieron lugar en Cagliari y en Sassari. La paz ya terminada con Francia por Prusia y España, no reflejó en los príncipes italianos. El rey de Cerdeña rehusó de manos de la Francia con la garantia de España, la provincia del milanesado, como precio del libre paso de los ejércitos franceses. Permaneció fiel al Austria, asi como el Papa y Nápoles, é hizo precio de la lucha la península.

Benaparte en Italia; Montenotte, Lodi, Castiglione; repúblicas transpaduana y cispaduana (1796).

El *directorio* podia á la sazón llevar casi todas sus fuerzas á Italia.

Ya por orden suya, Scherer, mal vigilado en Ceva por los piemonteses, habia vuelto sobre el costado izquierdo de los austriacos en Loano, y los habia echado hácia Acqui (24 de noviembre 1795). Uno de los mas antiguos y hábiles generales del Austria, Beaulieu, fué el encargado de arrojar á los fran-

ceses de la cumbre de los Alpes y de las riberas de Génova. En la primavera de 1796, dirigió él mismo su ala izquierda sobre el desfiladero de la Bocchetta, colocó el centro en las fuentes de la Bormida y envió en derechura los piemonteses, mandados por Colli, sobre los Alpes ocupados por los franceses. Pero el ejército francés de Italia, tenía entonces á su cabeza al hombre cuyo genio militar iba durante veinte años á deslumbrar y fascinar el universo, Bonaparte. En pocos días apresó el centro de los austríacos en Montenotte, batió la derecha en Millesimo, la izquierda en Dego, acabó de separar á Colli de Beaulieu, y ciñéndose á perseguir al primero, mientras el segundo se batía en retirada hácia Milan, le desafió todavía en Mondovi y llegó hasta Cherasco, á diez leguas de Turin (21 de abril).

La proclama lanzada por el jóven vencedor asombró á la Italia todavía mas que sus rápidos triunfos. «Pueblos de Italia, dijo, el ejército francés viene á romper vuestras cadenas: el pueblo francés es amigo de todos los pueblos, venid á su encuentro; vuestras propiedades, vuestras costumbres y vuestra religion, serán respetadas; haremos la guerra como enemigos generosos, y solo á los tiranos que os esclavizan.» Era bien cierto que la libertad, y la independencia, iban á Italia con la revolucion francesa. Un vencedor generoso, casi un compatriota, se lo garantizaba asi á la península. Los príncipes italianos y el clero no bastaron á contener la nacion italiana. Toda ella se precipitó con entusiasmo en brazos de Bonaparte y de los franceses, y aseguró sus triunfos continuados.

Los piemonteses Bonafous y Renza, escitaron en Alba un movimiento en sentido republicano, que amenazó instantáneamente á todo el reino, y Victor Amadeo pidió y obtuvo la paz entregando durante la guerra las plazas de Alejandria y de Coni. Bonaparte no tuvo mas que entrar por el territorio

de Parma y de Plasencia, donde los italianos se impacientaban ya. Los duques Fernando de Parma y Hércules de Modena, se comprometieron el primero á pagar dos millones, á suministrar grano para los caballos y á enviar veinte cuadros, entre otros el de *San Gerónimo* del Corregio, al museo de París; el segundo que se habia refugiado en Venecia, á pagar hasta seis millones. El Papa y Fernando, teniendo bastante con sujetar á sus pueblos, se resignaron á la defensa.

El Austria estaba aislada. Despues de haber pasado el Pó en Plasencia, y obligado de este modo á Beaulieu á abandonar la línea de Tessin, Bonaparte le quitó aun la del Adda en la ruda batalla de Lodi (10 de mayo), y quedó dueño de todo el Milanesado hasta Mincio. Las villas de Pavía, Cremona y Milan, de las que el archiduque gobernador habia huido á Mántua, abrieron sin resistencia sus puertas. Los milaneses, sobre todo, acogieron á los franceses como á libertadores. Se lisonjeaban con la esperanza de ser colocados á la cabeza de la union italiana. Un consejo de estado, compuesto de los partidarios de las ideas francesas, fué establecido en la villa, y se organizó una guardia nacional. Los veinte millones de francos que Bonaparte impuso á Lombardía, no produjeron quejas si se quiere, si se exceptua Pavía, donde el pueblo de las cercanías, escitado ocultamente, penetró para destrozar la guarnicion francesa. La villa, entregada durante una noche al capricho del soldado, pudo comprender que Bonaparte no dejaria impune ningun motin.

Una nueva proclama de Bonaparte publicada en Milan ocultó esta primera discordia y propagó por toda la península el entusiasmo algun tanto debilitado por los milaneses «Que los pueblos estén tranquilos, decia, nosotros somos amigos del pueblo. Restablecer el Capitolio, despertar de nuevo el pueblo romano despues de siglos de esclavitud: ese será el fruto de nuestras victorias.» Algunas villas del territorio

veneciano, avergonzadas del yugo de la aristocrática república, instaban por si mismas á los franceses á que violasen la neutralidad de dicho territorio. Bonaparte ocupó á Bergamo, tomó Brescia, derrotó á Beaulieu sobre Mincio, entró en Verona y Legnago, que le aseguraban la línea del Adige, y comenzó el bloqueo de Mantua. La aristocracia de Venecia, herida en el corazón, no se atrevió á hacer otra cosa que representaciones. Conocía que no tan solo en las villas de tierra firme, sino que hasta en la misma Venecia, fermentaba, con los estímulos de Villetaro, secretario de la embajada francesa, la levadura popular. Los estados del rey de Nápoles y del Papa estaban mas agitados que nunca. En una solemne ceremonia, el primero consagró al cielo su corona y quiso poner su ejército en la frontera: bien pronto se vió obligado á retirarlo para poder conservar parte de sus individuos. El Papa Pio VI hizo predicar «contra los ateos y bandoleros franceses» pero su primera ciudad, Bolonia, envió á pedir su libertad al vencedor de Italia, por medio de sus mas principales magistrados.

Antes de rechazar á los austríacos de la otra parte de los Alpes, Bonaparte acabó de abarcar la península. Entró en Bolonia que declaró libre y republicana, y mandó sobre Liorna ocupada por una flota inglesa, una division que se apoderó de las propiedades de estos y ocupó los fuertes. Esto fué suficiente impulso. En el ducado de Módena, Reggio la primera, se declaró independiente y mandó á Milan diputados para dar principio á la fundacion, con los transpaduanos, de la unidad italiana; Massa, Carrara, la Lunigiana siguieron su ejemplo; Módena por fin, arrastrada por los patriotas, determinó la caída del duque, y Ferrara se separó de los estados de la Iglesia para reunirse á Bolonia. Los dos soberanos del medio dia y del centro debieron ceder ante esta importante é irresistible propaganda, y solicitaron la paz. Fernando retiró de la coalicion sus tropas, y cerró sus puertas á los ingleses: el Papa

obtuvo un armisticio cediendo Bolonia, Ferrara, la ciudadela de Ancona, veinte y un millones, cien cuadros y quinientos manuscritos.

Seguro Bonaparte del medio día de Italia, pudo hacer frente al austríaco Wurmser que descendió por el Adige en el mes de julio con sesenta mil hombres. En pocas semanas le echó al otro lado del Adige con las batallas de Lonato y Castiglione, le atajó el paso del Tirol y le derrotó en Bassano cerca de Brenta, obligándole á encerrarse con los restos de su ejército en la ciudadela de Mantua. Ya se podía pensar en organizar la libertad en Italia.

El general francés instituyó en Milan un *consejo de estado* mientras aguardaba el establecimiento de una república transpaduana, y puso en pié de guerra una legion lombarda de tres mil quinientos hombres, concediendo el mando de ella á Lahos. En la parte de acá del Pó, siguiendo sus instrucciones, los diputados de las cuatro villas de Bolonia, Ferrara, Módena y Reggio proclamaron su union con la república cispaduana, y como primera medida de seguridad decretaron tambien la formacion de una legion italiana de tres mil hombres. Victor Amadeo, amenazado con la pérdida de Cerdeña, se vió obligado á conceder á sus habitantes la regular convocatoria de cortes y la calificacion de nacionales á todos los cargos del estado. Su sucesor Cárlos-Manuel II que subió al trono al fin de este año tan fecundo en acontecimientos, se unió sin ninguna mira ulterior á la política francesa. La Córcega atacada desde el puerto de Liorna fué arrebatada á los ingleses: por último, Génova que hasta entonces permanecía en una dudosa neutralidad, abrazó abiertamente, por miedo á los ingleses, el partido de la Francia, le dió dos millones y le anticipó otro tanto hasta que se consiguiera el restablecimiento de la paz.

Arcola, Rivoli ; paz de Campo Formio : república liguriana y república cisalpina : caída de Venecia (1797).

Un último esfuerzo del austriaco impidió por desdicha suya al Papa y á Venecia seguir el ejemplo comun. El general Alvinzi , á fines de 1796, bajó por el Frioul á libertar á Wumser : Bonaparte apesar de la inferioridad del número y de su crítica posicion, le rechazó desde luego en Arcola (15—17 de noviembre); despues le batió completamente en Rivoli (14 de enero de 1797) volvió á echar los restos austriacos á la otra parte de la Piava, y admitió la capitulacion del bravo Wumser en Mantua.

Mientras que Bonaparte colocaba su vanguardia sobre los Alpes para ir á buscar en Viena la paz, hizo atacar por su retaguardia los dos estados que aun se le resistian.

Victor, á la cabeza de una division, descendió al centro de Italia : la constituian tres legiones de infanteria lombarda y tres de la cispaduana : por primera vez el partido de la revolucion y el tradicional de Italia, vinieron á las manos á orillas del Senio. Los soldados del Papa no opusieron resistencia ni un instante ; Victor atravesó la Romania, se apoderó de Ancona y llegó hasta Tolentino donde la corte pontificia compró la paz por el precio de treinta millones, y la entrega de Bolognia, Ferrara, Ancona y Romania (19 de febrero).

En los estados de Venecia los partidarios de los franceses se hacen, por medio de los proveedores, dueños de las villas de Bergamo, Brescia y Crema y proclaman en ellas la libertad. Pero el Senado recobra alguna energia en vista del desarreglo de sus asuntos : arma diez mil esclavones, cuatro mil italianos, y subleva y regimienta los bárbaros paisanos de las montañas, enemigos de los franceses y de los innovadores. El levanta-

miento del Tirol y la llegada al Adige de una division austriaca le animaban aun. Persuadido de que los franceses que marchaban sobre Viena iban á ser detenidos y derrotados, firma con Austria un tratado secreto y comienza á obrar. Brescia y Bergamo son atacados; el 15 de Abril, Verona, en medio de una sublevacion, cae en poder de los paisanos y de los esclavones. Los franceses cojidos de sorpresa, son degollados en las calles, en los hospitales, y cuatro cientos son arrojados al Adige; por último, algunos dias despues, el 23, un lugre francés refugiado en el puerto de Venecia, fué acribillado con bombas y toda su tripulacion asesinada. Al dia siguiente el senado supo que Bonaparte habia obligado al Austria á firmar los preliminares de Leoben. Aterrado el senado pidió perdon al vencedor: «La sangre de mis hermanos y compañeros de armas será vengada» respondió Bonaparte á sus enviados; seré un Atila para Venecia; por mas inquisidores de estado, por mas libro de oro que tengais, vuestro gobierno agoniza. Primeras frases de amenaza pronunciadas por Francia contra Italia.

La aristocracia veneciana no pensó mas que en salvar á Venecia, aun á costa de su propio sacrificio. El último dux, Luis Manin, y el senado, despidieron los esclavones, desarmaron á los paisanos y mandaron al campo del general francés tres diputados con el encargo de darle toda clase de satisfacciones y de entenderse con él acerca de las modificaciones que queria dar al gobierno. Pero no bastaba al general y al pueblo sublevado una simple modificacion: el gran consejo de la nobleza, en medio del patriotismo mas vivo, renunció á la soberania, declaró abolida la constitucion, privada á la nobleza de sus privilegios políticos, y convocó á los diputados de toda la tierra firme para determinar el establecimiento de un gobierno democrático. La municipalidad proveedora, compuesta de ciudadanos de todas clases, recibió al general Baraguay-

d' Hilliers con cinco mil hombres de tropa, y le entregó los fuertes, los buques y el dinero que Bonaparte pidió como satisfacción de lo pasado y como prenda para lo porvenir.

Una reforma de gobierno que daba nuevo vigor á la república, y algunos sacrificios, no hubieran sido un mal muy grande para Venecia. Apesar de algunas voces alarmantes esparcidas y que versaban sobre las proposiciones secretas de los preliminares de Léoben, los venecianos esperaban que serian ya abandonados á aquel precio. Habiendo sido fuertemente sofocado en Génova un motin que en mayo estalló contra la aristocracia, el representante de Francia Faypoult y Bonaparte tomaron partido por los vencidos, parciales de la Francia: pero solo hallaron ocasion de reformar la república de Génova, no de destruirla. El antiguo gobierno fue abolido, la nobleza privada de sus privilegios, el libro de oro quemado. Una nueva constitucion que era aplicable á todos los habitantes del territorio genovés, confirió á dos consejos el poder de legislár, y á un dux y á un senado compuesto de doce miembros el poder ejecutivo de la nueva república, que tomó el nombre de *Liguriana*.

La conducta de Bonaparte en Milan inspiró todavia mas confianza á Venecia. El general francés no habia cesado de recordar á los amigos de la independenciam de Italia, que sus discordias de otras veces habian ocasionado sus desgracias y que les convenia armarse y unirse. Hizo entonces mas: comprometió á los cispaduanos y transpaduanos á fundirse en una sola república llamada *cisalpinam*, y prometió unir á ella ademas los paises de Mantua, Bergamo, Crescia y Crema, de modo que tuviera el Adigé por límite y cuatro millones de habitantes bajo su amparo. Los diputados y las guardias nacionales de las villas del norte, celebraron en el Lazareto de Milan la federacion de los pueblos italianos. Una constitucion calcada sobre la que tenia la Francia entonces, con dos consejos le-

gislativos y un directorio compuesto de cinco miembros, fué la adoptada para la nueva república. El mismo Bonaparte nombró los cinco directores, Serbelloni, Messandri, Moscati, Paradisi, Costabili, y les ayudó á organizar la administracion, el ejército y la hacienda.

Hacer también del territorio de Venecia una república bajo el mismo modelo, era el voto del directorio, el orden segun Bonaparte. El vencedor no llenó las miras de su gobierno: el tratado de Campo-Formio (17 de octubre) hizo que se reconociera la república cisalpina que era su obra, pero sacrificó á Venecia que fué entregada con Istria, Dalmacia y el Frioul á la casa de Austria, y en ello pudo aprender Italia que los beneficios del extranjero tienen siempre algo de incompleto y mucho de amargo. El último dia de Venecia fué desgarrador y sublime. La municipalidad revolucionaria que se habia encargado del gobierno despues de la caida de la aristocracia, rehusó la oferta que se le hizo de librar sus intereses de la ruina comun: se sepultó ella misma con la independendencia de su patria, y recibió á los austríacos el 19 de enero de 1798.

**Repúblicas romana, partenopiana y toscana:
Cárlos Manuel. El arrojado del Piamonte: la
península republicana (1798).**

«Se os ha dado la libertad, dijo Bonaparte á los cisalpinos antes de separarse de ellos, sin pandillas, sin mortandad, sin revolucion; sabed conservarla. Haced leyes sábias y moderadas, observadlas con fuerza y vigor, llenad vuestras legiones con ciudadanos leales. Despues de tantos años de tiranía, vosotros solos no habriais podido recobrar la libertad, pero en breve la podréis defender por vosotros mismos.» Para conseguirlo, les dejó veinte mil hombres al mando de Berhtier, para asegurar su libertad y la influencia francesa en la península.

El tratado de Campo-Formio, apesar de las palabras de Bo-

naparte, no podía ser mas que una tregua en la península. No habia destruido la dominacion estrangera, ni constituido la independencia italiana, ni garantido la libertad de los pueblos. Ponia en contacto en todos los puntos del territorio la independencia nacional con la dominacion estrangera, la república con la monarquia, la Francia con Austria. La revolucion se agitaba y amenazaba en el interior á todos los paises que no la poseia aun. Los soberanos todavía desde su trono miraban con cólera las nuevas repúblicas y vigilaban inquietos á sus propios pueblos.

El rey Carlos Manuel II, apoyado por la misma Francia contra la veleidad republicana de sus súbditos, tuvo que contener muchos movimientos en Cariñano, Novara y Mondovi. En Nápoles María Carolina despues de haber abusado del rigor, tuvo que recurrir á la clemencia: deshizo la junta de inquisicion y de este modo obtuvo algun descanso. En Roma fué donde se vió la imposibilidad de la paz de Campo-Formio. El gobierno romano habia llegado al último grado de debilidad é impotencia: obligado á hacer frente á las exigencias de Francia con una hacienda ya perdida, se suicidaba culpando él mismo á los curas, vendiendo los bienes de manos muertas, y echando mano hasta de los ornamentos de la iglesia. ¿Cómo despues de esto sujetar á los jansenistas, á los filósofos, á los innovadores cada dia mas numerosos y sostenidos por Francia, descontenta de las dificultades que el Papa oponia á la disposicion en que se hallaban los asuntos eclesiásticos de la república? En un motin, los sublevados perseguidos por los soldados del Papa se refugiaron en el palacio del embajador francés; el general Duphot quiso amparar con su presencia á los insurrectos, y fué muerto.

Dichoso por haber encontrado ocasion de destruir un poder cuya tenacidad sostenia constantemente, la agitacion eclesiástica en Francia; el Directorio pidió una reparacion en nombre

del derecho de gentes que habia sido ultrajado. A la cabeza de una division de legiones cisalpinas y de poloneses de Dombrowski alistados al servicio de Milan, Berthier apareció en seguida sobre el Monte-Mario, hizo capitular el castillo de Santo-Angelo, y entró en la villa: á la mañana siguiente, 15 de febrero, el pueblo reunido sobre el Forum, declaró abolido el gobierno pontificio y proclamó la república romana. En vano protestó el Papa; fué conducido á Toscana: en vano los transtiverinos, irritados por algunos excesos de las tropas francesas, y los montañeses de los Apeninos, se sublevaron; fueron contenidos inmediatamente; comisarios franceses promulgaron para Roma, Ancona y demás territorios romanos una constitucion completamente francesa con los nombres de los cónsules, senado y tribunos, todos romanos: y la península contó con un nuevo gobierno revolucionario.

Esta era una violacion del tratado de Campó-Formio. El emperador de Alemania y el rey de Nápoles volvieron á tomar las armas. La ocasion parecia favorable. Cárlos Manuel, inquieto por los ligurianos y cisalpinos que sostenian las revueltas de sus estados, estaba ya cansado de su nueva situacion. Aun en la misma península republicana se empezaba á sentir la preponderancia francesa tanto como la libertad. Habiendo el gobierno cisalpino rehusado un tratado propuesto por el Directorio, con arreglo al cual debia recibir en sus plazas veinte y cinco mil franceses y pagar diez millones, Berthier habia espulsado á los recalcitrantes é impuesto á todos el tratado. Las exacciones, los espolios cometidos tambien por los libertadores, que no podian desde luego ser completamente desinteresados, parecian pesados. Por último, la introduccion tan brusca de una libertad nueva, el establecimiento de instituciones tan completamente exóticas y tan mal injertas en las costumbres y tradiciones nacionales, causaban mas de un quebranto y descontento.

El rey de Nápoles el primero, ordenó de repente una leva de cuarenta mil hombres, se aseguró con el refuerzo de la Inglaterra, y en noviembre entró por territorio romano con cincuenta mil hombres mandados por el general austríaco Mack. Las tropas francesas, mandadas por Championet, estaban dispersas; el rey de Nápoles hizo su entrada en Roma el 29, y destruyó el gobierno republicano. Su triunfo fué de poca duración. El Directorio obligado á guardar las posiciones ganadas y viendo formarse ya una nueva coalicion, pidió á Carlos Manuel el auxilio de sus piemonteses, y en vista de sus dudas ordenó á Foubert, jefe del ejército de Italia, que entrase en el Piamonte. Parte de sus villas oprimidas por el rey abrió sus puertas: los soldados piemonteses pasaron á las filas francesas. Carlos Manuel por intimacion de Foubert no pudo hacer otra cosa que abdicar sus derechos sobre el Piamonte y refugiarse en Cerdeña. La caida del último gobierno monárquico del norte pagó el ataque del rey de Nápoles contra la república romana.

Nó fué esto todo. Seguro de no ser inquietado en los sitios que dejaba atrás, Championet reunió su ejército y cayó sobre el rey de Nápoles. El ejército de éste, formado con precipitacion, estaba indisciplinado. Entre los oficiales, unos aficionados á la córte, no tenían condiciones militares: otros que tenían alguna instruccion estaban imbuidos de las mismas ideas francesas que iban á combatir. Fernando incapaz de resistir á Championet, abandonó á Roma, que fué recobrada, pasó las fronteras de su reino y entró en su capital. Acometido por la murmuracion de la nobleza y del pueblo, que veia caer en poder del enemigo las fortalezas de Pescara y de Gaeta, abandonó vergonzosamente la partida embarcándose en la flota inglesa, él, su familia y tesoros, encargando la defensa á Pignatelli, á quien nombró virey, y al austríaco Mack. El primero pidió una tregua que obtuvo por dos millones; el segun-

do, cuyos soldados desertaban en masa, cuyos oficiales estaban de acuerdo con los republicanos, concluyó un armisticio, y huyó en seguida de su ejército pasándose al campo francés. Solo los lazaroni á quienes Fernando y el virey habian dejado tomar las armas, quisieron defenderse y empezaron, por cierto de un modo singular, saqueando muchas casas y asesinando algunos patriotas. Los republicanos ayudados del pueblo asombrado, llamaron á los franceses y se apoderaron del fuerte de San Elmo. Despues de un combate de tres dias sostenido por los franceses y los republicanos con los lazaroni, Championet no pudo hacerles dejar las armas, sino ofreciéndoles respetar á S. Javier. Al dia siguiente 22 de febrero entró en la villa, fue recibido con alegría por los mismos lazaroni cuando asistió al milagro del patron de Nápoles, y estableció un gobierno provisional que proclamó el 23 de enero de 1799 la república *partenopiana*.

De los antiguos soberanos de la península, no quedaba mas que el gran duque de Toscana, Fernando. La denuncia hecha á la Francia de una nueva coalicion, fué la señal de su caida. En esta nueva lucha de la libertad contra el despotismo, era preciso que la Italia estuviese enteramente de acuerdo con la Francia. No se podia contar con seguridad con el gran duque de Toscana, siempre neutral desde el comienzo de la guerra. El 25 de marzo, Berthier entró por su territorio, le indicó que abandonara el pais, entró en Florencia, y alli como en todas partes instaló un gobierno provisional con tendencias republicanas. Desde los Alpes y el Adige hasta el golfo de Tarento, las tropas francesas y las instituciones republicanas cubrian la península: hasta la república de Luca tuvo entonces su pequeña revolucion, dando á su gobierno aristocrático una forma republicana completamente francesa. El directorio creyó haber llenado su objeto.

Rápida destrucción de las repúblicas italianas por los antiguos soberanos: reacciones sangrientas (1799).

Apesar de ello, la Italia no estaba con la Francia en un todo conforme, en vísperas de una tan solemne lucha. No llevaba mas que los tres colores. La revolucion no habia pasado de la superficie. La aristocrácia y los paisanos protestaban contra el nuevo estado de cosas y volvian su vista hácia sus antiguos soberanos; las nuevas instituciones solo se sostenian con el apoyo ya sospechoso y temido del extranjero á quien desde luego se habia acojido.

El gobierno provisional de la república partenopiana bajo Championet, habia tomado de antemano acertadas disposiciones. La abolicion de los fideicomisos, de los bienes comunales de la jurisdiccion baronial, pechos, diezmos etc., habia merecido la aprobacion del pueblo en general, aunque no la de la nobleza ni la de los campesinos: pero una declaracion de sitio, el alejamiento del antiguo ejército y de los hombres de armas, de los barones, produjo en breve muchos descontentos entre el pueblo y milicias. Championet se vió obligado á ordenar un desarme general en el pais conquistado. La discordia entre los vencedores, la vuelta del Comisario Fraypoult, por órden de Championet, la destitucion de éste y su reemplazo por Macdonald, las exacciones de los soldados franceses dificilmente reprimidas, acabaron de despopularizar la nueva república y fomentaron resistencias que no habian osado declararse desde luego. Las exortaciones del cardinal Ruffo en las Calabrias fueron suficientes á agrupar en torno suyo su célebre ejército de la *Santa Fé*. Los bandidos, en la tierra de Lawur y en los Abruzzos, entre otros, el famoso Fra-Diablo, reunieron su gente con los paisanos, y levantaron

todo el campo en contra de los franceses y de los republicanos.

En Roma, despues de la marcha de las tropas de Fernando, se habia llegado á establecer un gobierno republicano regular ; pero los romanos encargados de él se mostraban poco duchos en los asuntos políticos, y el pueblo no tenia el suficiente respeto á una ley que le parecia falta de fé. Dos motines estallaban en Civita-Vechia y en Subiaco y los brigantes se organizaban en los Apeninos.

De este modo en el medio dia de Italia , el conjunto de la nacion, confundia en un mismo ódio , las instituciones republicas y el dominio extranjero.

En el norte se hacia distincion , de un modo poco favorable á la union , mas que nunca necesaria entonces , de Francia é Italia.

La república francesa habia pesado de un modo duro sobre su hija primogénita , la república cisalpina. Los embajadores franceses que alli se habian sucedido , Trouvé , Touché y Joubert , haciéndose dueños donde no debian ser mas que protectores , habian cambiado tres veces la forma del gobierno republicano y no podian reprimir los excesos de los agentes comisarios ó asentistas que enriqueciéndose á espensas de franceses é italianos , hacian odiosos los protectores á los protegidos. Tambien , en oposicion de los enemigos de la libertad que echaban de menos el yugo austríaco y de los mismos partidarios de la Francia , se habia formado un nuevo partido denominado *italiano*. Sus gefes eran Pino , Lahoz , Teullie , y Birague : sus soldados se alistaban en la *Sociedad de los rayos*. Su fin era quedar libre del Austria sin depender de los franceses y asegurar la independendencia de Italia por medio de la union de las clases , bajo la proteccion de un patriciado republicano y por la cooperacion de todos los estados de la península reunida contra todo lo que fuera extranjero. Idea patriótica sin duda que sinceraba lo pasado y que podia ser fecunda

para lo porvenir, pero que las circunstancias presentes hacían completamente inoportuna.

Los aliados tuvieron buena ocasión en medio de tantas divisiones y con la ausencia de Bonaparte á la sazón en Egipto. En 1799, el austríaco Kray y el ruso Souvarov no tuvieron mas que aparecer sobre los Alpes, los ingleses en Sicilia, y los rusos y turcos en el reino de Nápoles. Scherer, gefe del ejército de Italia, batido por Kray en Magnano sobre el Adige (5 de abril) abandonó el Mincio y el Oglio y se refugió detras de Adda. Moreau que le sucedió perdió á su vez, contra Souvarov, la batalla del puente de Casano (27 de abril) evacuó á Milan con todas las autoridades cisalpinas, pasó el Pó y tomó posesion entre Valenza y Alejandría. Al medio dia, Macdonald, despues de haber perdido á Crotona y Altamura, temió encontrarse cogido entre dos ejércitos, se batió en retirada delante de los sanfeistas, los ingleses y los rusos y juntando las tropas francesas de la Toscana y de los estados romanos para volver á ganar los Alpes, dejó solo algunos regimientos en Nápoles, Florencia, Liorna y Roma.

Despues de su marcha no se sostuvieron por largo tiempo los gobiernos revolucionarios de Italia. Los republicanos de Nápoles reducidos en breve á la capital, la abandonaron por los fuertes cuando se sublevaron los lazaroni á la primera aparicion del cardenal Eufo y de los sanfeistas. Decididos á defenderse hasta el último extremo en el castillo de San Elmo, el castillo Nuevo, y el del Veuf, no cedieron sino á la promesa de una capitulacion honrosa, que fué inmediatamente violada por un decreto de Fernando y el apoyo del embajador inglés Hamilton: triste preludio de la restauracion de los Borbones napolitanos. En Toscana el gobierno provisional establecido por los franceses, cayó por si mismo. Despues de la rendicion de Sienna y Liorna, la autoridad del gran duque Fernando quedó restablecida en Florencia el 16 de junio.

En la república cisalpina había aun una fuerza nacional capaz de influir en los acontecimientos. Lahoz en vez de obrar de acuerdo con la Francia, dejó sin llevarle socorros, á Macdonald reunirse solo á Moreau en los Alpes cisalpinos á precio del fiero combate de la Trebia (17 de junio): se echó por las vías del centro para reunir allí con los bandos un ejército italiano enteramente independiente, que libertaria sucesivamente á la península de franceses y austríacos: proyecto del todo desastroso. En Novi (15 de agosto) Souvarov rechazó enteramente á Moreau y al ejército francés en la ribera de Génova: la Italia fué entregada á sus nuevos vencedores y castigada por sus dudas y falsos cálculos.

En el centro, las villas de Roma y de Ancona, defendidas por Garnier y Monnier, habían resistido aun á los ataques de los austríacos, de los sanfeistas de Ruffo y de los bandidos de Fra-Diablo: oprimidos por todas partes, hasta por Lahoz, y sin esperanza de socorro, Garnier capituló el 30 de setiembre, Monnier el 13 de noviembre. Los napolitanos ocuparon á Roma, los austríacos á Ancona. La reacción se hizo dueña de Italia, de uno á otro extremo. Se portó con increíble furor. En Milan los austríacos mandaron una multitud de prisioneros á arrastrar los barcos á las bocas de Cattaro. En Nápoles, el delirio y la sed de venganza pareció tomar camino de despoblar el reino; después de haber dejado á los sanfeistas dar á espensas de los jacobinos espectáculos dignos de caníbales en las plazas de Nápoles, se procedió con regularidad: en pocos días ciento diez personas de las más notables fueron decapitadas, y treinta mil encerradas en calabozos.

En Roma también los encarcelamientos fueron grandes y los excesos del populacho, muchos. Mientras que el cónclave reunido en Venecia declaraba por sucesor de Pio VI, muerto en el mes de agosto de 1799, á Pio VII (Chiaramonti), el gobierno napolitano se organizaba provisionalmente en Roma.

El mismo emperador no ocultaba su idea de quedar hecho dueño, como por derecho de conquista, del Piamonte y de las legaciones romanas: ni el rey de Cerdeña habia sido llamado de su isla, ni Pio VII habia sido invitado á tomar posesion del estado eclesiástico. El emperador de Alemania, y los dos Fernandos de Nápoles y de Toscana como sus vasallos, se disponian á hacer por fin completa la esclavitud de la península.

Marengo; tratado de Luneville; restauracion de Pio VII y Fernando: restablecimiento de las repúblicas cisalpina y liguriana (1800-1802).

El vencedor de Arcola y de Rívoli, dueño de la Francia en el 18 Brumario, en paz ya con el emperador de Rusia, salvó á la península de esta caída tanto mas afrentosa cuanto que era continuacion de las mas bellas esperanzas.

En el mes de mayo, Melas se disponia á pasar el Var para invadir la Provenza: no quedaba ninguna esperanza á Masséna bloqueado con las últimas fuerzas francesas en Génova: inmediatamente, Bonaparte bajó el gran S. Bernardo, pasó con su artillería y bagages bajo el fuego del fuerte de Bard, y ocupó parte del Piamonte. Masséna, despues de una larga y heróica resistencia, habia entregado la villa de Génova á los austríacos, el 4 de junio. Pero despues de dos dias, el primer cónsul estaba en Milan y proclamaba alli de nuevo la república en medio de una alegria que rayaba en delirio. Melás condujo á toda prisa sus tropas hácia el Pó esperando todavía sacar partido de su audacia. Pero Bonaparte volvió á tomar el mando de su ejército, y en los llanos de Marengo, el 10 de junio, acabó lo que el paso del S. Bernardo habia empezado tambien. Los franceses volvieron á entrar en Génova; el emperador Francisco, aterrado de espanto, solicitó un armisticio para tratar la paz: y la Francia volvió de nuevo á ser árbitra de los destinos de Italia.

La Francia de 1800 no era ya la de los años anteriores. El primer cónsul Bonaparte no llegaba á Italia con las mismas ideas y proyectos de la convencion y del directorio. El no pensaba en volver la independendia á toda la península, ni por consiguiente en resucitar las efímeras repúblicas de Roma y Nápoles. Sobre este punto, solo hablaba de restablecer las condiciones del tratado de Campo-Formio. En los mismos países donde él sostenia la revolucion, se ocupaba mas bien en reprimir que en exaltar las esperanzas democráticas.

El Papa Pio VII al volver á entrar en Roma el 3 de julio, recibió desde luego los ofrecimientos de su amistad por parte del vencedor de Marengo. Al reorganizar las repúblicas liguriana y cisalpina, teniendo especial cuidado de asegurar la influencia francesa y las indisputables conquistas de la revolucion, Bonaparte mandó respetar las creencias religiosas del pueblo italiano, y se esforzó mas bien en atraerse las altas clases favorables al Austria, que en lisongear las pasiones populares que habian acogido desde luego á la Francia. En el gobierno del Piamonte, Jourdan siguió con arreglo á su órden, igual conducta. En resúmen, Bonaparte indicaba seguir el camino de verificar una transicion de principios en la península y reconciliar por medio de recíprocas concesiones el antiguo régimen y el nuevo.

El Austria apesar de Marengo, se resignó menos á esta revolucion tranquila que le dejaba quizás tambien menos esperanza. Denunció el armisticio en noviembre de 1800 y reforzó su ejército sobre el Mincio y el Adige: Toscana y Nápoles se revolviéron todavia á espaldas de los franceses.

No obstante la ausencia de Bonaparte, el general francés Brune, se apoderó, apesar de los austríacos, de la línea del Mincio y del Adige. Macdonald descendió por detrás de ellos, por Splugen, y les cortó la retirada. En esta ocasion los republicanos de la Cisalpina, de la Liguria y los desterrados en Ná-

poles, prestaron ayuda con mano fuerte á la Francia en contra de la Toscana y de Maria Carolina. Sommariva, gobernador de Toscana, nombrado por el gran duque, habia armado los paisanos: seis mil franceses ó cisalpinos entraron en Toscana, ocuparon á Florencia, Sienna, Arezzo, que fué la única que opuso resistencia, y bastaron á tranquilizar el pais. En vano la reina de Nápoles envió á Roger Dumas á la cabeza de seis mil napolitanos para socorrer á Sommariva; el general francés Mollis, ayudado de Pino, general de los cisalpinos, batió cerca de Sienna á Roger Dumas, que se retiró á los estados de la iglesia, y Murat llamado por el mismo Pio VII, les hizo á todos entrar en el reino de Nápoles.

Estos sucesos trajeron los tratados de Luneville, Madrid y Florencia, que arreglaron en 1801 la suerte de la península. El Papa fué reintegrado de los estados de la iglesia. Solo debió recibir guarnicion francesa en Ancona. Las repúblicas cisalpina y liguriana fueron reconocidas como por el tratado de Campo-Formio. El rey de Nápoles cerró sus puertas á los ingleses, cedió á la Francia los presidios, y Piombino recibió guarnicion en Otrante y Brindes, y publicó una amnistia en sus estados para toda clase de delitos políticos. El duque de Parma y Plasencia renunció su ducado en favor de la Francia, pero su hijo recibió en compensacion la Toscana, erigida en reino de Etruria, tambien con guarnicion francesa en Liorna.

Pero no estaba en todo esto ni la libertad ni la independencia que algunos italianos habian soñado para su patria. Tres gobiernos monárquicos se habían vuelto á alzar en la península. La Italia sin embargo, podia creerse dichosa. El nuevo reino de Etruria se habia al menos erijido en favor de un príncipe italiano. Se habia puesto en el reino de Nápoles freno á las venganzas del rey. El Papa que volvia á entrar en Roma parecia animado de las mejores ideas. «Sed buenos cristianos y sereis escelentes demócratas,» decia para acomodar la religion

al espíritu de su época; comenzaba su reinado publicando una amnistía, tomaba por secretario de estado al cardenal Comalvi, reformaba la corte de Roma, y se esforzaba en restablecer la hacienda, el comercio y la industria. Por fin el Austria se resignaba á no poseer mas que Venecia, y dos repúblicas tomaban sitio entre los estados europeos, de las cuales la una sobre todo era un estado respetable, siendo constituida por la mayor parte del norte de la península, contando con cinco millones de habitantes, ochenta millones de renta y cuarenta mil soldados.

La península pagaba todas estas ventajas cayendo en una especie de dependencia de la Francia. En efecto, guarniciones francesas ocupaban los puntos importantes de la costa, Otrante, Tarento, Brindes, Ancona y Liorna. El general francés Murat instalaba como á un vasallo al jóven Luis de Parma en el reino de Etruria, haciéndose realmente el dueño, cuando muerto Luis, su hijo menor Cárlos Luis le sucedió en el ducado bajo la tutela de su madre Bonaparte; sin haber adjudicado á Francia todavia el Piamonte, Parma y Plasencia, las gobernaba en realidad. El Piamonte considerado como distrito militar, subdividido en seis departamentos sometidos á leyes francesas, estaba confiado á la administracion de Jourdan, despues de La Menou. Parma y Plasencia estaban de igual modo confiadas á Moreau de Saint-Méry. Los sucesos recientes habian probado, en efecto, que la Italia nada podia por sí misma, y el reconocimiento de las clases ilustradas para con los franceses, su entusiasta admiracion para con el vencedor de Marengo, les hacian fácil y agradable el deber de la sumision.

En 1802, la república cisalpiana, el mas libre y poderoso de los estados italianos, lo mostró suficientemente. Los cisalpinos entonces buscaban un medio de consolidar su gobierno. Bonaparte les persuadió de que debian mandar á la villa de Lion, á la mitad del camino de Paris á Milan, una asamblea

de cuatrocientos notables; y su nueva constitucion nació sobre tierra francesa bajo la inspiracion de los hombres de Estado del cónsul, en medio de tropas y revistas brillantes y en presencia del libertador y del vencedor. Imágen fiel de la que Bonaparte mismo habia dado á la Francia. Un presidente y un vicepresidente, un consejo de estado investido del poder ejecutivo, un cuerpo legislativo compuesto de ciento cincuenta miembros, un tribunal de censura encargado de vigilar y sostener la constitucion, formaron los principales resortes del gobierno: tres colegios electorales congregándose por sí, uno de grandes propietarios, uno de letrados y sacerdotes, y otro de negociantes constituyeron los órganos de la soberanía pública. Por último, se propuso en defecto de un italiano, la presidencia de la república ya constituida de este modo, á Bonaparte «bastante acreditado, bastante grande por sus servicios y bastante ageno al espíritu de localidad.» Bonaparte aceptó, y nombró á Melzi vice-presidente.

A imitacion de los cisalpinos, la república liguriana y la de Luca pudieron rehacer su constitucion en el mismo sentido que el nuevo gobierno francés. El comisario francés Salicetti, que al principio de la revolucion habia organizado democráticamente todos los estados italianos que se habian entregado, presidió con la misma facilidad en estas mudanzas aristocráticas y monárquicas. Tres colegios electorales, un senado dividido en cinco magistraturas, un dux y un consejo, acercaron la constitucion liguriana á la cisalpina. Se dejó á Bonaparte la eleccion del primer dux. Designó á Jerónimo Durazzo, hizo volver á levantar la estatua de Andres Doria antiguo legislador de Génova, y aceptó para sí una en Sarzano, como para unir los tiempos antiguos y modernos. En Luca un colegio de doce *anziani* y un *gonfalonier* cubrieron tambien con nombres antiguos, las cosas nuevas.

Bonaparte podia tener atrevimiento, marchando así la pe-

ínsula á su encuentro. A fines de 1802, decretó la reunion definitiva de los seis departamentos del Piamonte con el territorio francés, y Victor Manuel, sucesor de Cárlos Manuel, por la abdicacion de éste, tuvo que resignarse en la isla de Cerdeña: Italia vió su frontera occidental en poder de la Francia, como estaba ya la oriental en poder de Austria; y allí donde parecia mas libre, solo era una protegida de la Francia.

Esta dependencia estuvo bien lejos de quedar sin compensacion. Con la influencia ó dominacion francesa se introdujeron con la mesura y discrecion, que caracterizaban el poder de Bonaparte, esos principios de libertad é igualdad civil, verdaderas y legítimas conquistas de la revolucion de Francia. Bajo la mas racional y regular administracion, que desde largo tiempo habia gozado la península, se desarrolló una prosperidad, cuyo secreto se habia ya perdido. Melzi á Milan, aunque sin ostentacion, le convirtió en estado de príncipe, y reanimó el lujo; el ministro de hacienda, Prina, mejoró las rentas públicas, hasta el punto de que, á pesar del tributo anual que era necesario satisfacer á la Francia, las cajas estaban llenas, y los pagos se hacian con facilidad. Se organizó un ejército enteramente italiano, cuyas legiones debian marchar al lado de las brigadas francesas.

Monumentos bellísimos fueron otros tantos signos esteriores, que dieron á conocer este renacimiento. En el antiguo sitio que ocuparon los muros del castillo de Milan, se levantó el *Forum Bonaparte*: se trabajó en la catedral del mismo Milan con tal rapidez, que se hizo mas en algunos años, que despues de muchos siglos se habia conseguido: y esta obra maestra, á la que todos los tiempos y estilos prestaron armonía, quedó por fin terminada. Los estudios y la instruccion pública hicieron rápidos progresos, especialmente en la práctica. La universidad de Pavía fué abierta de nuevo y dotada, así como tambien las academias y colegios del Piamonte. Una época desde

luego bastante turbulenta y bastante mudable, oprimida bajo la mano algo ruda de un gobierno militar, no era la mas á propósito para trabajos comerciales, ni para desarrollar el genio de la poesía. La filosofía de Condillac fué casi la única que tuvo adeptos. En poesía, mientras que Fautoni y Alfieri acababan, en medio de su delirio, el uno himnos revolucionarios, y el otro imprecaciones contra la Francia, Vicente Monti, abate y miembro de la Academia de los Arcades, retrató la movilidad de los sucesos y de las impresiones de la Italia. Después de haber cantado el *triunfo de Bruto* en 1797, y la *vuelta de Astrea* en 1798, festejó con igual pompa al Alejandro y al Carlo Magno moderno. Pero como si la Italia debiera en cada época dar á luz un hombre extraordinario, entonces fué cuando el gran Canora resucitó las maravillas de la antigua estatuaria.

Reino de Italia; Nápoles, Toscana, Luca, Guastalla, entregadas á los parientes del emperador; Italia napoleónica (1802 á 1808).

La fecunda protección de la Francia reclamaba, sin embargo, ser ejercida con cierta discreción. Se habia cobrado ya, causando graves y dolorosas pérdidas á la península, y teniéndola en una bastante estrecha dependencia. Si los italianos mas razonables pensaban que su país, no estando aun en disposición de regenerarse y defenderse solo, debia hacer sin esfuerzo esta clase de sacrificios, habia otros que protestaban en nombre de la unidad y la independencia. Bonaparte les persiguió, como revoltosos insensatos y como amigos del desorden. En Rimini, en Brescia y en Boloña hubo ya en 1803, algunos motines efectuados en favor de la libertad, contra la preponderancia francesa: fueron castigados con el mayor rigor. Estos eran, allí por lo menos, síntomas, de los que convenia tener cuidado.

El nuevo emperador de los franceses, Napoleon, consagrado en París por el Papa Pio VII, no tuvo ninguno. El vicepresidente de la república cisalpina, Melzi, y sus principales magistrados, Marescalchi, Paradisi, Salimbeni, etc., le ofrecieron la corona de los antiguos reyes lombardos. El la aceptó, no habiendo sido el que menos contribuyó á obligar le hicieran aquel ofrecimiento. Se convino solamente que las dos coronas serian distintas, que Napoleon solo las reuniria sobre su cabeza, y que el reino pasaria en seguida á un hijo varon, ó á un hijo adoptivo del emperador, bien fuera francés ó italiano. El 16 de mayo de 1805, en medio de las mas brillantes fiestas, Napoleon tomó por sí mismo sobre el altar de Milan su nueva corona. Los italianos oyeron con asombro repetir la antigua divisa: « *Dios me la ha dado, ¡ay de quien la toque!* » y algunos dias despues, el nuevo rey verificó en persona la apertura del cuerpo legislativo, y nombró virey á su hijo adoptivo, Eugenio Beauharnais.

Todo esto hasta entonces no era todavia mas que un cambio político, mal visto solamente de algunos republicanos bien escasos en número. Esta dependencia del reino de Italia no era mas que temporal. Un porvenir de libertad y de apojeo podia asegurarse con el nuevo reinado. Pero no fué esto todo. En el mismo Milan, el dux de Génova y los principales magistrados de la república liguriana fueron á pedir á Napoleon « que reuniera al imperio aquella Liguria, primer teatro de sus victorias. » El emperador fué á Génova (junio); allí fué recibido con fiestas que asemejaron una tercera coronacion, y formó de la república tres departamentos y la vigésima octava division militar. El mismo por último de *motu proprio* reunió por un decreto de 21 de julio á Parma y Placencia con la vigésima octava division militar, y erigió el principado de Piombino, reunido á la república de Luca, en un ducado en favor de Pascal Bacciochi, casado con una de sus hermanas.

« Desde que por primera vez aparecí por aquellas comarcas, dijo Napoleon en sus memorias, tuve siempre la idea de hacer libre é independiente á la nacion italiana. Las reuniones al imperio de varias partes de la península solo eran temporales: no tenian mas objeto que romper las vallas que dividían los pueblos y acelerár su educacion para efectuar en seguida su fusion: yo habria vuelto la independencia y la unidad á casi toda la Italia. » Si tal era la intencion futura de Napoleon en favor de un pais que queria y cuya lengua hablaba, sus actos presentes podian dar márgen á funestas interpretaciones. En vista de estas reuniones de territorio, algunas imaginaciones empezaban á distinguir la causa de la libertad y de la independencia de Italia, de la prosperidad de Francia.

Cuando en 1805 se formó la tercera coalicion de las potencias europeas contra Napoleon, el Austria intentó aprovecharse de las faltas de la Francia. Presentando tropas en los estados venecianos, no dejó tampoco de mandar al resto de la península emisarios que ofrecieron en su nombre la libertad. Se corrió la voz de que la independencia de Italia era la base de las negociaciones entre Rusia y Austria: que estas potencias querian formar del Piamonte, de Génova, del Milanesado y de Venecia, un reino cisalpino en favor de la casa de Saboya, á la sazón espulsada de la península. Pero el influjo fascinador que Napoleon ejercia sobre los italianos, que desde luego creian que la suerte de Francia y la de Italia estaban estrechamente ligadas, era todavia muy grande. El rey de Nápoles Fernando, acogiendo en el mediodia de Italia, apesar de su tratado de neutralidad, á los ingleses y rusos, acabó de convencerlos. La promesa de libertad, presentada de este modo, no tentó á nadie. La traicion del rey de Nápoles y el ataque del Austria consiguieron solo acabar de entregar la Italia á la Francia y á Napoleon.

Los italianos mismos contribuyeron eficazmente á este resultado, mientras Napoleon penetró en el corazon del Austria y ganó la batalla de Austerlitz (1805). Massena juntó á sus cincuenta mil franceses, diez y seis mil italianos para derribar al archiduque Juan en Caldiero y echarle sobre el Tagliamento. Gouvion-Saint-Cir con una legion italiana marchó á espaldas de Massena á bloquear la Villa de Venecia. Eujenio á la cabeza de un ejército lombardo hizo frente á Fernando de Nápoles y á los Anglo-rusos. Napoleon é Italian se repartieron el fruto de la victoria, en el tratado de Presbourg. El Austria cedió el reino de Italia, Venecia con la Dalmacia y la Albania, y perdió la península con la corona del santo imperio. Una órden de Napoleon algunos dias despues, quitó á María-Carolina el reino de Nápoles para hacer con él un regalo á uno de sus parientes.

A principios de Enero de 1806, José Bonaparte, hermano del emperador, y Massena, á la cabeza de cincuenta mil hombres, se derijieron sobre el reino de Nápoles, precedidos de esta terrible proclama del emperador; « La dinastía de Nápoles ha concluido de reinar. » Los ingleses y los rusos se habian ya vuelto á embarcar. El rey, la reina, toda la córte huyó á Palermo, dejando una regencia provisional, con órden de defenderse solamente en algunas fortalezas de las provincias del Norte y concentrarse en la Calabria.—Nada detuvo al ejército invasor. José entró en Nápoles el 25 de febrero: Gaeta y Pescara, en los Abruzzos, fueron bloqueadas y rendidas inmediatamente; Saint-Cyr se dirigió hacia Tarento y Beymer á la Calabria, para perseguir á los últimos rebeldes. Por último, el 30 de Marzo, José Bonaparte fué proclamado rey de Nápoles y reconocido por los primeros personajes del reino, incluso el mismo Rufo, gefe de los sanfeistas.

Estos cambios eran muy ventajosos á la península. El reino de Italia abrazaba á la sazón una estension de veinte

y ocho mil leguas cuadradas , y contaba con cerca de siete millones de habitantes. Por Venecia y la Albania era dueño del mar Adriático y podía hacer respetar el pabellon italiano en todas sus costas. El reino de Nápoles por fin se hallaba sujeto al nuevo sistema politico de la Italia. Este pais de rutina despótica y feudal , empezó á gozar de un gobierno sino libre , á lo menos nacional y regular. Las jurisdicciones y los privilegios feudales fueron suprimidos , anulados los fideicomisos, y cerrados un gran número de conventos ; el código Napoleon se hizo ley del pais y reemplazó aquella legislacion múltiple é informe , resto de la barbarie. Igual uniformidad se estableció en la Hacienda en las diferentes escursiones que hizo Napoleon á Italia en 1807 y 1808. No se le puede negar que se ocupó con interés y actividad del bienestar general de la península. Aseguró los medios de comunicacion de los italianos con la otra parte de los montes con magníficos caminos que hizo abrir á través del Simplon, el monte Cénis, el monte Genevra y el desfiladero de Tenda. Se esforzó en despertar el espíritu guerrero estableciendo la conscripcion , en apresurar la fusion de los pueblos sometiéndoles á una misma administracion , á unas mismas leyes, al mismo sistema de hacienda , y reuniendo reclutas de diferentes provincias en un mismo batallon. Hizo volver la actividad á Génova, ya reorganizada por Lebrun , encargándole el mando de sus buques.

Napoleon hizo uso , sin embargo , tambien de su poder sin consideracion á la susceptibilidad de Italia. Los soberanos allí fueron todos de su devocion. Eugenio , tanto por deber como por inclinacion , era su primer servidor. El rey de Nápoles, José , habia tomado cariño á su nuevo reino y queria permanecer en él: pero Napoleon le necesitaba en España y le reemplazó en 1808 con Joaquin Murat. Dispuso en fin de la Italia como de conquista suya, y la distribuyó entre sus parientes , ó la tomó para sí segun que mejor le convino. Parma y Plasencia

fueron unidas definitivamente á la Francia, el principado de Luca se aumentó con Massa y Carrara : el principe Borghése quedó hecho gobernador del Piamonte y de Génova: Paulina su mujer, hermana del emperador, recibió el reconstituido ducado de Guastalla.

Por último se le quitó al jóven Cárlos Luis la Toscana para reunirla á Francia.

Cierto es que algunos beneficios trajeron estos cambios. De este modo en Toscana, una *junta de reorganizacion* introdujo las instituciones administrativas y judiciales de la Francia, llevó cabras de fino vellon á los alrededores de Sienna, desarrolló la industria y el comercio de la paja de Italia, de los alabastros, de los corales, de la seda, estableció un tribunal de comercio en Liorna, abrió ó recompuso los caminos de Arezzo á Rimini, de Florencia á Bolonia, de Sienna á Perusa, y dió fomento á las universidades de Pisa y de Florencia y á las academias del Cimientto, de la Crusca y de los Georgophilez. Pero Italia no era otra cosa, y ella lo conocia, que la humilde satélite de la Francia; sus soberanos, vasallos del emperador, su territorio todo una especie de patrimonio de la familia del vencedor. Tenia todavia que esperar libertad, antes que desear independendencia. Déspota para con los reyes sus vasallos, el emperador queria que estos lo fuesen á su vez para con sus súbditos, les hacia manejar los hombres y los impuestos á su antojo: no admitia resistencia alguna á su voluntad, ninguna garantía contra su poder, y hacia perseguir como perturbadores á todos los que pedian todavia instituciones liberales. El acto del hijo de la revolucion, hecho emperador, que mas estrañó á los italianos, fué la creacion, á favor de generales ó administradores franceses, de diez y ocho grandes feudos en los reinos de Nápoles, Italia y Estados de la Iglesia. Estos feudos no daban á sus titulares mas que renta á cargo del estado, y no importancia, ni poder político. Pero esto era

crear una nobleza nueva, extranjera, que halló medio de hacerse aceptar de la antigua, guardándole consideraciones y que anunciaba la restauración de la aristocracia después de la del principio monárquico.

En vista de estas usurpaciones por capricho, sin pretesto y sin disculpa, no es nada asombroso que el sentimiento italiano empezase á protestar en el momento mismo en que el poder de Napoleón y la preponderancia de la Francia llegaban á su apogeo en la península. En las Calabrias y en las gargantas de los Apeninos, los paisanos tanto por natural instinto como por ignorancia, habían sostenido perfectamente contra el rey francés que se les había dado, una guerra de partidarios, formidable y capitaneada por audaces bandidos pagados por los enemigos. Una oposición más temible se organizó en el seno de las villas y en el pueblo ilustrado desde esta época, en la *carbonería* oculta en las tinieblas de la francmasonería que resucitaba un espíritu político de libertad nacional. Joaquín Murat que solo conocía á los napolitanos por su lado bueno, vió ya á los *carbonari* unirse con los realistas y promover el movimiento en las Calabrias y los Abruzzos, después de cortas expediciones sin cesar reproducidas á estas dos provincias, él pudo juzgar el poder de esta doble oposición hecha en nombre del antiguo régimen y de la libertad momentáneamente conjuradas en contra suya. Pero no allí, sino contra la Santa Sede fué donde encalló en Italia la influencia y la popularidad de Napoleón y de la Francia.

Abolición del gobierno temporal de la Santa Sede: apogeo del poder imperial en Italia: el rey de Roma (1808-1812.)

El Papa era el único soberano libre y sustraído á la omnipotencia de Napoleón en la península. La libertad italiana no

tenia mas asilo que el Vaticano. Aunque Napoleon y Pio VII estuvieron de acuerdo en el concordato para restablecer el catolicismo en Francia, convenia mucho que su interpretacion fuera exacta y completa. Sin tener en cuenta las dificultades eclesiásticas nacidas del mismo concordato, todo en Italia era para los dos soberanos un motivo de conflicto, y ambos llevaban al extremo con algo de acrimonia, el uno su ambicion y el otro su resistencia. Pio VII no habia cesado de reclamar las legaciones de nuevo unidas á Italia: habia protestado contra la ocupacion de Ancona. No quiso obedecer mas la voluntad de Napoleon desde que le hubo consagrado emperador. Cuestionaba todavia á la sazón sus antiguos derechos feudales sobre el reino de Nápoles para no reconocer la nueva dinastía de Bonaparte: rehusaba cerrar sus puertos á los ingleses, enemigos eternos de la Francia. En vano Napoleon hizo valer su nuevo título. «Vuestra Santidad es soberano de Roma, le decia al Papa, pero yo soy el emperador.»—El soberano pontífice, respondió el Papa, jamás ha reconocido ni reconoce poder alguno que sea superior al suyo. Ningun emperador tiene el menor derecho sobre Roma, el emperador de Roma no existe.»

En este sentido el conflicto no era solo entre Pio VII y Napoleon, sino entre la Italia y una nueva dominacion imperial. La península tomó una parte activa en esta lucha del Papa y del emperador que ocultaba todavia una cuestion de independencia. El primer decreto que llevó á Roma en 1808, para ocuparla, un pequeño ejército, y que declaró unidas al reino de Italia las provincias de Ancona, Urbino y Camerino, produjo ya una profunda impresion. La conciencia católica de los italianos se conmovió vivamente al ver al Papa detenido como prisionero en el castillo de Santo-Angelo y á los cardenales trasportados y dispersados por sus diócesis. Pero hirió mas quizá su patriotismo el ver en la persona del Papa al último príncipe independiente de la península, maltratado y despo-

jado de sus soldados alistados en el ejército francés, y á sus magistrados y á sus mismos sacerdotes, obligados á prestar juramento de fidelidad.

Empeñado entonces en una lucha mas terrible que nunca contra la Europa, coaligada por cuarta vez en contra suya en 1809, Napoleon que queria acabar con el Austria, no tuvo en consideracion á la Santa Sede. El virey de Italia, atacado por el archiduque Fernando era rechazado sobre el Adige y recobraba con mucho trabajo las líneas de la Brenta y de la Piava. Al mediodia, navios ingleses desembarcaban en diferentes puntos de la costa de Nápoles doce mil sicilianos, y al mismo hijo de Fernando IV y de Carolina, para reunir las fuerzas de los realistas y carbonarios en contra de Murat. Pio VII terco y oprimido, parecia formar causa comun con los enemigos del emperador. Entre Essling y Wagram, Napoleon firmó (17 de mayo) un decreto que concluia la caida del pontífice. «Carlo-Magno, mi augusto predecesor, decia, al someter ciertos dominios á los obispos de Roma no lo hizo sino á título de feudos y sin que Roma dejase de formar parte de su imperio.» En su consecuencia reclamó del Papa la posesion de sus dominios y declaró á Roma villa libre é imperial. La bula de escomunion preparada por el Papa en respuesta de este decreto, contra los que atentasen á las posesiones é inmunidades eclesiásticas, no tuvo tiempo de aparecer. Por orden de Miollis que ocupaba á Roma, el Papa fué arrebatado del Quirinal, colocado en un coche cerrado y conducido atravesando Toscana y el Piamonte á Savona, donde fué tratado con consideracion y respeto, pero donde se le dejó sin poder y sin libertad.

El eco de la victoria de Wagram y la paz que se siguió lo apaciguaron desde luego todo. El 17 de febrero de 1810, pudo Napoleon por un decreto reunir al imperio el territorio romano y el de Spoleta y declarar á Roma segunda villa del imperio. La creacion de una merindad que fué confiada á Bras-

sini y de un senado en el que figuraron los príncipes Doria, Chigi, Aldobrandini, Barberini, etc. constituyeron en la villa una especie de gobierno municipal, bajo cuyo nombre se introdujo la administracion francesa. La obra de Napoleon en Italia, brilló con su última luz.

El hermoso reino de Italia encerraba á la sazón cerca de once millones de habitantes: contaba trece regimientos de infantería, seis de caballería y dos de artillería, compuestos todos de italianos; las plazas de Mantua, Venecia, Peschiera, Legnano y Palma Nova, contenian un inmenso material preparado por italianos: «He reparado, decia Napoleon, el mal que de antemano habia hecho á los venecianos en Campo-Formio y en Suneville: he purgado tambien el centro de Italia de los vicios de la administracion de los curas.» De un extremo á otro de la península reinaba una actividad, de la que hacia largo tiempo se habia perdido la costumbre. Por medio de la conscripcion, la Italia estaba armada desde los Alpes al golfo de Tarento. Murat mismo llegó á poner en pié de ejército en el reino de Nápoles treinta mil hombres lo menos. Venecia, declarada puerto franco, edificó, para defensa de su puerto ensanchado y de sus lagunas, los fuertes Malghera y Brondolo: á Génova, fortificada tambien, se le aumentó un arsenal de construccion, y sostuvo dos buques de sesenta y cuatro cañones, dos fragatas y cuatro corbetas.

No se pensaba solo en la guerra. Se levantó el arco del sim-
plon en Milan: el canal de Pavía reunió el lago de Como al Adriático. En Nápoles, al lado de las nuevas escuelas de ciencias y de artillería, se creó un jardin botánico. En Roma, Napoleon instituyó un fondo para alentar á los industriales y á los agricultores: realzó el colegio de la propaganda, sobre el que tenia miras esclusivamente particulares: tuvo cuidado allí, como en toda Italia, de conservar los monumentos preciosos de las artes, de los que desde luego habia dispuesto en

favor de la Francia. Italia debió á la intervencion de Cánova mas de una feliz institucion.

Recordando estos beneficios y otros todavía, se puede fácilmente creer, que Napoleón se habia propuesto, como dijo: « regenerar la gran patria italiana. » El nombre de rey de Roma era, él lo asegura, un preparativo que se encaminaba á sus designios. Aguardaba con impaciencia el momento de llevarle á Roma, coronarle rey de Italia, y proclamar la independencia de la hermosa península bajo la regencia del príncipe Eugenio. Se podia ver, sin embargo, tambien allí un nuevo paso del emperador en la realizacion de su sueño favorito, la restauracion del imperio de Carlo-Magno. Mientras que apenas se descubria lo porvenir, la dependencia presente se sentia. El nombre de rey de Roma dado á un niño, lisonjeaba poco á los italianos, y no borraba el del soberano Pontífice. Se olvidaban los beneficios, no se veia mas que la servidumbre.

La libertad en cuyo nombre habian ido á Italia los franceses, habia sido violada en lo que habia aun de mas sagrado para los italianos, el Papa, y ahora podia volverse en contra de los franceses aquella misma palabra que habia constituido toda su fuerza. Para separar á los cisalpinos de Eugenio, el archiduque Juan les habia prometido recientemente en su manifiesto, una verdadera independencia en lugar de aquella esclavitud disfrazada de que eran víctimas. Los cisalpinos no dieron oidos al Austria. Pero esta palabra fue recogida por los romanos que no podian acostumbrarse al yugo francés. Murat que habia prometido confirmar la carta prometida á sus súbditos por su predecesor José, continuaba gobernando despóticamente, y á su lado [el embajador inglés Lord Bentinck adoptaba el medio mas seguro de atacarle, alejando de Sicilia á Fernando y á Carolina, y obligando á su hijo Francisco á otorgar en 1812 á los sicilianos una constitucion liberal cal-

cada sobre la de Inglaterra. La literatura comenzaba á expresar esta incomodidad italiana para con la dominacion francesa. El fiero é independiente Ugo Foscolo, en sus *tumbas* y sus tragedias conquistaba todas las simpatías hácia el veleidoso cortesano Monti, y á su lado Hipólito Pendemonte exaltaba en su *Arminius* al defensor de la independencia nacional.

Reveses de Napoleon: discordias de los italianos, de Eujenio, y de Joaquin: tentativa de independencia frustrada; restauracion (1812—1815).

Italia no estando, como no estaba, unida toda y de corazon á Napoleon, no le sostuvo con energía y sin acordarse de lo pasado cuando llegó la hora de los reveses. En el año 1812 el príncipe Eujenio y Murat habian conducido las italianas legiones detrás de Napoleon á la triste campaña de Rusia: y el cuarto cuerpo del gran ejército habia con sus cadáveres cubierto los campos de batalla de la Moscowa y de Malojarslavetz. Cuando Eujenio y Joaquin, despues de la desastrosa derrota volvieron á Italia (1813) para juntar allí por orden del emperador las tropas que debian con las de la Francia recobrar en Alemania la gloria de Napoleon comprometida en Rusia, ó á lo menos defender su obra en este lado de los Alpes, hallaron la península bien cambiada. La Italia tenia que llorar un gran número de sus hijos, muertos lejos de ella por una causa que no era la suya. De veinte y siete mil hombres que habian salido de Italia, no habia vuelto Eujenio mas que trescientos treinta y tres.

Las quejas contra la dominacion y la administracion francesas se hicieron mas vivas y se manifestaron abiertamente. El bloqueo continental severamente observado en la península, imponia tormentos y privaciones que parecieron mas duras

que antes: el sentimiento de dignidad y de independencia nacional se despertaba ahora que la gloria francesa que le eclipsaba había recibido un golpe. Los antiguos republicanos del norte de Italia, los carbonarios en el mediodía, volvieron á levantar la cabeza: los partidarios del antiguo régimen, los nobles no aliados, los habitantes de las aldeas, empeñados en su instintiva oposicion á las innovaciones, recobraron valor. Lord-Bentinck, desde Sicilia donde se había colocado, se aprovechó de todo con habilidad, y emprendió el camino de exaltar sobre todos los sentimientos de independencia, como los mas apropósito para inclinar á los pueblos á tomar enérgicas determinaciones. En una lucha suprema en que tanta abnegacion se necesitaba quizás, los italianos empezaron á pensar en si mismos.

Desgraciadamente no pensaron allí todos del mismo modo. Estaban conformes generalmente acerca de este punto; que ellos querian aprovecharse de los desastres de la Francia para separarse de ella, y rechazar su dominacion para recobrar su independencia. Pero los unos creyeron que su vuelta al dominio de sus antiguos soberanos, de los que facilmente obtendrian constituciones, seria la mas segura y firme garantía para su dicha; los otros formaron el proyecto de desunirse de la Francia pero conservando los soberanos franceses que la guerra les había dado, salvándose con ellos: un tercer partido en fin que se titulaba de italianos puros, no queria oír hablar ni de austríacos, ni de franceses, ni de antiguos, ni de nuevos príncipes: formó el plan de salvar á Italia con sus fuerzas solo, instituyendo un gobierno enteramente nacional.

No había allí nada favorable para los italianos, sino haciendo causa comun con sus soberanos franceses. Pero Eujenio y el rey de Nápoles eran incapaces de entenderse. El primero que nunca había tenido confianza en los italianos empezó á desconfiar de ellos al ver sus disposiciones: se ciñó mas que

nunca á los costados del Emperador y en 1813, llevó sus fuerzas francesas é italianas sobre el Piava para imponer respeto á los austríacos que no pudo sin embargo evitar que entrasen en Venecia. Joaquin, que habia sufrido varias veces impaciente, el yugo del señor, abrió ya, en 1813, los oídos á las lisonjas de los carbonarios que creyeron por un instante poder contar con él. Bentinck se obligó á conservarle su fortuna para con las potencias aun en el naufragio mismo de la de Napoleón. Murat creyó todavía de su deber y conforme á su interés apoyar los últimos esfuerzos en 1813, y á fines de este año compartió los peligros de la campaña de Alemania y de la batalla de Leipsick.

Esta última derrota y la invasion del territorio francés en los primeros meses del año 1814, separaban enteramente la causa de Italia de la de Francia. Soberanos y pueblos debían entonces pensar en decidirse. Aun defendían la Francia salvándose, se pensó allí, pero sin resolucion y sobre todo sin acuerdo. El virey Eujenio, viendo la imposibilidad de salvar al emperador sacrificándose él mismo, rehusó abandonar la península con las legiones de Italia, como le ordenaba Napoleón, y anunció la resolucion de defender su reino y su pueblo contra los aliados: pero obró con falta de decision y sin vehemencia. Quedó enteramente francés en vez de haberse hecho italiano: disgustó á los dos generales Zucchi y Pino en lugar de procurar atraérselos y pareció temer escitar en los lombardos el sentimiento de la independendencia nacional. Murat que se separó mas pronto del emperador y trató á principios de 1814 con Austria é Inglaterra, tuvo tambien á distancia muchos generales: se hizo aun mas desconfiado de los napolitanos y de los carbonarios sobre todo que querian imponerle una constitucion, les hizo perseguir y cojer en las Calabrias como brigantes: los italianos relegados de este modo, conspiraron unos por los antiguos soberanos y otros por el

establecimiento de repúblicas guardadoras de la independencia.

Los dos reyes, por último, no estuvieron de acuerdo. Eugenio no podía perdonar á Murat el haber abandonado demasiado pronto al emperador: Murat pensaba llegar á ser rey de toda la Italia en vez de limitar sus deseos á conservar Nápoles. Querian cada uno de ellos salvarse á espensas del otro.

En el momento de obrar, estas divisiones lo paralizaron todo. Mientras que el virey Eugenio se concentró en Verona para defender el Adige contra el ejército austríaco conducido por Bellegarde; Murat lanzó un manifiesto en contra de él, procurando aun ganarle por la mano; ocupó en seguida á Roma, Ancona y Bolonia, y destruyó de este modo las operaciones todas de aquel que debiera haber apoyado. Los italianos en vez de ayudar á los dos reyes, hicieron lo posible para desanimarlos. Los antiguos bandos de los sanfeistas y algunos carbonarios que querian una constitucion á toda costa, ensayaron proclamar los Borbones en la Calabria. En el mismo ejército de Murat, quince generales de los que el mas ardiente era Guillermo Pepe, conspiraron para imponerle una constitucion. Se alzaba la bandera de la independencia nacional italiana en las legiones y se tramaban conspiraciones republicanas y austríacas en Milan. Eugenio intentó rehacer los ánimos y las voluntades por medio de un poco de enerjía, y algunos combates dichosos sobre el Mincio, Murat los convirtió en inútiles dando la mano á Bellegarde por Bolonia, y lo perdió todo. Bentinck con quien él habia contado, desembarcó con siete mil sicilianos é ingleses en Toscana y apesar de sus representaciones, declaró esta provincia sustraída á la administracion francesa, se apoderó de Génova, y ocupó asi, entre los dos reyes franceses, todos los puntos mas importantes de la península.

Eugenio y Murat, divididos entre los aliados hostiles ó trai-

dores y sus pueblos mal dispuestos, no podían hacer nada. Se vieron reducidos á esperar todo de la generosidad de los aliados sin haber hecho nada para imponerles respeto. El 16 de Abril, el virey, en Mantua, firmó un armisticio por el que volvió á mandar al otro lado de los Alpes las tropas francesas y declaró confiar su suerte á la consideracion de las potencias. Poco tiempo despues, Joaquin renunciando á sus vastos proyectos, volvió sus tropas hacia el reino de Napoles. La ceguera de los italianos fué igual á la de sus soberanos: ellos esperaban obtener de los aliados la libertad ó por lo menos las constituciones. Génova pedia á Lord Bentinck el restablecimiento de la antigua república. La pequeña villa de Luca resucitaba ya su vieja independencia. En Milan el senado envió una diputacion á las potencias aliadas para pedir la libertad, y espresar algunos votos tímidos en favor de Eujenio.

Una insurreccion fomentada bajo de cuerda en Milan por los partidarios del Austria y guiada por engañados patriotas, á los gritos de «Abajo los franceses! ; Una constitucion! dió á los italianos ocasion de conocer la verdadera disposicion en que se encontraban los aliados. La constitucion napoleoniana habia sido disuelta, algunos agentes del gobierno asesinados, entre otros el ministro de Hacienda, Prina; y un gobierno provisional que se habia constituido iba á proclamar la independencia italiana. El general austriaco Bellegarde, consintiendo el mismo Eujenio que lo miraba todo concluido para él, puso el pié en el territorio milanés y entró sin resistencia en la capital del reino de Italia bajo pretesto de sostener allí el órden: dos meses despues, el 12 de Junio, el tratado de París dió la Italia hasta el Po y el Tessino á la monarquía austriaca.

Este fué el principio de la restauracion. A partir desde este momento, cada dia volvió á la península por la voluntad de sus aliados uno de sus antiguos soberanos. El 24 de Mayo,

Pio VII, libre ya hacia algun tiempo, hizo su entrada en su capital y allí recibió la promesa de que se le restituirian sus estados todos. El 21 de Junio, Victor Manuel I, de regreso de Turin volvió á tomar posesion del Piamonte y anunció bien pronto á los genoveses ya constituidos en república, que formasen parte de su reino. El 6 de Julio los habitantes de Parma, Placencia y Guastalla supieron que su territorio estaba constituido en un ducado á favor de la ex-emperatriz de los franceses, Maria Luisa; habiendo sido indemnizada á espensas de Luca erejada en principado, la heredera de los antiguos Borbones de Parma. El 16 de Julio Francisco IV, bajo la proteccion de las bayonetas austríacas volvió á entrar en Módena y en Reggio y obtuvo tambien para su madre la restitucion de Massa-Carrara. El 17 de setiembre, el gran Duque Fernando llegó á Toscana donde un gobierno provisional, establecido en nombre de él, le habia ya preparado el camino. A todos, hasta al príncipe de Monaco, se le hizo volver á tomar posesion de su principado por un secretario inglés, mientras que el inocente San Marino reorganizó su pequeña república.

Pocos meses despues de la caida del emperador, el edificio que tan penosamente habia construido él en el espacio de quince años, habia caido como un castillo de naipes. Los liberales y los republicanos, engañados en sus cálculos, víctimas de sus divisiones, veian una dominacion que no encadenaba el porvenir, sustituida por un despotismo sin esperanza: el mas encarnizado enemigo de los franceses, el poeta Ugo-Foscolo, se desterró por su propia voluntad de la presencia de los austríacos, y juró no volver á poner el pié en el esclavo suelo de Italia.

Murat desde luego quedó en pié, pero por poco tiempo. Amenazado, dentro por los partidarios de los Borbones, que llamaban á Fernando, y por los carbonarios, que pedian una constitucion, y fuera por Fernando IV, y aun por bajo de

cuenda, por los mismos austríacos, no podía durar. Cuando Napoleón, en febrero de 1815, dejó la isla de Elba, para tentar aun fortuna en Francia, Joaquín quiso salir de aquella difícil posición, y cuestionar los destinos de Italia. Entró á la cabeza de su ejército en las legaciones, y ocupó Ancona y Bolonia, tomando por bandera esta vez la independencia italiana. Pero únicamente algunos voluntarios de la Romanía corrieron á su encuentro. La Lombardía respondió al llamamiento con una conspiración militar, que comprometió á sus generales. Después del indeciso combate de Panaro, Joaquín se vió obligado á retroceder en Occhiobello y en Carpi delante de los austríacos. Defendió aun con valor á Bolonia; pero con una derrota completa en Macerata y con las desastrosas noticias de Francia, perdió ya toda esperanza.

Vuelto á su reino con algunos leales, firmó el tratado de Casaleura, por el que abandonó aquél: los austríacos, triunfantes en Nápoles, llamaron á allí á Fernando IV, el último de los antiguos soberanos de la península: y el tratado, salido del congreso de Viena, cerrado á fines del año, consagró los últimos acontecimientos, que restauraban á los antiguos príncipes y el antiguo régimen en la península. Una tentativa, aventurada por Joaquín, no cambió en nada la situación. Impelido por una tempestad con algunos compañeros, solo, cerca de la villa de Pizzo, fué cogido y maltratado por sus habitantes, y con arreglo á las impías órdenes del rey restaurado, muerto como un bandido.

De las conquistas hechas por los franceses, y de los estados fundados por Napoleón en Italia, nada quedó: el antiguo orden de cosas apareció restablecido enteramente. Sin embargo, no en vano la revolución francesa y la mano de un grande hombre removieron la península. Se habia entrevisto ya la posibilidad de independencia. Fecundos gérmenes de ideas é instituciones se hallaban sembradas en aquel suelo. El re-

cuerdo del reino de Italia en unos, y el de las repúblicas cisalpina y liguriana en otros, eran todavía una esperanza. Las ideas de libertad y de igualdad civil habían estinguído para siempre, en la opinión ilustrada, los privilegios del antiguo régimen: la indolencia italiana no existía ya después de una guerra de veinte años. Los piemonteses y romañoles se acordaban con orgullo de que Napoleón les consideraba excelentes soldados: todos contaban en los campos de batalla de la Europa nobles víctimas sacrificadas, sino por la causa de la patria, por lo menos por la de la libertad general representada, á pesar de las apariencias, por un grande hombre. Sometidos aquel tiempo á las mismas instituciones políticas, reunidos con la misma igualdad civil, juntos en las mismas brigadas, los italianos conocían que todavía podían formar una nación. Por último, entre ellos había empezado á desarrollarse el carácter y el espíritu público, que faltaban á la península veinte y cinco años antes: fuera, la Italia podía aun volver la vista con amor, con pesar hácia aquella Francia, que ella había acogido tan de prisa, y que tan de prisa había abandonado, pero que aun la sentía llena de vida en su pecho. ¡Recuerdos gloriosos! ¡esperanzas queridas! dejadas por la revolución francesa, para tormento ó para estímulo de la península.

CAPITULO XX.

RESTAURACION: OPOSICION LIBERAL É INSURRECCIONES REVOLUCIONARIAS (1815-1846).

Restablecimiento completo del antiguo régimen (1815-1820).

Grande fué el chasco de Italia cuando despues de veinticinco años de trastornos y de guerra se halló nuevamente por los tratados de Viena en el mismo ó peor estado que cuando la sorprendió la revolucion francesa.

En efecto, el año 1789 no tenia el Austria en la península mas que el milanesado, separado de sus estados hereditarios por los obispados del Tirol y las repúblicas de Venecia y de los grisonos. A la sazón, reunida la Lombardía á los estados venecianos, tenia á su disposicion un reino de cinco millones de habitantes y de una renta de ochenta y cuatro millones.

Amenazaba al Piamonte con el Tesino, y á la Italia central con las guarniciones que tenia derecho á sostener en Ferrara, Plasencia y Commachio. Los dos estados libres que recordaban aun la vieja y gloriosa Italia, las repúblicas de Génova y Venecia, habian desaparecido. En el resto de la península, los príncipes austríacos de Toscana, de Módena y de Parma no eran mas que vasallos del poder dominante; los otros, el Papa, el rey de Nápoles, el rey de Cerdeña mas independientes de ella, en la apariencia, pero restaurados con su auxilio y no pudiendo sostenerse mas que por ella, le eran adictos mas que nunca por gratitud y por comunidad de intereses: cuando menos, podia esperarse que el emperador de Austria y los

soberanos restaurados, acomodando los intereses de su dominacion con las nuevas necesidades del siglo, garantizarian los sábios principios de igualdad y libertad que disfrutaban hacia veinte años, como derecho del pueblo en el mundo social. No sucedió así. El antiguo régimen volvió casi enteramente con los antiguos soberanos, y aun alguna vez retrogradó mas allá del siglo XVIII. Las instituciones de José II, de Leopoldo I, de Tanucci, fueron condenadas como causa y origen de todo mal.

El emperador de Austria dió el ejemplo. El 16 de Abril de 1815 un manifiesto del mariscal Bellegarde, jefe de las tropas que ocupaban Milan, anunció que las provincias italianas formaban un estado particular bajo el nombre de reino Lombardo-Veneto. La creacion de un virey residente seis meses en Milan y otros seis en Venecia, la institucion de una oficina con sus gefes, la obligacion para todo nuevo rey de tomar la corona de hierro; la division del reino en dos gobiernos cuyos lugares principales eran Venecia y Milan; la subdivision, de los gobiernos en provincias, de las provincias en distritos y de estos en sociedades, hicieron desde luego esperar á los Lombardos que conservarían una especie de independenciam bajo el mando de un príncipe austríaco. Pronto se desengañaron. El archiduque Antonio, nombrado en seguida virey en 1816, no habiendo querido someter su administracion al registro de Viena, se vió reemplazado por el archiduque Reiner que se mostró mas dócil.

Con él todas las instituciones que bajo la dominacion francesa eran por lo menos una promesa de independenciam, el senado, el cuerpo legislativo y consultor, la oficina de cuentas, los ministerios de Hacienda, del interior, de negocios extranjeros; en el ejército, el estado mayor, la artillería, el parque, las escuelas militares, las fábricas de armas, por fin hasta los centros de justicia, todo fué abolido. El poder de los ayunta-

mientos restablecido en la apariencia, solo sirvió para dar sus votos en Viena. En el orden judicial, el tribunal supremo de revision solo fué una fraccion del tribunal que residia en Austria. El ejército italiano disuelto vió la mayor parte de sus oficiales destituidos ó retirados, y sus soldados que vestian el uniforme blanco diseminados en diferentes regimientos bajo la bandera negra y amarilla. Por último el código austríaco fué promulgado con algunas adiciones mas graves para los delitos políticos: la nobleza repuesta en su favor: el clero y los frailes reintegrados de sus posesiones y privilegios: la censura contra la prensa instituida: una policia chismosa y enredadora organizada: y la delacion impuesta como de deber so pena de incurrir en un severo castigo. Los cañones austríacos apuntados sobre la plaza de Milan y los artilleros que montaban la guardia con la mecha encendida, no dejaban duda ninguna acerca de la esclavitud.

Apesar del carácter moderado de Pio VII y las luces de su secretario de estado Consalvi, el decreto orgánico de 16 de julio de 1816 no restableció mas que el antiguo régimen en los estados de la iglesia. El estado pontificio se dividió en diez y ocho legaciones compuestas de cuarenta y cuatro distritos y seiscientos veinte y seis ayuntamientos. Pero todas las legaciones fueron confiadas á prelados, no se dejó ninguna independencia al *gefe* ni á los *Anziani* de los ayuntamientos. Roma y Bolonia, las dos principales villas que estaban fuera del derecho comun, la primera con sus *conservadores* y su *senado*, la segunda con su consejo de *cuarenta sabios* y sus seis *conservadores*, magistrados de farsa sin poder real, no tuvieron mas que una sombra de gobierno municipal. En el orden judicial, al lado de los jueces de paz, de los tribunales de primera instancia y de la audiencia de apelacion en Roma, en Bolonia y en Maurata, se instituyeron *catorce* tribunales de excepcion, inaccesibles para los legos y de los que realmente salieron todos

los juicios de importancia. Por último, Pio VII restableció los jesuitas, restauró la inquisición, suprimió el código francés, adoptando ochenta y cuatro mil leyes que estaban en vigor antes de la revolución, volvió á los barones y al clero casi todos sus antiguos privilegios, y no conservó nada de la dominación francesa mas que el sistema de impuestos, sin perjuicio de haber restablecido algunas restricciones antiguas tambien.

El rey de Cerdeña Victor Manuel I apenas volvió al Piemonte proclamó, sin rodeos, por su edicto, primero que los estados sardos habian vuelto á ser colocados en la situacion en que se hallaban en el año 1793. En su consecuencia abrió y hojeó el almanaque real de 1793 y restableció su administracion, su justicia, sus leyes, sus empleos y sus títulos y atribuciones, en el mismo estado. No tuvo otro cuidado que estender y apropiar á la villa de Génova y á su territorio privados de toda libertad, el sistema general, y coronó su obra confiando la educacion á los jesuitas é instituyendo los capellanes de la Santísima Virgen, presbíteros seculares que hacian voto de obediencia al Pontífice. En Toscana, en Módena y en Parma igual restauracion: se cerraron en Florencia las escuelas de artes.

En Nápoles, esta obra requería mas destreza. Antes de entregar su corona, Murat habia obtenido algunas promesas en favor de los principales gefes de su ejército, y algunas garantías para el reino. La Sicilia gozaba aun de la constitucion que habia obtenido en 1812. Obligado Fernando á conservarles el grado á los generales y oficiales de Murat, prodigó al menos sus favores y ascensos á sus leales de Sicilia. Para no conservar de las leyes francesas mas que lo que le agradaba, las hizo refundir en un código napolitano.

Mas atrevido en 1816, se libró de la molesta constitucion de la Sicilia, declaró reunida la administracion de las provincias de uno y otro lado del Pharo, y adoptó el título de rey

del *reino unido de las Dos Sicilias*: y como no debía convocar mas el parlamento siciliano, decretó *permanente é inmutable* el importe de la contribucion votada en la última sesion parlamentaria, en 1813. Su ministro de policía, Canosa, hizo frente á los *Carbonari* que empezaban á revolverse, oponiéndoles una secta de ultra-realistas, los *Calderari* (Calderon). Hubo choques en muchos sitios: la guerra civil fué inminente. El peligro apareció tal, que las potencias firmantes del tratado de Viena se vieron obligadas á reclamar la vuelta del ministro y hacer pasar al reino algunas tropas austríacas. Fernando I (4.^o) tomó la revancha en el concordato de 1819 con Roma, por el que consiguió sustraerse al pago del tributo de la hacanea, pero volvió á la Iglesia su censura, una parte de sus bienes, de sus censos y de sus derechos abolidos, desde hacia casi un siglo.

Oposicion de 1820: insurrecciones de 1821: derrotas de Rieti y de Novara.

Esta restauracion del antiguo régimen desde los Alpes hasta el golfo de Tarento, hizo que sustituyera inmediatamente entre los italianos á la confianza el descontento. El modo de expresarlo fué desde luego tímido. En la Lombardia algunos nobles, por amor á la libertad, habian favorecido la caida de la dominacion francesa, entre otros Confalonieri, Porro y Arrivaben: todos ellos hicieron vivas representaciones al gobierno austriaco del que habian esperado lo mejor y que les habia dado lo peor. En el reino de Nápoles, los generales y oficiales que se llamaban en memoria del último rey *Murattistas*, entre otros Guillermo Pepe, ensayaron defender algunas instituciones napoleonianas.

A falta de tribuna pública y de prensa libre, la oposicion se dió á luz en la literatura. En el momento en que la península perdía mas que nunca la esperanza de llegar á ser una

nacion, las letras dejaron las tradiciones latinas y griegas del renacimiento para refrescarse en las fuentes patrióticas y se hicieron completamente italianas. Opuestas á la Santa sede, cómplice del Austria en la restauracion del despotismo, abjuraron tambien de toda clase de paganismo para buscar sus armonias entre el cristianismo y la libertad. La escuela romántica en lucha con la literatura clásica, sostenida por los antiguos partidarios del Austria, dejó de ser una verdadera protesta nacional.

Manzoní, el primero de todos, en sus *Himnos sagrados*, se esforzó en bañar, en purificar en las fuentes de la gracia el amor á la libertad, que la filosofía y la revolucion habian inspirado á Italia. Se cojieron con mas celeridad que la que él buscaba quizás las alusiones politicas en su *Carmañola*, donde aparecen en riña italianos con italianos: en su *Adelchi* donde el reino Lombardo de Italia cae bajo la espada del emperador Carlo—Magno. El poeta lírico Berchet, menos timorato, animó sus odas con un apasionado amor por Italia. Grossi anunció su epopeya nacional de las *Cruzadas* con una novela en verso, *Ildegonda*, sacada de la vida italiana y que tuvo un éxito prodigioso. Silvio Pellico, en su *Enfermo de Messina*, puso en accion el odio á la dominacion estrangera. Todavía desconocido el joven Leopardi, dirigió á Angelo Mai, que acababa de encontrar la república de Ciceron, una *canzone* llena de dolor y cólera.

La literatura se dividió en dos campos. Silvio fundó en 1818 la Revista literaria, el *Conciliador*, para hacer la guerra á la *Biblioteca italiana*, revista austro-milanesa, que defendia las teorías clásicas y merecia las simpatías austríacas. El noble Confalonieri, el jurisconsulto Romagnosi, todos los nuevos escritores que estaban mas en boga, concentraron allí tan poderosamente sus esfuerzos, que el gobierno austriaco comprendió bien pronto el peligro, y prohibió la representacion del *Eufemio* y suprimió el *Conciliador* que no vivió mas que un año.

Arrojada de la literatura, la oposicion se refugió en las sociedades secretas. La *Carboneria* chasqueada por la causa de Austria y por los antiguos soberanos, habia recobrado nueva energia con deseos de reparar su falta y por la agregacion del antiguo partido bonapartista ó francés. Cubria toda la península, ya fuera por sus propias ventas ó ya por sus lazos con las demas sociedades secretas de los *adelchos*, de los *adelfos* y de los *apofasimemos*.

El principal foco estaba en el reino de Nápoles: todos los muratistas, numerosos en el ejército, estaban afiliados en ella y ayuntamientos enteros en la Calabria estaban organizados en *ventas*, pero destellaba en Rumania, en Lombardia y en el Piamonte, y los viajes secretos y la correspondencia oculta surcaban y enlazaban toda la península. Ya al principio de 1820 el gobernador de Milan, conde de Strassoldi, imponia penas mas terribles contra aquellos que no denunciaren á los carbonarios, é instituyó una comision en Venecia para la pesquisa de los culpables.

No fué necesario mas que la noticia de la revolucion española y la proclamacion de la constitucion en Madrid, para atizar la hoguera. El carbonarismo se habia apoderado de casi todos los puestos en el reino de Nápoles: no tan solo comprendia á los labradores y á los ayuntamientos de los Abruzos y de las Calabrias, sino que estaba en algunos ministerios; poseia en el ejército altas graduaciones; se organizaba militarmente en las campiñas y creia contar hasta con el mismo rey, ó por lo menos con su hijo, contenido solamente, segun se creia, por el temor al Austria. Una constitucion era el afan de todos.

Guillermo Pepe, general muratista, ligado á algunos ministros, afiliado en la *alta venta* y organizador de las milicias, acechaba el momento favorable para asentar la mano á la córte. Despues de muchas órdenes y contra órdenes, el movi-

miento estalló de una vez en el mes de julio de 1820 en Nola y en Avelino al grito de: «¡Viva el rey y la constitucion!» dado por los carbonarios y los soldados. Guillermo Pepe, entonces en Nápoles, marchó resuelto, arrastró tras de sí algunos regimientos, se volvió á su cuartel general y pidió la constitucion. Fernando mandó en contra de él á Carascosa: pero este estaba ya medio ganado. La revolucion hizo inmediatamente tambien en Nápoles su esplosion. Abandonado de todos, el rey se vió obligado á proclamar la constitucion de España: nombró á Guillermo Pepe general en gefe de todas las fuerzas del reino unido, compuso un nuevo ministerio, una junta para el establecimiento de la constitucion, y nombró á su hijo vicario general para cuidar de la ejecucion de sus decretos.

Ocho dias despues, Guillermo Pepe, entraba en triunfo en la villa de Nápoles á la cabeza del ejército constitucional, rodeado del pueblo ébrio de entusiasmo: el rey y el vicario general prestaban juramento á la constitucion, y convocaban el parlamento: la revolucion era terminada sin una gota de sangre, casi sin desórden.

La Italia entera se conmovió. En Lombardía el conde Confalonieri, Porro, Pallavicini etc., se convinieron en los medios que habia que emplear para sustraer á la patria de la dominacion austríaca. Allí donde no habia nada de ejército nacional, no podia ser esto cuestion de insurreccion: se volvió la vista hácia Turin. El ejército piemontés lo mismo que las sociedades, se animaban con el ejemplo de Nápoles. Uno de los príncipes de la sangre, el príncipe de Saboya-Carignan, habia dado á entender siempre que favorecia las ideas de emancipacion. Se podia confiar en él; así se le hizo comprender. Se trataba, nada menos, que de reunir la Lombardía al Piamonte y de reconstituir y engrandecer el reino de Italia. Los lombardos y piemonteses quisieron sin embargo ver la revolucion napolitana puesta en práctica.

Algunas disensiones empezaron desde luego á entreverse. Mientras que todas las villas por un impulso unánime elegían sus diputados para el parlamento de Nápoles, Palermo presentándose como escepcion, pidió un parlamento siciliano y la separacion de la isla. Los funcionarios napolitanos quisieron resistirse: el pueblo se sublevó, mató al príncipe de la Católica, se arrojó sobre la artillería, asesinó á los napolitanos y se hizo dueño de la villa. Los curas y los frailes peleaban al lado de los obreros y de los ciudadanos. El monje Volmica, nombrado coronel, llevaba las charreteras sobre su hábito de capuchino. El nuevo gobierno napolitano no recibió muy favorablemente á los enviados de la nueva junta instituida en Palermo. Toda la isla no habia seguido el movimiento de la capital. No podia existir separacion en un momento en que mas que nunca era necesaria la union. Florestan Pepe, hermano del general en jefe, enviado á la isla á la cabeza de cinco mil hombres, circunscribia el movimiento en Palermo y llegó á obligar á la junta á que entrase en negociacion: el pueblo mas bien que someterse, se volvió á levantar todavia, quitó su junta, y nombró una nueva: pero despues de algunos dias de bombardeo aceptó la capitulacion que dejaba al parlamento de Nápoles, compuesto de diputados de ambas partes del reino, que resolviera la cuestion.

El rey de Nápoles abrió el parlamento en 1.^o de octubre, y juró de nuevo la constitucion. Guillermo Pepe entregó noblemente su poder de generalísimo al soberano, despues de haberlo usado sobre todo contra el exaltado celo de algunos carbonarios. Todo parecia marchar por buen camino.

Pero era necesario contar con la *Santa-alianza*. El príncipe Rufo, embajador de Fernando en Viena, habia negado su obediencia al nuevo gobierno: el príncipe Cariati y el duque de Capriola, encargados de una mision extraordinaria, no pudieron llegar al lado del emperador de Austria. Un congreso de

poderes se reunió en Laybach para convenir el medio de sofocar la revolucion. En vano el mismo rey Fernando invocó su independencia y protestó su resolucion de defender el reino y la constitucion: invitado á presentarse en el congreso de Laybach, se decidió á partir, pero no obtuvo de los napolitanos permiso de ir allá, sino despues de haber jurado de nuevo la constitucion y dejado durante su ausencia al príncipe real todos los derechos de soberanía.

Entonces todo empezó á declinar. La division y el desfallecimiento se presentaron sobre el campo de la revolucion. El rey y el parlamento rehusaron ratificar las condiciones impuestas por el general Florestan Pepe en Sicilia, y perpetuaron la guerra enviando á la isla, para someter á Palermo, al general Coletta. El parlamento napolitano, compuesto de hombres honrados, pero sin energía, tomó resoluciones ó tardias ó mal concebidas, temiendo ante todo, por demasiado atrevimiento, indisponer al Austria, y sin ponerse de ningun modo en defensa contra ella. El poder mismo, el príncipe real, dos ministros, Carascosa y sobre todo Coletta, poco dispuestos para la revolucion, entorpecian mas bien que precipitaban, los preparativos de guerra. El 28 de enero de 1821, el rey Fernando, enteramente cambiado, dirigió desde el congreso de Laybach, á su pueblo, una amenazadora carta. Volvia, decia él, con la ayuda de sus muchos y fuertes aliados á destruir un gobierno que le habia sido impuesto por medios criminales, y prometia otorgar inmediatamente á gusto suyo, á sus dos reinos, instituciones estables y liberales. En efecto, el 6 de febrero, el general Frimont, despues de haber dirigido un manifiesto á los napolitanos, pasó el Pó á la cabeza de cuarenta mil hombres.

La Italia no podia permanecer indiferente en una lucha como aquella, que era la de la dominacion estrangera con la independencia italiana. El Lombardo-Veneto temblaba é implo-

raba el apoyo del Piamonte; el conde Confalonieri estaba en activa correspondencia con Carlos Alberto. Este se habia rodeado de todos los representantes de la *Federacion italiana*, pero dudaba. El 11 de enero habia todavía dejado acuchillar en la sala de la universidad de Turin reuniones de estudiantes, y poner preso al príncipe de la Cisterna. El 10 de febrero á la noticia de que Frimont habia pasado el Pó y que Bubna, otro general austríaco, queria ocupar algunas plazas en el Piamonte, la insurreccion estalló en muchos puntos á la vez, en Alejandría, en Asti y en Piquerol al grito de: Guerra al Austria, viva la constitucion! los condes Palma, Sisio y Santa Rosa estaban al frente del movimiento.

Turin desde luego vaciló: pero la ciudadela fué cojida por un atrevido golpe de mano. Santa Rosa á la cabeza del ejército entró en Turin, se atrajo al pueblo y dirigió al rey una intimacion constitucional enérgica y respetuosa. Decidido á no arrostrar el Austria y á no violentar á sus súbditos, Victor Manuel abdicó en favor de su hermano Carlos Felix, entonces en Módena, é instituyó regente en su ausencia á Carlos Alberto, que proclamó solemnemente la constitucion é instituyó una junta provisional. La revolucion del Piamonte estallaba un poco tarde para apoyar la de Nápoles. Todo sin embargo dependia aun de los primeros encuentros de los austríacos y de los napolitanos.

En Nápoles el regente, apesar de una carta de su padre, habia jurado defenderse: el parlamento habia aceptado la guerra, pero no estaban allí bien preparados. Los veteranos volvieron, es verdad, á sus banderas: los jóvenes, empujados por sus madres y por sus mujeres, tomaron las armas. Pero el entusiasmo no bastaba. Carascosa pudo ocupar con un ejército formal el camino de Nápoles entre Gaeta y los Apeninos; Guillermo Pepe no tenia en los Abruzzos mas que milicianos llenos de ardor, pero mal instruidos y peor disciplina-

dos todavía : las fortificaciones se encontraban en mal estado: el regente y el ministro de la guerra Coletta no se habían cuidado nada de las municiones ni víveres. Guillermo Pepe viendo que Frimont dirigia todas sus fuerzas contra él, no quiso esperarle en el estado que se encontraba: avanzó el 7 de marzo sobre Rieti y fué batido. Esta primera desgracia demoralizó completamente los á milicianos: Pepe los conservó aun hasta muy cerca de Antrodocco; pero allí, despues de una desgraciada escaramuza, los vió huir en todas direcciones y se desvió sobre Salerno al saber que Carascosa, sin haber visto al enemigo, habia retrocedido hasta S. Germano. La entrada del rey Fernando y de los austríacos en Nápoles no era mas que cuestion de tiempo.

El contratiempo de Rieti hirió tambien la revolucion del Piamonte y la conspiracion lombarda. Intimidado por los constitucionales, para que marchase contra los austríacos, detenido por las órdenes de Cárlos Felix, que mandaba al gobernador de Novara, Saher de la Tour, que hiciese volver á sus deberes al Piamonte, Cárlos Alberto, el 20 de marzo, nombró á Santa Rosa ministro de la guerra, y pasó, durante la noche, al campo de Bubna, ya en marcha para apoyar á Saher de la Tour. La *confederacion italiana* de Milan, que tenia preparadas una junta de gobierno y una guardia nacional, y que no esperaba mas que una palabra de Cárlos Alberto para declararse, no se movió. Santa Rosa, que habia quedado como único responsable de la revolucion piamontesa, no quiso ceder sin tentar un esfuerzo. Mientras que contenia á los carabineros reales en Turin, envió á los generales Terero, Marzoni y Saint-Marsan al encuentro de la armada austro-piamontesa de Bubna y la Tour en Novara. Pero el 9 de abril, el ejército constitucional quedó derrotado y vencido por el número, despues de haberse resistido bien por espacio de algunas horas.

Los dos lances de Rieti y de Novara fueron inmediatamente

seguidos de la restauracion del poder absoluto, que habia sido quebrantado por un momento.

El 24 de marzo, el parlamento napolitano recibió la orden de disolverse, y las puertas de Nápoles fueron abiertas á las tropas austríacas; Pepe y los gefes mas comprometidos en la revolucion emprendieron la fuga. El general Roussaroll intentó en Turin prolongar la revolucion en la Sicilia, y proclamó allí la república; nada consiguió. Una regencia provisional, instituida en Nápoles, se ocupó en perseguir á todos los que habian tomado parte en la revolucion.

En el Piamonte, Santa Rosa, vencido, devolvió la ciudadela á la guardia nacional, y despidió la guarnicion: el ejército de La-Tour-Bubna entró pacíficamente el 18 de abril, y algunos dias despues, Victor Manuel, por un nuevo auto, abdicó su corona en favor de Cárlos Felix, fiel ejecutor de la voluntad de sus aliados. Para contener al pueblo, que aun se hacia sentir, doce mil austríacos ocuparon en el Piamonte á Stradella, Tortona, Alejandría, Valenza, Casale y Verceli: debian permanecer allí hasta 1823. Fernando, rey de Nápoles, que licenció su ejército, pudo tambien conservar veinte mil austríacos, esperando reunir diez mil suizos. Estas tropas extranjeras no debian abandonar su reino hasta 1827.

El Austria habia probado una vez mas que era la verdadera señora de Italia. Bajo su égida, los soberanos satisficieron sus venganzas. En el Piamonte, todos los que se habian puesto al frente del movimiento, fueron decapitados: los que habian huido, fueron ejecutados en efigie. Fernando en Nápoles estableció una junta de censura y consejos de guerra, que procedieron con increíble crueldad. En poco tiempo hubo allí hasta diez y seis mil personas en las cárceles. Se contaban 900 ejecuciones capitales en 1822. El emperador de Austria se vió obligado á moderar esta ciega reaccion, y obtuvo una vez mas aun la destitucion de Canosa, que habia vuelto á in-

gresar en la policía. El gobierno de Milan, donde solo habian existido complots, que no habian llegado á realizarse, no desperdió, sin embargo, el rigor. Un tribunal extraordinario, instituido en Venecia, nueve meses despues de los sucesos, condenó á *carcere duro* perpetua, en el fuerte de Spielberg, á Confalonieri, por veinte años, á Maroncelli, por quince, á Silvio Pellico, etc. Los estados de la Iglesia y de Módena, que no habian tomado parte alguna en el movimiento, pero donde las sociedades secretas existian, tambien padecieron el contra-golpe de las reacciones y de las venganzas. La desconfianza no conoció allí límites: se maltrató con todo rigor bajo pretexto de evitar.

Reacciones sangrientas (1823—1830).

En el congreso de Verona, celebrado en 1823, las grandes potencias absolutas tomaron resoluciones á propósito para asegurar, por largo tiempo, la esclavitud de la península, como garantía de la paz de Europa. Un riguroso sistema de opresion y de represion, contra todo deseo, contra todo pensamiento de libertad y de cambio, fué aplicado á los pueblos italianos, desde los Alpes al golfo de Tarento. El gabinete de Viena apretó las cadenas de la administracion burocrática del lombardo-veneto, y perfeccionó todavía mas su delatora policía. Se les quitó á los ayuntamientos toda clase de iniciativa; en el sistema judicial, el mismo abogado vino á ser un funcionario público, que frecuentemente era mudo, ó que hablaba á puertas cerradas: la enseñanza se redujo á un aprendizaje mecánico: la literatura, despreciada, fué vista con desconfianza, y hasta perseguida: se prohibieron reuniones de cualquier clase, y el viajar á los hombres de influencia: un espionaje fijo en todas partes, á todas horas, y seguido de terribles consecuencias, hizo á los lombardos rece-

losos unos de otros, é hizo que las familias mirasen con horror la política. El gobierno austriaco, por lo menos, contuvo á la nobleza y al clero, admitiendo en el código la mayor parte de los resultados de la revolucion, y aseguró á los pueblos una especie de bienestar.

Los otros soberanos tuvieron menos cuidado: Cárlos Felix dió prendas inequívocas á los reyes que le habian colocado en el trono. Restableció la contribucion, entregó la instruccion primaria en manos de los curas mas ignorantes, y dió en 1826 un decreto que prohibia se enseñara á leer y á escribir á los hijos de padres que no pudieran justificar una renta de mil quinientas libras, mostrándose inexorable y cruel sobre todo para con los vaudeses. En el reino de Nápoles, el viejo Fernando, rey desde el año 1759 y durante cuya juventud habia existido Tanucci, pasó sus últimos años en ejercer un rigor que recordaba el de su muger María Carolina, en 1799. El mismo año de su muerte en 1826, instituyó dos comisiones militares para concluir mas pronto con los crímenes de alta traicion de que sin cesar se veia rodeado. Su sucesor, Francisco I, empezó por el licenciamiento de la guardia nacional y el alistamiento de voluntarios suizos que llegaron á tiempo que se marchaban los austriacos.

Leopoldo II, duque de Toscana, y Cárlos Luis, duque de Luca, sucesores de Fernando y de María Luisa, en 1824, se hicieron señalar por oportunas reformas.

En los estados del Papa fué donde por una estraña aberracion, la opresion y la represion fueron mas escesivas. Leon XII (de la Genga) elegido en 1823, no guardó ninguna de las consideraciones de su predecesor Pio VII. El que recorria todas las escalas de la intolerancia y se colocaba en lucha con los reyes de Francia y de España, no podia ser moderado en sus estados. La restriccion y despues la abolicion de los centros de gobierno, la destruccion de los tribunales de distritos, el

restablecimiento de la jurisdicción episcopal en asuntos civiles, la facultad ilimitada de hacer fideicomisos, de crear mayorazgos y bienes de manos muertas, la abolición de la junta de vacuna, la restitución del derecho de asilo á las iglesias, el restablecimiento del latín para los tribunales, escribanos y escuelas, y la persecución de los judíos, fueron las primicias del nuevo gobierno.

Esta ardiente reacción reanimó á los carbonarios y suscitó nuevas sociedades secretas: los barnabistas en las dos Sicilias; los *pelerini bianchi* en los estados de la iglesia. Los tres hermanos Cappozoli sublevaron en 1828 los dos ayuntamientos de Bosco y Monforte. Del Caretto, enviado en contra de ellos, les batió, hizo ejecutar veinte individuos, condenó quince á cadena perpétua, cincuenta con término, arrasó Bosco y levantó en su lugar una columna para que sirviera de espantoso escarmiento á la comarca. El gobierno pontificio opuso á los peregrinos blancos, la liga de los sanfeistas, que tenía gefes en el sagrado colegio, á la nobleza y al alto clero. La lucha en un principio sorda de las dos sociedades, degeneró en una verdadera anarquía en la que los brigantes no dejaron de tomar parte. En Fresinona y en Faenza el mal llegó á su colmo. Se ejecutó á los *peregrinos blancos* y se contentaron con prender á los brigantes, entre otros al famoso Gasparone. Los cardenales Pallota y Rivarola se distinguieron por su crueldad. El último en Faenza, quiso concluirlo todo de una vez: en un año condenó como carbonarios á treinta nobles, ciento cincuenta y seis propietarios y negociantes, dos presbíteros, setenta y cuatro empleados, treinta y ocho militares, sesenta y dos médicos, abogados, ingenieros etc, doscientos cuarenta y seis obreros, en total quinientas ocho personas: dos fueron ejecutadas, doscientas mandadas á galeras, muchos por el crimen de no haber declarado. El año mismo en que publicó el décimo noveno jubileo, Leon XII, hacia edi-

ficar una carcel para inquisicion que estuvo llena bien pronto. En 1828 se le disparó un pistoletazo al cardenal Rivarola. Las prisiones se multiplicaron hasta el punto de ser necesario convertir en cárceles los antiguos conventos y los grandes palacios. Se hizo colgar á cinco personas á la vez. Para compensar estas ejecuciones, los soberanos de Roma y de Nápoles, no hicieron mas que reformas insignificantes, aunque el último prometió en un momento de temor secundar el espíritu de la nueva civilizacion.

Entre las épocas tristes de la Italia, hubo pocas tan dolorosas. La literatura no fué otra cosa que una planta agostada, pero elocuente todavia. En vista de la reaccion austro-pontificia, Manzoni, el antiguo colaborador del *Conciliador*, intentó recordar timidamente en los *Desposados*, que entre el señor y el pueblo, el dueño y el esclavo, el sacerdote habia sido con frecuencia otras veces el caritativo y potente mediador. El cardenal Borromeo y el monje *Cristóforo* eran la crítica viviente de Rivarola y de los sanfeistas. En el fondo de Spielberg, Silvio Pellico reunia los tesoros de dolor y de resignacion cristiana que le han inspirado sus *Prisiones*, en que la víctima perdona hasta á su verdugo. En 1828 la falsa noticia de la muerte del mártir reavivaba todas las heridas de la Italia. Pero no se repetian sino en voz muy baja estas estrofas de duelo « Todavía se aguarda el canto que tanto agrada á la Italia; y Silvio no existe.»

ANCOR S'ASPETTA IL CANTO

CHE PIACQUE Á ITALIA TANTO....

E SILVIO NON É PIU!!

Mas sombrío Leopardi, arrastrando una existencia enfermiza entre el estudio y sus dolencias, llegaba á una desesperacion real y mas motivada que la de Byron. Las alegrías mas dulces de esta vida y la perspectiva mas risueña de la otra, ha-

bian llegado á rechazarlas enteramente. «Almas queridas» decía él á los hijos de aquella Italia nacida para sobrepujar á todas las naciones en la buena y en la mala fortuna : á todos aquellos que habian muerto sin beneficio para ella. «¡Almas queridas, aunque vuestra desgracia sea infinita, apaciguaos y sirvaos de consuelo que ya no padecereis ninguna en esta ni en las venideras. Reposad en el seno de vuestra inconsolable afliccion, hijos legítimos de la que en su suprema desdicha solo ve la vuestra, que sea capaz de igualar la suya.» La pasión mas viva en el poeta y en el italiano, el amor mismo, no le pareció ni mas bello ni mas digno de ser deseado que la nada, y cantó á los dos juntos, como hermanos gemelos, con igual ardor y con el mismo entusiasmo en su famosa canción titulada *El Amor y La Muerte*.

Insurrecciones de 1831 y 1832: el memorandum de las cinco potencias; edicto del cardinal Bernetti; toma de Ancona.

La revolución francesa de 1830 sorprendió á la península en el letargo, turbado únicamente por conspiraciones hijas de la desesperación. Algunos soberanos nuevos se encargaban entonces del gobierno. Fernando II en Nápoles, al suceder á su padre el 10 de diciembre de 1830, prometió, bien por miedo, bien como palabra de advenimiento alegre, *curar las heridas del país*. Después del corto reinado de Pio VIII que no tuvo tiempo mas que para demostrar sus simpatías por los jesuitas y sancionar la elección de su nuevo general Roothan, el cónclave eligió para reemplazarle á Gregorio XVI (2 de febrero de 1831). Era este un sabio religioso de la orden de las Camáldulas, un hombre de una piedad sincera, pero de espíritu débil, incierto, y de todo punto extraño y opuesto al carácter de su época. Un mes después, sucedía á Cárlos Felix en Cerdeña, el gefe de la

nueva rama de Saboya-Carignan, Carlos Alberto, el mismo que desde luego habia aceptado y despues abandonado la tentativa de independendencia hecha en 1821.

El golpe de rechazo de la revolucion de julio, se hizo sentir sobre todo, en los estados del soberano mas hostil á los secretos deséos de la Italia. El advenimiento de Fernando II y de Carlos Alberto hacia concebir algunas esperanzas. Nada habia que esperar alli de Gregorio XVI.

Las villas de Bolonia, de la Romanía, de Módena y de Parma, llenas de agitacion desde la nueva revolucion, estaban en continuas comunicaciones. Se conspiraba para sublevarse en comun para librar el centro de la península. Un príncipe, el duque Francisco de Módena, amigo del gefe del partido liberal en el mismo Módena. Ciro Menotti parecia hasta tomar parte en el complot: esto precisamente fué lo que impidió la union en el momento en que iba á estallar aquel. El comité boloñés desconfiando de Ciro Menotti á causa de sus relaciones con el duque, rehusó decidirse el mismo dia 3 de febrero. Menotti solo, dió la señal, fué vendido por el duque, rodeado en su casa con sus cómplices y hecho prisionero. Pero el dia siguiente, 4, la villa de Bolonia, respondió con un triunfo á este contratiempo: el prolegado se vió precisado á fugarse á Florencia, donde todo quedó en calma á causa de la dulzura del gobierno. Uno provisional bajo la presidencia de Bevilacqua, declaró abolido el poder pontificio en la villa y provincia de Bolonia, y enarboló los colores italianos.

La sublevacion entonces corrió como un rastro de pólvora á todo el centro de Italia. El duque de Módena vencedor el 3, se vió obligado el 5 á huir de su capital, pero llevándose consigo al desgraciado Menotti. El 7 en Ferrara, las tropas papales fueron encerradas en la ciudadela: el 10, la revolucion llegó á Parma; el 13, la duquesa María se vió en la necesidad de marchar escoltada por quinientos soldados á trasportar la resi-

dencia de su gobierno á Placencia. A fines de febrero , las legaciones, Pesaro , Urbin, Fano , Fossombrone , Sennigaglia y Osimo, se habian ya declarado. El 12 de febrero, Roma en donde diariamente se prendian cincuenta personas, y Ancona provista de una fuerte guarnicion, parecian dispuestas á tomar parte en el movimiento. El coronel Sercognoni, enviado por el gobierno provisional de Bolonia, arrastró consigo á Ancona el 17. Gregorio XVI cuyo advenimiento habia sido acogido con tanta estrañeza, envió en vano á Bolonia al cardenal Benvenuto en calidad de legado *á latere*: éste fué detenido y puesto preso en Bolonia. La Umbria imitó entonces á la Romanía: Perouse, Spoleta, Foligno, Terni y Narni se adhirieron. El 4 de marzo los diputados de todas las villas sublevadas y unidas á Bolonia, proclamaron el ESTATUTO CONSTITUCIONAL INTERINO DE LAS PROVINCIAS UNIDAS DE ITALIA. Se constituyó un gobierno central ejecutivo en el nuevo estado, teniendo por presidente al abogado Vicini y á Amaroli, Mamiani, Bianchetti, Armandi y Orioli por principales ministros.

Pero allí se detuvo la iniciativa bolonesa. El nuevo gobierno francés, salido de la revolucion, habia proclamado el principio de la no intervencion, y el conde de Saint-Hilaire en nombre de Luis Felipe, rey de los franceses, lo denunció á la córte de Viena. El ministerio revolucionario no pensó sino en consolidar su obra por la moderacion y en aprovechar los beneficios de este principio. La juventud de las villas, llena de impaciencia, queria empezar la guerra de propaganda en los estados vecinos; los mismos paisanos se prestaban á ello. El gobierno de Bolonia no quiso dar á los austríacos pretesto para invadir las legaciones: contando con ganar por su prudencia la proteccion francesa, detuvo su propaganda, amortiguó el ímpetu de las campañas, y contuvo á la juventud. Hacia votos para una sublevacion en el Piamonte y en Nápoles; sabia que los refugiados preparaban un movimiento en la Sabo-

ya y que Guillermo Pepe en Marsella meditaba pasar al reino de Nápoles, contaba con estas tentativas; pero si fracasaban, no quería comprometer el éxito de las legaciones.

Fiel, quizás hasta el exceso, en sus declaraciones, Luis Felipe hizo dispersar las reuniones que amenazaban á la Saboya, é impidió á Pepe embarcarse en Marsella. El gabinete austríaco menos escrupuloso y obrando en la península como en casa propia, ordenó á Frimon que pasase el Pó para restablecer en sus capitales á los soberanos de Módena y Parma. Detrás de los austríacos, el duque Francisco entró en Módena el 10 de marzo y María Luisa en Parma el 13.

El gobierno italiano, siempre fiándose en Bolonia, esperó todavía detener á los austríacos, por su misma inocencia. El general Zuchi, en retirada con setecientos modenenses, fué desde luego mal recibido por el presidente Vicini y obligado á dejar las armas en el territorio de Bolonia. Las proclamas del Austria, dueña de los dos ducados, y el abandono visible de la Francia, quitaron por último su ilusión al gobierno revolucionario. Nombró á Zuchi general en jefe de todas las fuerzas de las provincias unidas italianas: el general Armandi, ministro de la guerra, partió para la Romanía. Ya era demasiado tarde; el 20, los austríacos avanzaron en columna cerrada por Módena y Ferrara sobre Bolonia: el gobierno abandonó la villa que no ofrecía medio alguno de defensa, y entregó su mando á Zuchi, Ferreti y Tiberio Borgia.

El triunvirato á la cabeza de las tropas de línea que con los voluntarios constituían apenas un cuerpo de cuatro mil hombres, se retiró poco á poco con el cardenal prisionero Benvenuto sobre Ancona: en Rimini la vanguardia sostuvo por honor de la bandera un brillante combate que aseguró la retirada hasta esta villa. Pero Ancona no podía sostenerse mas; el triunvirato capituló el 26 de marzo en manos del cardenal Benvenuto, estipulando solo la suspensión de la marcha de las

tropas austríacas y garantizando las personas y propiedades de todos aquellos que habian tomado parte en la revolucion, capitulacion bien pronto violada! Frimon se adelantó rapidamente hasta Macerata; el navío el *Isola* que llevaba á bordo los fugitivos de Ancona, fué apresado, y todos los que en el iban, encerrados en las cárceles de Venecia. Por último, la córte de Roma lanzó á los sanfeistas y á los paisanos de la Sabina, contra los liberales dispersos, declaró nulo el convenio firmado por el legado del Papa y amenazó de muerte y de confiscacion á casi un millon de ciudadanos.

Una revolucion tan moderada, tan desgraciada, se atraia al menos la simpatia de los gabinetes ilustrados de Europa. Apoyados en la iniciativa de la Francia, los ministros de las cinco grandes potencias presentaron al cardenal Bernetti un memorandum donde de comun acuerdo pedíanse formas administrativas y políticas de la mas absoluta necesidad. Aplicacion general á la capital y á las legaciones de las innovaciones administrativas y judiciales, cuya bondad habia confirmado la esperiencia en los demás estados; la admision de toda clase de personas en todos los destinos del órden administrativo y judicial: formacion de municipalidades electivas en las villas y ayuntamientos y de consejos provinciales permanentes para la administracion de las legaciones; creacion de un consejo de estado central compuesto de los personajes mas recomendables elejidos por el Pontífice y encargado como centro supremo, de todos los ramos de la administracion civil y militar y de la vigilancia de la deuda pública: tales eran los puntos principales sobre que llamaba la atencion del gobierno Pontífice, el memorandum. El cardenal Bernetti anunció que serian satisfechos los ruegos de las potencias: habló de la *nueva era* que el cariño y la solicitud de Su Santidad preparaba á los estados romanos.

No habian hecho mas que abandonar las tropas austríacas

las legaciones, cuando fueron violadas estas promesas. El gobierno pontificio no podía resolverse á cumplirlas. La córte de Viena que codiciaba las legaciones, no podía hacer desaparecer las causas de revuelta que ocasionaria una nueva intervencion. El edicto de 5 de julio destruyó todas las esperanzas: no concedía nada en cuanto á la eleccion de consejos provinciales: por él se reservaba al gobernador de provincia el considerar y dar valor á las deliberaciones de los consejos: no decia una palabra de admitir gente lega en los destinos públicos, ni de la creacion de un consejo de estado, y conservaba todos los abusos existentes en el órden judicial.

Peticiones firmadas por los consejos municipales y por la guardia nacional, protestaron contra este edicto: numerosas y continuadas diputaciones llegaron á Roma á hacer presentes las quejas pacíficas, pero reiteradas de las provincias. El gobierno pontificio respondió mandando al cardenal Albani á las legaciones á la cabeza de los bandos sanfeistas. Se intentó resistir todavía: la presencia de los dos jóvenes Bonaparte, excitaba los ánimos, sangrientos encuentros tuvieron lugar en enero de 1832 en Cesona y en Forli, en los que los soldados del cardenal se condujeron pésimamente. El gabinete austríaco tuvo oportunidad de hacer ocupar de nuevo á Bolonia. El gobierno francés para hacer frente á las circunstancias y detener las reacciones, respondió ocupando á Ancona, pero sin gran resultado. La Santa-Sede procedió con rigor contra los descontentos y no retrocedió de su edicto de 5 de julio. La villa de Ancona que dirigió al legado una solemne esposicion, fué escomulgada: los consejos de Forli y Ravena disueltos por haber formulado algunas quejas: y habiendo presentado su dimision muchos consejeros de la provincia de Bolonia, por un edicto de 10 de abril, se hizo saber que no se aceptaria dimision alguna, y que las resoluciones del consejo serian válidas cualquiera que fuese el número de consejeros que estu-

viera presente. Por último, la Santa-Sede licenció toda la guardia urbana, y confesando su impotencia y sus recelos, tomó á sueldo un ejército de cinco mil suizos. La toma y ocupacion de Ancona, no fué mas que una estéril protesta que duró hasta 1838.

**Carlos Alberto, Fernando II; y Leopoldo II;
Gregorio XVI: la joven Italia (1833—1845).**

La revolucion de 1830 y la insurreccion de la Romanía, no tuvieron otro resultado en Italia que estender todavia mas el sistema de opresion que desde 1815 le habia sido aplicada.

El Austria aumentó sus tropas en la Lombardía, hizo mas severas todas las penas aplicables á delitos políticos y abolió en el código gran parte de las liberales disposiciones de José II y de María Teresa. La Santa Sede y el duque de Módena organizaron á los sanfeistas en regimientos de voluntarios con sueldo fijo y con ciertos privilegios. Un régimen de comisiones militares, tribunales de escepcion, en donde los mismos hombres eran los que denunciaban y los que juzgaban, y en donde el acusado aceptaba su defensor de manos del juez, pesó sobre toda la Romanía, particularmente sobre Bolonia, Ferrara, Ancona y Fermo.

Se tomaron hasta contra el pensamiento las mas minuciosas precauciones: fueron cerradas las universidades de Turin y de Bolonia, prohibida la introduccion de los libros extranjeros por el gobierno y castigada con la prision ó con cadenas: profesores, médicos de la universidad de Módena, fueron condenados á galeras por conversaciones tenidas con sospechosos, por opinion impia ó conducta inmoral *ordinariamente compañera inseparable del liberalismo*. En el Lombardo veneto, las piezas mas inofensivas, la *Esther* de Engaddi y la *Gismonda* de Silvio Pellico, no pudieron conseguir ser representadas: el solo nom-

bre de Silvio Pellico vuelto sin embargo á la libertad, resignado y arrepentido, causaba miedo. En Toscana tambien bajo el gran duque Leopoldo II, príncipe benévolo pero ceñido al impulso general la *Anthologia*, recopilacion enteramente literaria, fué prohibida en Florencia.

La Italia en adelante no pudo protestar por medio de la prensa y de las conspiraciones, sino desde fuera, y esta protesta del desterrado tomó un carácter mas revolucionario que antes. El liberalismo constitucional que habia brillado en las conspiraciones de 1821 y 1831, estaba vencido, desanimado. Un gran número de jóvenes italianos ó desterrados habia ido á estudiar á Francia. Estos se colocaron alli en las filas de la oposicion de principios republicanos.

Un joven, hijo de un profesor de medicina en la universidad de Génova, Mazzini, fundó en Marsella con otros muchos refugiados en 1832, el periódico y la sociedad de la *Jóven Italia*, se separó del carbonarismo constitucional de la restauracion, rompió con la aristocracia, con la majestad, con el papado, con lo pasado, y vió en el establecimiento de una república unitaria, el medio radical y único de volver á la Italia la libertad y la independendencia. Por espacio de dos años, esta propaganda repartida misteriosamente con los números del periódico por toda la Italia, estendió, multiplicó, exaltó la nueva conspiracion. En 1833 la Italia de un extremo á otro pareció que estaba sobre un volcan. Se descubrieron tres complots tramado el uno en Nápoles, entre otros por los hijos del general Roussaroll, fueron fusiladas trece personas en Palermo; trece oficiales ó ciudadanos en los estados sardos: el caballero Ricci, guardia de honor del duque de Módena, fué ejecutado. El Spielberg se abrió para nuevos sospechosos del Lombardo veneto. En Toscana misma, la cárcel y el destierro hirieron á muchas personas. Escitados por este rigor el desterrado Mazzini y el general polonés Ramorino, con algunos

refugiados italianos y poloneses, partieron de Génova en 1834 con la resolución de sublevar la Saboya y el Piamonte. Cuando llegaron á Annemase despues de increíbles esfuerzos, no habian reunido mas que ochocientos hombres. Ramorino fué el primero que abandonó á sus compañeros antes de haber visto al enemigo : en un dia, Mazzini vió destruirse los resultados de una propaganda de dos años, y durante algun tiempo un silencio completo sucedió en la península á esta corta y estéril agitacion.

Algunos gobiernos supieron por lo menos aprovechar para conjurar nuevas tempestades, algunas reformas, tímidas todavía, pero que causaron en varias partes algunos adelantos.

El rey Cárlos Alberto dió el ejemplo. En 1836, destruyó en la isla de Cerdeña, toda jurisdiccion feudal tanto criminal como civil, alivió á los paisanos de la contribucion por explotacion y trasporte de la sal de las salinas reales, y estableció consejos generales y municipales nombrados por el rey pero que gozaban de una especie de libertad. En 1837 hizo abolir todo servicio personal y revisar todos los préstamos feudales en dinero ó en efectos, y se publicó para toda la monarquía un código que reprodujo cerca de casi todos los principios del derecho frances. Sin embargo, una proteccion ineficaz de los cultos disidentes, una cierta exageracion del poder paternal, una gran severidad contra los desertores, la consagracion de parte de los privilegios de la nobleza y del clero, la igualdad civil herida en varios puntos, la amovilidad de los jueces, el secreto en los procedimientos judiciales, dejaron todavía que desear. Por último, el año de 1842, la administracion de las provincias de tierra firme quedó enteramente regularizada por medio de una nueva division de intendencias generales, ó prefecturas, en tres clases: 1.^o Turin, Chambery, Génova: 2.^o Alejandría, Cuneo, Niza, Novara; y 3.^o Annecy, Casal, Ivrea, Saluces, Savona y Verceli.

Estos cuidados administrativos no fueron los únicos que honraron el reinado de Cárlos-Alberto. Se decretó un camino de hierro desde Chambery á Aix-les-Bains: un puente colocado sobre el torrente de Ússes, puso en comunicacion á Annecy con Ginebra. Génova fué fortificada: puesto allí á la vela un buque de guerra para dar la vuelta al mundo: se fundó una sociedad de agricultura bajo los auspicios de Cárlos-Alberto, que teniendo una reunion cada año y disponiendo de un periódico y fondos bastante considerables, se ocupó de propagar la enseñanza agrícola, fundar buenos modelos, difundir los nuevos inventos, y favorecer por todos los medios el progreso de la cultura, en los hermosos valles de la Saboya y del Piemonte. Y lo que es mas extraordinario aun, Cárlos-Alberto llevó á cabo sus reformas, realizó estos adelantos, sin cargarse de deudas, con una renta anual de setenta á ochenta millones y con impuestos, de los que la mitad no llegaban á resultar á cada individuo á mas de unos diez y siete francos por año.

El gran duque Leopoldo de Toscana y el de Luca habian siempre demostrado tener un carácter bastante liberal. Leopoldo II favoreció la universidad de Pisa, fundó una escuela de agricultura, una quinta modelo, suprimió el presidio, empezó caminos de hierro de Florencia á Pisa y de este punto á Liorna, volvió á emprender la obra secular del desecamiento de las Maremmas, abolió tambien la pena de muerte, y á pesar de las quejas de Gregorio XVI, cerró la entrada en sus estados á los jesuitas. M. M. Hombourg, Baldaseroni y Compini, contribuian á que se ejecutasen estas liberales determinaciones del soberano, y la Toscana, tanto por las costumbres atentas y pacíficas de sus habitantes, cuanto por la bondad de su clima, atrajo multitud de extranjeros. El príncipe de Luca, llegó hasta establecer una guardia nacional en sus estados.

Bastante hábil para distinguir que era lo que podia permitir, y qué lo que debia conceder, el gabinete austríaco se fijó

tambien muy pronto en la pretension de realizar en el Lombardo-veneto los mas grandes progresos compatibles con su dominacion. En 1838, el dia en que se hizo coronar solememente rey del Lombardo-veneto en Moza, el nuevo emperador Fernando, publicó una amnistía general, lisongeó la vanidad de la aristocracia creando una guardia noble y anunció algunas medidas buenas. El instituto de Milan fué restablecido; se fundó uno nuevo en Venecia, y las dos universidades de Padua y de Pavia obtuvieron idéntico favor. El gobierno no pudo evitarse el obedecer á los deseos y á los sacrificios de los ayuntamientos en obsequio de la instruccion secundaria y primaria sobre todo. Se planteó el proyecto de un camino de hierro que debia unir á Milan, Mántua, Verona y Venecia y que hoy dia está acabado en parte: se construyó un puente para aproximar Venecia á la tierra firme. Pero las primeras dignidades del ejército, de la magistratura y de la administracion continuaron siendo de los austríacos. Las dos asambleas centrales de Milan y Venecia y los consejos comunales no tuvieron mas independencia que ántes: el comercio de Trieste quedó siempre favorecido á espensas del de Venecia. La policia y la delacion continuaron á la órden del dia. La libertad individual y la de la prensa fueron siempre palabras huecas.

En la mayor parte de los estados las ciencias exactas y la industria dejaron por lo menos de inspirar iguales recelos. La nacion se aplicó á ellas con cierta inclinacion, y los soberanos las protegieron con la esperanza de separar los ánimos de toda preocupacion política. Durante muchos años, despues de 1838, las reuniones científicas se sucedieron con rapidez en las principales villas, en Turin, Pisa, Florencia, Pádua, Luca, etc. Las mas interesantes cuestiones sobre establecimiento de escuelas industriales, la mejora en la suerte de los obreros, la reforma de las cárceles, la propagacion de la enseñanza en las

clases bajas, la rebaja de los derechos de aduanas, la asociacion de libreros ó establecimiento de una feria de libros como la de Leipsich en Alemania, se presentaron y discutieron allí con tanta inteligencia como buen deseo.

Solo dos estados dejaron de disfrutar de la paz y del progreso, aunque lento, del resto de la península; el reino de las Dos Sicilias y el territorio romano sobre todo.

Fernando II nada hizo de cuanto habia prometido el dia de su advenimiento. Habiendo estallado un motin bastante grave en Siracusa (1837) en la época del cólera, hizo fusilar á cincuenta y cinco personas y aprovechó inmediatamente la ocasion para acabar de hundir las dos administraciones de las provincias de la una y otra parte del Faro. La Sicilia no tuvo mas su constitucion particular, sus magistrados nacionales y su comision representante en Nápoles. Fueron restablecidas las superintendencias en las villas y confiadas todas á napolitanos. Esta unidad administrativa pudo ser por lo menos un beneficio: se hizo de ella no obstante un azote. Fernando no se cuidó mas que de estender á la Sicilia el monopolio del tabaco, de la sal, del timbre y de la conscripcion. Dejó la isla sin caminos, sin instruccion primaria, y la sumió en un sistema de comisiones militares, tribunales de decepcion y de denuncia, que la hizo todavia echar mas de menos su antigua constitucion.

El rey tuvo algo mas cuidado de las provincias napolitanas. Tenia como su ministro Angelo un gusto bastante pronunciado por las letras y por las artes. En 1842, el impuesto sobre los libros se disminuyó en un cinco por ciento. Nápoles se embelleció, y se formó en Castellamare un puerto militar. Una cátedra de agricultura fué abierta en la universidad de Nápoles; agricultores instruidos enviados á diferentes ayuntamientos; y se empezaron caminos de hierro desde Nápoles á Castellamare y á Capua. Pero se descuidó lo principal. Tam-



bien una constitucion legislativa y administrativa hacia falta en Nápoles. Casi todas las tradiciones francesas habian sobrevivido al reinado de Murat. Pero la adulterada práctica de estas instituciones, la mala eleccion en los funcionarios, falseaban enteramente su índole y hacian conocer la viva necesidad de una constitucion política capaz por si sola de asegurar los frutos de una buena legislacion y de una administracion prudente.

El Papa Gregorio XVI hizo todavia menos mejoras en sus estados, apesar de las recomendaciones de muchas de las potencias que habian firmado el memorandum. En 1836 volvió á ocuparse de las concesiones hechas en 1831 á la villa de Bolo-
nia y destruyó el elemento láico introducido en la administracion de esta villa. Durante todo su reinado no tuvo un solo instante de reposo: le era necesario cada año pronunciar sentencias de muerte, de destierro, de presidio ó de cárcel. Amigo de las artes y de las ciencias, hizo reconstruir la Basílica de S. Pablo, á escepcion de los muros, creó un jardin botánico, un museo etrusco, fundó en los últimos años una escuela de agricultura y dos escuelas gratuitas en Roma: pero no quiso oír hablar nada de establecer telégrafos, de caminos de hierro, de recomposicion de carreteras, ni de industria, á fuerza de trabajo consintió el servicio de un vapor en el Tiber. Permitted á sus literatos que asistieran á las reuniones científicas de Italia, aumentó los privilegios del clero y de la nobleza, y hundió la hacienda en un estado que recordaba los dias mas deplorables del gobierno pontificio.

Estadística de la poblacion, de las fuerzas terrestres y marítimas, del comercio, de la industria, de la instruccion pública etc. (1840-45).

La Italia sino bajo el punto de vista político por lo menos bajo el aspecto moral, habia pues hecho algunos progresos há-

cia el año de 1840, si se exceptúan los estados de la iglesia y a Sicilia. En general, no obstante, estaba muy lejos de seguir, ni con mucho, á las principales naciones de Europa y se podía ver en su estado moral y material todavía que se estancaba en vez de progresar. Algunos detalles estadísticos lo prueban fácilmente.

Su población, sus rentas, su ejército, su marina, habían aumentado ligeramente.

La población total de Italia ascendía á unos 24 millones repartidos del modo siguiente: Lombardo-veneto 5.600,000; Nápoles y Sicilia 8.500,000: Cerdeña 4.500,000: Iglesia 2.700,000: Toscana 1.500 000: Parma 465,000; Módena 400,000: Luca 140,000; San Marino 7,800: Monaco 7,000.

Sus rentas llegaban á 400 millones; Lombardo-veneto 150 millones, Nápoles y Sicilia 115 millones, Cerdeña 80 millones, Iglesia 40 millones, Toscana 21 millones, Parma 7 millones, Módena 5 millones, Luca, San Marino y Monaco 1.500,000 francos.

El Lombardo-veneto y la Cerdeña soportaban con bastante facilidad sus cargas, aunque el primero se quejaba con razón de pagar, no en beneficio suyo, un tercio más que las otras provincias austríacas. Los ayuntamientos de la Lombardia se encontraban todavía con 80 millones para emplearlos en obras de utilidad pública; y el rey de Cerdeña en 1845 tenía 50 millones de reserva para dedicarlos á empresas de caminos de hierro. Pero los estados de la iglesia y Nápoles sufrían el peso de los impuestos y de su mala distribución, cosa que sin embargo no impedía que la Santa Sede estuviera en las garras de un déficit que disminuía y atenuaba la cifra de sus rentas.

Las fuerzas militares de la península podían alcanzar á 260,000 hombres de tropa disciplinada. Cerdeña 60,000 soldados, 40,000 de reserva, y 10,000 marineros; el Lombardo-Ve-

neto 60,000 soldados, Nápoles y Sicilia 60,000, Iglesia 16,000, Toscana 8,000, Módena 7,700, Parma 1,800, Luca 750 soldados y 2,000 guardias nacionales: San Marino 40 soldados y 900 guardias nacionales. Entre estas tropas, sin embargo, servían al Papa y en Nápoles 15,000 suizos: 60,000 italianos eran llevados al Lombardo-Veneto para instruirse y servir lejos de su patria. Los dos únicos ejércitos nacionales y completos eran los de Cerdeña y Nápoles, y el primero sobre todo.

La marina del Estado contaba con cerca de 200 buques y 40,000 marinos: Lombardo-Veneto 2 navíos, 10 fragatas, 4 vapores, 74 barcos pequeños y 10,000 marinos: Nápoles y Sicilia 2 navíos, 5 fragatas, 2 vapores, 43 barcos pequeños y 10,000 marinos: Cerdeña 1 navío, 5 fragatas, 2 vapores, 24 barcos pequeños y 10,000 marinos: Toscana y la Iglesia algunos barcos pequeños y muchos vapores.

La estadística industrial y comercial no era del todo desfavorable en ciertos países, aunque no correspondía á la fecundidad y al movimiento, que habían caracterizado á la Italia en la época de su mayor prosperidad: pero en otros, los resultados eran en extremo deplorables.

En el año de 1841, el movimiento comercial en esportacion en la costa veneciana era: 157 buques de gran porte, valor de 5.000,000 fr., y 1320 buques costeros, su valor 16.000,000 fr.; en importacion: 3,059 buques de carrera, 6 grandes costeros, su valor 22.000,000 fr., y 953 costeros pequeños, valor de 5.000,000 francos. El movimiento de Trieste era todavía mas favorable: importacion 868 grandes buques, valor de 70.000,000 francos, y 3,323 costeros, valor de 25.000,000 fr.; esportacion: valor 40.000,000 fr. (grandes buques), y casi otro tanto en costeros. Esta comarca, en efecto, era la mas favorecida.

En el reino de Nápoles, la importacion en las provincias de esta parte del Faro no representaba en 1839 mas que una suma de fr. 45.000,000, y la esportacion de 43.000,000 fr. En

los diferentes puertos del reino se contaba solo que entraban 2,407 barcos de gran porte, y que salían 2,372. En las provincias del otro lado del Faro, la esportacion no alcanzaba mas que á 23.000,000 de fr.; la importacion ascendia á 42.000,000 de fr. El número de buques salientes era de 938, y el de entrantes de 1,569. El movimiento marítimo de la Toscana era, ni mas ni menos, el que debia ser: 548 buques en Liorna, y 245 en la isla de Elba. La importacion era todavía bastante considerable, pero los tratos de los compradores toscanos con el gobierno detenian el desarrollo de la esportacion, que hubiera dado fecundidad á aquel hermoso pais.

Los estados de la Iglesia estaban aun peor distribuidos: no contaban mas sobre la costa occidental que un movimiento de 169 pequeños barcos, y 1,065 en el Adriático: la importacion representaba, en general, la suma de 92.000,000 de fr., y la esportacion 31.000,000 solamente.

Fenómeno mas singular era la disminucion bastante notable del movimiento comercial en la villa de Génova, único puerto considerable de uno de los estados mejor organizados. De 1827 á 1835, la recaudacion de la aduana habia disminuido de 6.524,016 fr. á 5.636,471 fr. En el año 1819, el número de buques sardos que venian á su puerto, ascendia á 6,225, el de los extranjeros á 1,117: en 1838, el número de los primeros estaba reducido á 1,826, y el de los segundos á 958.

Era de notar, que en todos los paises la importacion escedia á la esportacion. Sin embargo, la Italia abunda en riquezas vegetales y minerales: los granos, el arroz, el maiz, el trigo de las riberas del Pó, el tabaco, el maná, la rubia de Toscana, árboles de todas clases, desde el castaño, el nogal y la parra, hasta la palmera; desde el aloe, el naranjo, el limonero, la higuera, el alhócido y el algodouero, á la caña de azúcar: por último, los mármoles de Vicencio y de Carrara en jaspes; el amarillo de Sienna; alabastros, porcelana, azu-

fre, alumbre, el ácido bórico; todo ello podría haber producido mas, con mejores disposiciones.

Elementos para la industria no faltan en la península, pues producen anualmente 12.000,000 de libras de seda bruta; Lombardía, Venecia y Tessin, 7.000,000; Piamonte y Génova 2.000,000; Nápoles 1.200,000; estados de la Iglesia 800,000; Parma, Módena y Luca 550,000; Toscana 300,000; las nueve décimas partes de este precioso producto se esportaban. Solo en el Lombardo-Veneto, habia hácia el año 1840, 320 fábricas de seda, y mas de 3,000 telares de la Jacquart: en Toscana mas de 200 fábricas, de las cuales, una, de la que era dueño un tal Matteoni, contenia 800 telares; en el reino de Cerdeña, en Génova principalmente, se contaban 590 telares.

Despues de las fábricas de seda, las de lana, las de algodón y las de papel, son las mas numerosas é importantes. En el Lombardo-Veneto, existian 292 fábricas de telas de algodón y de lana, 548 de lienzo; en Toscana 97 fábricas de papel y 112 de telas de lana. En el reino de Cerdeña 312 fábricas de algodón, y 62 de lana. En el reino de Nápoles, el número de manufacturas se habia aumentado desde 1824, pero muy poco: entre las demás industrias, puede contarse la de paja trenzada de Toscana, y la de las joyas de coral en Nápoles y Génova.

Los estados de la Iglesia, bajo el punto de vista de la industria, eran los mas atrasados: 394 fábricas de todas clases, que ocupaban solo 6,310 obreros, apenas se sostenian con trabajo en Roma: las manufacturas de seda de Bolonia y de Perugia eran muy inferiores; las de lana en Espoleta y en Pergola, se hallaban en mal estado; el gobierno romano, al principio, las habia alentado con primas, pero estas se suprimieron bien pronto. Industrias, en otro tiempo florecientes, como la de velas de Bolonia, que ocupaba 12,000 obreros, las fábricas de seda de Rimini, que ocupaban 1,000 telares, se habian hundido completamente.

De este modo el Lombardo-Veneto merced á haber conservado la antigua organizacion comunal , á sus muchos rios y á sus adelantos en la direccion de las aguas, gozaba una prosperidad mas que suficiente, considerando su situacion política, aunque nunca se pudo comparar la actividad de los puertos de Venecia y Trieste á la que en otro tiempo distinguia á la república de Venecia sola. El Piamonte habia hecho en agricultura algun adelanto , ya que Génova habia perdido mucho en sus relaciones comerciales y de su importancia en el Mediterráneo. Pero la Toscana no conservaba en nada la prosperidad de que habia gozado en la edad media ; sus antiguos trabajos de terraplen se destruian : su produccion habia disminuido : la actividad industrial y comercial de las villas de Florencia y de Pisa no era comparable á lo que habia sido en la época de su esplendor : la Maremma se hallaba muy lejos de estar vencida ya. En el reino unido de las Dos Sicilias era mucho peor. La isla , antiguo granero de Italia , estaba reducida á un extremo miserable : su poblacion escasa y pobre , pero bastante inteligente para comprender su degradacion, erraba en medio de los despojos de dos grandezas caidas y de campos incultos y llenos de lagunas : algunos escasos rebaños de carneros ocupaban lo restante. Sin el azufre , el oro de la Sicilia del que el gobierno habia hecho un monopolio , la Sicilia hubiera estado casi sin comercio. Los campos mal sanos y abandonados , sin árboles y sin cultivo , solo los alrededores de Roma podian presentar un aspecto mas triste.

Lo que entorpecía la natural riqueza de Italia y la actividad de sus habitantes , era el exceso de proteccion , la escasez de capitales y de vias de comunicacion ; la division de los estados , la multiplicidad de aduanas particulares , y la variedad de pesos , medidas y monedas. Los gobiernos llenos de avaricia no comprendian su propio interés y sostenian en una tarifa muy elevada los impuestos de entrada y salida. El éxito

de las empresas, era demasiado problemático para que los propietarios ricos se atreviesen á comprometer en ellas parte de su fortuna. Las comunicaciones con el exterior é interior eran difíciles: los Alpes transitables por muchos puntos eran todavía sin embargo un obstáculo. Italia posee muchos y buenos puertos: las florestas de los Alpes y de los Apeninos pueden asegurarla una buena marina: no obstante, casi todas sus producciones eran y son todavía espedidas bajo pabellon extranjero en las comarcas lejanas. Las vias por tierra son aun escasas ó se hallan en mal estado, sobre todo en los estados de la Iglesia, Nápoles y la Sicilia, los caminos de hierro son todavía una escepcion. En 1845 el rey de Cerdeña tenia el proyecto de unir Chambery á Turin por medio de un camino de hierro que diera la vuelta al monte Cenis: el rey de Nápoles el mismo año queria hacer dos caminos desde Nápoles por Fermoli á la provincia de Molisa y por Lecci á la tierra de Otranto. Los Apeninos estaban francos, el mar Adriático unido al reino de Sicilia: aquello no fué otra cosa que un proyecto.

Las fracciones políticas, la variedad de pesos, medidas y monedas, y la multiplicidad de aduanas, no solo de estado á estado, sino hasta de villa á villa, eran aun mas funestas. Desde Milan á Florencia, en un espacio de ciento cincuenta millas italianas, era preciso pagar ocho derechos de aduanas; de Bolonia á Luca siete, en el espacio de ciento veinte y tres. Tambien la península era la tierra clásica del contrabando, principalmente Nápoles y los estados de la Iglesia; el antiguo bandido se habia hecho contrabandista. Tenia muchos elementos de éxito contando con su atrevimiento, en la disposicion topográfica del pais, en lo pesado de los impuestos y en la complicidad de los empleados demasiado mal retribuidos.

En 1843, el establecimiento de una tarifa uniforme para toda la carrera del Pó, pareció indicar que el Austria y el Piemonte querian entrar en una nueva senda. La idea de una

asociación aduanera, brotó por un momento en Italia. La configuración material de la misma, la unidad religiosa, la del idioma y de las costumbres, parecía deber hacer el asunto muy fácil; pero la susceptibilidad natural de los otros estados, en frente del Austria, que posee la más rica y poderosa parte de la península, hizo que se abandonara. Se temió el pagar con una esclavitud completa el logro de algunas mejoras materiales; ni aun se obtuvo la unidad de pesos, medidas y monedas.

La estadística moral de Italia hacia 1840 y 1845, presentaba también algunos adelantos, pero todavía más vacíos. El número de crímenes y de delitos no había disminuido mucho. Había seguido casi la progresión que había tenido la población; un poco menos en la Lombardía y en Toscana, y un poco más en los estados de la Iglesia y reino de Nápoles. El número de crímenes contra las personas, los asesinatos, costumbre tradicional en la península, tal vez había disminuido ligeramente; pero los atentados contra la propiedad, los delitos, habían corrido una escala de progresión ascendente. Los crímenes que se dejaban impunes por no conocerse su autor, eran siempre en número muy considerable; el despotismo del gobierno, la arbitrariedad de la justicia, alimentaban esa preocupación que hace creer que un simple testimonio delante de los tribunales es una denuncia.

Hacia algunos años que la generosidad de los particulares, arrastraba tras de sí la de los gobiernos; habíase hecho en ciertos puntos mucho para aliviar las miserias y la ignorancia del pueblo estableciendo hospitales, asilos, casas para trabajar, cajas de ahorros y sobre todo, escuelas públicas; pero todavía quedaba que hacer más.

El reino Lombardo-Veneto, sobre todo, parecía estar en primera línea, bajo el punto de vista de la instrucción pública; se contaban allí en 1841 para la instrucción primaria, más

de 100 escuelas principales, y casi 3700 ordinarias para niños, y 1700 para niñas; sin embargo aun así, la tercera parte de los muchachos, y las dos terceras de las niñas, en edad de aprender á leer y á escribir, no gozaban de este beneficio. La instruccion secundaria, dividida en *Gimnasios*, que comprendian seis años de estudio y en *Liceos*, que comprendian dos, contaba casi unos 6000 colegiales en los establecimientos del estado, y 2300 en los particulares ó privados. Las dos universidades de Pavía y de Padua, contaban cada una de ellas unos 1500 estudiantes: la instruccion primaria en todos los puntos en que los ayuntamientos habian podido sufragar los gastos del establecimiento de una escuela. Por desgracia la desconfianza del gobierno central, quitando á la enseñanza toda libertad, y toda originalidad, paralizaba estas instituciones; además de las universidades, donde los profesores nombrados por el gobierno, enseñaban por textos espedidos en Viena, hasta á las escuelas primarias, y en donde los deberes de los súbditos hácia su soberano eran comparados en el catecismo austríaco á los de los *esclavos fieles* para con su *amo*.

En 1840 una nueva ordenanza sobre la instruccion pública habia hecho dar un gran paso al reino de Cerdeña que contó bien pronto cerca de 300 establecimientos bastante importantes de instruccion: se adoptó un plan de estudios mas liberal, se dió mas cabida al elemento laico, y la ley de la ignorancia de 1842, cayó en desuso: sin embargo, mucho habia que echar de menos en la instruccion primaria especialmente en la isla de Cerdeña.

Pero la Toscana, el reino de Nápoles, y los estados de la Iglesia á pesar de algunas tentativas, causaban todavía vergüenza á la Europa civilizada. Al lado de las dos universidades de Pisa y de Sienna que contaban 650 discípulos, y escuelas secundarias tambien bastante florecientes, la Toscana de 284,000 niños en edad de adquirir educacion, solo contaba en

1843, 23,300 que estuvieran disfrutando la enseñanza primaria. Después de la universidad y algunos establecimientos de Nápoles, el reino no tenía todavía en 1840 más que 4 Liceos en Salerno, Catanzaro, Bari y Aguila. De cada 100 habitantes en 1836, según decía el intendente de la provincia de Molisa, no se encontraba más de uno que supiese leer. En Sicilia estaban todavía peor. El rey Fernando había por fin en 1840 ordenado el establecimiento de una universidad en Palermo. En los estados de la Iglesia después de los grandes establecimientos universitarios de Roma y de Bolonia, no se encontraban escuelas públicas más que en las grandes villas, en Perugia, Spoleta, Ancona, etc. En las campiñas la ignorancia en la lectura era general allí. En Roma misma había todavía cuarteles ó barrios á donde no llegaba la instrucción primaria, pudiéndose calcular como el de 15 por 100 el número de los que no sabían leer.

Recrudescencia liberal y revolucionaria en Italia: insurrecciones de Rimini y de la Calabria (1843-1846).

Semejante situación no podía menos que preocupar en Italia los ánimos ilustrados y los corazones generosos. Estos progresos lentos pero sensibles, aquellos sucesos más grandes aun, fijaban de nuevo la imaginación de los italianos en la situación política de su patria. La falta de unidad, la carencia de un centro de acción y de vida, la injuriosa dominación extranjera, la ausencia de instituciones políticas, se hallaban después de dos años de opresión más palpitantes que nunca, pero nunca se oyó tampoco nada acerca de poner un remedio al mal.

Unos aterrados del ascendiente austríaco que representaba hasta cierto punto el progreso material y no dejaba de vanagloriarse de ello, pensaban oponer en el Papa el principio

guelfo al nuevo imperio austríaco: otros se alejaban con horror de un poder que tenía en sí todos los horrores y los vicios todos del despotismo y que dejaba á sus pueblos en el mas miserable estado moral y material. Aquí, se pretendia no abogar por los derechos de la Italia mas que por medio de las palabras y no obtener la victoria en su causa sino á fuerza de paciencia y resignacion: allá, no se tomaba consejo mas que de la desesperacion y estaban prontos á intentarlo todo.

Genios distinguidos y escritores brillantes representaban este movimiento efervescente: el profesor Montanelli solicitaba que Leopoldo II añadiese á la dulzura de su gobierno el beneficio de instituciones constitucionales y libres. Un filósofo de profundo misticismo, M. Gioberti, el año 1843 en su libro *Del primato morale é civile degl' Italiani* queria reconciliar la Iglesia con la libertad para hacer que penetrase el espíritu político y nacional en las masas. El no veia mas salvacion para la Italia que en la unidad espiritual, en una confederacion de estados teniendo al Papa por presidente y árbitro; y en su libro titulado *El Jesuita* pretendia sacar la *Santa Sede* de su antiguo paso y acomodar al soberano pontífice á las necesidades del siglo. El conde Balbo, en su *Esperanza de Italia* buscaba en la capital, reconciliar los príncipes con el liberalismo, esperando de su generosidad las constituciones que se les habian querido arrancar á la fuerza. Por fuera, ponía su esperanza en las instituciones militares del Piamonte y en la reconciliacion de los pueblos con sus príncipes: él codiciaba la Lombardia para la casa de Saboya, pero se resignaba á esperar que el Austria tuviera ocasion de indemnizarse en Turquía. Menos místico que Gioberti y menos político que Balbo, carácter independiente y moderado. Mamiani, desterrado desde 1831, intentaba volver el valor á sus compatriotas difundiendo los principios de una filosofía que formara un compromiso entre la razon y el sentimiento y entre la ciencia y la fé.

Dos poetas, tiradores mas atrevidos y arriesgados, atacaban á la vez á guelfos y gibelinos: Nicolini, en su tragedia de *Arnauld de Brescia* ensalzaba al primer tribuno de Italia, al enemigo de los Papas, al fundador del principio republicano, quemado en Roma en momentos de una tregua por el Papa Adrian IV, y el emperador Federico Barbarroja. El anónimo toscano Felipe Giusti en sus cantos, en sus versos clandestinos, preguntaba al Dante si le pesaba todavia que Cesar hubiera abandonado los jardines del imperio. ¿Si la Italia está muerta, respondia el Lamartine, que quieren esos ejércitos que velan sobre ella de dia y de noche? ¿Es para impedir que se despierten los muertos que Alemania manda que sus soldados acampen en Italia? ¿Es que los esqueletos de nuestros padres asustan al heredero de los Césares? Mas atrevidos todavia los comités de los desterrados en Malta y Lóndres resucitaban la *Jóven Italia*. Mazzini formulaba decididamente su programa religioso, político y social. Reemplazaba el catolicismo por una especie de theofilantropía de la que *Dios* y el *pueblo* eran los dos términos: pretendía reconstituir á Italia por la unidad y la centralizacion en un república indivisible y democrática de la que seria el centro, Roma. Despues de la Roma de los Césares y la Roma de los Papas, él anunciaba el advenimiento de la Roma del pueblo.

Ciertos rumores de guerra entre Francia y Europa en 1840, bastaron á provocar ya conflictos en varias partes. En 1841, la villa de Aguila, en el reino de Nápoles, vió presos cincuenta de sus hijos y á cuatro fusilados. En 1843, la efervescencia era general en los estados romanos y en las Dos Sicilias. En el momento de obrar, las Calabrias permanecieron inmóviles. Algunos jóvenes de los mas atrevidos de Bolonia, se lanzaron á la pelea á pesar de la contraórden, y fueron sofocados por los carabinieri pontificios. Las tropas suizas en la Rumania, la guarnicion austríaca en Rovigo y en Ferrara, recibieron re-

fuerzos. Se establecieron en Nápolos y en los estados romanos comisiones militares que obraron con tal crueldad, que provocaron nuevos motines. Los hermanos Bandiera, en 1844, hijos de un almirante austríaco, con algunos marinos italianos, intentaron recorrer las Calabrias: fracasaron también y pagaron su arrojo con su cabeza.

Las persecuciones de la policía obligaron en la Romania á los ciudadanos mas notables de la comarca, á huir y ocultarse en los Apeninos, retirada habitual de los bandidos. Cogidos con trampa como animales feroces y en bastante número, tomaron el partido desesperado de apoderarse de Rímini y dirigir á la Europa una solemne protesta en la que se contentaban con denunciar, en medio del mas profundo dolor, el olvido del memorandum de 1831, como la causa de todo el mal. Este manifiesto sirvió á estos desgraciados lo mismo que la toma de Rímini: arrojados bien pronto de su conquista, obligados á huir al territorio de Toscana, fueron todos entregados á las iras pontificales por el gran duque, que estaba obligado á ceder á las exigencias de la diplomacia.

El Papa Gregorio pudo terminar en paz su reinado: la defensa aunque enérgica inútil, de algunas pobres religiosas martirizadas por el César, agitó únicamente sus últimos momentos. Las heridas de Italia parecían sin embargo pedir remedio con mas fuerza que nunca. M. d'Arzeglio, noble piemontés, en sus *Ultimi casi di Romagna* tomaba en 1846 la defensa de los insurgentes de la Romania, cuyas llagas habia sondeado él durante un largo viage de muchos meses. « Eran, decia, unos hombres que no tenian mas que un puñado de tierra para fijar el pié y que siempre estaban en vísperas de perder la libertad ó la vida. » « Tal como es, decia el venerable Cino Capponi en mayo de 1846, el gobierno romano no puede regir el estado, porque se halla reducido por necesidad de su propia naturaleza á temer toda clase de reforma y á impedir

toda especie de mejora.—En semejante estado, que es el actual, se diría que la justicia está en pugna con la religion. » Los jóvenes escritores toscanos Galeoti y Canuti, espresando todos sus vehementes deseos de reformas, conjuraban los pueblos á que tuvieran paciencia y amonestaban á los príncipes á que hicieran algo. Respetando generalmente la autonomía de cada estado, estaban sin embargo conformes y acordes en la idea de que el Papa en los estados de la Iglesia, cesase de *governar* para contentarse con *reinar*. Menos confiados los ardientes afiliados de la *Jóven Italia*, trabajaban en secreto para realizar su pensamiento de la unidad absoluta y democrática de la península.

Tal era pues en 1846 el estado de la Italia. Los soberanos, ó no hicieron nada ó no hacian bastante por sus pueblos. El terror era casi el único resorte del gobierno. En la nacion, la aristocracia y los mayores contribuyentes se lastimaban de su inferioridad y de su esclavitud, sufrían de ver al extranjero mirar su pais como un museo histórico y una tierra de descanso y de convalecencia: de nada servia que la Italia fuera la reina de la música por sus buenos maestros y hábiles músicos. Ellos todos se concentraban en el pensamiento de unir todos los elementos fuertes del pais, la religion, los príncipes y los pueblos, empararlos en el sentimiento de la concordia y de la confianza y encaminarlos al doble fin de la libertad y de la independendencia. Agriadas por la opresion y por la miseria, en los estados de Roma, en las Dos Sicilias y en todas partes mas desarrolladas que en la epoca de la primera revolucion, las masas tenían menos confianza en sus soberanos, menos fé en la moderacion y en la paciencia: escuchaban con mas gusto los consejos que les llegaban desde el destierro y que les colocaban en contra de sus señores: pero ellas estaban tambien dominadas de una vaga necesidad de independendencia: sin darse de ello cuenta deseaban, esperaban algo. De este modo pues, la Italia emigrada no estaba

de ningun modo en completo acuerdo con la Italia que habia permanecido quieta, las clases elevadas con las masas, el liberalismo y el radicalismo, se batian en frente del despotismo viviente. No obstante, todas estas divergencias de ideas y de pasiones, asi como las antiguas rivalidades provinciales, empezaban á refundirse en un sentimiento mas vehemente: el odio al Austria verdadera y única señora de la península. El liberal y el demócrata, lo mismo que el piemontés y el toscano, el romagnol ó el siciliano, estaban conformes en el deseo de quitar del pais al emperador, ó á los príncipes que por su conducta no eran mas que sus protegidos ó sus instrumentos. El sentimiento italiano nacional, ocultaba, absorvía todos los demas. En medio de estas circunstancias fué cuando apareció el Papa Pio IX.

CAPITULO XXI. (5)

REVOLUCION CONTEMPORÁNEA.

Pio IX; reformas (Junio de 1846--Octubre de 1847).

Con mas ansiedad aun que la de costumbre, la multitud agrupada en la plaza del Quirinal miró el dia 14 de junio cerrar y tapiar en su presencia las puertas del Cónclave. Puede decirse que estaban aguardando Italia y Europa. Tenian allí que repararse en el estado romano torpezas y desórdenes inmensos, y la efervescencia de Italia ya en el último extremo, preocupaba á todas las potencias. ¿Los miembros del sagrado colegio en su mayor parte estraños á los negocios y nombrados por Gregorio XVI, comprenderian toda la importancia de

su deber? El embajador francés Rossi, italiano desterrado, como Moratin en 1819, y despues ciudadano de Ginebra, profesor en Paris y por último par de Francia, hizo cuanto pudo para inspirar á los cardenales una determinacion feliz. «Queremos, habia dicho M. Guizot, presidente del gabinete francés, un Papa italiano que comprenda el espíritu de su siglo y conceda al pueblo las reformas que necesita.»

Cuando se oyó proclamar desde la altura del balcon (17 junio) el nombre del cardenal Mastai Ferreti, una inmensa aclamacion de júbilo saludó al nuevo elegido. Algunos dias despues, al tomar posesion Pio IX segun el antiguo ceremonial, de la venerable Basilica de S. Juan de Letran, una fiesta prodigiosa, sorprendente, que improvisaron los romanos por si mismos, atestiguó que no era únicamente la coronacion de un Papa, sino un acontecimiento nacional, italiano, lo que entusiasmada Roma celebraba.

Mastai Ferreti, despues de haber querido entrar en guardias nobles en 1815, se habia hecho cura en 1818. Enviado á las misiones en 1823 á Chile, donde propagó la fé católica, fué encargado á su vuelta de la direccion del hospicio apostólico de S. Miguel. Su celo le valió bien pronto el arzobispado de Spoleta en 1827, el obispado de Imola en 1832, y el capelo de cardenal en 1840. Frisaba en los cincuenta años cuando fué elegido Papa. Lo que le habia distinguido en todos sus destinos habia sido sobre todo su caridad, su dulzura y su claro talento. Se creia pues que el nuevo Papa sabria dirigir su vista hácia la tierra, y que acomodaria sus deberes religiosos á las necesidades de su época. «Seria elevar la majestad papal por encima de los intereses de los partidos, decia el cardenal Attieri al proponerle al sagrado colegio, colocar en la silla de S. Pedro un prelado cuya vida ha estado consagrada á la gloria de la religion y al alivio de la humanidad.»

Pio IX á su vez pareció responder á las esperanzas que ha-

bia hecho concebir. El 1.º de julio, licenció sus cuatro mil suizos, milicia aborrecida de los romanos y que algunas veces se había escedido en el castigo. El pastor de las almas y el soberano de Roma no quería ser guardado por extranjeros.

El 15 ordenó abrir las puertas de todas las cárceles, y mandó á los habitantes de la Romanía, promesa formal de próximas mejoras administrativas. El 15, una repentina iluminacion en Roma, dió las gracias y ánimo al pontífice, y al dia siguiente un decreto general de amnistia llamó á todos los desterrados que habían prometido por escrito no abusar del perdon. Aquel mismo dia y durante una magnífica noche de estío, el Papa distraido de sus fecundas vigiliass por la alegría y el reconocimiento de todo el pueblo romano, se vió obligado á darle al resplandor de las luces, una bendicion que nunca ninguna fué recibida con tanta emocion.

Hasta entonces aquellos no eran mas que regalos propios en celebridad de su advenimiento. El estado romano reclamaba medidas mas sérias, reformas esenciales «pero, como escribia Rossi, ya el surco estaba hecho.»

Pio IX el 8 de agosto, eligió para secretario de estado al cardenal Gizzi, verdadero representante de las ideas liberales, en el sagrado colegio: y por consejo suyo, cambió los cardenales de las legaciones, disminuyó los gastos de la córte, impuso al clero, y nombró una comision de jurisconsultos para la reforma de las leyes civiles, criminales y penales de los estados romanos. No cabia duda que con todo ello comenzaba una nueva era para Italia. La palabra de la vida había caido esta vez del Vaticano. Todos los ánimos, todos los corazones se inclinaron en favor de Pio IX. La Santa Sede quedaba relevada de la sentencia lanzada contra ella por Cino Capponi: Pio IX parecia ser la personificacion viviente del pensamiento de Gioberti: la religion unia al movimiento á las masas de or-

dinario indiferentes ú hostiles, y la península podia esperar renacer por fin.

Bajo esta unanimidad aparente, impresa por un momento en todos los ánimos se ocultaban, sin embargo deseos y necesidades de diversa naturaleza. En primer lugar y á lo que nadie se atrevia á contestar ni aun entre los retrógrados, era á la necesidad de ciertas reformas de mejoras administrativas judiciales y materiales cuya carencia colocaba á la Italia por bajo de todos los pueblos. Los soberanos no retrocedian ante estas reformas mas que por temor de quedar obligados á conceder mas. Pero la aristocracia, y los mayores contribuyentes muy ilustrados en Italia, y penetrados de sentimientos liberales, no se detenian aqui: ellos miraban las reformas como un camino que se dirigia á las instituciones políticas constitucionales que les habian de dar la legítima parte de influencia que por sus luces y riquezas merecian. Por último, el instinto nacional, aunque ciego, de las masas, veia al fin del movimiento y como último resultado la lucha contra el extranjero, contra el austríaco y la conquista de su independencia: y si esto no podia conseguirse sino sacrificando á los soberanos y uniendo á la Italia entera en un solo estado, no retrocedian, algunas cabezas ardientes al menos, delante de esta suprema y última lucha: lejos de alli, la union de la península desde la cumbre de los Alpes al golfo de Tarento, aparecia como el fin superior y último de todos los esfuerzos, la utopia deseada y realizable quizás, el verdadero y definitivo porvenir de la Italia.

Pio IX tenia el corazon y el pensamiento demasiado elevados para comprender la conducta que convenia seguir en medio de estas circunstancias: pensaba realizar progresivamente en su terreno, y hacer que se secundara en la península, lo que estaba en la medida del tiempo, y á no dejarse arrastrar mas allá. «Nos son necesarios diez años, decia él, para hacer

que penetre el génio nacional y político en las masas.» El trabajó para ello desde los primeros dias con su ministro Gizzi, preguntó á los cuerpos municipales y eclesiásticos cuales fueran los medios mas oportunos para mejorar la educacion popular: sustituyó comisiones encargadas de examinar el estado de todos los ramos de la administracion, pero tuvo cuidado de evitar todavía tocar á nada de lo que conducia directamente á la política.

El respeto y las simpatías de la opinion general sustentaban y alentaban la obra de Pio IX. A imitacion suya, los demas soberanos entraron por la senda de las reformas. El rey Cárlos-Alberto á fines del año 1846 estableció en las escuelas de derecho, cátedras públicas de historia, de la jurisprudencia, de enciclopedia del derecho y de filosofía. La impopular administracion de M. de la Margherite se vió obligada á hacer algunas concesiones. El gran duque de Toscana formó una comision para reorganizar la enseñanza, y fundó desde luego una escuela normal teórica y práctica. El gobierno de Parma dejó á sus municipios protestar contra los jesuitas. El duque de Luca suprimió los establecimientos de juego: pudo esperarse algo del advenimiento de Francisco V en Módena.

Los que deseaban para la Italia mas que reformas, lo ocultaron desde luego delante de Pio IX como para no turbarle en nada. En la pensativa universidad de Pisa (Pisa cogitabunda) impregnada enteramente de las doctrinas de Gioberti, el político Montanelli no quiso que se hablase todavía nada de constitucion: el impulso reformador venia de Roma y él deseaba nuevamente que se adhiriese el programa romano: «Mas valen, dijo él, tres pasos con Roma que cuatro sin ella.» En Turin M. Balbo rehusó la que él llamaba política de los utopistas y de los revolucionarios, y M. Petitti hizo saber en la *Revista politica* que en el piamonte solo se pensaba en permanecer en la senda de útiles progresos por la que el gobier-

no acababa de entrar. Desde Lóndres el mismo gefe de la *Joven Italia*, Mazzini, escribió al Santo Padre como para abdicar en sus manos. En su libro de *la Italia en sus relaciones con la libertad y civilizacion modernas*, consideró la iniciativa del Papa como el principio de una nueva era, y Ricciardi uno de sus adeptos se mostró de su opinion en sus *Conforti all Italia*. En Francia la oposicion constitucional por boca de Mr. Thiers animó al Santo-Padre, y M. Guizot intentó únicamente moderar el movimiento para afirmarlo mas, si es que se le ha de creer á él. El embajador inglés, Lord Minto, se mostró mas ardiente partidario, pero se desconfió de sus auxilios y escitaciones.

Lo que faltó á Pio IX fué prontitud para resolverse y el ausilio de hombres prácticos en asuntos de estado, que hubieran puesto en práctica las inspiraciones de su corazon. Necesitaba, despues de haber proclamado la caída del antiguo sistema de gobierno, reorganizar inmediatamente el nuevo, y hacer, á continuacion, sentir los beneficios para tener derecho á rehusar el cumplimiento de pretensiones todavía prematuras. Se habia descartado de los instrumentos del despotismo: la justicia arbitraria, y el ejército suizo: le era necesario crear inmediatamente los de un gobierno liberal, reorganizar los tribunales, formar un ejército romano y armar la guardia nacional. Las maquinaciones secretas de la faccion retrógrada que empezaba á espantar la conciencia de Pio IX, la impaciencia de las masas, cuyas pasiones, sofocadas por tanto tiempo, fermentaban ya, hacian de ello un deber imperioso. Por un lado, los hombres y las clases que tenian interés en los abusos, imploraban el apoyo del Austria: por el otro, el ódio al extranjero renacia con doble vigor.

El 5 de diciembre de 1846, se vieron iluminados los Apeninos al resplandor de hogueras nocturnas, desde un extremo al otro de la Italia. El antiguo grito nacional « fuera los bár-

baros » *fuori i barbari*, estaba á cada paso estampado en las murallas, ó se escuchaba en las reuniones políticas.

Pio IX dudó ó tropezó con obstáculos invencibles: no hizo nada casi entonces que los dias eran años, y dejó á los ánimos italianos tiempo de exaltarse. Necesitó que, con motivo de la escasez de granos, estallaran algunos motines en Bolonia y en Ferrara, para decidirse á organizar la guardia nacional únicamente en aquellas dos villas. De caridad inagotable y amigo de la ilustracion, socorrió las poblaciones miserables de Roma, agobiadas por un largo invierno, y ordenó la restauracion de la universidad de Bolonia. El 23 de diciembre, en su encíclica, la Religion habló un lenguaje de grave mansedumbre y lleno de uncion y de dulzura, que tocaba directamente al corazon de los hombres del siglo: pero en vano fué que cada dia recibiera el Papa nuevos motivos de estímulo. No podia salir, sin encontrarse con una multitud, ébria de gozo, que le gritaba por medio de sesenta mil bocas: « Valor, Santo Padre; confiad en vuestro pueblo. » Por la primera vez el sucesor del Apóstol recibió entonces los homenajes de los representantes de las repúblicas de América y del Sultan Turco. Nada decisivo se hizo, sin embargo.

La acción política del Papa apareció sujeta, fuera mala voluntad, ó fuera impotencia, por sordas y confusas dificultades. Las comisiones nombradas para la reorganizacion del ejército, creacion de establecimientos agrícolas, aumento de escuelas primarias etc., á la primavera de 1847, nada habian hecho, á escepcion de una modificacion provisional y de todo punto incompleta en la organizacion de los tribunales. El 19 de abril de 1847, únicamente, esto es, despues de diez meses de reinado, el Papa indicó el propósito de elegir los habitantes mas notables de las provincias, para formar un cuerpo consultivo, encargado de concurrir con él á la constitucion de las leyes del estado. El 15 de mayo, á duras penas arregló

la libertad de imprenta : el 31 , prometió solamente la formación de la guardia cívica y el establecimiento en Roma de un senado , encargado de la administración comunal. Se hablaba de una unión aduanera , que podía conducir á una alianza política entre la Santa Sede , la Toscana y la Cerdeña : nada se llevó á cabo. Una multitud de intereses , de abusos y de procedimientos , sancionados por el tiempo , y un ejército de funcionarios de todas clases , que combatían , por no perder su posición , y que Pio IX no tuvo valor para destruirlos , defendieron el terreno , palmo á palmo , con una invencible perseverancia.

A mediados de 1847 , se podían ya divisar los peligros de estas dudas : el embajador francés , M. Rossi , procurando en todo por el Austria , empujaba al Papa á que determinase claramente la realización de sus reformas , á que las hiciera á su tiempo , y no aguardar á que se las arrancasen , para poder en seguida , si le convenía , resistir con fuerza : á este precio le prometió el apoyo del gobierno francés. Un ilustre theatino , el venerable padre Ventura , que aprovechaba todas las ocasiones que encontraba de prestar al Papa el auxilio de su poderosa palabra , no temía gritar : « Si la Iglesia no marcha con los pueblos , los pueblos no se detendrán , pero marcharán sin la Iglesia , fuera de la Iglesia , contra la Iglesia. » Las manifestaciones que se habían hecho mas frecuentes por la llegada de los desterrados , y dirigidas generalmente por un tal Ciccervachio , cochero y barquero , que se había convertido en una especie de personage , tomaron un nuevo carácter. No fueron mas la expresión espontánea , viva y natural de la opinión pública. Entusiastas y ardientes cuando el Santo Padre hacía aun algo , se convirtieron en frias y amenazadoras cuando se sospechó que se detenía ante las resistencias de los retrógrados. Este solo fué un medio de pesar sobre la Santa Sede , y de arrastrarla tras sí. El *motu proprio* del 12 de julio contenía

todavía mas promesas que realidades, y espresaba la voluntad del Santo Padre, de guardar intacto el depósito que le habia sido confiado: una manifestacion de este género se organizó el 15. Pareció la tal tan peligrosa al cardenal Gizzi, que al dia siguiente prohibió la repetición de aquellas *dimostrazioni in piazza*, que amenazaban la seguridad pública y la libertad del Santo Padre: prohibición, que al realizarse alguna de las promesas, por tanto tiempo esperadas, fué reemplazada con ventaja.

El Austria estaba amenazada en el Lombardo-Veneto por el movimiento liberal: ella no perdió tiempo. Desde principio de año, habia aumentado sus tropas y reforzado sus guarniciones en Italia. El 29 de junio dirigió al Papa una nota bastante severa para comprometerle á no favorecer de modo alguno un movimiento que él luego no podria detener. Un mes ó menos despues, Cicervacchio descubrió una conspiracion que debia estallar el 15 de julio en el momento en que la multitud se reuniera para ver los fuegos artificiales en la plaza del Pueblo. Se acusaba en ella á un cierto coronel Freddi, tristemente célebre en la Rumania, y hasta al cardenal Lambruschini y al director de la policia Grasellini, que pasaban por gefes del partido retrógrado.

La guardia nacional cuya organizacion habia sido decretada pero no efectuada desde el dia 5, se formó por sí misma: la gente moderada toda se armó y salió á la calle, dirigida por los Rospigliosi, los Borhgesi y los Aldobrandini. Ellos detuvieron una colision que habria podido ser sangrienta entre los exaltados y sus adversarios. El cardenal Gizzi á quien se tachaba de irresoluto presentó su dimision: Ferreti, cardenal mas decidido, enteramente inclinado al Papa y querido de los liberales, le sucedió. Pero al dia siguiente 16, se supo que por una fatal coincidencia, los austríacos habian aumentado con mil doscientos hombres su guarnicion de Ferrara, y algunos

días después se difundió la noticia de que no contentos con ocupar el castillo se habían apoderado bruscamente de las puertas de la villa ocupada por la guardia cívica.

El cardenal Ferreti, protestó enérgicamente y fué apoyado por el rey de Cerdeña y el gran duque de Toscana. La cuestión no era únicamente administrativa y pontifical, era política é italiana: el movimiento se precipitó singularmente por este acto del Austria. Gracias á los discursos y á las enredosas maquinaciones de los desterrados, se empezó á acusar, no la voluntad pero sí la debilidad de Pio IX; se hizo creer que la adquisición de las constituciones liberales sería el medio más seguro para obtener y garantizar las mejoras y reformas: se hizo entrever ya que la libertad no podría ser asegurada sino conquistando de antemano la independencia, y para este fin se hicieron los preparativos. La revolución entró en su segunda fase: se convirtió en constitucional y nacional. A los gritos de: Viva Pio IX, vivan las reformas, se sustituyeron los de, viva la constitución: viva la independencia. La cuestión de Italia vino á ocupar el primer lugar para todos los gabinetes de Europa.

El gobierno francés, favorable al liberalismo italiano, pero muy interesado en procurar por el Austria, tomó el partido de calmar la efervescencia y evitar una colisión. Quería más disgustar, si había necesidad, á los italianos, que exaltarlos con exceso: y por ello se resignaba así. Vituperó en las frases sobre todo, la energía de la protesta de Ferreti y del Papa; pero consiguió la retirada de las tropas austríacas. Prometió su apoyo á las reformas administrativas de Pio IX, pero declaró el otorgamiento de las constituciones incompatibles con la situación general de la península. El embajador de Inglaterra, lord Minto, por el contrario, feliz con poder adquirir sobre Italia la influencia de la Francia, apoyó resueltamente por todas partes á los constitucionales, á los revolucionarios

mismos, y todos se volvieron con esperanza hácia el gabinete de Saint-James como su única salvacion y su verdadero apoyo.

Desde el movimiento de los austríacos en Ferrara, no se les podia hablar á los italianos de moderacion: «Padre Ventura, dijo Pio IX desanimado al ver censurada su protesta, la Francia nos abandona: estamos nosotros solos!» «Nos queda Dios, respondió aquel, marchemos.» Desde este dia la península se precipitó hácia adelante. El nuevo cardenal-ministro Ferreti, estaba lleno de confianza. «Haremos ver á la Europa, decia, que sabemos ser suficientes por nosotros mismos.» Organizó la guardia nacional, con los desvelos de su honorable comandante el príncipe Rospigliosi, y preparó una ley para la quinta: todos los dias valientes oficiales, antiguos soldados del imperio, dedicaron algunas horas á la instruccion de los reclutas, milicia nueva, destinada á ser mas tarde la verdadera protectora del órden público en los estados romanos. El cardenal organizó al mismo tiempo el consejo y el senado municipal de Roma, y se ocupó en fijar las bases y determinar las atribuciones de la *Consulta del Estado* que debia convocar bien pronto.

La Toscana y la Cerdeña habian marchado detrás de la Santa Sede: pero la adelantaron ahora.

Ya á imitacion del Papa, Leopoldo habia el 6 de mayo autorizado con ciertas condiciones la crítica de los actos del gobierno. Las manifestaciones que habian empezado segun modelo de Roma se hicieron tan frecuentes, que el gran duque se vió obligado á conceder mas. En setiembre, para satisfacer las exigencias de los nuevos periódicos *El Alba*, *La Patria* y *El Libornés*, y contener las manifestaciones populares, aceptó el programa de un nuevo ministerio que encerraba la organizacion de una guardia cívica, el aumento del ejército, el establecimiento de consejos provinciales electivos y la creacion de una representacion nacional central.

La entrada en el ministerio de M. el conde Serriston, conocido en Liorna por el uso caritativo que hacia de su fortuna, y de M. el marqués de Ridolfi, escritor liberal y preceptor del joven duque, garantizaban la ejecucion de este programa. La organizacion de la guardia nacional sobre una firme base y la abolicion de la presidencia del *buon governo*, administracion que confundia la justicia con la policia, fueron las primeras pruebas.

Hacia muchos meses que Carlos Alberto parecia haberse detenido en la senda de las reformas. Frio y grave se sustraia á toda manifestacion que se intentaba para animarle y se contentaba con hacer al Austria una guerra de aranceles bastante dura. El asunto de Ferrara le despertó. La idea de independencia italiana, de fundar quizás un reino italiano, halló eco en su corazon lo mismo que en el del último de los piemonteses, enemigos seculares del Austria. El dia 30 de setiembre por muchas y detalladas ordenanzas, la administracion de las provincias fué confiada á los consejos generales, la policia reunida y subordinada al ministerio del interior, el tesoro separado de la administracion, la censura atenuada, él creó en Turin un Banco y la instruccion pública en parte se les quitó á los jesuitas, que Gioberti no tenia escrúpulo en apellidar *hijos degenerados de Loyola*. Se repitieron en toda Italia algunas espresiones enérgicas que se le habian escapado á Carlos Alberto contra el Austria: el mismo no se sustrajo mas á las manifestaciones con que le acometieron en Turin, en Niza, en Génova en el mes de octubre. «Pueblos mios, hermanos mios,» dijo á los genoveses que le pedian la anmstia «se hará lo que me pedis, quedareis contentos... Yo os concederé todo aquello que os pueda hacer dichosos.»

Por fin el 3 de noviembre se fijó la base de la union de las tres potencias liberales. Los embajadores de la Santa Sede, de la Toscana y de la Cerdeña, firmaron en Turin las condiciones

justas de una alianza íntima que tenia por fin desarrollar la industria italiana y el bien estar de los pueblos: invitaron al rey de las Dos Sicilias y al duque de Módena á ocupar un puesto en esta reunion industrial de las potencias italianas y á seguirlas por la senda del progreso general. Este era positivamente el punto de partida de una union política mucho mas importante: los pueblos lo conocieron con júbilo: y uno de los hombres mas ilustrados y mas moderados de Italia, determinó perfectamente la índole de todos estos esfuerzos. En su *Programma per l'opinione razionale*, colocó como el primer deber de los italianos al regenerarse, reformar sus instituciones en aquel pedazo andrajoso de península que les habia quedado, y hacerse por sí mismos dignos de la mirada de la Providencia: no ocultó en modo alguno que la independendencia de Italia era el fin supremo del partido liberal, y que este esperaba el momento con calma y resolucion. Pero él no queria coger el fruto antes de que estuviera maduro. Conocia que los italianos ante todo tenian necesidad de instituciones fuertes y sabiamente calculadas, que les dieran el carácter y las buenas costumbres públicas que les faltaban.

La muerte de María Luisa duquesa de Parma, (á fines de noviembre) vino á acelerar justamente esta cuestion, la última en que era necesario pensar. Segun los tratados de 1815, el duque de Luca debia heredar aquel ducado, pero con la condicion de no conservar de su patrimonio anterior mas que Pontremoli, y dejar Luca á la Toscana y Fivizzano á Módena. Solo el recuerdo de los tratados de 1815 era bastante á irritar la fiebre nacional. Los habitantes de Fivizzano y de Pontremoli declararon que preferian agregarse como Luca á la Toscana: los diarios de Roma, de Turin y de Toscana sobre todo, apoyaron sus deseos. Pero los austríacos entraron en Parma y Módena para reprimir á los habitantes de ambos ducados que se sublevaban tambien, y para hacer la presa de Pontre-

moli y de Fivizzano, fué necesario todavía dejar que se realizara una de las consecuencias de los odiados tratados. Esto dejó en las masas una profunda animadversión en contra de Austria y hasta contra los soberanos mismos de la Italia. Los exaltados creyeron poder, aunque sin razón, echar en cara á estos su debilidad; los radicales empezaron á hacer correr la voz de que nada se conseguiría con tantas dilaciones: unos y otros sembraron la desconfianza y hasta la sospecha en contra de los príncipes reformadores. El comité de emigrados de la *joven Italia*, residente en Londres, reanudó el hilo de las conspiraciones estendido por un instante en los diferentes centros de Italia: predicó de nuevo las sublevaciones como el único medio de acelerar el otorgamiento de las constituciones y la gran crisis de donde debían, á su parecer, resultar la libertad y la independencia de la Italia.

Fernando II: las constituciones (Octubre de 1847, 18 de marzo de 1848).

La revolución empezó. La centella nació como de costumbre á los pies del Vesubio y del Etna, en los estados del soberano que estaba mas decididamente pronunciado contra las concesiones. Ya el 1.^o y 2 de setiembre á una señal dada en Nápoles, Reggio y Messina tomaron las armas. Este prematuro movimiento nada consiguió. Reggio fué bombardeada; y Messina reprimida; se fusiló á veinticinco prisioneros y se cerró la universidad de Nápoles. Pero despues, las manifestaciones se sucedieron con carácter mas hostil cada dia en Liorna, en Florencia, y en la misma Roma.

El movimiento alcanzó por fin á las provincias sometidas al Austria. Se manifestó en ellas desde luego por una oposición á las leyes y por conspiraciones secretas. En las dos asambleas centrales de Milan y de Venecia, dos diputados, Nazzari y Ma-

nin presentaron una petición para la exacta ejecución de la *patente austriaca* de 1815: algunos altos personajes volvieron como en 1821 sus miradas hácia el rey de Cerdeña Carlos Alberto. Los oficiales austriacos se hallaron solos en medio de los salones, y los soldados fueron gritados por las calles: se aprovecharon algunas ocasiones de mostrar la bandera de la liga lombarda: esperando el momento de medir sus fuerzas con el ejército austriaco, se atacó á un regimiento imponiéndole privaciones voluntarias. Allí, como en todas partes, sin embargo, no se pensaba generalmente en otra cosa que en instituciones liberales.

Todo dependia aun de el que habia despertado á la Italia. Pio IX habia pasado de la duda al temor. La península marchaba hácia á las constituciones: él retrocedió á las reformas. El día en que abrió (á fines de noviembre de 1847) la consulta por tanto tiempo anunciada, tuvo cuidado de consignar que las decisiones de esta asamblea no podian ser mas que un dictámen sometido al ministro y al sagrado colegio; y le dió por presidente al cardenal Antonelli. Desde los primeros dias, apesar de los esfuerzos del embajador francés Rossi, hubo choques entre la asamblea y el poder sacerdotal, poco acostumbrado á encontrar en frente de él, el examen y la deliberacion. Durante los pocos meses que ocuparon la silla pontifical la consulta y el senado romano con su presidente Corsini, no consiguieron hacer adoptar uno solo de sus proyectos: y los ministros laicos que el Papa admitió en su consejo desde el 18 de diciembre, no tuvieron ninguna mas influencia.

Asombrado de las proporciones que adquiria el movimiento que no habia sabido guiar desanimado por el acuerdo de Austria y Francia que querian la existencia de los tratados de 1815, bien que no estuviesen tambien unánimes acerca de las concesiones que habia que hacer al partido liberal, Pio IX volvió á caer de hecho bajo la dependencia del partido Gre-

goriano. Esta fué una fatal victoria ganada al corazon generoso del pontífice. El partido liberal y moderado de Roma, viendo que no era secundado, abandonó la partida. Acusó la terquedad sacerdotal, se descartó, y se resignó á la catástrofe que veia necesaria y de la que no seria él quien mas tendria que quejarse. Los gefes de los radicales, revolucionarios ardientes y resueltos, ocuparon el puesto abandonado por el Papa y los liberales, y las masas les siguieron con la misma decision que desde luego habian demostrado al gefe de la Iglesia y á los constitucionales. El primer divorcio entre los príncipes y los pueblos empezó donde parecia que la misma religion habia consagrado su union.

A principios del año 1848, la península estaba como un terreno movedizo agitado por la lava que interiormente encierra y busca el sitio por donde hacer su erupcion. El gobierno austriaco aumentaba sus batallones en Lombardía para encontrarse en disposicion de obrar inmediatamente por cualquier pretesto: el rey Cárlos Alberto llamaba á sus banderas diez mil hombres de reserva. El gabinete francés formaba un cuerpo espedicionario á los alrededores de Tolon y Marsella para no dejar hacer al Austria y garantir la influencia y los principios franceses en Italia: navíos ingleses cruzaban á la vista de Sicilia. El embajador francés, M. Bresson, recorria la Italia para calmarla en un todo: lord Minto, por el contrario, para estimularla. El 3 de enero ya los dragones austriacos acuchillaban los grupos reunidos en las calles de Milan. Algunos dias despues en Venecia, en medio de una colision entre los soldados y el pueblo, Manin y Tomasco eran presos por la policia austriaca. El 12 una revuelta formal estalló en Palermo.

Los desórdenes originados por el culpable descuido del poder y los síntomas de agitacion eran tales, que el rey Fernando II habia ofrecido para el dia 12 de enero la llegada de un

nuevo lugarteniente general, el duque de Serra-Capriola, en cargo de hacer las necesarias reformas. El día 12 nadie pareció. Los liberales creyeron que se jugaba con su buena fé: escitados por otra parte por los agentes ingleses que reanimaban el recuerdo de la constitucion de 1812, se pusieron á la cabeza del pueblo; y al grito de: Pio IX, la liga italiana y Santa Rosalia patrona de Palermo, dieron la batalla á las tropas y las encerraron en las fortalezas y en el castillo real. El gabinete napolitano, gozoso de hallar esta ocasion de hacer daño, mandó al general Sauget con diez navíos de guerra y seis mil hombres: pero estas nuevas tropas fueron vigorosamente rechazadas los dias 15 y 16, y la insurreccion se propagó inmediatamente á toda la isla. El 18 ya se hallaba al otro lado del estrecho: diez mil hombres se reunieron para marchar sobre Nápoles gritando como en 1821: « Constitucion, Constitucion! ».

El rey, asombrado esta vez, volvió á enviar su ministro de policia Del Carretto, nombró un nuevo lugarteniente general en Sicilia y publicó una amnistía: pero esto no fué bastante. El general Sauget se vió forzado á evacuar Palermo despues de una obstinada lucha: el 26 no tuvieron en su poder las tropas de Fernando en toda la isla mas que el castillo de Mesina: y el 27 en Nápoles, veinte mil hombres bajaron á las calles con banderas desplegadas é hicieron retemblar la larga calle de Toledo, del palacio á la plaza del Mercado, á los gritos de « Viva la constitucion » El general Stadella, él mismo, aconsejó al rey que cediera: al dia siguiente 28, un nuevo ministerio compuesto de Serra-Capriola, embajador mucho tiempo en la córte de Francia, Bonomi, príncipe de Torella, y Bozelli escritor y jurista distinguido, entró en ejercicio: y el dia 29 fué ofrecida definitivamente la constitucion y asegurada la base del gobierno representativo. Con un poco de vigor, el rey quizás se hubiera enseñoreado del motin:

algunos han pensado que él habia querido arrojar la idea constitucional como una tea de la discordia en los estados de los príncipes que habian intentado arrastrarle á las concesiones. *M' hanno spinto* habria dicho él, *io li spingeró.*

El efecto de estas noticias, al llegar de repente á todas las villas de la península, fué prodigioso. El rey que pasaba por el mas absoluto habia de grado ó por fuerza dejado muy atrás á todos los demas príncipes: los diarios, y los clubs se presentaron mas ardientes que nunca en Toscana, Roma y Turin. Cuando la constitucion napolitana apareció el dia 11 de febrero, modelada por la carta francesa de 1830, ya no hubo medio de resistir. El duque de Toscana otorgó una igual el dia 15 por miedo á los tumultuosos movimientos de Liorna. El Papa ignorando si el gobierno parlamentario era compatible con su doble posicion de pontífice y de príncipe, retrocedió mas asustado que nunca en brazos de los retrógrados: pero Cárlos-Alberto se dispuso á imitar á los soberanos de Nápoles y de Toscana. Príncipe enteramente militar, queriendo mas tener que combatir á los austríacos que á una oposicion de tribuna, hubiera estado mas dispuesto á satisfacer el sentimiento nacional, á intentar el dar la independendia á la Italia que libertades constitucionales á su pueblo: sin embargo, cedia al impulso general. El Lombardo-Veneto gemia á la sazón bajo el yugo, viendo á la libertad que conquistaba toda la península. El mariscal Radetzki, comandante de la fuerza militar austríaca en Milan, apeló á los medios extremos de la restriccion. El *juicio permanente* en virtud del cual se podia ser juzgado y colgado en dos horas, fué inaugurado el martes gordo, á principios de ese largo carnaval Ambrosiano, que atrae comunmente tantos forasteros á Milan. La fiesta fué triste, apesar de los esfuerzos de M. de Fiquelmont. «Soldados dijo Radetzki, anunciando á sus tropas el firme deseo del emperador de defender el Lombardo-Veneto, que los insensatos no

os obliguen á desplegar la bandera del águila de dos cabezas: contra vuestra fidelidad y vuestro valor, los culpables esfuerzos del fanatismo y de la rebelion se estrellarán como el fragil vaso contra la roca.» M. de Azeglio respondió á estas palabras, en sus *Lutti di Lombardia*. «La libertad de la Italia dijo, depende de accidentes exteriores que la imaginacion no puede preveer, pero que presiente nuestro corazon. Dirijamos nuestra vista al estado mismo de la cristiandad, y quedaremos convencidos de que Dios ha marcado la hora en que deben hundirse iniquidades enormes.» El mismo dia en que se publicaban estas palabras en Italia, el dia 24 de febrero, se derribaba en Francia un trono al que estaba unido el equilibrio europeo, para hacer puesto á la república. La hora en efecto, pareció sonar.

Esto produjo en Italia el efecto que un impetuoso golpe de viento en un brasero. Los impacientes, los exaltados, lanzaron un inmenso grito de alegría. Los moderados recibieron la noticia con mas inquietud que esperanza. «Vosotros nos echais por tierra, escribió M. d'Azeglio; nosotros haremos de modo que no perdamos los estribos.» No creian ellos todavía á la Italia pronta: sin embargo, se lanzaron en pos de los acontecimientos. Ya no era ocasion para los príncipes el dudar respecto á las concesiones. Los radicales eran fuertes con el ejemplo de la Francia. Esta habia pasado del gobierno constitucional á la república: lo de menos era, que la Italia diera un paso en su seguimiento, y entrase en el gobierno constitucional. Carlos Alberto lo comprendió; promulgó el 4 de marzo su constitucion ya preparada, y tomó un nuevo ministerio, á cuya cabeza se hallaba el conde César Balbo. El rey de Nápoles, algunos dias despues, consintió en una nueva concesion: se comprometió á nombrar los pares sobre una lista de tres candidatos elegidos. Por último, Pio IX, impulsado por los acontecimientos y por Rossi, convertido de embajador

francés, en consejero del Pontífice, volvió á sus primeros proyectos, y promulgó tambien el dia 15 de marzo, una constitucion adecuada á la situacion particular de los estados romanos. Toda la península independiente era constitucional.

Estas constituciones moderadas tenian condiciones de vida, aunque habian sido hechas con mucha precipitacion. La misma de Roma, aunque entorpecida por el poder político del colegio de los cardenales, erigido en senado en frente de las otras dos asambleas ordinarias, quizás podia tambien funcionar, ayudada de buen deseo y de algunas mejoras. El manifiesto del gobierno provisional de la república francesa, escrito por Lamartine, garantizaba estas conquistas preciosas, pero nada mas. « Si los estados independientes de la península, decia él, eran invadidos: si se imponian límites ú obstáculos á sus variaciones interiores: si se contestaba á mano armada el derecho de unirse entre sí, para consolidar la patria italiana, la república francesa misma se creeria en el derecho de armarse tambien, para proteger estos movimientos legítimos de aumento y de nacionalidad de los pueblos. » Pero garantida así la libertad de los estados independientes, quedaba en reserva la cuestion del Lombardo-Veneto. « Los tratados de 1815, añadia el manifiesto, no existen mas en derecho: no obstante, las circunscripciones territoriales de estos tratados, son un hecho que la república admite como base y como punto de partida en sus relaciones con las demás naciones. »

Insurreccion de Milan (17—25 de marzo).

Aquella cuestion, que no era otra que la de la independencia italiana, se fijó por sí misma el 18 de marzo, en Milan. Era hártó pronto: no estaba aun fundada la libertad. Ya el 17, la noticia de la revolucion de Viena y la caída de Metternich, habian exaltado todos los ánimos. El virey, espantado, mar-

chó precipitadamente á Verona. Al dia siguiente, por la mañana, el gobernador, conde O'Donnel, hizo anunciar que el emperador convocaba la asamblea central del reino Lombardo-Veneto para el dia 3 del mes de julio próximo. Este manifiesto pareció una mofa ó un engaño: los milaneses se repartieron en masas por las calles, por la plaza de la Cúpula y por la de los Mercaderes. El podestá, conde de Casati, llegó para calmar la agitacion: se le llevó hácia el palacio del gobernador, que fué invadido, y el conde O'Donnel obligado por los milaneses, tuvo que decretar el armamento de la milicia. Este fué el primer rasgo de hostilidad.

A la noche, Radetzki se retiró al castillo, edificio sólido, centro de la antigua fortaleza, y se contentó con ocupar militarmente los bastiones, la plaza de la Cúpula, la de los Mercaderes, el Palacio Real, la Policía, Casa de villa, la Comandancia, así como tambien la mayor parte de las calles que terminaban en estos puntos principales. Su objeto era cercar y dividir la rebelion. Aquella noche fué solemne; la lluvia caia á torrentes. El pueblo milanés se armó, levantó en silencio sus barricadas, y amontonó los proyectiles sobre los techos de las casas. El podestá Casati, partidario secreto de Cárlos Alberto, estaba en su casa de la Taverna con varios nobles, algunos escritores, y con jóvenes todos llenos de ardimiento y valor; él dudaba, pero Cernuschi, Cataneo y Terzaghi, constituidos ya en comité de guerra, organizaron la resistencia. El 19 por la mañana, dió un manifiesto, y amenazó á la villa con bombardearla y entrarla á saco: se le contestó lanzándose á las calles en medio del toque de la campana de rebato, y al grito de: viva Pio IX, comenzó el combate. El primer dia, los milaneses no buscaron mas que cortar las comunicaciones del ejército: la parte mas encarnizada de la refriega se la llevó la plaza de la catedral, donde un cuerpo de tiroleses, emboscado en las galerías, hacia un fuego continuo y mortífero. Los

milaneses no tenían todavía bastantes armas, y carecían de municiones.

El día 20 la lucha adquirió carácter. Radetzki tuvo que emplear mucho trabajo para guardar sus comunicaciones, y hacer municiones y víveres á los cuerpos comprometidos en el interior de la villa: le era necesario superar cada barricada bajo un fuego mortífero que salía de todas las ventanas y bajo una granizada de proyectiles lanzados desde lo alto de las casas. Se vió obligado á abandonar sucesivamente la Catedral y la Pólicia: un parlamentario llegó de parte suya á proponer á la tarde un armisticio de quince días: no tenía nada de lo que necesitaba para el bombardeo. Casati y los que le rodeaban pensaban aceptar: el comité de guerra y los combatientes reusaron.

El 21 Radetzki perdió ó abandonó todos los puntos que ocupaba en el interior: se comenzó á atacar los bastiones y las puertas, entre otras la puerta Ticinesa y la puerta Tosa para abrir las comunicaciones con los de fuera. Todos los ciudadanos de veinte á sesenta años fueron á inscribirse en las listas parroquiales: se elevaron globos en el campo para pedir auxilios: un armisticio de tres días propuesto por los cónsules extranjeros fué rechazado todavía. Por fin, un enviado de Carlos-Alberto llegó á ofrecer los auxilios de su señor. Casati quería que se comprometiese inmediatamente para la reunion del Lombardo-Veneto; el comité de guerra que contaba en su seno algunos republicanos, no prometió mas que su reconocimiento y esperó desde luego la iniciativa de Carlos-Alberto. Casati y los albertistas, Borromew, Porro y Durini, se erigieron no obstante en gobierno provisional; empezaron á apoderarse de la administracion y de la Hacienda, y anunciaron la reunion de un congreso para deliberar sobre los destinos del país.

El 22 Radetzki se vió amenazado por la villa y por el cam-

po. El palacio de la comandancia, la puerta Tosa y un bastion cayeron en poder de los milaneses. Los insurgentes de Como, de la Suiza italiana y de Monza, empezaron á combinar con el pueblo de Milan el ataque de los bastiones. Si Cárlos-Alberto se decidia del todo á pasar el Tessino, el ejército austríaco era perdido. Por la noche, Radetzki sostuvo un fuego continuo y nutrido de cañon y de bombas desde los bastiones y poco á poco hizo desfilas sus tropas por las avenidas de los terraplenes, y las reunió en el castillo. Allí encendió una gran hoguera con paja, heno, carros y bagages, y á la luz de una columna de fuego que alumbraba toda la villa, los milaneses vieron al mariscal abandonar el castillo y batirse en retirada con las familias de los oficiales, los empleados, los prisioneros y muchos regimientos italianos obligados so pena de muerte á seguir á los demas. Milan era libre: pero el ejército austríaco se habia salvado.

El mismo dia 22, el gobernador militar Zichy abandonaba Venecia. Desde que el pueblo habia puesto en libertad á Manin el 17, todos los dias habia choques con las tropas: el dia 22 por la mañana habia sido tomado el arsenal. Zichy no teniendo bastante gente para resistir, abandonó la plaza por convenio. Mientras que se instalaba un gobierno provisional favorable á Cárlos-Alberto, Manin dió en la plaza de San Marcos el grito de: ¡ viva la república veneciana!

« Ahora ó nunca » gritó Salvagnoli redactor de *la Patrie* en Florencia al saber el triunfo de Milan: él no era mas que el eco de todo el pueblo italiano. Nada mas natural entonces que este grito. La Europa estaba quebrantada hasta en sus cimientos: las dos grandes monarquias de Alemania, el Austria y la Prusia, combatidas por los motines de Viena y de Berlin, estaban amenazadas de igual caida que la majestad francesa. Las nacionalidades parecian rehacerse lo mismo que los gobiernos. Se creia poder contar con la cooperacion y apoyo

de Pio IX á quien las imaginaciones entusiastas se representaban como un Alejandro III. Toda la poblacion en las villas se armó, en Florencia, en Bolonia, Génova, Módena y Parma á despecho de los duques, obligados en seguida á partir, en Nápoles y en la misma Sicilia, para volar al auxilio de los lombardos: sin aguardarles, las villas de Brescia, Bérgamo, Vicencio, Trevisa y Padua se sublevaron contra los austríacos por todas partes. La cruz del Santo-Padre era la égida de esta santa guerra de la independendencia: no se trataba ya mas que de encontrar una espada que condujera á la victoria todos aquellos buenos deseos. El dia 23 por la tarde, dia en que recibió la noticia de haberse libertado Milan, Cárlos-Alberto se decidió á echar la suya en la balanza, y al dia siguiente por la mañana sus primeros batallones pasaron el Tessino.

Guerra de la independendencia: Cárlos Alberto; reaccion napolitana de 15 de mayo: batalla de Custozza (25 de marzo—8 de agosto).

Ya era un poco tarde: dos dias antes, la guerra hubiera podido concluir de un solo golpe. Sorprendido por un ejército regular, le hubiera sido difícil á Radetzki verificar su retirada con prontitud y buen orden á través de un pais sublevado, y en el que los bandos de voluntarios empezaban ya á cortar puentes, y á abrir canales. Gracias á estos dos dias de retraso, Radetzki, despues de una escaramuza insignificante en Marignan contra algunos bandos de voluntarios, pudo atravesar el Adda en buen orden.

En un momento en que todavía se ponía en juego la audacia, Tedoro Lecchi, nombrado general de las tropas lombardas en Milan, por el gobierno provisional, propuso al rey que llegó el 26, recobrar la ocasion perdida. Se trataba de des-

cender el Pó con una columna del ejército sardo, para apoderarse de Mantua, ó por lo menos, cortar la retirada á Radetzki, y mandar algunos regimientos de refuerzo á los voluntarios que habian marchado ya al Tirol italiano, mientras que el grueso del ejército bajaria el Pó en línea directa. El rey Carlos Alberto, militar inteligente, no quiso en nada separarse de las reglas de la estrategia clásica; y Radetzki, seguido únicamente por algunos movilizados de los bandos, rehizo las guarniciones de Brescia y de Bergamo, pasó el Oglio, la Chiesa y el lago de Guardia, y tomó posición el 30 en el formidable cuadrilátero, formado por las fortalezas de Peschiera, de Verona, de Mantua y Legnano, que es la llave estratégica de la alta Italia. Ya no estaba espuesto á un golpe de mano: Radetzki estaba allí con el grueso de su ejército, dispuesto á reunir el resto disperso en Módena, Reggio, Vicencio y Trevisa, y aun á recibir auxilios del Austria. Era necesario ahora una guerra en regla.

Al frente de semejante necesidad, no era nada extraño que la Italia entera, príncipes y pueblos, se levantase como un solo hombre. Pero los soberanos no estaban completamente de acuerdo con sus pueblos, y menos aun entre ellos mismos. Carlos Alberto, que iba á socorrer el Lombardo-Veneto, no estaba seguro de aquellas poblaciones, que tambien dudaban entregarse á él. El habia visto con desagrado que la república habia sido proclamada en Venecia por Manin, aunque, segun la declaracion del gobierno provisional, no habia en ella nada de definitivo. Desde la llegada de Carlos Alberto á Milan, ocurrieron algunos disgustos: los lombardos vieron con envidia á un piamontés, á Sobrero, ocupando el puesto de ministro de la guerra; al rey le costó trabajo el dejar llevar al ejército lombardo el uniforme verde con los colores de Italia. Los lombardos, en medio de su entusiasmo, habian ya marcado en las altas cumbres del Brenner el límite de Italia: Carlos Al-

berto, mas prudente, era todavía fiel á la divisa de su familia : seguir el curso de los siglos y el del Pó. Satisfecho con la línea del Mincio , del lago de Guardia y de las colinas del Stilvio , no queria poner en contra suya la confederacion germánica , invadiendo el Tirol, y no socorria á Venecia, que parecia republicana , mas que con arreglo á lo que convenia á sus intereses. Su diplomacia no se asemejaba al entusiasmo lombardo.

Los demás soberanos tenían pocas ventajas materiales y positivas que obtener de la guerra : participaban menos todavía del arrebató de sus pueblos. Si Cárlos Alberto , despues de una guerra feliz , fundaba al norte un precioso reino que uniera á Milan , por las dos villas de Génova y Venecia , los dos mares , Adriático y Toscana , ¿ no pesaria él sobre ellos, como el Austria misma ? En vano decia Rossi : « El movimiento nacional y guerrero que domina á la Italia es una espada, ó Pio IX toma resueltamente esta espada en su mano , ó sino la revolucion la volverá contra él. » Pio IX vacilaba : los acontecimientos francesés le habian de repente hecho aparecer como precursor, casi como cómplice de una revolucion, no tan solo italiana , sino europea. ¿ Debia empujar el desquiciamiento general, él á quien se le consideraba como la clave principal del órden ? ¿ Como padre de los fieles , podia patrocinar esa misma guerra de la independendia ? ¿ Por último, como soberano , estaba en su interés favorecer la formacion de un reino del norte contra el que los antiguos Papas habian luchado ? El dejó , pero sin decidirse claramente , que los voluntarios se reunieran y tomaran las armas bajo las órdenes de Durando, que habia designado Cárlos Alberto. El gran duque de Toscana, príncipe austríaco , poco dispuesto á dirigir las armas en contra de su casa , veia con temor al rey de Cerdeña tratar ya por bajo de cuerda en Parma y Módena , para reemplazar los soberanos de estos paises. Con gran trabajo sacó algunos re-

gimientos de su pequeño ejército, y los mandó sobre el Pó con los voluntarios, al mando, primero de Ferrari, y luego de Laugier.

El rey de Nápoles era el que se hallaba peor dispuesto para la guerra de la independencia: la llegada á Nápoles el 29 de marzo del veterano del liberalismo italiano, Pepe, habia producido una efervescencia que le dominaba, pero en el fondo era muy opuesto. Así era que con pesar, el 3 de abril, concedia á la futura asamblea el derecho de modificar la constitucion y acordaba el sufragio universal. Con mas pesar todavía observaba que la Sicilia llena de recuerdos de 1812, reunia (15 de marzo) un parlamento nacional que bien pronto iba á decretar su caída. Fernando II no ignoraba que la mano de la Inglaterra andaba en esta sublevacion y que el objeto era hacer pasar la isla á poder del duque de Génova, uno de los hijos de Carlos Alberto. ¿Cómo habia de favorecer de buena gana el engrandecimiento del que le amenazaba al mediodia? En Nápoles mismo los liberales hablaban de desposeerle en favor de su hijo: algunos republicanos encontraban mas breve todavía el derribarle. Autorizando en seguida la formacion de un ejército expedicionario para la guerra de la independencia al mando de Pepe, el rey Fernando acechó el hallar la primera ocasion de hacer traicion ó combatir la libertad de su pueblo y la independencia de la península.

La Italia no podia estar muy segura acerca del apoyo enérgico y desinteresado de las dos únicas potencias que aparecian satisfechas de su inconsiderada empresa. La Inglaterra proseguia ante todo con sus designios sobre la Sicilia, dispuesta á entregársela al príncipe de Génova con buenas condiciones; no queria enteramente ver al padre de este, á Carlos Alberto, reunir en el Mediterráneo á Génova y Venecia. La Francia republicana, desde luego apurada bastante en su propia casa, hubiese apoyado de buena gana la guerra de la

independencia, pero de ningun modo la ambicion de Cárlos Alberto. El *gobierno provisional* empezó á reunir un cuerpo de observacion hácia los Alpes, y previno á las potencias italianas que él intervendria á la primera indicacion. Pero solo algunos emigrados ó republicanos eran los que deseaban y aun estos muy poco, la intervencion francesa en sus negocios: Cárlos Alberto la rechazó completamente: como rey no queria apoyo de una república. El entusiasmo general por una parte y un instinto muy desarrollado por la esperiencia, no admitian en una guerra contra el extranjero los socorros del extranjero tambien. Esto era á lo mas un último recurso del que no deberian haberse privado en caso de derrota. Mientras tanto, el patriotismo tenia ilusiones perdonables pero peligrosas. Se repitió despues de Cárlos Alberto, *Italia farà da sé* «la Italia obrará por sí misma.» Se fué todavía mas lejos: «la Italia gritaron en todos los tonos sus propios periódicos: la Italia no tiene necesidad de nadie. Esta vez ella no pedirá nada á los demás; por el contrario, dará mucho á todos.»

Las operaciones de la guerra empezaron realmente el 6 de abril. Cárlos Alberto á la cabeza de cincuenta mil hombres, dió órden de marchar sobre el Mincio; Durando declaró á sus banderas benditas por el nuevo Alejandro III y reunió su ejército en Bolonia. Radetzki habia juntado todas sus tropas en número de cincuenta mil hombres cerca de Verona, y enviado un refuerzo á Trento para sostener sus comunicaciones por el Tirol con el Austria: se encontraba en una posicion admirable para la resistencia, aun que no sin algun peligro. Zucchi, general en gefe nombrado por los venecianos, empezaba á cortar su retirada sobre el Piava, ocupando á Vicencio, Trevisa, Padua etc: Durando empezaba su marcha hácia el Pó: los voluntarios lombardos atravesaban el lago de Guardia y el Tonnal al mando de Alemandi para arrojarse sobre el Tirol, cortar á Radetzki en Trento y dar la mano á los insurgentes

de Venecia. El 8 Carlos Alberto dirigió sus dos alas sobre el Goito y Monzambano á las orillas del Mincio. La escaramuza fué de poca duracion, los piemonteses se apoderaron del puente de Goito. Se aguardaba una batalla general: pero el 10 Radetzki puso las tropas necesarias en Peschiera y en Mantua, se replegó sobre el Adige y dejó á su enemigo la línea del Mincio. Este primer éxito llenaba ya á los italianos de esperanza, cuando se supo que el 10, Pio IX, cediendo á la faccion gregoriana, habia destituido á Durando.

Era necesario darse prisa: Radetzki no buscaba mas que dejar al cuerpo de la reserva austríaca, que entonces se formaba sobre el Isonzo, tiempo bastante para reunírsele en Verona. Se podia tal vez en esta guerra de la independenciamezclar hábilmente la táctica y el entusiasmo, emplear los voluntarios y los soldados regulares. Haciendo sostener los cuatro mil voluntarios de Allemandi por regimientos piemonteses, y precipitando su marcha sobre el Adige, apesar de las guarniciones de Peschiera y Mantua, el rey hacia correr tanto riesgo á Radetzki como corria él mismo. Carlos Alberto no lo quiso así de ningun modo. Creia y esto tambien era prudencia, deber cuidar el único ejército de Italia: temia quizás deber demasiado á los pueblos. Guardó sus tropas todas, se tomó tiempo para construir un puente sólido en Goito, estableció poco á poco su ejército sobre la ribera izquierda del Mincio, estendió su línea de Mantua á Peschiera y comenzó á sitiar esta plaza que dominan algunas alturas vecinas. Radetzki tuvo tiempo de hacer que rechazaran los austríacos de Trento, en el Tonnal y el lago de la Guardia, los dias 19 y 20, á las legiones llenas de valor pero muy mal disciplinadas de Allemandi.

El 27 únicamente, fuertemente colocado sobre la ribera izquierda del Tesino, aunque demasiado estendido de Mantua á Peschiera, Carlos Alberto recobró la ofensiva. Hizo rogar

al Papa anulase la destitucion que habia hecho: el mismo Antonelli presentó con este objeto una súplica á Pio IX: los toscanos y los modenenses que habian llegado por fin, tomaron posicion en Governolo, desde donde inquietaban á Mantua. Durando despues de haber pasado el Pó, se dirigia á Pádua para ir á apoyar á Zucchi contra el austríaco Nugent que conducia el ejército de reserva. Cárlos Alberto, el dia 29 por la mañana hizo salir sus batallones de las posiciones de Villa-Franca, y de Summa Campagna y se dirigió á la altura de Pastrengo que defendia á Verona. Despues de un combate de vanguardia de seis horas, los austríacos abandonaron el puesto, acabaron de aislar á Peschiera y empezaron á descubrir á Verona. Radetzki no queria todavia dar la batalla.

No hubo tiempo para aplaudir este triunfo. El mismo dia 29, Pio IX rompió abiertamente por medio de una encíclica el papel que se habia esperado que jugaria: desaprobó altamente como padre de todos los cristianos la guerra emprendida contra los austríacos. Se acordó de que era pontífice y se olvidó completamente que era soberano. «Esta encíclica, escribió M. d'Azeglio, ha caido en medio de nosotros como una bomba: el ejército con ella ha sido casi disuelto.» «Vosotros habeis borrado» gritó el padre Ventura dirigiéndose á los consejeros del Santo-Padre, las mas bellas páginas de la historia eclesiástica del siglo XIX: vosotros habeis impedido que el pontífice cumpliera su mas sublime mision temporal: habeis arrebatado á Pio IX la gloria de dar su nombre á su siglo.» Mas triste todavia fué la toma de Udina por el austríaco Nugent contra Zucchi y su marcha sobre el Piava á la cabeza de treinta mil hombres de reserva.

El dia 1.º de mayo, el motin que por la primera vez murmuró bajo el balcon del Quirinal, arrebató todavia por unos instantes á Pio IX de las influencias que le habian dictado la alocucion de 29 de abril. Escribió al emperador de Austria el

dia 3 para comprometerle á renunciar voluntariamente á una dominacion «que no podia ser ni duradera ni gloriosa.» Dejando enteramente la presidencia del consejo al cardenal Soglia, llamó decididamente á un lego para el departamento de negocios extranjeros: eligió á Mamiani, escritor distinguido y proscrito desde 1831. Este obtuvo la convocatoria de los cuerpos representativos para el 5 de junio y se ocupó en organizar una liga de príncipes italianos. El rey (de Nápoles habia autorizado á Pepe que marchara á la cabeza de diez y seis mil hombres prometiéndole que en breve le seguiria otro cuerpo de veinte y cuatro mil: dió á conocer á sus encargados de negocios cerca del Papa y cerca del rey de Cerdeña, y convocó la asamblea de los diputados de su reino para el dia quince, mandando á Pepe, decidido por otra parte á no hacer nada, que no pasara el Pó sin órden suya.

Se acercaba el momento decisivo. Parma y Módena estaban entregadas definitivamente á Cárlos Alberto: en Milan el gobierno provisional llamaba la Lombardía á votar, á fines del mes, acerca de sus destinos. Cárlos Alberto conocia la necesidad de decidir el voto por algun tiempo, antes de la llegada del cuerpo de la reserva austríaca. Los emigrados en Milan, Mazzini entre otros, empezaban á quejarse de los miramientos y digresiones de esta *guerra real*. El 6 de mayo, el rey hizo atacar á Santa Lucia, cuya posesion le permitió empezar las operaciones contra Verona. Esta posicion dada y vuelta á tomar muchas veces, quedó despues de dos dias de combate en poder de los austríacos: Nugent, que conducia la reserva, fué mas dichoso aun algunos dias despues contra el ejército romano mandado por Durando y Ferrari: pasó el Piava el dia 8, dispersó bajo Trevisa el cuerpo de ejército de Ferrari el 9 y arrojó á Durando con los restos de aquel hácia Vicencio, único punto á la sazón entre él y Radetzki: no habia mas esperanza [para evitar se reuniesen, que en Pepe, que llegó un poco tarde el 13 á Ancona.

Los sucesos de Nápoles (15) tuvieron la mas desastrosa influencia sobre las operaciones militares del norte. Este dia debia allí tener lugar la apertura de las cámaras : toda la villa estaba en conmocion : en la fórmula del juramento el rey no habia hecho mencion del derecho conferido á los diputados por el decreto de abril de estender la constitucion. La reunion preparatoria de la víspera habia sido en extremo tumultuosa. Al dia siguiente, en el momento en que los diputados iban á la sesion , se levantaron algunas barricadas : bien pronto se extendieron por toda la larga calle de Toledo que vá desde la plaza del palacio Real á Capo di Monte. Las tropas napolitanas fueron á colocarse delante del palacio y en el *Largo Castello*, plaza inmediata á aquel sitio: en medio de todos estos movimientos , un tiro salió y el combate empezó á mediodia. El parlamento recibió órden de disolverse y obedeció ante la fuerza armada , despues de haber protestado. La resistencia opuesta por la guardia cívica fué muy viva en la plaza del Palacio, donde fueron las casas tomadas por asalto , y junto á la barricada de S. Fernando: pero los suizos desembocando por las calles oblicuas del *Largo Castello*, por la parte de atrás de esta barricada , cortaron bien pronto en dos la larga calle de Toledo y superaron en seguida todas las demas barricadas. La victoria de Fernando fué menos enojosa todavía para el reino de Nápoles, que la órden remitida á Pepe de hacer retroceder su ejército hácia Italia.

Pepe acababa de convenir con Carlos Alberto (el 18) pasar el Pó y estenderse entre Radetzki y Thum , sucesor de Nugent, llegado ya á Vicencio. El 20 recibió la misiva de Fernando. Alentado con el entusiasmo de los boloneses, se decidió á desobedecer , pero se convenció bien pronto que no podia arastrar consigo á su ejército. El 22 , la vanguardia de la reserva austriaca empezó la reunion tan deseada , y Radetzki no temiendo mas de Pepe , ordenó á Thum volver hácia los muros

de Vicencio para obligar allí á Durando que se habia refugiado en él con doce mil romanos. En efecto, el 26 los regimientos napolitanos que ya habian llegado á Ferrara, dieron el ejemplo de abandono á la causa italiana: y Pepe bien pronto no conservó consigo mas que una division de infantería y una de caballería que le costó mucho trabajo retener.

Seguro en adelante por retaguardia, Radetzki volvió á tomar la ofensiva. El 27 á la cabeza de cuarenta mil hombres, divididos en tres columnas, con la artillería á la cabeza, dejó á Verona y se dirigió á Mántua: daba el flanco al enemigo, pero su marcha estaba tan bien dirigida que no fué atacado, y entró en la fortaleza el 28 por la tarde. Su objeto era desembocar por Mántua sobre la ribera derecha del Mincio, y desocupar la parte inferior de este costado para apoderarse de Goito, ó por lo menos atraer á Carlos Alberto de este lado, y permitir á la guarnicion de Verona volver á abastecer á Peschiera, bombardeada desde el 23 y ya casi sin víveres. Carlos Alberto, inquieto, hizo volver á pasar tambien el 28 una parte de sus tropas sobre la orilla derecha por el puente de Goito. La mañana del 29, Radetzki empezó sus operaciones: Laugier, colocado en Governolo con los reclutas y los estudiantes toscanos y modenenses, hizo felizmente una buena resistencia, y retuvo á los austriacos tanto como le duraron las municiones. Carlos Alberto tuvo tiempo de establecerse en Goito, y el 30 por la mañana se colocó por el flanco del mariscal que perseguia ya á los toscanos sobre el Oglio y podia apelar á alguna agudeza de ingenio sobre Milan que estaba descubierta. Radetzki se vió obligado á hacer volver su primera brigada contra los piemonteses delante de Goito y se vió rechazado con una pérdida bastante sensible. Se replegó protegido por los cañones de Mántua, y supo que los piemonteses encargados del bloqueo de Peschiera, habian impedido á los austriacos que habian quedado en Verona, hacerse lugar, y habian forzado la ciudadela á

que se rindiese. Estos tres días fueron los más honrosos de la guerra para los italianos.

El mariscal austríaco tenía necesidad de reponerse. Vicencio ocupado por de Thum acababa lo mismo que la Lombardia de votar su unión con el Piamonte. El 2 de junio, Radetzki dejó de nuevo á Mantua, volvió á pasar el Adige (el 5) por Legnano, y se dirigió sobre Vicencio con treinta mil hombres para acabar de desembarazar su retaguardia y poder colocarse á su frente: no dejaba bajo Verona más que veinte mil hombres delante del ejército piamontés. Carlos-Alberto no se atrevió á seguirle á la otra parte del Adige, teniendo detrás de él á Mantua y Verona, y bien pronto oyó dar principio al bombardeo contra Vicencio. En lugar de presentar una batalla, se echó bastante inutilmente sobre la plataforma de Rivoli, el 10, y se apoderó de ella sin trabajo. El mariscal se aprovechó: acabó de ocupar al rededor de Vicencio el Bacciglioni y los montes Béricos, obligó á Durando á que abandonase la villa y á prometer no servirse de sus tropas durante tres meses en contra de los austríacos. Cuando Carlos-Alberto (el 13) se decidió á atacar á los austríacos de Verona para efectuar el paso del Adige y socorrer á Vicencio, la vanguardia de Radetzki, ya de vuelta, le hizo conocer que era demasiado tarde. Se celebró en Italia la toma de la plataforma de Rivoli de gloriosa memoria: se olvidó que, dueño de Vicencio, Radetzki, se apuraba bien poco entonces de ser cortado por el Tirol.

La posición había en efecto cambiado con desventaja para los italianos. El austríaco Welden, que llegó con nuevos refuerzos, tomaba á Trevisa y Padua, aislaba á Venecia, y no dejaba á Pepe y al único batallón que había llevado consigo, otro recurso que dirigirse á Venecia para defender la laguna. Carlos-Alberto se encontraba casi solo á la sazón. El conde Mamiani, en Roma, no podía aunque ministro hacer prevalecer sus designios. El 5 de junio, á la apertura de la asamblea

romana, no habia presentado nada de su programa por falta de inteligencia con el Papa, sobre la redaccion de los pasages relativos á la política exterior. El rey de Nápoles volvió á llamar á algunos regimientos de napolitanos que se habian desde luego confiado á Cárlos-Alberto: en Florencia se quejaban de la poca simpatia del ministro Ridolfi. La asamblea nacional francesa, en su sesion del 25 de mayo, invitaba á la comision del poder ejecutivo á tomar por regla de conducta su voto unánime de *libertar la Italia*: pero Cárlos-Alberto rehusaba siempre la intervencion republicana, y bien pronto la Francia entregada toda á sus propias discordias, iba á no poder ofrecerla tampoco.

El rey de Cerdeña hizo llegar su reserva que habia estado hasta entonces, y bien torpemente, en el Piamonte: emprendió la formacion del ejército lombardo y el equipo de los voluntarios que hasta aquel momento no se habia ocupado en activar mucho. Llegó de este modo en el mismo mes de junio á reunir ochenta mil hombres sobre el Mincio, dejando por desgracia mal las guarniciones de Parma, Módena y Bolonia misma. Pero Radetzki, gracias á la llegada de un nuevo refuerzo que habia venido del Tirol, tenia otro tanto, y todas las tropas estaban bien vestidas y disciplinadas, mientras que los últimos batallones lombardos estaban bastante mal instruidos y armados y ya menos entusiasmados que al principio de la guerra.

La animacion de la Italia vino todavia, á principios de julio, á brillar como una última esperanza en el ejército piamontes. El dia 6 de julio mientras que Pepe organizaba la defensa de la laguna, la asamblea veneciana declaró fundirse en el Lombardo-Veneto, é instaló un gobierno favorable á Cárlos-Alberto: algunos dias despues, el parlamento siciliano, ocupado mucho tiempo hacia con sus luchas intestinas, eligió decididamente rey á uno de sus hijos, al duque de Génova. Despues que recibió su reserva y sus refuerzos, Cárlos-Alberto

teniendo su cuartel general en Robervella , aumentaba todos los dias su derecha hácia Mantua que esperaba forzar, como á Peschiera , á espensas de su izquierda siempre en Rivoli. A mediados de julio , los modenenses y los toscanos vueltos de Governolo , habian terminado ya el cerco de la plaza sobre la ribera del Mincio : el mismo rey decidido á obrar , acabó para el 20 el de la orilla izquierda , estendiéndose casi hasta el Pó. Radetzki concentradas sus fuerzas hacia algun tiempo en Verona , aprovechó para volver á tomar la ofensiva , el momento en que vió la línea de su adversario mas estendida que nunca desde las alturas de Rivoli á los alrededores de Mantua , pero muy débil en el primer punto.

Despues de haber hecho dar ya el 22 á la altura de Rivoli un asalto que fué vigorosamente rechazado por el general Lichnowsky, el mariscal puso durante la noche sus fuerzas en movimiento para volver de nuevo por la corriente. Le era necesario abrirse paso por la línea del enemigo y apoderarse de las alturas que dominan el Adige y el Mincio , y que ocupaban los piemonteses desde la retirada de los austríacos. El 23 por la mañana, la izquierda de Radetzki se estendió ligeramente hasta junto á Roverbella para vigilar el cuartel general de Carlos-Alberto : la derecha en numerosas columnas y apoyada fuertemente por el centro, se dirigió sobre las colinas de Sona y Summa-Campagna. El general de Sonnaz, que mandaba este débil costado , no tenia mas que doce mil hombres para resistir á casi cuarenta mil : se vió obligado á ceder á las brigadas Liechtenstein y Wohlgemuth. Carlos-Alberto, desde Villafranca, vió él mismo la imposibilidad de remediar en seguida el vacío que habia dejado : abandonó el villorrio de Custozza y pasó el Monte-Vento , que toca al mismo Mincio, mientras que de Sonnaz , amenazado de ser cortado, hizo evacuar á Rivoli y volvió á pasar con su division sobre la orilla derecha , por Mozambano cuyo puente hizo derribar.

Al día siguiente, desde por la mañana (24), el mariscal, continuando su movimiento, dió orden de pasar el Mincio por dos puntos, para colocarse á caballo en la ribera y atacar á su adversario en esta ventajosa posición. El rey, que tenía concentradas sus tropas desde la orilla derecha á Villafranca, salió en fin de la inacción, y se dirigió sobre las alturas abandonadas la víspera, antes que Radetzki hubiera acabado su conversión. El general Bava en el centro, y los príncipes de Saboya y de Génova á los dos costados, recobraron vigorosamente á Custozza y Summa-Campagna después de cuatro horas de combate. La desgracia de la víspera estaba casi reparada: al día siguiente á las seis de la mañana volvieron á comenzar la pelea y emprendieron el asalto de Sona y de Monte-Vento para echar al enemigo al valle de Mincio, hácia de Sonnaz, que tenía ocupadas sobre la orilla derecha las alturas de Volta, paralelas á las de Custozza; Radetzki estaba perdido si el movimiento se conseguía: pero el mariscal había durante la noche vuelto á pasar con parte de sus tropas sobre la ribera izquierda y dado en Verona orden de mandar una nueva brigada sobre el flanco de los piemonteses.

Aquel día hacía un calor sofocante. El general de Sonnaz nada hizo en Volta: Bava no tardó mucho en apercibirse de que en lugar de atacar al enemigo, iba á verse obligado á defenderse: recobró sus posiciones de la víspera, no sin haber ántes fatigado á sus tropas. Los austríacos subiendo la tan disputada montaña de Summa-Campagna, perdieron algunos hombres por causa del calor: Radetzki se presentó en medio de sus regimientos y probó de dar ejemplo al frente de sus granaderos. Bava y los dos príncipes atacados por la cabeza y por el flanco, resistieron hasta la tarde; pero por último se vieron obligados á abandonar el puesto con su villorrio de Custozza, y replegarse con pérdidas bastante grandes á Villafranca; esto era una derrota.

Después de media noche, mientras que los austríacos descansaban sobre el campo de batalla, Carlos-Alberto empezó su retirada sobre la ribera derecha por Goito y despachó un correo á Francia pidiendo socorros y la posesion del Lombardo-veneto. Al día siguiente, dió aun un combate bastante desgraciado en Volta para ganar tiempo de establecerse sobre la otra embocadura del Pó. Radetzki no le dejó tiempo para esto ni para recibir los auxilios que esperaba. Carlos-Alberto no pudo detenerse ni sobre el Oglio, ni en Cremona, ni sobre el Adda, en cuatro días de retirada y de precipitada persecucion. Mientras que el enemigo tomaba posicion en Lodi, en Moza y en Pavia misma, él entró en Milan el 3 de agosto, con un ejército, mitad desanimado y desbandado, y encontró restablecido allí un comité de guerra, compuesto de republicanos y en estado amenazador.

Lombardos y piemonteses cuando llegó el momento supremo no supieron entenderse. El comité de guerra, enviaba emisarios á sublevar á Brescia, Bergamo y Venecia, y hacia poner barricadas á las puertas de Milan y en los arrabales. Carlos-Alberto, que tenia su parque de artillería, á la otra parte del Pó, y únicamente parte de sus tropas con él, no pensó en otra cosa sino en que la villa tuviera bastantes provisiones de boca y guerra. El gobierno francés no aceptaba que se pusiesen condiciones á su intervencion. Los piemonteses y los milaneses, que se acusaban mutuamente, acabaron por venir á las manos. En tan triste situacion, Carlos-Alberto firmó una capitulacion el 6 por la tarde y partió por la noche de Milan: las tropas piemontesas evacuaron la villa al día siguiente (7) seguidas de una multitud considerable de ciudadanos que huian de la venganza del Austria, y Radetzki entró en ella á la cabeza de su ejército victorioso. El mismo día el embajador piemontés pidió sin condicion la intervencion francesa: pero era ya demasiado tarde. Carlos-Alberto debió firmar un armisti-

cio por el cual cedia las fortalezas de Peschiera, de Rocca d'Anfoó, el material de defensa, y prometia retirar de Venecia sus fuerzas de mar y tierra. «La bandera imperial, pudo decir (el 10) Radetzki, flota de nuevo sobre los muros de Milan, y no hay ni un solo enemigo en todo el territorio lombardo.»

**Repúblicas de Venecia, de Roma y de Florencia;
asesinato de Rossi: huida del Papa (setiembre de 1848,- febrero de 1849).**

La batalla de Custozza no tan solo heria la causa de la independencia, sino que tambien la de la revolucion. Radetzki habia ordenado á Welden que iba á su retaguardia se echase sobre Bolonia para obligar al ministro romano, Mamiani, á retirar sus tropas de la guerra. Las autoridades no queriendo esponer á la villa á los horrores de la guerra, dejaban ya entrar á los batallones austríacos: pero el pueblo se arrojó á su encuentro el 9 de agosto y los rechazó con pérdida al otro lado del Pó. El Papa protestó contra la violacion de su territorio. Sin embargo, satisfecho de ver que habian marchado los austríacos, rehusó ratificar las enérgicas proposiciones hechas por su ministro á los diputados romanos; y Mamiani cedió el puesto á un ministerio provisional que empezó por prorogar el parlamento dispuesto á la guerra.

El rey de Nápoles, Fernando II, sacó todavia mas abiertamente partido de la derrota del Piamonte contra la Sicilia. Cárlos-Alberto, despues de Custozza, no podia aceptar para su hijo la corona que los sicilianos le habian ofrecido. Fernando II, el 3 de setiembre, hizo salir ocho buques de vapor, y seis mil hombres, con órden de tomar por asalto á Messina donde Pronio con cuatro mil hombres se resistia siempre en la ciudadela. El gobierno revolucionario de Sicilia, muy divi-

dido ya antes de la eleccion del duque de Génova, lo estaba todavia mas despues de haberlo rehusado éste. No habia llegado todavia á poner en pié de guerra un ejército regular : solo la guardia nacional estaba organizada y se habia resignado á aceptar el servicio de los forzados, que el gobierno napolitano habia soltado para comprometer la revolucion siciliana.

La desgraciada Messina no tenia mas defensores que sus habitantes que se habian armado y regimentado. El fuego de la ciudadela, situada sobre una lengua de tierra que domina el puerto, y una salida de Pronio, permitieron á las tropas napolitanas establecerse y comenzar sus operaciones desde el dia 4. Messina envió á pedir socorros al parlamento; pero la villa republicana fué poco socorrida por la realista Palermo. Mientras duró la lucha, los suizos y napolitanos de Fernando, en número de quince mil hombres, fueron apoyados y abastecidos por el campo de la otra parte del estrecho : Messina solo recibió por tierra refuerzos insignificantes y tardios. Este desigual combate duró sin embargo ocho dias. La ciudadela, la flota y las baterias, inundaron la villa de una lluvia de bombas y de cohetes que produjo los mayores estragos y causó muchos incendios. Los fuertes que pertenecian aun á los messineses, intentaron por algun tiempo contestar al fuego y bien pronto fueron estinguidos. Despues de haber perdido las fortificaciones y las barricadas levantadas fuera de la villa, los messineses se batieron aun en los arrabales en medio de los escombros de las casas, y comenzó el saqueo. Los almirantes inglés y francés, Parker y Baudin, intervinieron por último para hacer cesar la carnicería, y salvar el resto de la villa, el 3 de setiembre por la tarde. Un armisticio entre el rey Fernando y el parlamento siciliano suspendió la guerra, y estableció por algun tiempo una zona neutral entre el ejército napolitano y el de Sicilia que habia llegado demasiado tarde en auxilio de Messina.

La libertad italiana (17), no se defendía mas que en Venecia. El mismo dia en que los comisarios de Cárlos Alberto debían recibir la investidura de la ciudad y provincia de Venecia (9 de agosto), se habia sabido la noticia del armisticio. La república se proclamó allí de nuevo, el poder se confió á un triunvirato con Manin por presidente, y la defensa militar á Guillermo Pepe. Este veterano del liberalismo, cuyo patriotismo clásico no se desmintió jamás, sacó con estremada habilidad partido del pueblo veneciano y de los voluntarios que le habian quedado.

La Laguna ó el Stuario, es una especie de lago oblongo, formado por las corrientes de agua que se arrojan al fondo del Adriático, y separado únicamente de este mar por islas largas y estrechas, cortadas con canales donde los barcos grandes no pueden penetrar: cubre un arco de círculo, de casi cuarenta leguas y encierra doscientos mil habitantes. Hacia el vértice del arco se eleva Venecia y á uno y á otro lado villas como Chioggia y Mestre en otro tiempo de mas importancia: por la parte del mar y de la tierra, cuarenta fuertes, ventajosamente dispuestos entre los que son los principales el de Lido, de Malghera, de Brondolo y Treporti, protegen esta posicion tan admirable para la defensa. Pepe, despues de su llegada, habia aumentado las fortificaciones de los puntos principales, organizado en legiones y disciplinado mientras que él estuvo allí, las milicias de que podia disponer. Con arreglo á la voluntad de su gobierno, vacilante sin cesar, entre el temor y la esperanza, ya permanecia á la defensiva ó tomaba la ofensiva contra los cuerpos austríacos que empezaban á penetrar en la Laguna y á fortificarse en ella. Allí no obstante, la bandera italiana estaba en pié todavía.

Esta resistencia favorecida por la naturaleza del terreno, bastó para mantener la esperanza y reanimar las pasiones italianas. Francia é Inglaterra habian ofrecido su mediacion

en esta guerra de la independencia, y el gobierno francés repetía aun por boca del general Cavaignac, que los tratados de 1815 no podían servir de base en la paz. En Turin, Carlos Alberto retiraba poco á poco sus buques del Adriático: no había aun renunciado del todo á su esperanza. Si hubiera dado oídos al parlamento piemontés, asamblea patriótica pero que no se formaba idea exacta de la situación, habría vuelto á emprender la guerra. Pero la efervescencia se había aumentado principalmente en los estados romanos y en Toscana, donde se habían refugiado todos los que habían tenido que abandonar el campo de batalla de la Lombardía.

Allí las pasiones radicales, libres del freno de los partidos moderados, no sabían lo que era la prudencia. No se ponía por ejemplo mas que á Venecia: se decía que no se podía hacer nada con los príncipes. El rey de Nápoles, que era un perjuro que no quería ni independencia ni libertad, disolvía aun el 5 de setiembre la asamblea que era poco humilde y que había convocado anteriormente, el 5 de julio. Para el rey Carlos Alberto, era por lo menos ó tibio ó torpe; el Papa Pio IX no tenía mas que una conciencia timorata. Venecia le enseñaba de un modo evidente que no se acertaba sino con las manos y banderas republicanas. Necesitaba hacer una guerra de pueblo, constituir la Italia en una república unitaria ó federativa y levantarse como un solo hombre en contra del Austria. Esto era lo que en todos los tonos repetían los clubs en Roma, en Bolonia, en Florencia, en Liorna y aun en Génova. Aguardando esto se hacían suscripciones patrióticas para prolongar la resistencia de Venecia.

Pio IX, el gran duque de Toscana y Carlos Alberto, tenían que emplear mucho trabajo para resistir á estos empujes de la opinión amargada con los reveses y exaltada por sus sueños. El Papa, con un ministerio provisional desde la retirada de Mamiani, veía con dolor que el gobierno se deslizaba

de sus manos. El gran duque de Toscana cediendo á las acusaciones dirigidas contra la indolencia del ministerio Ridolfi, habia confiado el ministerio á Capponi que no estaba ya mejor visto que su predecesor. El rey de Cerdeña permanecia rodeado de los ministros que le habian empujado á la guerra. El 5 de setiembre la insurreccion de Liorna promovida por Guerrazzi, dió un nuevo impulso al movimiento revolucionario. El gran duque dió las gracias á Capponi y encargó al profesor Montanalli la formacion de un ministerio. Todos los dias podia esperarse en Roma un movimiento semejante. El Papa se decidió por fin á salir por un medio cualquiera de sus equivocaciones que lo perdian todo: llamó (el día 15) al ministerio al solo hombre que tuvo quizás entre sus consejeros, al antiguo embajador frances, Rossi.

Este emprendia una marcha bien dura en un momento bien difícil: queria ensayar el triunfo de la razon en medio del reino de las pasiones. Reorganizar civilmente los estados romanos, practicar legalmente la constitucion, establecer el crédito y la policia: tal era su política interior. Por otra parte, no renegaba de la causa de la independendencia: pero pensaba que no habia llegado el momento de trabajar en ella. En todo caso no creia que las pasiones radicales y los pueblos pudiesen ser bastante sin soberanos: preparaba únicamente el porvenir cuidando de una alianza en los estados italianos, reorganizando el ejército y esforzándose en reunir los pueblos y los príncipes. Durante este corto ministerio soltó prendas para este porvenir: llamó á Zucchi y lo puso á la cabeza del ejército: estimuló al abate Rosmini á que reasumiera para la Italia un proyecto de constitucion federal que debia investir á una dieta residente en Roma del poder de arreglar los intereses nacionales y generales de la Península. Este era un paso dado para una idea fecunda y que bajo distintas formas tomaba ya posesion de la Italia. En

efecto, el 8 de octubre, Montanelli, llamado decididamente al poder en Toscana, hacia constar en su programa la formación de una constituyente italiana: y un poco después en el Piemonte, Gioberti convocaba un congreso en Turin con el fin de hacer prevalecer las mismas ideas de unión, sino de fusión completa.

El gobierno de Rossi no estaba pues de ningún modo en oposición con las tendencias de la península. Pero su carácter de hombre de estado no marchaba con las aventureras pasiones que entonces se agitaban. El quería caminar al fin con calma, por la senda diplomática: quería evitar la transición de lo pasado á lo porvenir. El Papado pretendía conservarlo en toda su independencia y su dignidad como «la última grandeza viviente de la Italia» y la acomodaba, la conciliaba únicamente con las necesidades y condiciones del tiempo presente. Para Italia no quería oír hablar nada de unidad y si tan solo de unión: no era á una constituyente efectiva á quien el encargaba el fijar sus destinos, sino á un congreso de plenipotenciarios; principios de prudencia todos, que las pasiones no se hallaban en disposición de escuchar. Lo más infortunado sobre todo, fué que Rossi era particularmente antipático á todas las clases, á todos los partidos en la península. El creyó bueno hacer frente á los retrógados y á los radicales: pero aun así tampoco tuvo en su favor al partido moderado; los primeros miraban al proscrito de 1815, los segundos al amigo de Metternich: los liberales no se atrevían á alistarse con un jefe tan impopular.

Rossi prosiguió su marcha con valor, sin oponer á las injurias más que desden. El 15 de noviembre era el día señalado para la apertura del parlamento que había convocado: debía entonces dar á conocer su programa. Cuando acababa de bajar del coche y atravesaba con paso firme y la cabeza erguida por medio de la multitud muy animada y hostil, un mise-

rable se adelantó y asestándole una puñalada en la garganta, desapareció. Rossi dió un paso mas y cayó. La asamblea estaba en sesion, ocupada en constituirse. La noticia se difundió en ella en un abrir y cerrar de ojos: causó un espontáneo y profundo silencio hijo de la ansiedad y del espanto: despues la discusion entablada prosiguió sin que ni una palabra, ni un signo cualquiera atestiguase el sentimiento de la asamblea. « Es necesario conocer, ha dicho á propósito de este vergonzoso silencio un diputado romano, es necesario conocer las costumbres de nuestro pais para juzgar semejante conducta: es necesario saber que el hombre que hubiera dicho una sola palabra para denunciar al culpable, habria sido asesinado al dia siguiente. » Tristes costumbres que ha adquirido la Italia en muchos siglos de esclavitud y jurisdiccion arbitraria, pero de las que debe corregirse si quiere ser digna de esa libertad que solo tiene sus verdaderos y sólidos cimientos en la firmeza de carácter y el valor público.

Este crimen aislado, (todo induce á creerlo asi), fué el golpe mas funesto para el porvenir de la península, echó entre Italia y la conciencia de Pio IX una mancha de sangre: precipitó una revolucion á la que por buena que fuera, se la podia reprochar el haber empezado por un crimen. El fin del dia que habia empezado el asesinato de Rossi y la noche, habian sido muy tumultuosos; los radicales y hasta los liberales, creynédose desembarazados de un obstáculo, querian dar un paso mas. Al dia siguiente, los soldados y el pueblo divididos en bandos se dirijieron en masas compactas al Quirinal, pidiendo se volviera á llamar á Mamiani, la entrada en el consejo de Sterbini y Galletti y sobre todo la *constituyente italiana*: la idea de la unidad llenaba á la sazón todos los cerebros. El Papa furioso de indignacion por la muerte de su ministro, no quiso oir nada. La multitud se alborotó y se hizo amenazadora: una descarga la dispersó: pero al dia siguiente 17, volvió armada,

dos cañones se colocaron apuntando al Quirinal y el Papa cedió. Mamiani, Galleti y Sterbini entraron en el consejo, y el programa del 18, presentado al parlamento romano, contuvo la promesa tan deseada de una constituyente italiana encargada de redactar un tratado de union federal.

Pero la sangre de Rossi y el motin de la víspera, lo habian manchado todo á los ojos de la conciencia de Pio IX. La revolucion era á la sazón sangrienta delante de él: no escuchó mas que á aquellos que desde los primeros dias habian entorpecido su generosa iniciativa y que le habian quizas puesto en la situacion en que se hallaba entonces. Dejó obrar libremente el nuevo ministerio y al parlamento, y no pensó mas que en huir. El 25 por la noche, mientras que el conde Spaur, embajador de Baviera se presentaba en el Quirinal para hablar á su santidad, la condesa Spaur su esposa, recibió en su coche, junto á una puerta secreta, al pontífice vestido de simple sacerdote; atravesó con él la villa, y le dejó en camino de Gaeta. Pio IX pedia un asilo para la dignidad pontificia á Fernando II.

Esta era una resolucion llena de azares. Pio IX abandonaba el partido moderado, y entregaba el puesto á la revolucion. Desde Gaeta escribió, que no renunciaba en nada á sus derechos, y nombró por dos veces una comision ejecutiva: los personajes designados rehusaron encargarse del gobierno. ¿Si el Papa no se creia bastante fuerte para hacer respetar, estando presente él, la autoridad pontificia, cómo hubieran podido conseguirlo los encargados del poder, en nombre de un Papa ausente, que se amparaba bajo la proteccion del mas impopular de todos los reyes de la península? El parlamento romano, penetrado de la gravedad de la situacion, y « para ensayar todos los medios de conciliacion con el soberano, entrando en el fondo de la verdad del régimen constitucional, » envió una diputacion de las cámaras y de la villa á Gaeta. Iba esta encargada de suplicar al Santo Padre, ó que volviera á entrar en

sus estados, ó que nombrara una regencia que eligiera un ministerio : los diputados no fueron admitidos en el territorio napolitano : no habia allí, pues, gobierno : el poder era de los mas atrevidos.

Mamiani y el parlamento empleaban mucho trabajo en calmar la agitacion de Roma, despues de la marcha del Papa. La noticia de la injuriosa ofensa hecha á su diputacion, los desarmó completamente.

El 8 de diciembre, se presentó un manifiesto, pidiendo la destitucion del Papa y la formacion de un gobierno provisional. Los representantes nombraron al príncipe Corsini, senador de Roma, á Zucchini senador de Bolonia, y á Camerata jefe de bandera de Ancona ; despues invistieron con el poder ejecutivo una junta provisional, que debia ejercer su cometido « en los términos de los estatutos » y cesar en sus poderes desde que volviera Pio IX. Este era todavía un medio de defender los derechos del Papa : la protesta de Pio IX y de su ministro, Antonelli, contra este gobierno, formado, sin embargo, de hombres moderados, acabó de exasperar á los romanos. El número de desterrados y fugitivos de la Lombardía y del resto de Italia aumentaba todos los dias en Roma. Un célebre y atrevido partidario, Garibaldi, que habia estado algun tiempo junto al lago de Como, despues de la derrota de Custozza, acababa de llegar á Roma. El partido moderado estaba desbandado ; no podia sostenerse entre el Papa fugitivo y los radicales dueños del terreno. Se pedia, por una y otra parte, una constituyente. Mamiani ensayó aun el oponerse, y obtener el alejamiento de los revoltosos extranjeros ; fué impotente, y presentó su dimision, lo mismo que Zucchini. Galleti, Sterbini y Armellini, anciano septuagenario, se encargaron del gobierno el 20 de diciembre : el 26, convocó el parlamento á los ciudadanos romanos á el sufragio universal para elegir una constituyente, y se declaró disuelto.

Roma hasta allí habia seguido la iniciativa de la Toscana: ella la daba á la sazón. A despecho de la escomunion lanzada de antemano por el Papa contra los electores que tomaran parte en la eleccion y contra los representantes elejidos, el ministerio romano y la junta provisional, se ocuparon de organizar el sufragio universal. Florencia no quiso en nada ser menos: Montanelli que tenia en el ministerio como asociado al republicano libornés Guerrazzi, anunció el 8 de enero, la convocatoria de una constituyente toscana y propuso una ley para la eleccion de los diputados que debian ser enviados á la constituyente italiana. En los estados romanos, trescientos cuarenta mil votos por una poblacion de dos millones ochocientas mil almas, respondieron al llamamiento del gobierno provisional romano. Ciento cuarenta y cuatro diputados, de los que uno solo, el general Ferrari estaba fuera de los estados romanos, se reunieron el 6 de febrero de 1849 en Roma; y despues de quince horas de deliberacion, un primer decreto, adoptado el 9 por ciento cuarenta y tres votos contra once, determinó la destitucion temporal del Papa con la garantía de su independencia espiritual, y proclamó, como forma de gobierno romano, la república democrática. El mismo dia, en ausencia del gran duque de Toscana, que habia partido tambien la ante víspera para Saint Etienne, se instaló en Florencia un gobierno provisional. Este proclamó bien pronto (18) tambien la república, decretó la disolucion del parlamento y convocó una constituyente. De este modo, dos repúblicas, producto de una efervescencia general y de una situacion desesperada, habian nacido repentinamente en el centro de la Italia entre el ejército austríaco y el ejército napolitano. Dos triunviratos, en Roma Ar-mellini, Salicetti y Montechi, y en Florencia, Guerrazzi, Montanelli y Mazzoni, fueron los encargados de constituirlos y de defenderlos.

Nueva guerra: batalla de Novara: toma de Roma: caída de Venecia (marzo-agosto de 1849).

En el primer momento de entusiasmo, todo pareció fácil. El triunvirato romano reorganizó el ejército según sus miras, agregó al estado los bienes eclesiásticos, prometiendo dotar el culto, emitió papel-moneda, é impuso á la clase rica un empréstito forzoso. Zucchi, antiguo general del Papa, huyó ya impotente á Gaeta. En Toscana, Guerrazzi, con el general Apice, marchó contra Laugier, atrajo sus tropas que fraternizaron con las suyas y decidió de este modo al gran duque á marchar á unirse al Papa en Gaeta. Las dos repúblicas romana y toscana hablaban de hermanarse: y Florencia consentía en borrarse delante de Roma. En Parma, en Ferrara, en Brescia, en Milan donde las exacciones y las venganzas austríacas pesaban ya, y aun en Génova, se empezaba á trabajar en favor de los republicanos.

En realidad nada era mas peligroso que lo que acababa de intentarse en el centro de Italia. La cuestion política se veía complicada con la cuestion religiosa. Las dos nuevas repúblicas eran muy mal vistas de los reyes de Nápoles y Cerdeña, y sobre todo la de Roma. El Papa Pio IX habria querido reunir estos dos soberanos contra los que le habian derribado, y lo habria conseguido sin la profunda enemistad de Fernando II contra Carlos-Alberto. Despues de haber dudado por largo tiempo, se decidió el 18 de febrero á solicitar en términos bastante ambiguos por medio del cardenal Antonelli, los auxilios de cuatro potencias católicas, de Francia, de Austria, de España y de Nápoles. No se podia dudar de la prisa del Austria en restaurar al Papa en sus estados. La Francia no podia, nadie menos que ella, permanecer inactiva: todos los gobiernos que se habian sucedido en ella desde el principio de

la revolucion italiana, habian querido intervenir: su flota estaba preparada hacia ya mucho tiempo: únicamente la índole de su intervencion era la mas dudosa. La asamblea constituyente republicana, procedente de la eleccion de 1848, meditaba la cuestion bajo el punto de vista político y no pretendia hacer la guerra, en Italia, á los principios que ella tenia establecidos en Francia. El gobierno del nuevo presidente Luis Napoleon Bonaparte tenia mas en cuenta los principios religiosos; no le pesaba hacer algo por el soberano pontífice y el partido católico en Francia. Los preparativos de la espedicion se hicieron sin resolucion detenida: debia partir sin que el ministerio ni la asamblea supiera claramente cual era su objeto.

Cárlos-Alberto, corazon verdaderamente italiano, veia con pena los preparativos de esta nueva intervencion estrangera en Italia. Quiso evitarla restableciendo por sí mismo los soberanos caidos. La envidia del rey de Nápoles, la oposicion misma de su parlamento, no se lo permitieron. Lejos de alli, el parlamento de Turin, vuelto á abrir desde el 1.º de febrero, pedia imperiosamente la renovacion de la guerra contra el Austria: Génova misma en caso de que se rehusara, amenazaba proclamar la república. Entre la invasion estrangera que amenazaba á Italia y la república que amenazaba su trono, Cárlos-Alberto resolvió tentar aun una vez mas fortuna con las armas, en la guerra de la independencia.

El 5 de marzo, habiendo pedido formalmente la guerra la cámara de los diputados de Turin y la consulta de los refugiados lombardos, el rey admitió la dimision de Gioberti, y nombró un nuevo ministerio belicoso en su mayoría, con Rattazzi por presidente, y apesar de las representaciones de la Francia y de Inglaterra, denunció el dia 12 el armisticio al mariscal Radetzki. No podia ocultársele que los cambios eran muy desfavorables al Piamonte. No contaba para nada con las

dos nuevas repúblicas que tenían bastante con constituirse: menos todavía con el rey de Nápoles que disolvía por tercera vez (el mismo día 12) el parlamento reunido también por tercera vez. El Piamonte estaba completamente solo , y el ejército marchaba con repugnancia á esta guerra enteramente «política» impuesta al rey por el parlamento. El rey triste y sombrío, conociendo que no hacía la guerra en su nombre, sino en el de los que le impelían á ella , obedeció como á una necesidad fatal para verse libre, por el triunfo ó por la muerte, de una tan desesperada situación.

Se preparó valerosamente. No se podía de un modo formal contar en Lombardía apesar de las promesas y esfuerzos de la consulta lombarda , mas que con el patriotismo de Bergamo y de Brescia. El general Chrzanowski, teniendo bajo sus órdenes á Ramorino y Cossato, concentró sesenta mil hombres sobre el Tessino y dió orden á La Mármora de colocarse sobre Parma y Plasencia. Por desgracia la elección de oficiales tenía mucho que mejorar, tenía todavía en el ejército un cierto número de reclutas poco prácticos , y se echaba mucho de menos el tino en la administración de víveres y en la intendencia. Radetzki no presentó en la línea mas que soldados viejos, perfectamente preparados y provistos en número también de sesenta mil , y encargó á Nugent , Hainau y Wimpfen de contener á su retaguardia la Lombardía.

El día 20 se rompieron las hostilidades. A las diez de la mañana el rey fué el primero que pasó el puente de Buffalora sobre el Tessino : el mismo día estalló un motin en Brescia. La intención de Chrzanowski era rechazar á los austríacos sobre el Naviglio Grande, para hacer una añagaza sobre Milan. Ramorino al costado derecho, se le mandó á Mortara , encargado de observar al enemigo en Pavia y reunirse á La Mármora. Pero Radetzki durante la noche del 19 al 20 había replegado sus tropas sobre Pavía : echó por su parte un puente en el

bajo Tessino é hizo pasar dos brigadas á la orilla derecha sin hallar resistencia alguna en Ramorino que permaneció inactivo. Esta grave falta lo perdió todo. El 21, el ejército piomontes volvió á pasar el Tessino para salir al encuentro de los austríacos que seguían para desembocar en Pavia. Durando fué mandado en vanguardia para reforzar la posición de Mortara, Chrzanowski dirigió el resto de Sforzesca y Vigevano para apoyarle. Pero la falta de víveres detuvo muchas brigadas. Los piomonteses sostuvieron un combate brillante el 21 en Sforzesca sin poder impedir que los austríacos acabasen su movimiento, y Durando, casi aislado en Mortara, se dejó quitar este pueblo despues de una batalla nocturna en la que perdió dos mil hombres entre prisioneros y muertos.

Necesitó pensar en batirse en retirada bajo Novara «para jugar allí el todo por el todo.» Chrzanowski colocó los cuarenta y cuatro mil hombres que le quedaban en una línea de cerca de tres mil metros de estension. El enemigo apareció el 23 de marzo por la mañana y puso todo su ahinco en las alturas de Biccoca para envolver la izquierda piomontesa. El rey permaneció allí en medio de una lluvia de proyectiles: sus dos hijos los duques de Saboya y Génova, á la cabeza de sus brigadas, echaron dos veces al enemigo de la Biccoca. Pero en el momento mismo en que Chrzanowski se disponía á hacer un movimiento sobre la derecha para desempeñar la izquierda, el pueblo de Biccoca fué tomado y ocupado el camino. Esta era la llave de la posición: la izquierda se desbandó sobre Novara y el centro y la derecha empezaron á retroceder. Carlos-Alberto ensayó juntarlos, sino para vencer, para morir al menos «la muerte misma no le quiso.» Por la noche á las ocho, el desgraciado rey reunió á los príncipes y á los generales en consejo. «Señores, dijo, yo me he sacrificado por la causa italiana: por ella he espuesto mi vida, la de mis hijos, mi trono: no he podido lograr nada. Comprendo que mi persona

podria ser hoy dia el único obstáculo para una paz en adelante necesaria. Yo no podria firmarla. Despues que no he podido hallar la muerte, haré el último sacrificio á mi pais: abandono la corona y abdicó en favor de mi hijo, el duque de Saboya.» Aquella misma noche partió sin decir á donde iba: y Carlos Manuel II, quedó encargado de negociar la paz. Tristemente comenzó su reinado; firmando un armisticio y mandando á uno de sus generales para subyugar á Genova, que antes bien que aceptar la paz queria proclamar la república.

La derrota de Novara arrastró tras de sí la caída de Brescia. Despues de tres dias de ser dueños de la villa y hallarse bien parapetados en las calles, los brescianos no podian creer en las malas noticias llegadas del Tessino. Hicieron por espacio de dos dias consecutivos (27 y 28) vigorosas salidas contra Nugent que queria colocarse para empezar el bombardeo; el mismo Nugent pereció en una de ellas. La noticia de la conclusion del armisticio, que llegó el 29, halló aun incrédulos y exaltó el patriotismo de los demas hasta el delirio: se juró el quedar sepultados bajo las ruinas de la villa. Haynau llegó el 31 y en vano amenazó con entrar á saco la villa, saquearla y arruinarla completamente. Despues de un encarnizado combate, por la noche, solo era dueño de las puertas y de algunas casas destruidas. Al dia siguiente, 1.^o de abril, el combate volvió á comenzar con igual furor: la municipalidad hizo tratos en medio del dia, pero algunos desgraciados rehusaron abandonar las barricadas y se hicieron matar todos en medio de espantosas escenas de carniceria é incendio. La toma de la villa habia costado á los austríacos un general, tres coroneles, treinta y ocho oficiales y mil quinientos hombres: trescientas casas habian sido destruidas. Haynau hizo que le entregasen aun cerca de cien gefes de la insurreccion que fueron decapitados sin piedad, é impuso á la provincia una contribucion de seis millones.

Las ilusiones de la democracia romana subsistieron á pesar de los continuos reveses que sufrió la causa de la independencia. La Mármora despues de haber desembocado en Génova con su division por los valles de Polcevera y de Bisagno, tomó el 9 de abril el arrabal de San Pedro de Arenas y el palacio Tursi Doria á los republicanos, á quienes permitió embarcarse. El 20 de abril, el general napolitano Filangieri, despues de la denunciacion del armisticio al parlamento siciliano, por Fernando II, apareció á la vista de Taormina al pié del Etna y la tomó el 4. El 12 en Florencia, el gefe Ubaldino Peruzzi, alentado por los movimientos de los austríacos sobre Pontremoli y Fivizzano, se puso á la cabeza de la guardia cívica y recobró el poder en nombre del gran duque y de la constitucion. Pero Mazzini que habia llegado á Roma el 6 de marzo, habia entrado en el triunvirato el 29, dia en que se habia sabido allí la derrota de Novara. Nuevo Rienzi, mezclando las pasiones del tribuno con los rasgos del místico, pensaba salvarlo todo evocando la vida eterna, Dios y el pueblo, en las ruinas del gobierno y de la Iglesia. Creia que en medio de todos aquellos desastres, habia llegado el reinado que por tanto tiempo habia sido su sueño. «Italianos, hermanos míos, decia él. El Piamonte entregado, Génova caida, la Toscana conmovida por las tentativas de una culpable nacion, la vida, la verdadera vida italiana se concentra en Roma. Que Roma sea el corazon de la Italia. Que complete las dignas acciones de sus padres. De Roma es de donde por medio del ejemplo, la vida debe refluir á los esparcidos miembros de la gran familia italiana. El nombre de Roma, de la Roma del pueblo, la Roma republicana, será bendecido en Italia, y por siempre glorioso en Europa.» Junto á la guerra real, anunciaba la guerra republicana y disponia una leva en masa.

Los ejércitos católicos de Europa iban ya en contra de él. Los austríacos se colocaban en Parma y Módena para marchar

inmediatamente sobre Bolonia: un ejército napolitano se reunía en el Garigliano. La reina de España lo armaba en sus puertos. Por último, el 25 de abril, el general francés Oudinot desembarcó con siete mil hombres en Civita-Vechia. ¿Qué iba á hacer este nuevo ejército? no se sabía aun. El gobierno francés había dicho recientemente por boca de M. Odilon Barrot «que no entraba en sus miras imponer á Italia un gobierno, ni republicano ni de otra clase. Su solo objeto era hallarse presente á los acontecimientos, interesado doblemente por la influencia francesa, y por la libertad que podia correr algun peligro.» El general Oudinot por sí mismo proclamó al tomar posesion de Civita-Vechia, que no iba á imponer á los pueblos un gobierno que fuera opuesto á sus votos. Los romanos no sabian que pensar. Creian á la asamblea francesa mas bien favorable que hostil, y habian elevado á la presidencia de la suya á Cárlos Bonaparte, príncipe de Canino, con la esperanza de lisonjear asi al presidente de la república francesa. Ellos se creian á cubierto con un artículo de la constitucion de 1848 que fijaron en el camino de Roma. Despues de algunas conferencias bastante agrias, el general Oudinot declaró tener órden de entrar en Roma, y se puso en marcha el 28 llegando delante de la villa el 29.

Roma, dividida desigualmente de norte á sur por el Tiber, ofrecia al ejército francés su parte occidental, llamada Trans-tiverina, rodeada de antiguos muros, que casi todos databan de la edad media, bastante fuertes, pero sin fosos y sin glasis. Esta línea de muralla forma hácia el noroeste un ángulo bastante pronunciado, que encierra la iglesia de S. Pedro y el jardin del Vaticano: tiene cuatro puertas principales de norte á sur, Angélica, Cavaliggere, S. Pancraccio y Portesi. El 30 de abril por la mañana, el pequeño ejército francés avanzó en tres columnas, con la música á la cabeza, hácia las puertas Angélica, Portesi y S. Pancraccio, para hacer un recono-

cimiento, ó sorprender la villa. Aquel no era entonces fuerte sino de ocho mil hombres. La guarnicion de Roma, compuesta de siete regimientos romanos de línea, de dos batallones lombardos, de las legiones de Roma, de Bolonia, del Piemonte, de los cuerpos de Garibaldi y de los poloneses, ascendia á unos treinta mil hombres. Garibaldi, apostado con su legion en el pueblo de S. Antonio, intentó hacer un recibimiento fraternal á los soldados franceses, para ganarlos ó atraerlos, y despues se batió en retirada haciendo un fuego torpemente dirigido. Los cazadores y un batallon del 20 se precipitaron á paso de carga sobre las alturas de S. Pancraccio. Fueron recibidos por un fuego destructor de la villa Panfli: en medio del desórden, Garibaldi dió la vuelta, y aisló parte de los hombres del 20, que fueron internados en la villa. Los otros dos ataques fueron tambien inútiles. Oudinot, habiendo tenido bastante número de heridos y prisioneros, se retiró á una jornada de la villa. Necesitaba un sitio en regla.

La noticia del ataque de Roma fué acogida en Francia de varios modos, segun las pasiones y el punto de vista de los poderes constituidos. La asamblea, fiel á sus principios, indicó al gobierno « que sin dilacion tomase las medidas necesarias para que la espedicion á Italia no estuviera por mas tiempo alejada del fin que se le habia determinado. » El presidente de la república, preocupado mas particularmente en guardar y conservar el honor de las armas francesas, no ocultó su deseo de vengar la afrenta que habian experimentado.

M. de Lesseps, enviado extraordinario, y que llegó inmediatamente á Roma, hizo provisionalmente suspender las hostilidades, é intentó obtener, por medio de negociaciones, la ocupacion pacífica del territorio romano á título de proteccion.

El Triumvirato romano, continuando en el interior su obra en contra de las instituciones eclesiásticas, empleó todas sus fuerzas en ponerse bien con el ejército francés: volvió á man-

darles sus prisioneros, y ofreció regalos á los oficiales y á los soldados franceses.

Mas durante este armisticio entre la Francia y los romanos, los demás gobiernos italianos prosiguieron sus adelantos. El 18 de mayo, los austríacos restablecieron al duque Cárlos III en Parma. El mariscal d'Aspre, por indicacion del gran duque de Toscana, Leopoldo II, ocupó á Pisa y Luca. La municipalidad florentina, que habia sido la que habia restablecido el gobierno del gran duque, en vano hizo representaciones: el comandante austríaco llegó el 11, delante de Liorna, ocupada por los republicanos, apuntó sus cañones contra las murallas á las siete de la mañana, entró por la brecha, y quedó dueño de la villa al mediodia, despues de algunos escesos. Florencia se vió obligada á abrir sus puertas por sí misma: así era la voluntad del gran duque, que no queria ni aun oír hablar mas de constitucion. Los austríacos entraron en ella el 25, y desarmaron, como en todas partes, la guardia cívica. En Sicilia, el general Filangieri continuó su movimiento; tomó á Catana, y se dirigió sobre Palermo. El polonés Mierowski, atrevido soldado y ardiente tribuno, hizo maravillas con un pequeño ejército, compuesto mas bien de voluntarios extranjeros, que de sicilianos: pero el ejército napolitano llegó, no obstante, bien pronto á Palermo, dispuesto á tratarle como á Messina. Gracias á los almirantes francés é inglés, la capital obtuvo el 15 de mayo, capitulacion y una amnistía, de la que fueron esceptuadas, sin embargo, cincuenta y tres personas.

En los estados romanos los austríacos y los napolitanos no habian dejado del todo las armas. El austríaco Wimpfen habia llegado delante de Bolonia el 8 de mayo; el general Bellini y el profesor Alesandrini defendieron la plaza con algunos batallones de tropas regulares y con la juventud de la villa y aun hicieron algunas felices salidas por las puertas Galluzza

y Castiglione. Pero el 12, un cuerpo de voluntarios, salido de Roma bajo el mando de Montarini fué rechazado fuertemente; empezó el 14 un bombardeo grave y capituló la municipalidad el 16. El triumvirato romano no halló consuelo para la pérdida de Bolonia, sino en el encuentro que tuvo lugar en Velletri entre los napolitanos y la legion Garibaldi y del que cada partido se atribuyó el éxito. Roma estaba no obstante á descubierto y amenazada por cuatro ejércitos. El 25 de mayo los austriacos estaban ya delante de Ancona: el 26, los españoles mandados por Fernandez de Córdoba desembarcaban en Gaeta y recibían la bendición del Pontífice: por último, los franceses ocupaban el Monte Mario en frente de la Porta-Angélica.

Pero la Francia, cuyo ejército había sido aumentado poco antes á mas de veinticinco mil hombres, se reservaba en todo caso la entrada en Roma. Las otras tres potencias católicas estaban prevenidas: se acercaba el momento decisivo; la Francia cualesquiera que fuesen sus simpatías, no podía quedar como simple espectadora del suceso. El 29 de mayo, el enviado extraordinario, Lesseps, había llegado á conseguir del triumvirato un convenio por el cual «el apoyo de la Francia estaba asegurado á los pueblos romanos y consentida la ocupacion del territorio.» Pero el general Oudinot rehusó el convenio y exigió que el gobierno romano «reclamase la proteccion de las armas francesas» y en caso de negarse anunció que volvería á comenzar las hostilidades «contra la plaza» el dia 4 de junio. Existía á la sazón conformidad de pareceres entre los poderes de Francia, la nueva asamblea legislativa que acababa la de tomar el puesto de la constituyente, quería con Luis Napoleon Bonaparte la entrada en Roma. Volvió á comenzar el sitio.

Ya el 3 desde por la mañana fuera de la villa, el general Sauvan se apoderó de Ponte-Mole al sud de Roma para asegurar el paso á la ribera izquierda y el general Molliere tomó las

villas Corsini y Panfilí á los romanos que se quejaron de haber sido sorprendidos. Al día siguiente el ejército francés empezó las paralelas delante del muro que se estiende sobre el Janículo. El general Oudinot hubiera encontrado menos resistencia si hubiera dirigido su ataque sobre el Vaticano: pero no quiso causar estragos en un edificio que encierra tantas maravillas.

Los trabajos perfectamente manejados por el general Levaillant, fueron concluidos el 12, y empezó el bombardeo dirigido principalmente sobre las fortificaciones. Durante los quince días que duró la lucha, puede decirse que el ataque fué conducido con tantas precauciones y cuidados como fué valerosa la resistencia. La Francia quería dar prueba de su respeto á la villa eterna: y los defensores de Roma comprendían que entonces defendían el último baluarte de la revolución ya vencida en todas partes. Se pudieron contar los proyectiles que esparriados, por desgracia, dieron sobre algunos monumentos. La asamblea romana estuvo en sesión permanente. El triumvirato traspasó el límite del entusiasmo, y los romanos los actos de valor contra la ciencia estratégica y el saber del ejército francés. El 21 fueron abiertas tres brechas: franceses y romanos se encontraron cara á cara. Por último el 29 tuvo lugar un combate decisivo. Era el día de S. Pedro: la acción duró hasta la noche. El gobierno romano hizo encender como de costumbre aquella magnífica y deslumbradora girándula de luz que no alumbraba generalmente mas que una gran fiesta. Esta vez alumbró una derrota. Los romanos, después de una larga resistencia, cedieron al valor francés dos bastiones y parte del Janículo contenido en la villa, para retirarse sobre Montorio, detrás de las nuevas fortificaciones. Desde el Janículo el bombardeo podía ser terrible para la villa; las baterías no se dirigieron mas que sobre Montorio y sobre los combatientes. Aun allí la resistencia no podía ser larga.

Garibaldi y los suyos querían abandonar la Transtiveria y limitarse á defender el resto de la villa. Pero se supo bien pronto que un movimiento de insurrección intentado para mudar el gobierno había fracasado en Paris (el 13 de junio) y que Ancona estaba tomada: se convencieron de que todo estaba concluido. Garibaldi salió durante la noche del primero al dos de julio con siete mil hombres: el triumvirato entregó su dimisión y la municipalidad fué á arreglar con Oudinot la entrada pacífica de los vencedores. Mientras que el ejército francés entraba en Roma el 2, la asamblea discutió los últimos artículos de la constitución que proclamó al día siguiente, tres, desde lo alto del Capitolio. Pero el cuatro por la noche un batallón francés fué á ocupar las cercanías de la asamblea, penetró en el recinto, é hizo salir á los diputados apesar de una protesta que se entregó en manos del coronel.

Algunos días despues, mientras que Garibaldi, errante por los Apeninos entre cuatro ejércitos enemigos, veía desbandarse á los suyos, y se libraba casi solo de todas las pesquisas, la municipalidad romana fué disuelta y las armas pontificias reemplazaron á las de la república.

La caída de Venecia fué el último acto de la revolución y de la guerra de la independencia. Hacia diez y siete meses que la heroica ciudad bajo las órdenes de Manin y de Pepe desplegaba un gran valor y se imponía toda clase de privaciones. Defendía palmo á palmo los canales, las islas y los fuertes de la laguna. Los austríacos no avanzaban mas que paso á paso. Despues de la batalla de Novara, Manin que era dictador y la asamblea habían respondido á la carta de Haynau con el juramento de defenderse hasta el último extremo. En medio del sitio de Roma, el fuerte de Malghera despues de haber padecido un bombardeo de un mes, había sido abandonado. «No se puede formar idea, dijo la *Gazeta de Augsbourg* del estado de destrucción á que había sido reducido el fuerte: á cada tres ó

cuatro pasos se veía un agujero hecho por una bomba: el suelo estaba sembrado de metralla y no era más que un montón de escombros; los cañones todos estaban fuera de servicio; ningún ejército del mundo habría prolongado por más tiempo la resistencia. » De los dos más valientes defensores de la laguna, Ulloa y Rosaroll, el último fué muerto por una bala de cañón en el fuerte de Brondolo el día 28 de junio. Después de la caída de Roma, la Italia debía perder toda esperanza. Venecia todavía resistió. El 7 de julio Pepe hizo echar al enemigo de un puente de la Brenta, y algunos días después ordenó una salida fuera de Brondolo para reunir víveres. Pero el número de soldados regulares y de voluntarios italianos disminuía de día en día: había necesidad de movilizar la guardia cívica. Hacia el fin de julio las trincheras fueron colocadas muy cerca de la villa, y las balas empezaron á alcanzar á la plaza de San Marcos: se abandonó la parte más espuesta de la villa. Pero bien pronto el cólera se declaró en las casas donde se había amontonado la población, y el 8 de agosto la asamblea hizo saber á Pepe, que no tenía allí pan y pólvora más que para quince días. Este todavía prolongó la defensa hasta que obtuvo una capitulación honrosa. Por último, el 25 después de haber asegurado la marcha de los restos de la milicia, se embarcó el mismo con el gobierno revolucionario y el estado mayor, y el 28 de agosto Venecia, después de haberse portado como en los días de su poder y de su gloria, vió flotar de nuevo en la plaza de S. Marcos la bandera austríaca.

Restablecimiento de los antiguos gobiernos: estado actual (1850 y 1852).

Después de tan profundas agitaciones, los soberanos y los gobiernos restaurados tenían que restablecer la tranquilidad y

conjurar en cuanto fuera posible los peligros del porvenir, haciendo distincion de las necesidades legítimas y de las exageraciones inseparables de los tiempos de revolucion. La primera parte de esta marcha no ha sido ensayada hasta aqui (marzo de 1852) sino en el reino de Cerdeña donde la segunda ha sido tambien intentada honrosamente. De acuerdo sobre la necesidad presente del orden, las dos potencias extranjeras cuya influencia tiene mayor peso en Italia, el Austria y la Francia, no tenian sin embargo las mismas miras sobre las condiciones de porvenir para la península; nada pues ha podido empezarse con este objeto que conduce sin embargo á la tranquilidad de la Europa entera, lo mismo que á la prosperidad y dicha de la Italia.

El vencedor de la Italia septentrional ha hecho pesar sobre el Lombardo Veneto reconquistado el rigor del estado de sitio llevado á veces hasta las mas sensibles venganzas. El gobierno de Viena, cuidando ante todo de su dominacion, continua como antes alargando la mano para satisfacer las necesidades materiales mas perentorias, pero á condicion de tener su parte en la prosperidad que permite. Prosigue la via ferrea que debe reunir todo el valle del Pó: pero ha hecho pagar caras á la Lombardia las costas de su sumision. Despues de haber rechazado para toda la monarquia cualquier clase de constitucion representativa, no ha concedido todavia ni garantias locales á sus provincias italianas. Si hubiera podido hacer que dominara alli en la instruccion publica el idioma aleman para probar su deseo de no retroceder en la península, lo hubiera hecho: lo ha prescrito últimamente hasta en la enseñanza la reciente presencia del jóven emperador.

Francisco-José, en uno de sus viajes, no ha reconciliado á los vencedores con los vencidos. El señor está lleno de desconfianza y los súbditos de tristeza. Bajo pretesto de josefismo aun algunas leyes civiles del siglo XVIII están amenazadas.

Los duques de Parma y de Módena, Carlos III y Francisco V restaurados por el Austria, son como antes de 1848 verdaderos prefectos guardados por sus soldados mismos.

Entre los príncipes independientes de la península, el rey de las Dos Sicilias Fernando II y el gran duque Leopoldo, han obrado conformes á los deseos y á la influencia del Austria. La Santa Sede ha permanecido repartida entre los consejos salidos de Viena y los de Francia, propendiendo desde luego visiblemente hácia los primeros é inclinándose débilmente hoy dia á prestar oídos á los segundos. El jóven rey de Cerdeña Carlos Manuel II, rodeado de hombres de moderacion y de firmeza, ha entrado enérgicamente en la sabia senda liberal y se vuelve á unir francamente á la influencia francesa.

Despues de haber recobrado con la punta de la espada contra los constitucionales y los radicales sus tres capitales, Nápoles y Palermo; despues de haber disuelto golpe sobre golpe tres asambleas parlamentarias, Fernando II no quiso oír hablar mas de constitucion. La que tenia concedida y sido declarada por él, permanece en suspenso por tiempo indefinido. La indiferencia de las masas en la campaña está de acuerdo en este punto con la voluntad del soberano. Las clases elevadas ó contribuyentes son las únicas que sienten pesar: pero esto es bastante para que la tranquilidad no sea completa. Las comisiones de cuando en cuando añaden nuevos culpables á las numerosas condenas que han seguido á los tristes acontecimientos del reinado, sin perdonar en nada á hombres de la mas distinguida educacion. El rey conmuta con frecuencia las sentencias de muerte: pero las galeras y las cárceles están llenas; la humanidad tiene algo que reprochar al trato que padecen alli gran número de desdichados. La Sicilia particularmente está sometida á un régimen militar excepcional. El gobierno ha recobrado su marcha regular: la hacienda se halla en buen estado, pero despues de dos años de paz ningun

remedio eficaz se ha puesto á entrambos lados del Pharo, en Sicilia sobre todo, á los defectos sino de la administracion, de los administradores al menos; ninguna mejora notable se ha intentado en la instruccion primaria, en la agricultura, ni en las vias de comunicacion. Los tres caminos de hierro partiendo de Nápoles en otras tantas direcciones, han sido continuados por este lado del Pharo: pero en Sicilia nada. El general Filangieri, investido del mando militar y lleno de buen deseo, queria abrir alli caminos nuevos para reanimar el comercio. Todos sus esfuerzos se estrellan en Palermo y en Nápoles. Todo lo que se tenia que echar de menos antes de 1848, se echa de menos todavia. El rey Fernando II, no quiere mas ser rey constitucional: ha recibido del Papa por su hospitalidad de Gaeta el título de *Rey piadosísimo*: ¿no podria ser todavia rey reformador?

El gran duque Leopoldo II, tambien por decreto de 21 de setiembre de 1850, ha suspendido indefinidamente el ejercicio de la constitucion de 15 de febrero de 1848. Incapaz de sostenerse con sus propias tropas en Toscana, ha hecho algunos meses antes (el 22 de abril) con el Austria, un convenio por el cual esta tiene un ejército de ocupacion de doce mil hombres en sus principales plazas. Leopoldo de este modo se halla reducido poco mas ó menos al estado de dependencia en que están hace tiempo los duques de Parma y Módena. Los austriacos son señores en casa de él. No pueden hacer que respeten á los extranjeros. Si la Inglaterra le pide reparacion por una injuria inferida á un ciudadano ingles, él se parapeta detras del emperador de Austria y da lugar á que se le pregunte si su estado consta todavia en el mapa de Europa. El gabinete de Viena pone sus miras mas lejos todavia. Ha conseguido del gran duque (el 5 de noviembre) un tratado de postas. Queria unir á Trieste y á Venecia con el Mediterráneo por un camino de hierro lindante con Liorna. Piensa concluir con la Toscana

una union aduanera. El gobierno opone á estas tentativas de absorcion poca resistencia: abrumado de deudas por los desórdenes de los acontecimientos anteriores y por el sueldo de las tropas austríacas, no puede mas que muy debilmente trabajar en mejoras interiores tan necesarias como en Sicilia.

Se hacen sin embargo en Toscana laudables esfuerzos. Los caminos de hierro se continuan desde Florencia, por Pisa, á Luca y Sienna. La instruccion pública hace alli algunos adelantos. Se trata de establecer seis grandes liceos en Florencia, Luca, Sienna, Pisa, Pistoya y Liorna: una escuela secundaria por villa de cuatro mil almas y una primaria por ayuntamiento.

La política está mas bajo la influencia austriaca. La constitucion representativa no existe mas que en suspenso. Se queria obtener para ella la abolicion del gran duque. Algunas vejezes retrógradas amenazan hasta las leyes mas respetadas, las famosas leyes leopoldinas. La obra de Leopoldo I, seria destruida por Leopoldo II. Lo probable es que el gran duque hará una composicion amistosa. Sacrificará el último vestigio de los acontecimientos de 1848, y conservará intacta la herencia liberal de su abuelo. Balbasseroni la llevará sobre Boecelle.

Roma es el punto en donde la política austriaca y la política francesa se hallaban encontradas sobre todo. El gobierno francés no pretendia haber mandado un ejército á Roma para restablecer en toda su integridad el gobierno clerical, y sobre todo los abusos ó los descuidos de la antigua administracion. La córte de Gaeta por su parte sostenida por el gabinete austriaco, no queria pagar con demasiados sacrificios los socorros de la Francia, de los que hubiera deseado haber prescindido si hubiese podido. Los cardenales de la Genga, Vanicelli y Altieri, instituidos como comisarios en 1.º de agosto de 1849, descubrieron bastante torpemente desde los primeros dias el

odio y la desconfianza de la corte de Gaeta. Vueltos á Roma, gracias á la Francia, se contentaron en su manifiesto con dar las gracias al « brazo invencible y glorioso de los ejércitos católicos. » No contentos con anular todos los actos del gobierno republicano, empezaron á restablecer todo el antiguo sistema administrativo y judicial que el mismo Pio IX habia de antemano querido reformar, instituyeron una especie de inquisicion contra todos los empleados del estado, y ejercieron represalias bastante estensas contra todos aquellos que habian tomado parte en los movimientos constitucionales ó republicanos. Las representaciones de las autoridades militares francesas no sirvieron allí de nada. El presidente de la república se vió obligado á dirigir una advertencia bastante severa á los imprudentes consejeros de la Santa Sede. « Yo sé, escribió él á uno de sus ayudantes de campo (M. Edgar Ney) que las benéficas intenciones del Santo Padre, lo mismo que nuestra propia accion, quedan esteriles en presencia de las pasiones y de las enemigas influencias. Se queria dar como base á la vuelta del Papa, la proscripcion y la tiranía; decid de mi parte al general Rostolan, que no debe permitir que á la sombra del pabellon tricolor se cometa acto alguno que pueda desnaturalizar el carácter de nuestra intervencion. De este modo reasumo yo el poder temporal del Papa: *amnistia general, secularizacion de la administracion, código Napoleon y gobierno liberal.* »

La córte de Gaeta pareció desde luego querer mirar como no recibida esta carta escrita enteramente fuera de la via diplomática. Sin embargo, un *motu proprio* del 19 de setiembre concedió una amnistía á todos aquellos que no habian tomado parte como diputados ó gefes militares al establecimiento de la república, y ofreció una reorganizacion administrativa y judicial. No era esto todavia todo lo que habia pedido Luis Napoleon Bonaparte, ni todo lo que deseaba el gobierno francés. El cumplimiento mismo de estas promesas se hizo esperar lar-

go tiempo. Esta resistencia mal disfrazada del carácter clerical contra un protector lleno de consideraciones pero francés, el desafecto profundo ó la indiferencia de los pueblos romanos, la dificultad de una reorganizacion formal del gobierno en medio de semejantes circunstancias, retardó por largo tiempo la vuelta del Papa á Roma. Los españoles y los napolitanos se habian retirado. La Francia pensaba en reducir su cuerpo de ejército á una sola division en Roma, del mismo modo que el Austria en las legaciones. Esto era allí, órden, pero no gobierno.

El Papa no regresó á Roma hasta el dia 4 de abril de 1850, escoltado por el general francés Baraguay-d'Hilliers y el príncipe Altieri, comandante de la guardia noble. La conducta de Pio IX, vuelto á Roma, fué mas prudente, mas apartada de las influencias que de nuevo habian pesado sobre él en Gaeta y Portici : dió gracias esta vez en términos esplicitos «á la nacion francesa y al ilustre presidente de la república, que habian adquirido una gloria, volviéndole á llevar á los muros de Roma.» El 10 de setiembre, por fin, el cardenal Antonelli organizó, por medio de dos edictos, los departamentos ministeriales, estableció un consejo de estado, y á los dos meses siguientes, ofreció una consulta de hacienda, y reorganizó la administracion de las provincias y de los ayuntamientos.

El mas importante de los ministros del Santo Padre, segun la nueva organizacion, es el ministro secretario de estado, presidente del consejo y encargado á la vez de las relaciones con el extranjero, de la firma y de la promulgacion de las leyes en el interior. Este ministro no puede ser otro que un cardenal. El consejo de estado, compuesto de nueve miembros ordinarios y seis extraordinarios, nombrados por el Papa, y presidido por el cardenal secretario de estado, no emite mas que su simple opinion, y solo cuando es consultado. La consulta de hacienda, nombrada tambien directamente por el

Papa, ó sacada de una lista de candidatos, formada por los consejos provinciales, no tiene mas facultades que revisar y dar noticias, y puede ser disuelta. Los estados romanos están divididos en cuatro legaciones: Bolonia, Ancona, Perugia y Benevento, permaneciendo Roma y sus alrededores bajo un régimen especial. Las villas están administradas por una *magistratura* designada por el poder y por consejeros municipales, elegidos por electores de cierta categoría. Estas son, según se vé, muy débiles concesiones, despues de lo que Pio IX habia dado á entender que queria hacer al principio de su pontificado. La consulta de hacienda no ha funcionado realmente todavía, y el estado financiero deja aun mucho que desear. La Santa Sede halla difícilmente el modo de realizar un empréstito: las jurisdicciones mistas y las eclesiásticas, del mismo modo que muchas antiguas formas del procedimiento, continuan existentes. Las mejoras proyectadas en la instruccion, el comercio, las vias de comunicacion, se hallan quizás por largo tiempo suspendidas. Se han buscado capitales para comprometerlos en los proyectos del camino de hierro romano: los han retirado en seguida. La nueva organizacion comunal ha hecho retrogradar á las municipalidades romanas mas allá del año 1816. En resúmen, el gobierno temporal no se sostiene mas que por el apoyo de las tropas extranjeras, que soporta con trabajo, é intenta formarse un fuerte ejército suficiente á protegerle. El piensa, se dice, por fuera con los elementos necesarios para dar las gracias bien pronto á las potencias católicas que le han restaurado. Libre entonces, promete á los estados romanos beneficios que se ha reservado para disponer de ellos con toda independendencia. Es poco probable, sin embargo, que la Francia y el Austria retiren del todo sus soldados. Quizás por desconfianza la una de la otra, quizás por interés del poder temporal, guardarán un pié, una en Civitavechia, y la otra en Ancona.

El Piamonte tenia tambien llagas que cerrar, é instituciones que afirmar, despues de la revolucion y de la guerra. Mientras que Ramorino era encausado y ejecutado por su conducta en Novara el 22 de julio, Cárlos Alberto moria en Oporto de Portugal el 28, contestando con rabia á una comunicacion del parlamento, que le acusaba de su perdicion. El 6 de agosto siguiente, el jóven rey firmó la paz con el Austria con duras condiciones. Se habia conservado la demarcacion de las fronteras: pero el rey de Cerdeña se comprometia á renunciar á todo título sobre el Lombardo-Veneto, y á pagar una indemnizacion de guerra de setenta y cinco millones de francos. El Austria se hubiera mostrado mas complaciente acerca de la indemnizacion, si hubiese podido obtener del Piamonte otros sacrificios sobre las instituciones liberales que disfrutaba hacia poco tiempo: pero Cárlos Manuel rehusó transigir sobre este punto. Juró nuevamente el mes de diciembre del año 1849, el *estatuto fundamental*, dado por Cárlos Alberto, é inauguró, con resolucion y prudencia, el régimen liberal, rodeándose de ministros ilustrados y rectos, de los que Mall d'Asoglio, Cavour y La Marmora han sido hasta aquí los que mas se han distinguido.

La constitucion sarda es, poco mas ó menos, la misma que se dió á la Francia en 1830. El senado vitalicio corresponde á la antigua cámara de los pares: él es quien representa el elemento conservador. Los diputados de la segunda cámara son elegidos por ciudadanos que poseen cierto capital, ó que pagan una determinada contribucion. Esta cámara es la que muy formalmente decreta las contribuciones. La igualdad de todos los ciudadanos ante la ley y ante el impuesto, su admision á todos los destinos, la libertad individual, la inviolabilidad del domicilio, la imprenta salvo el abuso, están garantidas. La religion católica está declarada religion del estado, pero proclamada la tolerancia.

La práctica de este régimen ha sido hasta el presente bastante acertada. La cámara de los diputados elegida en 1849, no había querido ratificar el tratado del 6 de agosto: la que se ha reunido el año 1850 sobre la proposición del conde César Babo, ha llenado este sacrificio necesario por un voto silencioso; también ha arreglado con bastante buen éxito la situación financiera. El déficit para el año 1850 apesar de la guerra y de la indemnización que ha pagado al Austria, puede valuarse únicamente en veinte y seis millones. La deuda total del reino de Cerdeña no absorbe nada mas que la sexta parte de sus actuales rentas que presentan un total aproximado de noventa millones. Se han votado muchas leyes de gran interés para el porvenir del reino. Un banco nacional formado de la unión de los dos bancos de Génova y Turin se ha fundado por la ley de 1.º de Julio. Los caminos de hierro que deben juntar á Turin con el Lombardo-Veneto, con Génova y con la Francia, se continúan con ardor. Nuevas vías de comunicación muy necesarias se han adoptado en la isla de Cerdeña. La instrucción pública ha llegado á ser mas general, mas laica, mas liberal. Se han hecho tratados fundados en el libre cambio con Inglaterra, Holanda, Bélgica y España, y un convenio sobre propiedad literaria con Francia.

El ejercicio regular de esta libertad prudente y fecunda, aunque moderna todavía, no ha encontrado hasta ahora mas obstáculo que el ofrecido en un negocio que tocaba al dominio espiritual. Con arreglo á una proposición del ministro de justicia, M. Siccardi, las cámaras habían votado la abolición del tribunal de justicia civil y criminal privilegiado, presidido por el obispo, (*foro eclesiástico*) y entregado los casos que desde entonces volvieran á ocurrir á los tribunales ordinarios. Bien pronto una nueva ley debía arreglar el contrato de matrimonio en sus relaciones con la ley civil. La Santa-Sede protestó contra estos cambios reconocidos sin embargo por ella

en otras grandes naciones católicas: los dos arzobispos de Turin y de Sassari en sus circulares estimularon abiertamente al clero á la desobediencia. El gobierno sardo se condujo con prudencia y firmeza: hizo juzgar con todas las consideraciones posibles á los dos prelados que fueron condenados á destierro. Ha comenzado con la Santa-Sede negociaciones en medio de las cuales ha sacrificado las personas para ensayar el librar sus derechos. El acierto no ha podido ser igual por ambas partes. Todo se convirtió despues en el terreno de lo espiritual en motivo de conflicto. Las doctrinas del profesor de derecho canónico M. Nultz, han sido últimamente condenadas por la corte de Roma; M. Farini, entonces ministro de instrucción pública, escritor romano distinguido, y adoptado por el Piamonte, declaró que el profesor no habia enseñado mas que las doctrinas del estado: pero por espíritu de concesion, le confió otra cátedra. La querella existe allí con Roma: las notas, los encargados de negocios se han sucedido en Roma y en Turin sin haber llegado todavía, como se quisiera, á un concordato. Pero el Piamonte continua prudente y resueltamente su obra. La ley sobre el contrato de matrimonio no ha sido abandonada. M. Buoncompagni, nuevo ministro de justicia y de instrucción pública, escritor distinguido y de genio liberal, la ha presentado á las cámaras, ya bien dispuestas en 1852. Todo inclina á creer que será adoptada apesar de la repugnancia del clero.

Tal es hoy dia la posicion de los diferentes estados de la península bajo la influencia predominante del Austria, contrabalanceada por Francia. Despues de las recientes agitaciones de la Italia y los raros esfuerzos que se han hecho para evitar otros semejantes, se conoce que no es aquel su estado definitivo. El órden restablecido en el Lombardo-Veneto, en Roma y en la Sicilia, no es todavía mas que la restriccion: no es el desarrollo regular y libre de la vida política. Los cañones

apuntados en la plaza del Duque en Milan con las mechas encendidas, el estado de sitio en Sicilia, las guarniciones francesas ó austríacas en los estados romanos y toscanos, son de ello la mejor prueba. Hechos deplorables, aquí el asesinato de un secretario de Radetzki, allí el de un asesor general de la policía en Roma, conspiraciones abortadas, ejecuciones, motines reprimidos, prisiones muy numerosas todavía, muestran que las pasiones que animan á los comités del destierro en Paris y en Lóndres, no se han extinguido aun en este desgraciado país.

No se puede pedir al Austria que haga gracia cuando hasta aquí no la ha hecho en Lombardia. Conoce que no es amada y se resigna. Quiere conservar y esplotar su bella conquista: esta es su última razón. ¿No puede esperarse más de los soberanos nacionales? Al rey de Nápoles no se le puede ocultar que no le basta tener á este lado del Pharo, el apoyo de las masas ignorantes y tan perezosas para obrar como para pensar: esto es bastante para ser amo, no para ser rey: si quiere sustraer la Sicilia de la otra parte del Pharo á las sugestiones de la Inglaterra que la espiará siempre, necesita por medio de reformas prontas, borrar los buenos recuerdos de la constitucion insular de 1812. Contra la memoria y la esperanza, el estado de sitio nada puede. No ha sido en vano el haber enseñado á un príncipe de la casa de Saboya la corona de Palermo.

Si la proteccion de las bayonetas extranjeras pesa á los soberanos de Roma y de Toscana, es necesario que encuentren un apoyo tan seguro é importante en sus mismos súbditos. Los desterrados acechan la menor complicacion europea: en cuanto llegue el caso, serán recibidos con tanta mas prisa cuanto mas confiados estén los príncipes en el extranjero. La reciente esperiencia no estimula sin duda nada á los soberanos: pero deben pensar en que la paz funda de un modo du-

rable las constituciones que en tiempos de revolucion se muestran y no se afirman. Como hombre y como padre de la cristiandad, Pio IX tiene el corazon abierto al olvido y á la mansedumbre: abra pues sus oidos á los consejos de la experiencia de las cosas humanas.

Ahi está el ejemplo del Piamonte, lleno de estímulo y de consuelo. Al pié de los Alpes tiene un soberano, que confía, y un pueblo que se entiende: alli la palabra italiana desciende desde una tribuna libre y prudente. En el estado actual de la Europa, la primera prueba de vida constitucional es delicada para la monarquia sarda. Pero en una crisis reciente, há mostrado que no estaba muy abajo. El jóven rey, el ministerio y la oposicion han luchado con interés por terminarla y M. Rattazzi ha sido presidente de la asamblea sin destruir el ministerio d'Aseglio. Nada ha sucedido alli que no hubiera podido imitar el gran duque de Toscana, si los austriacos lo hubieran permitido. La misma constitucion no puede servir de modelo para los estados romanos: pero hay instituciones provinciales y municipales ya admitidas por las costumbres de Italia, que podrian descargar al Pontífice de una pesada responsabilidad: hay sobre todo reformas civiles y judiciales que serian para estos pueblos un gran medio de tranquilizarlos.

Las relaciones de los estados romanos entre sí, dejan tambien mucho que desear. Que los austriacos se fortifiquen en Verona y en el lago mayor, y los piamonteses en Casal, nada tiene de sorprendente: el gabinete de Viena no ha olvidado su sorpresa en 1848, ni el Piamonte quizás abdicado su ambicion. Desgraciadamente tiene alli tantos resentimientos políticos como religiosos con la conducta de la Santa-Sede *vis á vis* del gabinete de Turin. El rey de Nápoles Fernando II, tambien demuestra algo de envidia, al liberalismo de Carlos Manuel. La tribuna de Turin, no debe ser para ellos un

motivo de espanto, sino un estímulo: no es un peligro, es quizás un auxilio.

En resumen; se presentan en cada uno de los estados, acerca de la cuestión de organización interior y la cuestión de independencia, tres políticas que han sido ensayadas cada una de por sí y están siempre representadas por partidos poderosos.

Para la cuestión de organización interior, la política absolutista, la política reformadora ó constitucional, y la política radical.

La primera, apoyada por el Austria, es señora en Nápoles y en Florencia y secundada por Roma: la segunda mas ó menos reconocida por la Francia, es la que impera en Turin; la tercera cuyos adeptos son los desterrados, amenaza sobre todo á los estados en que triunfe la primera.

Para la cuestión de independencia, la política del *Statu quo*, la política federalista, la de la fusión ó de unidad que se adaptan cada una distintamente á las necesidades de la política interior de cada partido.

La política del *Statu quo ante bellum* es la única oficial y patente: tiene por principal apoyó al Austria, cuya dominación garantiza. Se hace muy necesario sin embargo, que esta política se practique por todas partes, sin mirar atrás el gabinete de Viena, sino estuviera vigilado por la Francia, tomara pié muy á gusto en las legaciones y desconfía siempre del Piamonte. Por otra parte, no inútilmente, aumenta el Piamonte su fuerza armada; la fusión con la Lombardia es una esperanza, y una venganza que alimenta en secreto. Podrá esperar la ocasión por largo tiempo: pero como se le presente, intentará aprovecharla.

La política de unidad no es otra cosa que el delirio de un demócrata místico que cree personificar en él á la Italia entera y que es anatematizado por sus mismos correligionarios.

La federacion, ya bajo una forma ya bajo otra, es la idea que con mas fuerza ha sobrevivido á la revolucion: el Austria la esplotaria de buena gana en provecho propio, sino hallare tanta repugnancia. El rey de Nápoles, es quizás el único que no quiere oír hablar enteramente de nada, feliz con aislar su poder absoluto detras de los Abruzos y á la otra parte del Pharo. Pio IX desengañado, acaba todavía en verdad, de poner en el índice al último libro de Gioberti; *de los errores y de las aventuras, de los remedios y de las esperanzas*. Pero no necesitaria mucho para volver á abrir su corazon á la confianza y á los grandes pensamientos. La federacion que los soberanos independientes tienen allí, no es solo la palabra de union de los desterrados que no siguen á Mazzini, sino el voto de un gran número de corazones italianos y de cerebro bien organizados. No podia sin embargo ocultársele, en frente del Austria recientemente victoriosa, que la Italia nada puede por sí misma, ni aun confederarse. Pero hay todavía en Roma una bandera que en sus pliegues encierra muy gloriosos recuerdos, para que no sea siempre un signo de independendencia y de libertad al mismo tiempo que una garantia de poder y de órden. Que pongan los italianos en ella su confianza: que ella no les engañará. La Francia, para quien toda posesion á la otra parte de los Alpes no seria mas que una causa que la debilitaria, nada pide á la Italia, sino es el olvido de sus seculares rivalidades, prudencia en sus deseos y en su conducta, espíritu de union, y que mejore sus costumbres; condiciones todas que cumplidas, la harán digna de recobrar su puesto entre las mas grandes naciones.

Abril de 1852.

Libertad de la Italia.

El tercer objeto que los Papas se propusieron, y siguieron constantemente como príncipes temporales, fué la liber-

tad de la Italia, que deseaban absolutamente sustraer del poder de los Alemanes.

« Despues de los tres Othones, el combate de la dominacion alemana y de la libertad itálica, permaneció largo tiempo en los mismos términos. Parece bastante claro que el fondo de la disputa consistia en que ni los Papas ni los romanos querian emperadores en Roma; » es decir, que no querian tener señores en su casa.

He aqui la verdad. La descendencia de Carlo-Magno se habia estinguido; y ni la Italia ni los Papas en particular, debian cosa alguna, á los príncipes que la reemplazaron en Alemania. « Estos príncipes todo lo allanaban con la espada: pero ciertamente los italianos tenian un derecho mas natural para ser libres, que el que podian tener los alemanes para subyugarlos. Los italianos nunca obedecian sino por fuerza á la sangre germánica; y esta libertad, que era el ídolo de las ciudades de Italia, respetaba muy poco la posesion de los Césares alemanes. En estos desgraciados tiempos el Papado se ponia en subasta, como casi todos los obispados; y si esta autoridad de los emperadores hubiese durado, los Papas no hubieran sido mas que unos capellanes suyos, y la Italia hubiera sido esclava. »

« La imprudencia del Papa Juan XII en llamar á los alemanes á Roma, fue la causa de todas las calamidades que affligieron á Roma y á Italia durante tantos siglos. » Este ciego Pontífice no vió que género de pretensiones iba á desencadenar, ni cuan incalculable es la fuerza de un nombre, que designa á un grande hombre: » No parece que la Alemania, en tiempo de Enrique el Pajarero, pretendiese ser el imperio; mas no fue asi en tiempo de Othon el Grande. » Este príncipe, que conocia sus fuerzas « se hizo consagrar, y obligó al Papa á prestarle juramento de fidelidad. Asi pues, los alemanes tenian esclavizados á los romanos, y estos rompian sus cadenas siempre

que podían.» He aquí todo el derecho público de Italia durante aquellos tiempos deplorables en que los hombres no tenían principios para saberse conducir. «Aun el derecho de sucesión (este *palladium* de la tranquilidad pública) no pareció entonces establecido en ningún estado de la Europa. Roma no sabía lo que ella era, ni á quien pertenecía. Se había establecido el uso de dar las coronas no por derecho de sangre, sino por los votos de los señores. Nadie sabía lo que era el imperio. No había leyes en Europa. No se reconocía ni el derecho de nacimiento, ni el de elección, y la Europa era un caos, donde el más fuerte se elevaba sobre las ruinas del más débil, para ser después precipitado por otros. Toda la historia de estos tiempos no es más que la de algunos capitanes bárbaros, que disputaban con algunos obispos la dominación sobre siervos imbeciles.»

«No había pues realmente imperio ni de derecho, ni de hecho. Los romanos que se habían entregado á Carlo-Magno por aclamación, ya no quisieron reconocer á unos bastardos y extranjeros que apenas eran dueños de una parte de la germania. Era singular el imperio romano. El cuerpo germánico se apellidaba *el santo imperio romano*, mientras que realmente ni era *santo*, ni *imperio*, ni *romano*. Parece evidente que el gran designio de Federico II, era el establecer en Italia el trono de los nuevos Césares; *por lo menos es muy seguro que él quería reinar sobre la Italia sin partición ni límites*. Este es el nudo secreto de todas las contiendas que tuvo con los Papas, en que empleó alternativamente la suavidad ó la violencia, y la santa sede lo combatía con las mismas armas. Los guelfos, partidarios del Papa, y aun más de la libertad, balancearon siempre el poder de los gibelinos, que eran partidarios del imperio. Las diferencias entre Federico y la santa sede *nunca tuvieron por objeto la Religión*.

¿Cómo pues, el mismo escritor, olvidando confesiones tan solemnes, se atreve luego á decirnos «que desde Carlo-Magno hasta nuestros días la guerra del imperio y del sacerdocio fué

el principio de todas las revoluciones ; y aun añadir , este es el hilo que conduce en el laberinto de la historia moderna?»

¿Mas en que es la historia moderna *un laberinto* mayor que la historia antigua? Yo por mi confieso que penetró mas bien las cosas en la dinastia de los Capetos, que en la de los faraones; pero dejemos á un lado esta falsa espresion , aunque menos falsa que el fondo de las cosas. Conviniendo formalmente Voltaire en que la sangrienta lucha de los dos partidos en Italia, de ningun modo tenia por objeto la religion , ¿que quiere decirnos con su *hilo que conduce* , etc. ? ¿ Es falso que haya habido una guerra propiamente dicha *entre el imperio y el sacerdocio*. No cesa de repetirse esta espresion para hacer responsable al Sacerdocio de toda la sangre derramada durante esta gran lucha ; pero en realidad solo fué una guerra entre la Alemania y la Italia , entre la usurpacion y la libertad , entre un amo que trae y muestra sus cadenas , y el esclavo que las rechaza: guerra en la cual los Papas hicieron su deber de príncipes italianos , y de sabios políticos tomando partido por la Italia ; pues que sin deshonorarse , no podian favorecer á los emperadores , ni aun entablar una neutralidad sin perderse.

Habiendo fallecido Enrique VI, rey de Sicilia y emperador, en Messina en 1197, se encendió la guerra en Alemania por la sucesion entre Felipe , duque de Suabia, y Othon , hijo de Enrique-Leon , duque de Sajonia y de Baviera. Este descendia de la casa de los príncipes *Est-Guelfos* , y Felipe descendia de los príncipes *Gibelinos*.

La rivalidad de estos dos príncipes produjo las dos facciones tan famosas que asolaron la Italia durante tan largo tiempo ; mas nada tenia esto que ver con los Papas , ni con el sacerdocio , aunque una vez encendida la guerra civil , era preciso tomar partido en ella y batirse. Los Papas por su carácter responsable , y por la inmensa autoridad de que gozaban, se hallaron naturalmente puestos á la cabeza del noble parti-

do de las propiedades, de la justicia, y de la independencia nacional; y la imaginacion se fué acostumbrando á no ver mas que al Papa en lugar de la Italia: pero en la realidad, no se trataba sino de esta, y *de ningun modo de la religion*; lo cual nunca será demasiado, ni aun bastantemente repetido.

El veneno de estas dos facciones habia penetrado tanto en los corazones italianos, que llegó á perder su acepcion primordial; de modo que los nombres *guelfos* y *gibelinos* ya no significaban otra cosa sino gentes que se odiaban unas á otras: sin embargo, durante este fiebre terrible, el clero hizo lo que hará siempre. Nada omitió de cuanto estaba en su poder para restablecer la paz, y muchas veces se vió á los obispos acompañados de su clero arrojarse con las cruces y las reliquias de los santos en medio de dos ejércitos que iban á combatirse, conjurándoles en nombre de la Religion, para evitar la efusion de la sangre humana; de modo que hicieron mucho bien, aunque sin poder ahogar el mal.

«No ha habido Papa (y esto lo dice un censor severo de la Santa-Sede), que no haya debido temer en Italia el engrandecimiento de los emperadores. Las antiguas pretensiones, serán buenas cuando se pueda hacerlas valer con ventaja.»

Luego *no ha habido Papa* que no hubiese debido entonces oponerse. En efecto ¿donde está el título ó carta que haya dado la Italia á los emperadores alemanes? ¿De donde se saca que el Papa no debe obrar como príncipe temporal, que debe ser puramente pasivo, dejarse batir, despojar, etc.? Esto jamás se probará.

«En la época de Rodolfo de Hasbourg (en 1274), estaban perdidos los antiguos derechos del imperio.... y la nueva casa no podia reclamarlos sin injusticia.... nada es mas inconsequente que querer, para sostener las pretensiones del imperio, razonar segun lo que este era en tiempo de Carlo-Magno.»

Luego los Papas, como gefes naturales de la asociacion italiana, y protectores natos de los pueblos que la componian, tenian todas las razones imaginables para oponerse con todas sus fuerzas á que renaciere en Italia aquel poder nominal, que, apesar de todos los títulos con que encabezaba sus edictos, no era sin embargo ni *santo*, ni *imperio*, ni *romano*.

El saqueo de Milan, uno de los sucesos mas horrorosos de la historia, *bastaba él solo* (segun el sentir de Voltaire) *para justificar todo lo que hicieron las Papas*.

¿Y que diremos de Othon II y de su famoso banquete del año 981? Este príncipe convidó un gran número de señores á una magnífica comida. Durante ella entra un oficial del emperador con una lista de los que su amo habia proscrito; é inmediatamente son estos conducidos á un aposento cercano donde son degollados. Estos eran los príncipes con quien tenían que lidiar los Papas.

Y cuando Federico, con la inhumanidad mas abominable, hizo ahorcar á sangre fria á los parientes del Papa, hechos prisioneros en una ciudad conquistada, parece que debia ser permitido hacer algunos esfuerzos para substraerse á este derecho público.

La mayor desdicha para un hombre político es la de obedecer á una potencia estrangera. Ninguna humillacion, ninguna pena interior, puede compararse con esta. La nacion sujeta, á menos que no se halle protegida por alguna ley extraordinaria, no cree que obedece al soberano; y ninguna nacion gusta de obedecer á otra por la razon simple de que una nacion no sabe ni puede mandar á otra nacion. Obsérvense los pueblos mas ilustrados y mejor gobernados, y se verá que pierden este don de gobierno, y que no se parecen á sí mismos luego que tratan de gobernar á otros. La rabia de dominar es innata en el hombre, y la de hacer sentir su dominacion no le es menos natural. El estrangero que va á

mandar á una nacion sujeta en nombre de una soberanía lejana , en vez de informarse de las ideas y costumbres nacionales para conformarse con ellas , frecuentemente parece que no las estudia sino para contrariarlas , y se cree mas dueño á medida que aprieta mas la mano. Toma el aspecto ceñudo por dignidad , y cree está mejor atestiguada por la indignacion que escita , que por las bendiciones que podria obtener.

Asi , pues , todos los pueblos han convenido en colocar en la primera clase de sus hombres grandes á aquellos dichosos ciudadanos que tuvieron el honor de libertar á su pais del yugo extranjero; y que como héroes , consiguiéndolo , se han salvado , ó como mártires si han sucumbido , sus nombres pasarán de siglo en siglo. Solo la estupidez moderna quisiera exceptuar á los Papas de esta apoteosis universal , y privarles de la gran gloria que les es debida como príncipes temporales , de haber trabajado infatigablemente para la libertad de su patria. Que ciertos escritores franceses repugnen hacer justicia á Gregorio VII , se concibe facilmente ; porque teniendo cubiertos los ojos con las preocupaciones protestantes filosóficas , jansenistas , y parlamentarias ¿ qué pueden ver al traves de estas cuatro vendas ? Tambien el despotismo parlamentario , podrá levantarse hasta prohibir á la liturgia nacional que establezca cierta celebridad en la fiesta de San Gregorio ; y el Sacerdocio , por evitar choques paligrosos , se verá obligado á ceder , confesando de este modo la humillante esclavitud de esta Iglesia , cuyas fabulosas *libertades* se ponderaban tanto. Pero vosotros , que estais libres de todas estas preocupaciones ; vosotros habitantes de esos bellos paises que Gregorio quiso libertar ; vosotros cuyo reconocimiento por lo menos deberia ilustrar.

Vosotros, descendencia de Pompilio.

..... Vos ó!

Pompilius Sanguis.

Harmoniosos herederos de la Grecia, ilustres descendientes de los Escipiones y Virgilio, á quienes no falta mas que la unidad y la independencia, erigid altares al sublime Pontífice que hizo prodigios para daros nombre.

Conde de Maistre.

FIN.



NOTAS.

(1) Véase Guicciardini, *Historia de Italia*; Maquiavelo, *Fragments históricos*; Bembo, *Historia de Venecia*; Roscoe, *Vida y pontificado de Leon X*; Ranke *Historia del papado*.

(2) Véase Botta, *Historia de Italia*; Ranke *Historia de los papas*.

(3) Véase Botta, *Historia de Italia*, Daru, *Historia de Venecia*; Ranke, *Historia del papado*.

(4) Véase Botta, *Historia de Italia desde 1789 á 1814*; *Memorias de Napoleon* por Montholon.

(5) Véase *Die Kriegerischen Ereignise in Italien*, 1848-1849; Laforge, *La Italia y la Francia*; Pepe, *Revoluciones y guerras de Italia*; Cattaneo, *Insurreccion de Milan*; Farini, *El Estado romano*. *Actos oficiales de la república romana*, Paris, Amgot. *Revista de ambos mundos*, artículos correspondientes al 1.^o Mayo de 1849, 15 Agosto y 15 Noviembre de 1850, etc. Periódicos franceses y extranjeros.

FIN DE LA OBRA.

NOTAS

- (1) ...
- (2) ...
- (3) ...
- (4) ...
- (5) ...
- (6) ...
- (7) ...
- (8) ...
- (9) ...
- (10) ...

INDICE DE LOS CAPITULOS.

SESTO PERIODO.

Guerra de Italia.

	Pág.
CAP. XV. Nuevas invasiones de los bárbaros; siglo de Leon X; conquistas del milanesado y de Nápoles (1529).	5

SEPTIMO PERIODO.

Dominacion austro-española (1550-1789).

CAP. XVI. Ultima resistencia de Italia; caida del renacimiento; restauracion católica (1550-1584).	61
CAP. XVII. La Italia en el siglo xvii entre la decadencia de España y la opulencia de Francia (1584-1700).	89
CAP. XVIII. Ensayos de reformas en Italia durante el siglo xviii (1700-1789).	156

OCTAVO PERIODO.

La revolucion (1789-1852).

CAP. XIX. Reinos y repúblicas nacidos bajo la influencia de la república francesa, y la del emperador Napoleon (1789-1815).	176
CAP. XX. Restauracion: oposicion liberal é insurrecciones revolucionarias (1815-1846).	226
CAP. XXI. Revolucion contemporánea.	269
NOTAS.	351

FIN DEL INDICE.

EXPOSICIÓN DE LAS CANTINAS

1888

EXPOSICIÓN DE LAS CANTINAS

1888

EXPOSICIÓN DE LAS CANTINAS

EXPOSICIÓN DE LAS CANTINAS

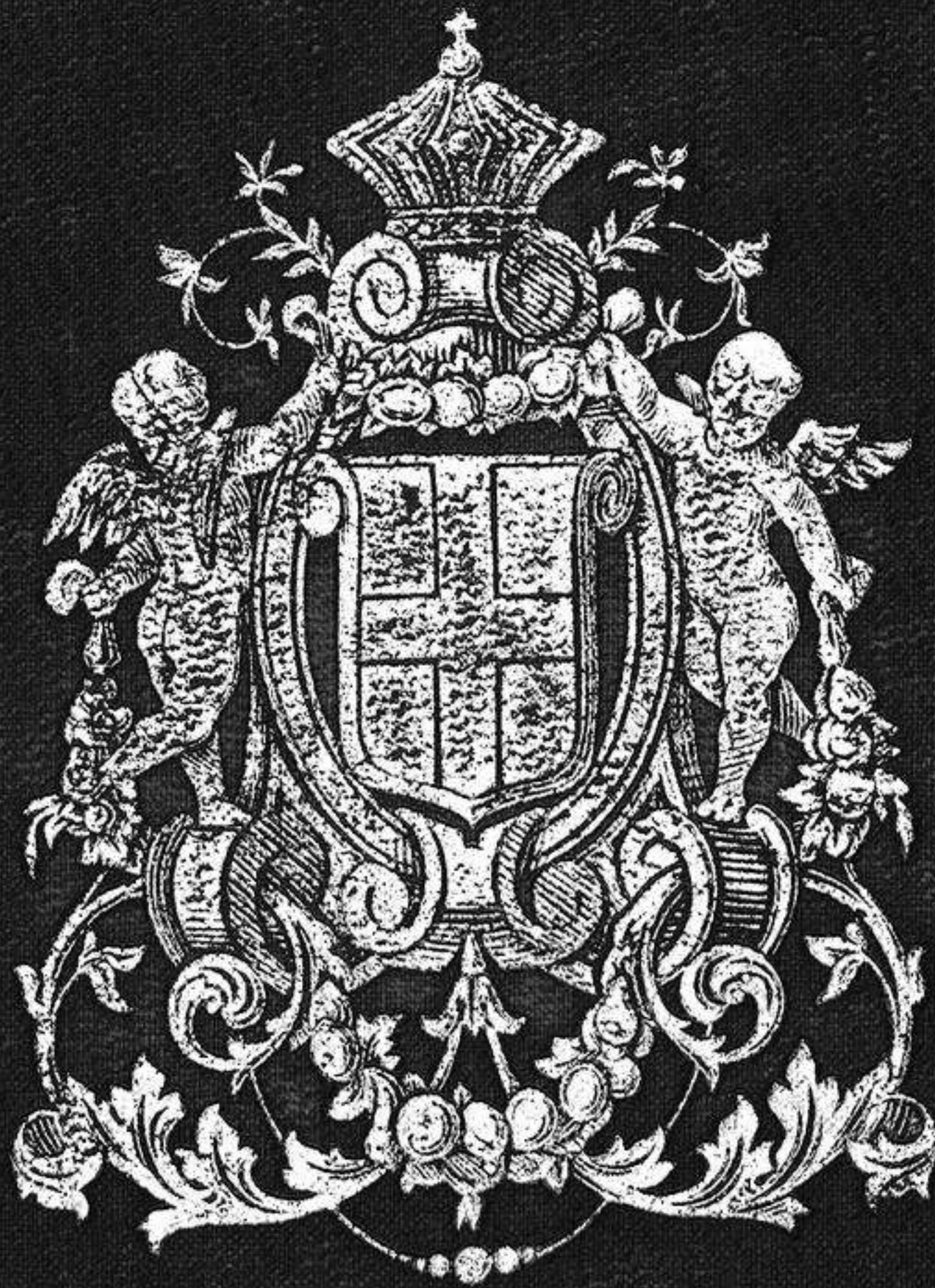
EXPOSICIÓN DE LAS CANTINAS

EXPOSICIÓN DE LAS CANTINAS

EXPOSICIÓN DE LAS CANTINAS

EXPOSICIÓN DE LAS CANTINAS

EXPOSICIÓN DE LAS CANTINAS



HISTORIA
DE
ITALIA



2

